



DGCL

A

CB 1159044

128983

SERMON DE HONRAS

Y VIDA ADMIRABLE

DEL VENERABLE SIERVO DE DIOS

FR. SANTIAGO FERNANDEZ

Y MELGAR

DE LA PURIFICACION.

SERMON DE HONRAS
Y VIDA ADMIRABLE
DEL VENERABLE SERVO DE DIOS
FR. SANTIAGO FERNANDEZ
Y MELGAR
DE LA PURIFICACION.



V. FR. SANTIAGO FERNANDEZ MELGAR DE
*la Purificacion Agustino lego descalzo que murio con
fama de santidad y milagros en su Conv.^{to} de N. S.^{ra} del
Populo de Sevilla en 18. de Enero de 1794. era natural de
Sotillo en la Sanabria Obispado de Astorga.
A devocion del Ill.^{mo} S.^{or} D.ⁿ Francisco Isidoro Gutierrez Vigil Obispo
de Astorga y otros sus afictos año de 1799.*



DECHADO DE PERFECCION

Y ESTÍMULO Á LA VIRTUD,

Ó
SERMON FÚNEBRE
HISTÓRICO PANEGÍRICO-MORAL

QUE EN LAS SOLEMNES EXÉQUIAS

CELEBRADAS EN LA MAÑANA DEL 26 DE AGOSTO DE 1799

EN EL LUGAR DE SOTILLO

EN LA SANABRIA

Á LA BUENA MEMORIA DE SU HIJO

EL VENERABLE HERMANO

FR. SANTIAGO FERNANDEZ Y MELGAR
DE LA PURIFICACION, RELIGIOSO LEGO DESCALZO DEL
ORDEN DE N. P. S. AGUSTIN, QUE MURIÓ EN SU CON-
VENTO DE NRA. SRA. DEL PÓPULO DE SEVILLA EN 18
DE ENERO DE 1794 CON FAMA DE SANTIDAD
Y MILAGROS,

DIXO

EL P. FR. MIGUEL RODRIGUEZ Y CARBAJO,
*Religioso Francisco Observante de la Provincia de Santiago,
Colegial que fué en el Mayor de Pasantes Teólogos de Alba
de Tórm:s, Ex-Lector de Artes, y actual Lector de Teologia
de Seculares en el Convento de N. P. S. Francisco
de Astorga.*

CON LAS LICENCIAS NECESARIAS:

VALLADOLID: EN LA OFICINA DE D. TOMAS CERMEÑO.

Año de 1801.

DECLARADO DE PERFECCION

Y ESTIMULO A LA VIRTUD

SERMON FUNEBRE

HISTÓRICO PANEGÍRICO-MORAL

QUE EN LAS SOLEMNES EXERCICIOS

CELEBRADOS EN LA MAÑANA DEL 26 DE AGOSTO DE 1799

EN EL LUGAR DE SOTILLO

EN LA SANABRIA

A LA BUENA MEMORIA DE SU HIJO

EL VENERABLE HERMANO

FR. SANTIAGO FERNANDEZ Y MEDGAR
DE LA PURIFICACION, Religioso de la Orden de San Agustín,
que murió en el con-
vento de Nra. Sra. del Sotillo de Sevilla en 18
de Enero de 1794 con fama de santidad
y milagros.

DIXO

EL P. F. MIGUEL RODRIGUEZ Y CARRALLO,
Religioso Franciscano Observante de la Provincia de Santiago,
Colegial que fue en el de San Francisco de los Teólogos de la
Universidad de Salamanca, Ex-Lector de Hebreo, y actual Lector de Teología
de Salamanca en el Convento de N. P. S. Francisco
de Santiago.

CON LAS LICENCIAS NECESARIAS

IMPRESO EN LA OFICINA DE D. TOMAS CERMENO.

Año de 1801.



R.95863

AL EMO. Y EXMO. SEÑOR

DON LUIS MARÍA DE BORBON,
 CARDENAL DE LA SANTA ROMANA IGLESIA,
 PRIMADO DE LAS ESPAÑAS, ARZOBISPO DE
 TOLEDO Y SEVILLA, &c. &c. &c.

EMO. Y EXMO. SEÑOR:

El Sermon fúnebre que tengo el honor de ofrecer á los piés de V. Ema., es el elogio y aun mismo tiempo la historia de la vida del Hermano Fr. Santiago Fernandez y Melgar de la Purificacion: varon admirable, que aunque nacido y educado en una corta poblacion de la Sanabria, en el obispado de Astorga, con-

ducido despues por la divina Providencia á las Andalucías, y establecido en una Casa religiosa de Sevilla, fué uno de sus mas ilustres ciudadanos, uno de los que mas han contribuido á la felicidad espiritual y temporal de sus habitantes, y uno de los que en estos últimos tiempos ha hecho la gloria de aquella su arzobispal Iglesia, por medio de una vida santa, exemplar y prodigiosa.

Estas circunstancias felices, al paso que han hecho á este siervo de Dios un héroe inmortal digno de los grandes honores que en su muerte y despues ha recibido de sus conciudadanos, y que le han colocado en la clase de los diocesanos mas recomendables de V. Ema., han sido para mí un móvil poderoso que dió impulso eficaz á mi timidez, para que sin embargo de la enorme distancia que conozco hay de mi pequenez y de la de esta obra en sí misma á la grandeza y elevado mérito de V. Ema., no recelase presentársela como un dón apreciable, mirada baxo de este punto de vista.

Su asunto es la Perfeccion christiana, ó el exercicio de una perfecta caridad, en que consiste; y su fin el promoverla en todos los Fieles, á vista de los exemplos heroycos que dió de ella y de las demas virtudes este venerable diocesano de V. Ema., y de los inefables

é inmensos bienes que en recompensa le concedió en esta y en la otra vida el justo Remunerador de las acciones de los hombres.

Y esto ha sido otro motivo no ménos poderoso que el primero para animarme á consagrársela á V. Ema.: no dudando la admitiria gustoso baxo de su alta proteccion quien no solo profesa por razon de su estado la perfeccion de la Caridad, sino que tiene por sus mas caras y amadas delicias el exercitarla en todas sus partes, y el promoverla en las ovejas de su dilatada grey con la doctrina y el exemplo.

No pienso, Emo. y Exmo. Señor, traer aquí para comprobarlo lo que con una muda, pero enérgica eloqüencia, están publicando las plazas, calles y casas de la desgraciada Sevilla, quando el voraz contagio de que se vió infestada el año próximo pasado de 1800, al mismo tiempo que cubria de lutos y llenaba de calamidades y aflicciones extremas á todos sus moradores, atravesaba de dolor el paternal y compasivo corazon de V. Ema. Ni quiero hacer mencion de los varios medios y arbitrios de que se valió su zelosa caridad para que no faltase á sus desgraciadas y amadas ovejas el socorro espiritual que en tan lastimosa situacion necesitaban, y para que el Señor dexase de la mano el azote que justa-

mente las afligia. Ni finalmente es mi ánimo detenerme á ponderar con encarecidas expresiones el desprendimiento heroyco que V. Ema. hizo de todas las rentas pingües de aquella Mitra, empleándolas con liberalidad en procurar todos los auxilios temporales necesarios para hacer ménos amarga la triste suerte de aquella su afligida grey.

Todo esto, si en lugar de una sencilla dedicatoria tuviese yo aquí que hacer un panegírico, pudiera servirme de abundante materia para formar uno el mas relevante de la caridad de V. Ema., sin faltar al precepto del Eclesiástico, de que á nadie alabemos en su vida (1), y sin incurrir en la nota vil de lisonjero: pues contra todo me ponía á cubierto el exemplo y la razon de San Bernardo, quien aun teniendo á la vista aquel Oráculo divino, no dudó celebrar con altos elogios el desprendimiento heroyco de sus bienes y la liberalidad en distribuirlos á los pobres, de otro Prelado de la Iglesia á quien escribe (2): porque en esto no le alababa á él por estas virtudes, sino en ellas al Padre celestial de quien venian.

(1) Eccli. II. 30. (2) S. Bern. Epist. 23. ad Attonem Trecensem Episcopum.

Pero nada de esto quiero ni necesito recordar aquí sin embargo de ser un argumento claro de la gran caridad de V. Ema., y de lo que ama y promueve la perfección de esta virtud; así como fué para su augusto Primo nuestro Católico Monarca Carlos IV. (que Dios prospere) un mérito digno de ser premiado con la promoción á la Silla arzobispal y Primada de Toledo, con retención de la de Sevilla, quedando V. Ema. por este medio hecho piedra angular sobre que estrivan las dos Iglesias mas grandes de nuestra España.

Lo que únicamente diré, y basta para hacer ver que no me engañaron mis bien fundadas esperanzas, es la alta dignacion con que V. Ema. á una sencilla insinuacion que le hice de mis deseos, de las razones que á procurar realizarlos me movian, y del contenido de la obra, se sirvió condescender benignamente en que se la dedicase, mandándome á decir admitia su Dedicatoria con el mayor gusto y complacencia.

Este hecho de V. Ema. que manifiesta su grandeza de alma, y que realza la piedad heredada de sus augustos Abuelos, me hace ver, y yo lo publico para que lo sepa todo el mundo, quanto ama toda obra que se encamina á fomentar la piedad y promover la virtud:

y al mismo tiempo es para mí un pronóstico infalible de la singular proteccion, eficacia y abundancia de frutos que esta logrará al abrigo de V. Ema. que se digna honrarla con su Nombre.

Reciba, pues, V. Ema. por prenda y monumento eterno de mi gratitud á favor tan señalado la primera obra que doy á luz, y que como primicia de mis vigiliyas y tareas literarias le consagro; que aunque en sí misma y por su Autor es muy pequeña, es grande por el héroe que elogia, grande por el asunto que trata, grande por el fin á que se encamina, y grande finalmente por el afecto con que la consagra, dedica y ofrece,

EMO. Y EXMO. SEÑOR,

A L. P. D. V. EMA.

Su mas humilde y reverente Capellán

Fr. Miguel Rodriguez y Carbajo,
Minorita.

D I C T Á M E N

DEL R. P. Fr. FRANCISCO ÁLVAREZ BUELTA,
Lector Jubilado, y actual Definidor de la santa Provincia
de Santiago.

Por especial comision de nuestro Exmo. y Rmo. P. D. Fr. Joaquin Company, Arzobispo de Valencia, y Ministro General de toda la Orden de nuestro seráfico Padre San Francisco, he leído con atenta reflexion y diligente cuidado la Oracion manuscrita, cuyo título es: *Dechado de perfeccion y estímulo á la virtud, ó Sermon fúnebre histórico-panegírico-moral que en las solemnes Exéquias celebradas en la mañana del 26 de Agosto de 1799 en el lugar de Sotillo en la Sanabria á la buena memoria de su hijo el Venerable Hermano Fr. Santiago Fernandez y Melgar de la Purificacion, Religioso Lego Descalzo del Orden de N. P. S. Agustin, que murió en su convento de Nra. Sra. del Pópulo de Sevilla en 18 de Enero de 1794 con fama de santidad y milagros, dixo el P. Fr. Miguel Rodriguez y Carbajo, Religioso Francisco Observante de la Provincia de Santiago, Colegial que fué en el Mayor de Pasantes Teólogos de Alba de Tórmes, Ex-Lector de Artes, y actual Lector de Teología de Seculares en el Convento de N. P. S. Francisco de Astorga: y creo que con decir que apenas le pronunció su Autor, mereció la aprobacion de todo su auditorio, especialmente del Illmo. Obispo de Astorga, por cuyo mandato le predicó, y al que se dignó asistir S. S. Illma., honrando la funcion con su presencia, está expresada la mas justa censura, y calificada su mas gloriosa recomendacion.*

Y á la verdad, esta aprobacion de tan devoto é ilustrado Prelado con el piadoso interes de que se halló movido de sacarle á luz, y darle á la prensa con toda la extension que á instancias suyas le ha dado el Autor para el comun aprovechamiento de las almas, en especial de las de su diocesi, proponiéndoles por exemplar y modelo de todas las virtudes á un hijo natural del mismo

obispado, es claro argumento de lo apreciable de la obra, y de que está por demas otra censura. Pero ya que la bondad de S. S. Illma. me ha impuesto la necesidad de dar la mia, ligándome con un precepto de mi Exmo. y Rmo. Prelado General, en que me ordena que sobre el punto esté en todo á las veneradas ordenes de un Prelado tan benemérito de nuestra sagrada Religion, digo, que esta Oracion, ó Discurso, es una pieza tan bien acabada segun las reglas d'l arte, tan conforme al carácter del sugeto, en cuya alabanza se dixo, tan llena de saludables doctrinas, y tan exquisitamente adornada de erudicion sagrada, eclesiástica y profana, que no puede dexar de ser utilísima su publicacion.

En efecto, la proposicion de que el Venerable Fr. Santiago fué un dechado de la mas alta perfeccion en virtudes christianas y Religiosas, y un estímulo poderoso para excitarnos á la virtud, ó á obrar bien, ademas de ser verdadera notoriamente, está tratada con tal maestría, que sobre lo ingenioso de la invencion, la buena distribucion que la divide, y lo sólido de las pruebas, tiene los atractivos de un estilo claro, terso, natural, hermoso, y qual corresponde á esta especie de obras. La mucha erudicion que vierte en los lugares comunes que trata, es muy del caso, y tan bien distribuida, que no hallarán que reprehender los mas rígidos Aristarcos. La pintura de las christianas virtudes del Héroe es tan propia, que nadie podrá censurar á su Autor en la narrativa de las innumerables que adornan al Venerable Fr. Santiago. Pero lo que mas embarga mi atencion en este escrito, complejo de tantas perfecciones, es el arte con que ha sabido el Orador convertir todo el golpe de su erudicion para nuestra instruccion y enseñanza. Léase con reflexion, y se advertirá, que sin tocar al extremo de aquellas exâgeraciones á que se dexan arrastrar algunas veces los Predicadores quando elogian á sus Héroes, da del de su panegírico las mas altas y verdaderas ideas que se deben tener de él: y en quanto á lo demas, oponiendo la conducta de los Fieles, Libertinos y Filósofos del tiempo á los exemplos que les ha puesto á la vista, hallan en esta comparacion un fondo

de moralidades muy naturales y sólidas, de suerte, que sin quitar al panegírico nada de lo sublime, ni de la justa proporcion que le compete, conserva á la moral toda la extension y fuerza que requiere.

Aun pasa mas adelante. Como la unidad es una de las primeras perfecciones del discurso, porque une todas sus partes, y hace un cuerpo mas proporcionado y mas seguro, tiene el cuidado posible en guardarla en la doctrina y elogio que hace de su Héroe. Cosa bien dificultosa quando las digresiones se derraman por todo el discurso, como en este: porque para esto es menester mucha habilidad en las transiciones, y quien no tiene arte para hacerlas con gracia, no hará mas que una alternativa desagradable, sin dependencia ni conexiõn de sus partes entre sí. Por eso los mas de los Oradores suelen reducir á un punto solo su doctrina, y con ella concluyen todo su discurso, ó cada parte de él, é insistiendo en esta sola consequencia se abren un camino libre y desembarazado, ya para instruir con razonamientos sólidos, ya para mover con afectos tiernos, ya para exhortar á la imitacion. Pero en este Discurso, aunque el Autor casi á cada hecho, ó pasage que refiere del Venerable Fr. Santiago, añade su doctrina, une y junta tan bellamente lo uno con lo otro, y lo texe con tan maravilloso artificio, que haciéndose imperceptibles las transiciones, solo resplandece la unidad: de manera que todo el Sermon guarda un tenor corriente y uniforme, caminando sin interrupcion desde el principio al fin al blanco propuesto, que conforme á las intenciones del Illmo. Prelado, que le da á la prensa, es que todos los Fieles, especialmente sus ovejas, hallen en él, como en efecto se halla, una escuela de perfeccion donde el Orador con la doctrina nos enseña á ser verdaderos sabios, y con el exemplar que nos pone á la vista en el sugeto de su Oracion colocado con su arreglada conducta en el monte de la perfeccion christiana, nos anima é infunde una santa emulacion de aspirar y llegar como él hasta su cumbre, de manera que se puede decir en mi juicio, que esta Oracion, ó Discurso, es un tratado completo de la perfeccion christiana y medios para adquirirla.

Por todo lo qual, y porque léjos de contener proposicion alguna repugnante á la fe, buenas costumbres, ó regalías, es al contrario un documento donde se aprende el mayor respeto y subordinación á las primeras, y una justa veneracion á las segundas, es digno de la luz pública. Así lo siento (salvo siempre otro mejor y mas imparcial dictámen) en este convento de N. P. S. Francisco de Leon y Marzo veinte y siete de mil ochocientos y uno.

Fr. Francisco Alvarez Buelta,
Lector Jubilado.

PRÓLOGO DEL AUTOR.

Ya llegó el momento de tanto deseado de que saliese á luz el Sermon fúnebre que en las solemnes Exêquias celebradas en memoria y sufragio del Venerable Fr. Santiago Fernandez y Melgar de la Purificacion en Sotillo de Sanabria, pueblo de su nacimiento, prediqué hace mas de dos años de comision y á presencia del Illmo. Señor Don Francisco Isidoro Gutierrez y Vigil, del Consejo de S. M., Obispo de Astorga, Prelado Doméstico de S. S. y Asistente á su Sacro Solio Pontificio, electo *motu proprio* por N. SS. P. Pio VII. Este devoto Prelado, no ménos zeloso de promover por quantos caminos puede la gloria de su nativo diocesano en que tiene la suya, que de procurar á sus ovejas y aun á las agenas un pasto abundante de saludables y eficaces doctrinas, halló un medio muy propio para hacer todo esto de un golpe en la publicacion de este mismo Sermon, si como lo deseaba saliese abundantemente adornado no solo con la vida exemplar y prodigiosa de este siervo de Dios, sino de oportunas moralidades y prácticos documentos acerca de las virtudes en que se exercitó, especialmente de las que mas en él sobresaliéron.

Así me insinuó S. S. Illma. lo hiciese, y su insinuacion fué para mí un precepto á que no me pude resistir: porque sobre ser lo que me ordenaba una cosa tan justa, tan condu-

cente á la mayor gloria de Dios y bien de las almas, y que cedia en obsequio de un paisano mio tan recomendable, las particulares atenciones que ha usado conmigo, y los favores que ha hecho á mi sagrada Religion un Prelado tan benemérito de ella, me constreñian á no disgustarle en esta parte sopena de incurrir en la nota de ingrátitud. Es verdad que para librarme de ella pudiera haber alegado la excusa obvia de mi insuficiencia para una obra de tanta consideración, que pedia una vasta instruccion en estas materias de las que me hallaba yo muy en ayunas; pero nada de esto me hubiera servido de disculpa para no admitir aquella carga por suponer en mí este Prelado, no sé por qué motivo, fuerzas bastantes para llevarla. Fué preciso al fin arrimar el ombro y caminar, como lo he hecho, contando en todo y por todo con el auxilio de aquel Señor que regularmente se vale para estas cosas de los instrumentos mas viles, débiles y desproporcionados: porque de este modo en la execucion de ellas y en la consecucion de sus fines, nada hay que atribuir á la criatura, y le resulta á él solo toda la gloria.

Lo que mas me confundia, y no pocas veces me instigaba á que desistiese de esta empresa, era la poca ó ninguna conformidad que notaba en mi conducta con las saludables máximas que deseaba inspirar á otros. Mi conciencia me ponía muy en claro la disonancia enorme de mis costumbres con las del Justo, que con la

narracion de su vida debia proponer como exémplo de perfeccion en todas las virtudes. Y en fin, todo conspiraba á hacer ver mi indignidad para esta obra, y lo culpable que apareceria á quien conociese mi modo de vida, viéndome tratar un asunto mas propio para ser manejado de otro Justo, que de un pecador tan grande qual soy yo. La única respuesta que pude hallar á estas objeciones que me hacia la conciencia propia, y que otros me podian hacer, fué la que dió San Eulogio hallándose en un caso muy semejante al en que yo me hallo, y figurándose en sí por humildad lo que yo en mí reconozco por verdad.

„Es cierto, decia el Santo (*), que el indagar y manifestar al público las virtuosas hazañas é ilustrés combates de los Mártires, y otros Bienaventurados, es privilegio privativo de los Justos;

(*) Egregia beatorum certamina martirum, feliciumque monumenta virorum, qui Deo fautore totius vanitatis respuentes affectum, specimen belligerandi præcipuum mortalibus reliquerunt, licet à prudentioribus timoratis indagare sit congruum, et jure à justificatis quodam privilegio sanctimonie exponi sit ratum, non tamen abnuenda est vox peccatorum vera promentium: quandoquidem non solum alienigenarum, ut Hietro et Hiram consultum intenditur, dum et ab uno Moyses expositam judicii formam custodit, et ab alio Salomon in adificatione templi industriam accipit, verum etiam in irrationabili animali humaniter facundiam excitare conceditur. Quare ergo culpabilis judicetur talia præsumens, cum in veritate dignus sit præmio benedictionis veritatem enarrans? Et si sanctitas remunerat justum, dignumque efficit concienari Sancta Sanctorum; quare non tueatur pietate peccator magnificans justum, dummodo ad multorum profectum studet patefacere victorias beatorum? Quæ si fuerint obliterate silentio nullum poterunt fidelibus pie conversationis exhibere exemplum: ut elucubratis electorum trophæis, tam possint desides excitare ad prælium, quam certantes informare perfectionis intendere terminum. S. Eulog. in Apolog. SS. Mart. num. 12, in Edit. PP. Toletan. Emi. Cardinalis de Lorenzana.

„pero no por eso debe despreciarse la voz de un pecador quando
 „dice la verdad, ni en este caso debe reputarse culpable, sino al
 „contrario digno de gran premio. La santidad de vida hace á los
 „Justos dignos de predicar las cosas santas: ¿porqué, pues, al
 „pecador no le ha de poner á cubierto en este punto el fin santo
 „y piadoso con que engrandece á los Justos, quando no es otro
 „que el grande aprovechamiento en la virtud que en muchos puede
 „seguirse de la publicacion de sus victorias y gloriosos trofeos,
 „capaces de excitar á los cobardes á entrar en guerra contra sus
 „espirituales enemigos, y de animar á los que ya pelean á que
 „adelanten sus pasos al término de la perfeccion?”

Pues esta misma respuesta daré yo: y con ella y con todo lo demas que llevo dicho, creo quedarán satisfechos los principales reparos que pudieran hacerse contra el Sermon y su Autor, y que parece se presentan á primera vista: como lo es el de haberme encargado yo de componerle y predicarle, el de haber tardado tanto tiempo en salir á luz despues que se predicó, y el de haberle sacado mas voluminoso de lo que corresponde y se acostumbra por lo comun en esta especie de Discursos.

Al primero responde la precision de obedecer las insinuaciones del Illmo. que se dignó honrarme con esta comision, y á quien debia complacer en esta parte por muchos títulos. Al segundo satisface la necesidad de instruirme en las materias que debia de tratar, lo que no podia hacerse en poco tiempo: y este me le hacia

mas corto para el asunto la obligacion de desempeñar una cátedra, y la de cumplir con otros cargos y ministerios religiosos. Y por lo que toca al tercero, aunque pudiera traer los muchos exemplares de Sermones dilatados que han dado á luz los mas célebres Oradores christianos, entre quienes ocupa un lugar tan distinguido el incomparable P. Cádiz, le desvanece la imposibilidad de llenarse de otro modo el objeto que se ha tenido en la publicacion de este.

No me arrojaré á decir que yo haya cumplido perfectamente este deber, ni ménos el que haya dexado de caer en las muchas faltas que se debían esperar de mi ignorancia; pero sí puedo decir, que he procurado evitar estas, y satisfacer á aquel, en quanto ha estado de mi parte: no siendo pocas las veces que en todo este negocio sentí andar el dedo de Dios, á cuya mayor gloria se dirigia. Por eso, aunque en algunos no se conseguirán los fines de este Sermon, ó por no leerle, ó por leerle con ociosa curiosidad y otras malas disposiciones, espero no han de ser pocos los que leyéndole con docilidad y deseo sincero de aprovecharse de los exemplos y doctrina que contiene, lograrán el fruto que está prometido á los que con estas santas disposiciones reciben en la tierra de su corazon la semilla de la Palabra divina, produciendo esta en unos el fruto como treinta, en otros como sesenta, y en otros como ciento. Si así fuere, quedarán suficientemente recompensados mis trabajos en esta obra, que deseo ceda en la mayor gloria de Dios y provecho de las almas.

mas como para el asunto de la doctrina y la moralidad que se trata
y la vida cumplida con otros fines y deberes. Pero lo
que toca al presente, aunque también toca los otros, es el que se
señalan diferentes que han dado á luz los más célebres escritores
cristianos, entre quienes ocupan un lugar tan distinguido el insigne
padre de la Iglesia, en la obra de la imparcialidad de la vida de este
mundo el objeto que se ha tenido en la publicación de este

**Quæ et didicistis, et accepistis, et audistis, et vidistis in
me, hæc agite: et Deus pacis erit vobiscum.**
Philip. 4. 9.

que no procurado evitar estas y evitar á aquel, en quanto ha
estado de mi parte; no siendo pocas las veces que en todo este ne-
gocio se han andado el deber de haber á cada mayor gloria se dirigis.
Por eso, aunque en algunos no se conseguían los fines de este
sermón y que no tenía el por hecho con otros cuidados y otras
necesidades, y digno de haber de ser pocas las que se han
dado con facilidad y gusto sincero de aprovecharse de los docu-
mentos y doctrinas que contiene, he aquí el fruto que está prome-
tido á los que con estas sentencias dispongan también en la vida
de su corazón la semilla de la palabra divina, produciendo en su
alma el fruto como treinta, en otros como sesenta, y en otros
como ciento. Si así fuera, quedaría muy adelantado el fruto de
cada uno en esta obra, que ha de ser en el mayor grado de la vida
y provecho de las almas.

Dedit Dominus ipsi fortitudinem, et usque in senectutem permansit illi virtus, ut ascenderet in excelsum terræ locum, et ipse obtinuit hereditatem: ut viderent omnes filii Israël, quia bonum est obsequi sancto Deo.

Dió el Señor á éste fortaleza, y se conservó en vigor hasta la vejez para subir á un lugar excelso de la tierra, y él consiguió la herencia: para que viesen todos los hijos de Israel, que es bueno obedecer al Santo Dios, El Eclesiástico, Cap. 46. v. 11. y 12.

ILUSTRÍSIMO SEÑOR:

Costumbre era muy antigua en el Pueblo de Dios hacer grandes y públicas demostraciones de dolor en la muerte de aquellos insignes varones, que, ó como justos lo habian edificado y ennoblecido con heroicas virtudes, ó como valerosos guerreros lo habian defendido de sus enemigos con sus armas. Así lo hicieron los hijos de Jacob, llorando á su santo difunto padre por espacio de setenta dias en Egipto (1). Así sus descendientes en la muerte del siervo de Dios, legislador y libertador de su pueblo, el gran Moysés, cuya pérdida estuvieron llorando treinta dias en las campiñas de Moab (2). Y así el Rey David, luego que tuvo la noticia de haber muerto su íntimo amigo Jonatas, Saul y otros valerosos y esforzados campeones de Israel en la derrota padecida por este pueblo en los montes de Gelboé (3). Lo propio hicieron el santo Matatías y sus hijos en la muerte de los ancianos y jóvenes que fueron destrozados á filo de espada en las plazas de Jerusalem en tiempo de la persecucion de Antíoco (4): y omitiendo otros muchos exemplares que la Historia Sagrada nos refiere, todo el pueblo de Israel lloró con grande llanto y por muchos dias la muerte de su gran caudillo el famoso Judas Macabéo (5).

(1) Gen. 50. v. 10. (2) Deuter. 34. 8. (3) 2. Reg. 1. 11.

(4) 1. Machab. 11. 9. 14. (5) Ibid. 9. 20.

Costumbre loable á la verdad, no solo inspirada por la naturaleza, sino tambien autorizada por el mismo Dios en las Sagradas Escrituras, en las que nos encarga derramemos lágrimas sobre el muerto (1): que le empecemos á llorar como quien padece un gran quebranto (2): y que nos ocupemos en el duelo mas ó ménos tiempo á proporcion de su mérito y virtud (3).

Muy al contrario parece se va practicando en los presentes tiempos. Muere en ellos el justo, y no solo no se encuentra entre los de su pueblo quien por él derrame lágrimas, sino que, conforme al dicho de Isaías, ni aun hay siquiera quien recapacite en su corazon esta desgracia: *Justus perit, et nemo est qui recogitet in corde suo* (4). ¡Que indolencia! que insensibilidad! que inconsideracion! Como si los justos que mueren ahora en el ósculo del Señor, para quien viviéron siempre, fuesen ménos dignos de nuestra consideracion y de nuestras lágrimas, que los que iban faltando del Pueblo Santo en los primeros tiempos. Como si la pérdida de estos fuese mas fácil de repararse que la de aquellos. Y como si la vida de los justos que fenecen en nuestros días, fuese ménos necesaria ó útil á su pueblo, que lo era al suyo la de los justos antiguos. ¿Puede darse inconsideracion mas manifiesta? No por cierto: porque es una verdad incontestable, que los justos de estos tiempos, no ménos que los de los pasados, son los que sostienen con sus oraciones fervorosas á sus pueblos, el canal por donde corren á ellos las aguas de las divinas misericordias, los que los preservan del azote que tienen merecido por sus culpas, los que con su buen exemplo los edifican para la virtud, y los que de otros mil modos son el instrumento de su felicidad presente y venidera.

Ved si nuestros justos son bien dignos de ser llorados por nosotros quando mueren. Ved si nos debe merecer nuestra atencion la pérdida que padecemos con su muerte. Y ved si no merecen la mas severa reprehension los pueblos en que han vivido, y de cuya faz son arrancados, los quales no dan por ella muestra alguna de sentimiento y de dolor, sino que la miran con la mayor indiferencia, y ni aun se dignan considerarla: *Justus perit, et nemo est qui recogitet in corde suo*.

(1) *Eccli.* 38. 16. (2) *Ibid.* (3) *Ibid.* y. 18. (4) *Isa.* 57. 1.

Mas ¿adonde voy yo? ¿Por ventura pienso hacer una in-
 vectiva, quando debo hacer un panegirico? ¿Acaso en lo que
 acabo de decir pretendo colocar al pueblo en que estamos con-
 gregados, en el número de los muchos inconsiderados é indo-
 lentes, que no saben sentir ni considerar el bien que pierden
 en la muerte de los justos que han producido? ¿Acaso vengo
 á satirizarlo por la insensibilidad que mostró en la muerte de
 un gran justo, á quien tuvo la honra de dar el nacimiento
 y educacion? ¿Acaso intento reprehender así á este como á los
 demas pueblos de Sanabria por la indolencia que manifestaron
 en la muerte de un célebre compatriota, que con sus fervo-
 rosas oraciones libraba á su patria de muchos castigos justa-
 mente merecidos por sus culpas, que con su gran mérito y
 virtud la sostenia, y que con las buenas obras, y con las es-
 tupidas maravillas que obró en países distantes, la ennoble-
 ció sobremanera, haciendo que los extraños reconociesen por
 bueno un terreno que daba tan bellos frutos? ¿Acaso es mi
 ánimo reconvenirlos con las demostraciones de dolor que la
 Ciudad de Sevilla dió en su muerte, ó avergonzarlos con las
 magníficas fúnebres exêquias, que solemnizadas con la concur-
 rencia de este numeroso Pueblo, ofrecieron muy en breve los
 carísimos Hermanos del difunto á su memoria? A la verdad
 que serian dignos de todo esto, si no fueran las muchas y
 graves causas que los disculpan.

Si, Pueblos sanabreses, y tú particularmente, Pueblo de
 Sotillo, que como mas interesado en la conservacion de este
 tu ilustre Hijo, debias ser el primero en las demostraciones
 del mas vivo sentimiento por su pérdida, dignos seriais de
 qualquiera amarga censura y reprehension por el porte y con-
 ducta indolente que manifestásteis en la falta del sugeto de
 quien os hablo, si no mediaran para excusaros en parte al-
 gunos motivos razonables. A no intervenir estos, yo os diria
 sin el menor rebozo, y con la libertad santa con que debe
 hablar un Ministro de la palabra divina, ó que érais insen-
 sibles, pues no os hacian impresion alguna vuestros mayores
 males, ó que érais quando ménos unos injustos apreciadores
 del bien verdadero, pues la pérdida de uno de los mas gran-
 des que podiais lograr en esta vida, no os habia parecido
 digna de vuestras lágrimas, ni tampoco de vuestra conside-
 racion.

¿Ignorábais que lo era para vosotros vuestro paisano el Venerable Hermano Fr. Santiago Fernandez y Melgar de la Purificacion, Hijo el mas ilustre y esclarecido de este pueblo? ¿No sabíais que miéntras vivió en él, que fué hasta casi su completa juventud, era un exemplar de virtud aun para los ancianos, un corrector caritativo de los defectos de sus iguales, un maestro de los ignorantes, un padre tierno de los necesitados, un consolador oportuno de los enfermos y moribundos, y para con Dios un mediador de todos? ¿Y que ausente de él y de toda esta su patria, procuró para esta y para aquel las mas grandes ventajas con el mérito de sus heroycas virtudes, con la eficacia de sus fervorosas oraciones, y con las estupendas maravillas que el Señor obró á favor de muchos por su respeto?

Dime, pues, amado pueblo mio, ¿no debería esto bastar para que luego que te llegó la infausta noticia de la muerte de este ilustre Hijo tuyo, acaecida en Sevilla el dia diez y ocho del mes de Enero del año de mil setecientos noventa y quatro, te cubrieras de luto y de ceniza en demonstracion de tu dolor? ¿No era muy razonable que lloraras amargamente esta pérdida tan grande, como lo hizo Judá y Jerusalem al primer anuncio de la que padeciéron en la muerte de otro hijo suyo el piadosísimo Rey Josías (1)? ¿Y que no contento con esto convocases á los cantores y cantoras de los demas pueblos del pais para que sobre él repitiesen endechas fúnebres, como lo practicaban con aquel santo Rey todos los años los cantores y cantatrices de Israel (2)? Decidme tambien vosotros, pueblos de Sanabria, ¿no era muy debido executáseis igualmente esto mismo, habiendo para ello razones tan justificadas? ¿No era muy justo que acompañáseis á este pueblo en los lamentos que debia naturalmente producirle la consideracion de su desgracia? Decidme en fin todos: ¿no era muy conforme á razon, que despues de haber dado el correspondiente tiempo al desahogo de vuestras lágrimas, convocáseis á vuestros sacerdotes y eclesiásticos, que entonando fúnebres cánticos al Dios vivo en memoria de vuestro paisano difunto, fuesen á un mismo tiempo un socorro y alivio para su alma, caso de aun necesitarlo, y un auténtico testimonio del aprecio que de él hacíais, y él os tenia merecido?

(1) 2. Paral. 35. 24. (2) Ibid. 25.

Nada de esto habeis executado en los quatro años y medio largos que desde la muerte de este varon grande van corriendo: y el justo dolor que la pérdida de un compatriota tan illustre debia naturalmente producirnos, de ningun modo nos lo habeis hecho sensible y manifesto. ¿Quien, al reflexionar tan indolente conducta, no diria que vosotros mirais la muerte de los justos con los ojos con que la miran los Impíos, los quales tienen la santa vida de los buenos por locura, y el fin de ellos por deshonor (1)? ¿Quien no creeria á lo ménos que habíais llegado al colmo de la insensibilidad al notar vuestro ningun sentimiento en la muerte de un sugeto tan recomendable, que tenia con vosotros y vosotros con él las mas íntimas y estrechas relaciones? ¿Y quien no se persuadiria habíais llegado á lo sumo de la ingratitude, viendo vuestra ninguna manifesta correspondencia á los innumerables beneficios por su medio de la misericordia y bondad de Dios por vosotros recibidos? Lloráron su muerte los moradores de Sevilla con quienes no tenia relacion alguna, ni de parentesco, ni de patria: corrieron en tropas los pueblos comarcanos, despoblándose para venir á tributarle difunto sus respetos: en fin mostráron los extraños el mas vivo interes en obsequiarle, ya en su muerte, dando en ella señales muy expresivas del acerbo dolor de que estaban sus corazones penetrados, ya en sus funerales exéquias, cooperando cada uno respectivamente á que estas se celebrasen con el mas magnífico aparato; y vosotros hijos con él de una comun patria, y muchos enlazados tal vez con los vínculos de un mas ó ménos propinquo parentesco, no habeis usado con él ninguna de estas tan debidas atenciones. ¿No tendria el mucha razon para quejarse de vosotros, como David, y echaros en rostro, que habiéndole tratado los extraños como á propio, vosotros le hubiéseis tratado como á extraño? *Extraneus factus sum fratribus meis, et peregrinus filiis matris meae* (2). Parece que sí: y que por esta y otras razones podria qualquiera acriminar justamente vuestra conducta, acusándola de villana ó indolente.

Pero no: yo tengo motivos muy justos para disculpar esta al parecer indolencia que mostrásteis en la muerte de este illustre compatriota: porque sé muy bien la poca ó ninguna

[1] Sap. 5. 5. [2] Psal. 58. 9.

impresion que hace en nosotros la pérdida aun de los mas grandes bienes, quando estos nos son del todo, ó casi enteramente desconocidos. ¿Que mayor bien que la gracia divina santificante, la qual nos hace herederos de la Gloria, é hijos adoptivos del Altísimo? Y con todo ¿quantos no son los hijos de los hombres que con sus pecados pierden continuamente este bien, sin mostrar sentimiento alguno por esta pérdida? ¿Que mayor bien que la virtud, con la qual nos hacemos semejantes á Dios, segun la doctrina del Angélico (1)? Y con todo ¿quantos son los que miran su falta con la mas monstruosa indiferencia? ¿Que mayor bien, en fin, que el mismo Dios, que es el Bien sumo é infinito? Y con todo ¿quan innumerables no son los que para siempre lo pierden, no solo sin sentimiento de haberlo perdido, sino mostrándose como contentos y gozosos en perderlo (2)? Esto lo estamos viendo en infinitos que se honran con el titulo y nombre de Christianos: y es porque no conocen, ó no conocen bien, ni el precio de la divina gracia, ni la hermosura de la virtud, ni la grandeza é inmensidad de bienes que encierra en sí nuestro Dios y sumo Bien.

Ah! si vosotros hubiéseis conocido el que perdisteis en la muerte de este ilustre compatriota! Ah! si hubiéseis podido penetrar el interior retrete de su alma para ver la variedad hermosa de virtudes con que la tenia embellecida! Ah! si hubiéseis entrado en el huerto cerrado de su corazon para percibir la fragancia de exquisitos espirituales aromas con que recreaba á su dilectísimo Esposo Jesu-Christo! Ah! si hubiéseis llegado á saber el mérito de este justo para con Dios, y que el Señor le conservaba en el mundo para instrumento de sus misericordias! Ah! si, en fin, hubiéseis sido testigos de los prodigios, milagros y maravillas que el Señor obró por medio suyo, no ménos en los cinquenta y mas años que vivió fuera de esta su patria, que en su muerte, como lo fué Sevilla y sus pueblos comarcanos! ¿Quien puede dudar que como ellos hubiérais derramado en su muerte muchas lágrimas, que hubiérais sentido muy vivamente esta pérdida, que os hallaríais consternados por la falta de un paisano tan ilustre, y que para manifestarle vuestros respetos y el digno aprecio en que

[1] *Div. Thom.* 1. 2. qu. 61. art. 5. (2) *Prov.* 2. 14.

le teníais, se hubiera visto en vosotros una conmoción universal?

No, no me permite dudarle vuestra piedad: y la conmoción sola que ha causado en todos estos Pueblos la noticia de que iban á celebrarse las exéquias fúnebres que hoy á su memoria ofrecemos, lo testifica bien patentemente. ¿Quién no sabe, que luego que se comunicó á algunos Individuos de este venerable Clero esta noticia, se propagó con tal celeridad, que en muy breves dias se sabia ya en todos los rincones de Sanabria, y aun en otros pueblos mas distantes? ¿Quién no vió escrito en el semblante de los sanabreses el regocijo que habia producido en sus corazones una noticia tan plausible para ellos? ¿Quién no notó en sus respetables Cuerpos una devota competencia, queriendo cada qual exceder á los otros en las demostraciones del afecto que á su paisano difunto profesaban? ¿Quién no advirtió la santa impaciencia con que esperaban todos este dia señalado para sus Honras? Pruebas todas nada equívocas de las demostraciones de afecto con que lo hubieran honrado en su muerte, si se hubiesen hallado en diferentes circunstancias.

Verdad es que esta memoria que ofrecemos, y con que honramos hoy á nuestro paisano difunto, parece viene ya tarde despues de quatro años y medio que ha fenecido, por haber sido infructuosas las diligencias de algunos sus devotos, que deseáron vivamente, y solicitaron se le hiciese quanto ántes tan debido obsequio. Pero ¿quien es el que no venera en esto mismo los ocultos designios de la Providencia de Dios, que así lo quiso disponer para que fuese mas honrado su fiel siervo? ¿Quién no ve que el atraso que por varios accidentes han padecido estas fúnebres exéquias, ha sido causa de que ellas fuesen mas memorables, mas autorizadas y solemnes?

Lo son, y mucho, por la concurrència del inmenso pueblo, que con el mayor gozo veo congregado, y que se compone, ya de nobles, ya de plebeyos: ya de ricos, ya de pobres: ya de artesanos, y ya de labradores de todos los Pueblos de Sanabria, que por obsequiar á su santo paisano, y oír la relacion de sus virtudes, han abandonado en el tiempo del mayor apuro sus eras y sus campos. Lo son mucho mas por la asistencia del respetable Senado, é ilustre Ayuntamiento de la muy noble y muy leal Villa de la Puebla, á quien está

confiado el gobierno de estos pueblos y la administracion de la justicia. Lo son aun mucho mas por la asistencia de esa venerable Clerecia, y de la piadosísima Hermandad fundada en ella, que en ese magnífico tùmulo que ha erigido, y que presenta hoy á nuestra vista, nos recuerda á un mismo tiempo la grandeza del sugeto que representa, y el tùmulo secreto que cada uno de sus individuos le tiene ya formado en su corazon. Lo son igualmente por la asistencia de las dos santas y sabias Comunidades Religiosas de este pais, es á saber, la Comunidad y Colegio mayor de PP. Bernardos de S. Martin de Castañeda, y la Comunidad de Religiosos Observantes de N. S. P. S. Francisco del convento de S. Buenaventura de la Puebla: sin contar otros muchos eclesiásticos forasteros que han concurrido movidos de su piedad y devocion. Pero lo son sin comparacion mucho mas por la asistencia de Nro. Illmo. Prelado, devoto el mas amartelado de nuestro venerable paisano, y el promotor mas insigne de sus glorias. Su venida á estos pueblos por este tiempo quizá habrá parecido á algunos, ó casual, ó intempestiva; pero yo tengo por cierto que la divina inescrutable Providencia fué la que dirigió ocultamente sus pasos, para que honradas con su presencia estas fúnebres exêquias y la relacion que se va á hacer de las virtudes de su santo diocesano, fuese eterna en ellos su memoria.

Sí lo será: porque si ha de perecer para siempre de la tierra la memoria del pecador y del impío, como se lee en el libro de Job (1); la memoria del justo será eterna, como nos lo asegura el Real Profeta: *In memoria aeterna erit justus* (2). ¿Dudais acaso que lo fuese nuestro venerable paisano Fr. Santiago Fernandez y Melgar de la Purificacion, Religioso Lego que fué en el convento de Nra. Sra. del Pópulo, extramuros de Sevilla, de PP. Recoletos Descalzos del Orden del gran Padre y Doctor de la Iglesia el Señor San Agustin? Pues estadme atentos á la narracion histórica y panegírica que voy á hacer de su vida y de sus virtudes, y no dudaréis entónces que lo fué. Veréis el esmero con que guardaba la Ley santa del Señor, el cuidado que tenia de aprender las obligaciones de su estado, la escrupulosa exâctitud con que las practicaba, y el temor que tenia de ofender á Dios en lo

mas

(1) Job. 18. 17. (2) Psal. 111. 7.

mas mínimo. Veréis como procuraba cumplir en todas las cosas la divina voluntad, como se moderaba y humillaba en los sucesos prósperos, como se resignaba en los adversos, y como aspiraba siempre á lo mas perfecto de las virtudes, segun el consejo del Apóstol: *Æmulamini autem charismata meliora* (1). Veréis como reunió en su persona en un grado muy alto las virtudes que hicieron tan célebres á los Patriarcas y Justos de la antigua Ley, la inocencia de un Abel, la justicia de un Noé, la fe de un Abraham, la obediencia de un Isaac, la piedad y religion de un Jacob, la castidad de un Joseph, la sencillez, rectitud y paciencia de un santo Job, la mansedumbre de un Moyses y de un David, el zelo de la honra de Dios de un Elías y un Phinées, la misericordia y liberalidad con los pobres de un Tobías, y el deseo de la conversion y salvacion de las almas de un San Pablo. En fin, veréis un práctico exemplar de virtudes para los justos, un modelo vivo de penitencia para los pecadores, y para todos un dechado de la mas alta perfeccion, y un estímulo el mas poderoso para emprehender el camino de la virtud, como os lo voy á mostrar muy brevemente.

Pero ántes de todo, quiero traerlos á la memoria al santo Caleb, de quien para su mayor elogio nos dice el Espíritu Santo estas palabras: „El Señor dió á este fortaleza, y se conservó en vigor hasta la vejez para subir á un lugar elevado de la tierra, y su posteridad lo poseyó por herencia: para que viesen todos los hijos de Israel que es bueno, no obedecer al Santo Dios”: *Dedit Dominus ipsi Caleb fortitudinem, et usque in senectutem permansit illi virtus, ut ascenderet in excelsum terre locum, et semen ipsius obtinuit hereditatem: ut viderent omnes filii Israël, quia bonum est obsequi sancto Deo.*

Fué Caleb de una eminente virtud, muy obediente á los órdenes de Dios, y uno de los doce Exploradores que embió Moyses desde el desierto de Pharan á registrar la tierra de Canaan prometida á sus padres, y de la que ya queria el Señor tomasen los Israelitas posesion (2). El fué entre todos el que únicamente con Josué, á la vuelta de su viage, hizo al pueblo una relacion fiel y verídica de las hermosas quali-

(1) 1. Cor. 12. 31. (2) Num. 13. 4. 7.

dades de aquel fertilísimo país: el que desmintió la falsa que sus malos compañeros habían hecho de sus circunstancias (1): el que hizo los mayores esfuerzos para desvanecer los temores del pueblo, que amedrentado con las dificultades de conquistarlo, abultadas demasiado por los Exploradores infieles, trataba ya de erigirse un nuevo caudillo, volverse otra vez para Egipto, y abandonar la Tierra de Promision (2). El fué el único que apaciguó el alboroto del pueblo contra Moyses y Aaron, como mas animoso y lleno de zelo que Josué (3): el que lo animaba á subir á poseer aquella Tierra, moviéndolo á ello con palabras y con obras: y el que lleno de magnanimidad y confianza, y de una fe robustísima en las divinas promesas, sostuvo y afianzó los créditos del poder divino para destruir á los impíos Cananeos sus enemigos (4). El fué finalmente de quien el mismo Dios afirmó, que lleno de aquel espíritu que debía tener un verdadero Israelita, le había seguido quando los demas le habían generalmente abandonado (5): y que él con su fiel compañero el gran Josué, hizo misericordia en los dias de Moyses, haciendo frente al enemigo, apartando al pueblo de los pecados especialmente los de sus continuas murmuraciones contra Dios y los de sedicion y rebelion á su legítimo caudillo, procurando reducirlo á la obediencia de su Legislador, y esforzándolo á pelear valerosamente contra los que pretendiesen impedirles la entrada y posesion de aquella Tierra (6).

No veis ya en esta pintura una idea de lo que, segun nos manifiestan los documentos que tenemos de su vida, fué nuestro venerable paisano Fr. Santiago? Sin duda alguna: porque él en medio de tantos hombres impíos, de tantos hombres afeminados y cobardes que rehusan la pelea y la fatiga indispensable para conquistar la verdadera Tierra de Promision, que lo es la Gloria (7): en medio de tantos Libertinos é Incrédulos que no quieren dar crédito alguno á la Palabra Divina, ni á las infalibles soberanas promesas hechas á los hijos verdaderos del Excelso: en medio de tantos Filósofos seductores que ignorando los sacramentos de Dios y sus juicios, como de los antiguos Impios lo afirma la Divina Sabiduría (8), intentan

(1) *Ibid.* 32. *Alap. hic.* (2) *Num.* 14. 4. 9. (3) *Num.* 13. 31. *Alap. hic.* (4) *Josué* 14. 12. *P. Scio, hic.* (5) *Num.* 14. 24. *P. Scio hic.*

(6) *Eccli* 46. 9. (7) *Matth.* 11. 12. *D. Hieron. in hunc loc.*

(8) *Sap.* 2. 22.

con sus falsas narraciones ó sus fábulas apartar á los verdaderos Israelitas, que son los Christianos Catolicos, del camino que con seguridad los conduce á la Tierra de los vivientes, donde solo pueden hallar su felicidad perfecta y verdadera: en medio de tantos sediciosos y rebeldes, que sacudiendo ellos primero el yugo de su Dios y de su Ley santa, y tascando como caballos indómitos el freno que los contenia en su deber, procuran hacer en todas partes prosélitos ó partidarios de su desatinado modo de pensar: en medio de tantos hombres revoltosos y turbulentos, á cuyos oidos la relacion de motines, alborotos, tumultos y sediciones de los pueblos contra sus Potestades legítimas es la música mas armoniosa y agradable, y que no tienen otro designio que el que rebelándose contra los legítimos Superiores que á nombre del Señor en ámbos fueros los gobiernan, se erijan nuevos caudillos que los conduzcan al Egipto de sus vicios: en medio, digo, de tantos afeminados Christianos y de tanta chusma de sofistas y rebeldes de que ha abundado este desgraciado siglo, nuestro venerable Fr. Santiago, á la manera que el justo Lot entre los nefandos moradores de Sodoma, ó que el santo Daniel entre los Idólatras babilonios, se mantuvo siempre fidelísimo á su Dios: le siguió perfectamente: apartó á los malos de sus errados caminos: obedeció constantemente al Señor: y procuró que otros lo hiciesen.

Por eso Dios le dió como á Caleb, bien que en sentido diferente, una grande fortaleza que conservó hasta en su venerable ancianidad para subir como él á un lugar muy eminente y elevado: *Dedit Dominus ipsi fortitudinem, et usque in senectutem permansit illi virtus, ut ascenderet in excelsum terræ locum.* Bien la necesitaba nuestro Venerable en estos tiempos de tanta corrupcion é impiedad para superar los obstáculos que los malos Christianos con sus depravados exemplos, y los Libertinos con sus sofismas, oponen á los que quieren subir al lugar excelso, figurado por aquel que el Señor dió á Caleb en la Tierra de Promision, y que tuvo que conquistar á fuerza de armas.

Dióle tambien como á él en posesion una herencia muy pingüe y ventajosa para premiar su fidelidad á Dios y la obediencia á sus preceptos: para que los hijos de la Iglesia viesen lo bueno que es servir á Dios y obedecerle: *Et ipse*

obtinit hereditatem: ut viderent omnes filii Israël, quia bonum est obsequi sancto Deo. No necesitaba ménos poseer esta herencia feliz y afortunada, para hacer ver por experiencias sensibles las ventajas de la virtud, y estimular con ellas á seguirla á tantos Christianos débiles y flacos en la fe de las divinas promesas como hay en estos tiempos de la desconfianza.

Expliquémonos con mas claridad. La fortaleza y vigor corporal dado á Caleb en premio de su fidelidad y obediencia, figuraba el auxilio fuerte y poderoso de la divina gracia, que Dios da á sus Escogidos: el lugar excelso ó monte elevado á donde subió este valeroso caudillo ayudado de las fuerzas corporales que le acompañaban, figuraba la altura y sublimidad de la perfeccion, como de lo que en este punto nos enseñan los SS. PP. (1) lo colegimos: y la herencia que Caleb por sí, como se lee en el libro primero de los Machabeos (2), y por medio de su descendencia, segun el Eclesiástico, poseyó en premio de su fe en la Tierra de Promision, ó de Canaan, que fuéron las ciudades de las montañas de Hebron con sus amenísimos valles y fertilísimas campiñas, representaba no solo la herencia ó retribucion eterna que los justos en premio de sus virtudes han de poseer por medio de sus buenas obras en la Tierra de los vivientes, ó en la Patria (3), sino igualmente la plenitud de bienes espirituales, y aun los convenientes corporales, que les suele conceder Dios en este miserable destierro para animarlos y encenderlos mas en el deseo de los eternos (4).

¿Y quien no advierte ya que el Señor en premio de la fidelidad con que le siguió nuestro Venerable, le dió el auxilio eficaz y poderoso de su divina gracia, que le conservó y con aumento hasta su vejez, para que subiese al lugar excelso de la perfeccion christiana y religiosa? ¿Y quien no reflexiona que el mismo venerable siervo de Dios consigió en premio

(1) *Div. Hilarius, Basilii, Hieronymus, et Origenes apud Sylvam Allegoriarum: verbo Fortitudo, Virtus, Altitudo, Altum. Div. August. Lib. 1. de Serm. Domini in monte, cap. 6.* (2) *1. Mach. 2. 56.*

(3) *Alap. in Genes. Cap. 13. y. 15. Div. Aug. Lib. 26. De Civit. Dei, Cap. 21. P. Scio in dictum Cap. et vers. et in Cap. 17. y. 8. not. 5.* (4) *Vid. Div. Ambros. Lib. 2. De Abraham Cap. 7. et Div. Greg. Hom. 32. in Evang.*

de su virtud y de su fe, y poseyó por medio de sus buenas obras, no solo la herencia de la eterna Bienaventuranza que ya goza, segun piadosamente lo creemos, sino tambien una grande multitud de bienes espirituales y corporales conducentes á su salvacion, para que los hijos de la Católica Iglesia vean quanto les importa servir á Dios y seguir el partido de la virtud?

Sí, pueblo amado, todo esto lo podemos demostrar en nuestro venerable paisano Fr. Santiago y aplicarle en el sentido místico las palabras con que el Espíritu Santo elogió á Caleb por boca del Eclesiástico: *Dedit Dominus ipsi fortitudinem, et usque in senectutem permansit illi virtus, ut ascenderet in excelsum terræ locum, et ipse obtinuit hereditatem: ut viderent omnes filii Israël, quia bonum est obsequi sancto Deo.* Para haceros ver todo esto con la claridad posible dividiré el asunto de este sermón fúnebre en las dos partes que son necesarias para llenar la idea del tema ya propuesto: y á fin de hacerlo mas práctico diré de este modo:

Que nuestro venerable paisano Fr. Santiago Fernandez y Melgar de la Purificacion, aprovechándose de los auxilios fuertes y poderosos de la gracia que Dios le dió, y que le conservó hasta su vejez y su muerte, subió y llegó efectivamente al lugar excelso de una muy elevada perfeccion: *Dedit Dominus ipsi fortitudinem, et usque in senectutem permansit illi virtus, ut ascenderet in excelsum terræ locum.* Primera Parte.

Que él, recibiendo de Dios en recompensa de su obediencia y de su fe, y poseyendo como en herencia unos bienes capaces por su multitud y grandeza de causar la mayor envidia ó emulacion, hizo ver con ellos en sí mismo á todos los hijos de la Iglesia, que no hay ni puede haber mayor bien como el obedecer al Señor, y dedicarse con todo esfuerzo á su servicio: *Et ipse obtinuit hereditatem: ut viderent omnes filii Israël, quia bonum est obsequi sancto Deo.* Segunda Parte.

En suma, un dechado de la mas alta perfeccion en virtudes christianas y religiosas, y un estímulo poderoso para incitarnos á la virtud ó á obrar el bien, es quanto descubro en la vida de nuestro venerable paisano Fr. Santiago, y quanto tengo que manifestar de él en la presente ocasion para gloria de Dios y su alabanza.

Conozco que esta no parecerá bien en mi boca : porque no es vistosa , ó no parece bien en la boca de un pecador grande , qual soy yo , la alabanza de Dios (1), á quien se alaba quando se alaban sus Santos. Sé muy bien que no debe meterse á dar lecciones de virtud , quien apénas la conoce. No ignoro que es impropio el hablar de perfeccion , á quien , teniendo tantas obligaciones para ello , no ha dado aun para conseguirla el primer paso. Confieso me llena de rubor y confusion este conocimiento ; pero á pesar de él , y del que igualmente tengo de mi profunda ignorancia é insuficiencia para tan arduo empeño , lo he emprendido no obstante por satisfacer en parte las ansias de obsequiar en algun modo á mi venerable y amabilísimo paisano : movido de las insinuaciones del devotísimo Prelado que está presente , favor que no podia merecer : y confiado sobre todo en que el Señor me ha de comunicar el auxilio por medio de este su fidelísimo siervo.

Ni deberá sorprehenderos el que el Señor me conceda á mí esta gracia , y que se digne poner en mi boca palabras con que alabar á este gran Justo : porque no es nuevo en él el perfeccionar la alabanza en la de los parvulitos é ignorantes (2) , ni el hacer que muy grandes pecadores profeticen (3) ; y ya hubo vez en que puso en la boca de un jumento palabras de razon y buen sentido (4). Ni tampoco deberéis extrañar el que un paisano del venerable difunto , con cuya qualidad me honro , se haya tomado el cargo de elogiarle : pues á un San Ambrosio y á un San Bernardo no les pareció ageno de sí el pronunciar los fúnebres elogios de Satyro y Gerardo , no solo paisanos sino hermanos , el primero de aquel y el segundo de este (5). Ni temais finalmente el que por este motivo , ó semejantes , me exceda en lo que dixere de sus virtudes , ni que las amplifique mas de lo justo , ni ménos el que finja las que no hay á fin de hacer al venerable difunto mas recomendable. No , hermanos mios , no tengais esos temores : porque ademas de que este seria un crimen enorme y un hecho totalmente ageno de la santidad del ministerio en que me ocupo , no necesita el Héroe que os presento

(1) *Eccli. 15. 9.* (2) *Psal. 8. 3. P. Scio, hic.* (3) *Num. 23. et duob. seq. Joan. 11. 51. P. Scio hic.* (4) *Num. 22. 28. P. Scio hic.*

(5) *Div. Ambr. in obitu Satyri fratris. et Div. Bern. Serm. 26. in Cantis.*

de un falso honor, para usar la expresion que al mismo intento, aunque aplicada á otro sugeto, usa el P. S. Bernardo (1). Yo sé bien que por mucho que lo alabe, siempre quedaré en la alabanza inferior á su verdadero mérito, como de San Basilio lo afirmó en ocasion semejante su íntimo amigo, paisano, condiscípulo y panegirista San Gregorio Nacianceno (2).

Ah! si nuestro Venerable lograra hoy un panegirista tan ilustre! Ah! si por lo ménos volviera á serlo, y ocupara hoy el lugar que tan indignamente yo ocupé, aquel santo y sabio panegirista suyo en otro tiempo el M. R. y V. P. Fr. Diego Josef de Cádiz, bien conocido por su sabiduría y virtud, y por sus Misiones apostólicas! Pero ya que esto no puede ser, ni podemos lograr esta fortuna, procuraré á lo ménos imitarle lo que pueda: y mi mayor gloria y felicidad seria el poderle seguir todos sus pasos. Antes de dar alguno en mi asunto, protesto que ni en lo que he dicho hasta aquí, ni en lo que hubiere de decir en adelante acerca de nuestro venerable Fr. Santiago, pretendo se me dé mas crédito que el que merece una fe humana: y que ni en la relacion de milagros, ni revelaciones, ni otras cosas de esta naturaleza, como ni en los nombres que le doy de Justo y Santo, ú otros semejantes, es mi ánimo prevenir el juicio infalible de la Iglesia, ó de la Silla Apostólica, ni contravenir en lo mas mínimo á los varios Decretos que sobre este punto han dimanado de los Sumos Pontífices, á cuyas sabias disposiciones ahora y siempre me someto. Despues de esta humilde protesta que hago con la boca y con el corazon, es ya tiempo de que entremos en nuestro asunto: y para que mejor se perciba lo que hubiere de decir, explicarémos por punto de Doctrina Christiana lo que es la Perfeccion, de quantas maneras es, á quienes, y en que manera les obliga (3).

La Perfeccion de la vida christiana no es otra cosa que

(1) Ep. 174. num. 2. (2) *Monodia, seu Orat. fúnebr. in laud. S. Basilii, in principio.* (3) *La Doctrina que aquí se explica, está deducida respectivamente de los Autores siguientes: Sto. Thom. 1. 2. q. 24. 184. 186. y Cay. sup. his loc. Lapuente, tom. 3. de los Estados, trat. 1. cap. 2. Echarrí añadido, part. 8. trat. 1. §. 1. y 2. Sobre todo el P. Scaramelli, Directorio Ascético, tratado 1. artículo 1. y 2., y muchos SS. PP., DD. de la Iglesia y Teólogos Ascéticos que allí cita.*

el estar el alma unida con sus afectos y potencias á Dios, que es su último fin : y como esta union es efecto formal de la Caridad , de aquí es que en esta virtud se debe constituir la esencia de la Perfeccion.

Pero para mayor claridad , se debe dividir la Perfeccion, como efectivamente la dividen los Teólogos , en *substancial é instrumental*. La Perfeccion *substancial* consiste esencialmente en la virtud de la Caridad y en la práctica de los dos preceptos que contiene : uno *principal*, que es amar á Dios sobre todas las cosas por ser quien es , otro *ménos principal*, que es amar á nuestros próximos como á nosotros mismos por amor de Dios. La Perfeccion *instrumental* consiste en la práctica de aquellas cosas que son como medios ó instrumentos para conseguir , conservar ó aumentar la Perfeccion *substancial*: quales son los demas Mandamientos, las Virtudes morales, los Consejos evangélicos y qualesquiera obras buenas de supererogacion.

La Perfeccion *instrumental* se divide en dos : una *de precepto*, otra *de consejo*. La Perfeccion *de precepto* consiste en la práctica de aquellas cosas que quitan los óbices ó impedimentos que son contrarios á la Caridad , y que la matan del todo , ó que la amortiguan y afean : quales son los pecados mortales y veniales respectivamente. Tal es la guarda y cumplimiento exácto de los Mandamientos de la Ley de Dios y de la Iglesia , y la práctica de aquellas virtudes cuyo ejercicio nos está mandado baxo de grave ó leve obligacion. La Perfeccion *de consejo* consiste en la práctica de aquellas cosas que quitan los óbices ó impedimentos del fervor de la Caridad y de sus nobles ejercicios , aunque no sean contrarios á ella en el modo arriba dicho. Tal es la práctica de las Virtudes morales en aquel grado ó grados relevantes á que no estamos obligados , la de los Consejos evangélicos , y la de otras qualesquiera obras buenas de supererogacion hechas con el fin de amar mas á Dios por ser quien es , y al próximo por Dios, tanto en esta vida, como en la venidera.

Esta segunda Perfeccion es de dos maneras : una que es *propia de los que profesan el Estado Religioso*, y otra que *pertenece á los que no profesan este Estado*. La primera consiste en la guarda exácta de los tres Consejos evangélicos, Obediencia , Pobreza y Castidad votados solemnemente , y en el puntual cumplimiento de la Regla , Leyes , Estatutos, Cons-

Constituciones, costumbres, ó modo de vida que en cada Religion se profesa, y que la Iglesia nuestra Madre tiene aprobado. La otra consiste en la guarda de alguno, muchos ó todos los Consejos evangélicos no votados, ó á lo ménos no con aquella solemnidad con que lo hacen los Religiosos, y en la práctica de aquellas virtudes y obras buenas que son de pura devocion.

La Perfeccion *substancial* no consiste en indivisible, esto es, en cosa que no pueda aumentarse ó disminuirse: pues la Caridad, que es su esencia, no consiste tampoco en indivisible, sino que es capaz de aumento, y de disminucion. De consiguiente la Perfeccion *substancial* ó *esencial* de la Caridad tiene sus grados: los quales se reducen á tres, *ínfimo*, *medio* y *supremo*. El grado *ínfimo* consiste en que no se ame á alguno mas que á Dios, ó contra Dios, ó igualmente que á Dios. El *supremo* consiste en un actual y continuo exercicio del amor de Dios, el qual ha llegado ya á la plenitud posible. El *medio* consiste en que removidos los obstáculos que impiden el fervor de la Caridad, y adquiridas las debidas disposiciones que lo introducen, puedan de este modo exercitarse con facilidad y con ardor los actos de esta divina virtud, aunque no sea con aquella plenitud y continuacion que en el grado *supremo*.

En el grado *ínfimo* de Perfeccion *substancial* está qualquier pecador ó pecadora que acaba de arrepentirse y ponerse en gracia de Dios. En el *supremo* están todos y solos los Bienaventurados que continuamente están amando á Dios, así como sin interrupcion lo están gozando. Y en el *medio* están los que teniendo ya domadas sus pasiones y apetitos, y adquiridas muchas virtudes, exercitan con facilidad y prontitud los actos de amor de Dios y del próximo, aunque, segun va dicho, no sea con aquella plenitud y continuacion que los Bienaventurados, á causa de la condicion, ocupaciones y distracciones de esta miserable vida.

En la Perfeccion así *substancial* ó *esencial*, como en la *instrumental* que es propia de esta vida, distinguen los SS. PP. tres grados, que forman en los sugetos en quien residen tres Estados de algun modo entre sí diversos: que son, Estado de *Principiantes*, Estado de *Aprovechantes* y Estado de *Perfectos*: á los que corresponden las tres Vias del espíritu que señalan los Místicos, es á saber, Via *purgativa*, Via *iluminativa* y Via *unitiva*.

El Estado de *Principiantes* es propio de aquellos que están sí en gracia de Dios, pero que teniendo las pasiones muy vivas se ven precisados á combatir incesantemente con ellas para mantener en pié la Caridad vacilante por los asaltos y golpes freqüentes que la dan sus apetitos no mortificados. A este Estado corresponde la *Via purgativa*, á la que compete purgar el alma de los pecados cometidos, destruir y combatir los hábitos viciosos contraídos en la vida pasada, y moderar las pasiones aun rebeldes y tumultuantes. El Estado de los *Aprovechantes* es propio de aquellos que han reprimido y sosegado en parte el orgullo de sus pasiones, que se abstienen con facilidad de todo pecado mortal, que se ejercitan ya con vigor en las Virtudes morales y teologales; pero que no tan fácilmente se abstienen de pecados ligeros por causa de los afectos y apetitos que no están en ellos bien domados, ni bastantemente abatidos. A este Estado corresponde la *Via iluminativa* en la que, hallándose mayor luz de las cosas de Dios, tira el hombre con todo esfuerzo al exterminio de las pasiones, y está todo embebido en el ejercicio de las sólidas virtudes. El Estado de los *Perfectos* conviene á aquellos que han vencido ya sus pasiones, que con facilidad se abstienen de todo pecado, no solo mortal, sino venial deliberado, y que ejercitan fácilmente los actos de las virtudes, especialmente los de la divina Caridad, aunque sean dificultosos. A este Estado corresponde la *Via unitiva*, en la qual el alma reducida á una tranquilidad suma de apetitos y pasiones, fácilmente se une á Dios con el vínculo del santo amor.

Supuestas todas estas divisiones necesarias para la mayor inteligencia de lo que es la Perfeccion, es doctrina cierta que ninguno, á excepcion de los Señores Obispos y Prelados mayores de la Iglesia, está obligado á poseer efectivamente en esta vida la Perfeccion *substancial* de la Caridad en aquel grado *medio* que arriba dexamos explicado: y que basta á qualquiera para salvarse el poseerla en el grado *ínfimo* suyo, que tambien dexamos definido. Es igualmente doctrina cierta, que todos los Religiosos y Religiosas de qualesquiera Orden que sean, aunque no estén obligados á poseer la Perfeccion *substancial* de la Caridad en su grado *medio*, como lo están los Señores Obispos y Prelados mayores de la Iglesia, tienen no obstante obligacion estrecha con pena de pecado mortal, de as-

pirar y caminar á dicha Perfeccion *substancial*, y como disposicion para esta á la *instrumental* que es *propia de los que profesan el Estado Religioso*. Es finalmente doctrina cierta que los que *no profesan el Estado Religioso*, ó sean los Señores Seglares de qualquiera condicion, estado, dignidad, ú oficio, están obligados á aspirar y caminar á la mencionada Perfeccion *substancial* de la Caridad, no por aquellos medios arduos que son *propios del Estado Religioso*, sino por los que son *comunes á todos los Christianos*: quales son la cumplida observancia de los Mandamientos de Dios y de la Iglesia, el puntual desempeño de las obligaciones de su estado ú oficio, la guarda de los preceptos ó naturales, ó divinos, ó humanos que obligan á mortal ó venial, la práctica de aquellas virtudes que nos están mandadas baxo de la misma obligacion, y en fin la execucion de aquellos medios santos que, aunque no estén expresamente mandados, no puede conservarse sin ellos, á lo ménos por mucho tiempo, la Caridad.

Acerca del pecado que cometen los Christianos seculares que faltan á la obligacion dicha, hay quien los condena solamente á pecado venial, y hay quien los condena á mortal; pero lo que no tiene duda es, que un Christiano que satisfecho de no caer en culpas graves, no tuviese á lo ménos un propósito, ó intencion general de abstenerse de culpas veniales, en quanto lo pueden soportar las débiles fuerzas de la naturaleza ayudadas de la gracia: que no levantara la mira aun mas alta á las obras de supererogacion que, aunque no son mandadas á todos con precepto riguroso, pero son muy recomendadas de consejo para provecho y utilidad de quien las exercita: que no procurase en fin la Perfeccion *substancial* de la Caridad *propia de su Estado* por los medios insinuados, sino que á excepcion de no cometer pecados mortales, en lo demas se abandonase á la tibieza y relaxacion: este Christiano, digo, que no quiere procurar la Perfeccion *de su Estado* por los medios á él convenientes, aun quando no peque mortalmente por esta perversa voluntad y pésima disposicion en que vive, incurrirá á lo ménos en otros muchos pecados mortales de diversa especie, y vivirá en gran riesgo de su eterna condenacion (1).

(1) Vid. Alap. Comment. in Ecclesiasticum Cap. 19. §. 1. et SS.PP. ap. ipsum *ibid.*

Señor y Dios Omnipotente, que no solo sois Santo en vuestras obras, sino tambien maravilloso en vuestros Santos: Vos, que os dignais honrarlos en vuestra Gloria con la corona de la feliz inmortalidad que les teneis prevenida por sus virtudes: Vos, que gustais que nosotros los honremos por lo mucho que ellos os honraron en esta vida, dignaos, Señor, comunicar una luz clara á mi ignorante entendimiento, y un fervor grande á mi tibia voluntad, para que asistido de ámbos auxilios pueda desempeñar con acierto el ministerio en que me ocupo, y con aquel fruto espiritual que de la narracion de las virtudes de vuestro siervo fiel, deseo conseguir de mis oyentes. Y Vos, amabilisima Reyna y Madre nuestra, de quien fué tan cordial amante el Venerable Fr. Santiago, interponed vuestro valimiento con vuestro dulcísimo Hijo, á fin de que nos conceda lo que humildemente le suplicamos, pues así os lo pedimos á Vos, saludándoos con el Ángel, y diciéndoos un

AVE MARIA.

Dedit Dominus ipsi fortitudinem, et usque in senectutem permansit illi virtus, ut ascenderet in excelsum terrae locum.

Las obras de Dios todas son perfectas, dice el Espíritu Santo (1): porque habiéndolas él criado para su gloria, ó para manifestar sus divinas perfecciones (2), era forzoso que ellas, como medios para conseguir este fin, no careciesen de la debida perfeccion. Obra de Dios es el hombre, y obra que, segun el P. S. Gregorio (3), es una como recopilacion de las demas, porque de todas ellas participa: por eso el Señor se esmeró tanto en su perfeccion, que la hizo, en quanto cabe, una imágen la mas perfecta y semejante de su misma divina Naturaleza (4). Era el hombre en el orden natural imágen de Dios por constar de un alma espiritual é inmortal, capaz de conocer y de amar, de sabiduría y virtud, de gracia y de Bienaventuranza, esto es, de ver y gozar á Dios (5). Lo era por tener libre albedrío, ó una voluntad libre para escoger ó elegir á su beneplácito, segun el P. S. Ambrosio (6). Y éralo sobre todo, en sentir de S. Chrisostomo (7), por el dominio grande que el Señor le dió sobre las otras criaturas. En el orden sobrenatural fué el hombre muy semejante y perfecta imágen de Dios por los muchos y grandes dónes de gracia, ó mixtos de gracia y de naturaleza de que lo adornó, especialmente de la gracia santificante, de los hábitos de las virtudes teologales y morales que le infundió juntamente con ella (8), y de la rectitud y justicia que llaman *original*, en que lo crió (9), de la qual resultaba en todo él un orden y un concierto el mas admirable. No habia en él parte alguna que se moviese contra el imperio de su voluntad. El apetito inferior, así concupiscible, como iras-

(1) Deut. 32. 4. (2) Prov. 16. 4. (3) Hom. 29. in Ev. (4) Gen. 1. 26. Alap. et Scio hic. (5) Idem ibid. (6) Ap. eundem ibid. (7) Homil. 8. et 9. in Genes. (8) Alap. loco citato. (9) Eccles. 7. 30. Alap. et Scio in hunc locum.

cible, estaba sugeto sin repugnancia alguna á la razon y toda el alma á Dios, uniéndose á él perfectamente con sus potencias: con el entendimiento por medio de un perfecto conocimiento de Dios y de su Ley: con la voluntad por medio de una muy fácil y plena obediencia á sus preceptos (1). Ved si podia darse en la tierra perfeccion mas eminente, ni santidad mas sublime, ni estado mas feliz.

Pero ¿que sucedió? Ya lo sabeis, y lo sabemos todos por nuestra desgracia. Pecó el primer hombre, faltando á la obediencia del precepto que Dios por justos fines suyos le habia puesto de no comer del árbol vedado: y en el mismo momento en que traspasó este mandato, se desconcertó la armonía de aquella su fábrica maravillosa, transmitiéndonos á nosotros este desconcierto juntamente con su pecado. Quedó en aquel instante despojado de la gracia santificante que lo constituía hijo adoptivo de Dios y heredero de su Gloria, de los hábitos de las virtudes que le hacian sumamente fácil su ejercicio, en fin, de todos los dónes gratuitos y de todos los ornamentos preciosos sobrenaturales con que el Señor habia embellecido su naturaleza. Esta quedó tambien vulnerada ó herida en sus potencias y facultades naturales: en el entendimiento con la ignorancia, con el error y con una propension grande á creer y seguir la falsedad especialmente en lo que conduce á la salvacion: en la voluntad con la inclinacion á executar siempre lo que es malo, no solo quando este se ignora como tal, sino aun quando es evidentemente conocido: en el apetito concupiscible con la propension á seguir contra la recta razon y la Ley de Dios lo que es gustoso y huir lo que es molesto á los sentidos: y en el apetito irascible con una grande flaqueza para vencer las dificultades que se oponen á la consecucion de los verdaderos bienes ó huida de los males verdaderos (2). En fin, todo quedó desordenado en el hombre: rebelóse la parte inferior contra la superior, el apetito animal contra el racional, la carne contra el espíritu (3), obedeciendo muchas veces quien debia mandar y mandando quien debia obedecer, como lo manifiesta en nosotros una experiencia bien funesta y deplorable.

(1) *Estium vide in 2. Sentent. Distinct. 25. §. 5.* (2) *Vide Estium 2. Lib. Sent., Dist. 24. §. 18.* (3) *Galat. 5. 17.*

Esta caída lastimosa del primer hombre la vino á reparar y reparó en efecto en la plenitud de los tiempos el Hijo de Dios Humanado con su santísima Vida, Pasion y Muerte: y de sus infinitos méritos nos vienen aquellas fuerzas ó auxilios sobrenaturales con que, cooperando nosotros por nuestra parte en lo que podemos, nos levantamos del profundo lago de nuestras miserias y del cenagoso lodo del pecado al felicísimo estado de la gracia y á la alta dignidad de hijos de Dios. De estos mismos infinitos méritos nos vienen aquellas fuerzas con que nos conservamos en pié, ó nos mantenemos en el estado de la gracia recibida en medio de tantos precipicios, lazos, ocasiones y peligros de volver á caer que nos circundan. Y de estos mismos infinitos merecimientos de N. S. Jesuchristo dimanán aquellas fuerzas ó auxilios grandes que el Señor da á los justos que le agrada, y con los que ellos no solo conservan el estado de la gracia, sino que aspiran con todo su conato á restablecer en esta vida, quanto es posible, entre sus potencias y sentidos, entre la carne y el espíritu, entre la parte inferior y la superior aquel órden y concierto maravilloso que reynaba en el primer hombre en su inocencia primitiva, para unirse fácilmente á su Criador con la perfeccion que era propia de aquel estado felicísimo.

He aquí el origen de los grandes auxilios y de las poderosas fuerzas de la gracia que el Señor dió á su fiel siervo y nuestro venerable paisano Fr. Santiago Fernandez y Melgar de la Purificacion: y he aquí en bosquejo lo que él practicó, quando aprovechándose de estas fuerzas y auxilios subió y llegó efectivamente al lugar excelso de una muy elevada perfeccion, de la qual os lo he propuesto como un dechado muy cabal y muy perfecto: *Dedit Dominus ipsi fortitudinem, et usque in senectutem permansit illi virtus, ut ascenderet in excelsum terræ locum.* Así espero hacéroslo ver con la ayuda de Dios N. S. en esta

PRIMERA PARTE.

A dos cosas se reduce quanto tiene que hacer el hombre que aprovechándose de la fortaleza de la gracia quiere llegar al lugar excelso de una elevada perfeccion: es á saber, vencer

los enemigos que en el camino se le oponen, y al mismo tiempo caminar. Esto sin aquello no se puede, y aquello sin esto nada vale: porque si vencidos los obstáculos que en el camino halla, se para y no anda, ¿como podrá llegar al término á que aspira? Por eso Caleb, figura muy propia de un varón justo y perfecto, quando en la particion que se hizo de la tierra de Canaan fué á pedir á Josué la suerte que el mismo Dios le habia señalado en las montañas de Hebron ocupadas segunda vez con sus fuertes ciudades por enemigos poderosos, le dixo: que aunque de edad de ochenta y cinco años (que á la sazón tenia), todavía se hallaba para pelear y para caminar con la misma robustez y fortaleza con que se hallaba en los quarenta: *Hodie octoginta quinque annorum sum, sic valens, ut eo valebam tempore quando ad explorandum missus sum: illius in me temporis fortitudo usque hodie perseverat, tam ad bellandum quam ad gradiendum* (1). Lo propio sucedió á nuestro Venerable Fr. Santiago, á quien Dios se sirvió comunicar desde sus mas tiernos años hasta su última vejez una tan grande robustez y fortaleza espiritual para lo uno y lo otro, que aprovechándose de ella, como lo hizo, *peleó* con denuedo contra sus mas fuertes espirituales enemigos que le querian impedir su viage, hasta *vencerlos: y caminó* con valor por las estrechas sendas de las virtudes hasta *llegar* al lugar excelso de una perfeccion muy elevada en todas ellas.

§. I.

Es la vida del hombre una milicia continua sobre la tierra, dice Job (2). Apenas llega él á los años de la razon, quando se puede considerar colocado en un campo de batalla, y rodeado por todas partes de enemigos, que nada ménos intentan que su ruina y perdicion eterna. Enemigos visibles é invisibles: enemigos interiores y exteriores: enemigos sobre sí y baxo de sí: enemigos al frente y á la espalda: enemigos á la mano derecha y á la siniestra: en fin, todo es enemigos, todo es lazos, todo es asechanzas contra el hombre, no solo á fin de

(1) Jór. 14. 10. 11. P. Scio hic in vers. 10. nota 2. (2) Job. 7. 1.

impedirle el camino que guía al término de la felicidad eterna, sino á fin de conducirle por los extravíos de los vicios y pecados hasta precipitarle en el abismo de su eterna infelicidad y desgracia.

El Incrédulo ignorante que segun su necia y estulta filosofía no admite en el hombre mas felicidad que la que puede gozar un torpe bruto, no reconoce otros enemigos que los que se le oponen á su bien estar presente, y que le intentan quitar esta felicidad aparente y transeunte; pero un Christiano á quien la luz infalible de la fe enseña el alto fin para que fué criado, y los medios y caminos por donde debe ir para conseguirlo, experimenta sensiblemente que él está circundado de otros enemigos muy diversos, los cuales le oponen continuamente innumerables obstáculos á la consecucion de su felicidad eterna y verdadera. Figura de ella era la Tierra de Promision que Dios queria poseyesen los Israelitas: y así como estos no llegaron efectivamente á poseerla sino á fuerza de continuos combates y victorias por los muchos y fuertes enemigos que se les oponian á esta empresa, así los Christianos figurados por los Israelitas, no llegarán á poseer la verdadera Tierra de Promision, ó la Gloria, sino pelean continuamente y con valor contra los muchos y poderosos enemigos que oponen á una empresa y conquista tan gloriosa la mas tenaz y porfiada resistencia (1).

Si esto es necesario á todo Christiano aun para conseguir solamente su salvacion, ¿quanto mas lo será á aquel varon justo que aspira á conseguir en la Gloria un lugar muy alto por medio de una perfeccion heroyca y sublime? Este experimentará sin duda una guerra mas atroz: porque serán mas freqüentes los asaltos, mas obstinados y temibles los combates, mas robustos y mas en número sus enemigos, viéndose en muchas ocasiones obligado á exclamar al Señor con el Real Profeta: *Domine ¿quid multiplicati sunt qui tribulant me?* (2) ¿Por que, Señor, permitís que se multipliquen los que me persiguen y atribulan? Ved lo que seria capaz de acobardar y retraer á qualquiera del camino de la perfeccion, si solamente contase con las propias fuerzas: como por este motivo se retraen infinitos Christianos medrosos y cobardes no solo del camino

(1) Vide Origen. Homil. 7. in Numer. circa finem. (2) Psal. 3. 2.

de la perfeccion, sino tambien del de su eterna salud. No así el varon justo, que desconfiando enteramente de sus fuerzas confía solamente en las de Dios: porque corroborado con sus divinos auxilios que jamas niega á quien pone en él su confianza, crece en valor y animosidad á proporcion que se multiplican sus enemigos. Él no los temerá jamas, como decia David, aunque á millares le circunden: *Non timebo millia populi circumdantis me* (1): porque siendo esta causa, mas bien que del hombre, del mismo Dios, á quien no es difícil salvar, ó con muchos, ó con pocos (2), vive seguro de que saldrá victorioso de todos ellos: pues el Señor tiene empeñada su palabra de dar á los que en él confían, la victoria (3).

Nuestro venerable compatriota Fr. Santiago, que vivió siempre animado de esta confianza, emprendió afianzado en ella la ardua carrera de las virtudes christianas, y lo que es mas, llegar al lugar excelso de una perfeccion muy elevada en todas ellas, y aunque por este motivo suscitó contra sí innumerables enemigos que con el mas obstinado empeño y furor le combatiéron, oponiendo los mas insuperables obstáculos á su empresa, no por eso se acobardó á vista de sus fuerzas y multitud, sino que fortificado con los auxilios de la gracia, entró con todos ellos en batalla, peleó valerosamente las guerras del Señor, y los dexó vencidos y derrotados. Muchos fuéron los enemigos con quienes tuvo que combatir nuestro Venerable para poder subir al lugar excelso de una sublime perfeccion; mas así como el valeroso Caleb, aunque tuvo que pelear con muchos Cananeos para subir al lugar excelso de la tierra de Canaan, ó al monte Hebron que el Señor le habia dado en posesion con sus ciudades, los mas formidables guerreros que los capitaneaban eran tres famosos gigantes de la raza y descendencia de Enac, llamados Sesai, Ahiman, y Tholmai, así fuéron otros tres gigantes, á quienes aquellos no impropriamente figuraban (4), los principales caudillos enemigos, dignos á la verdad de ser temidos por todas sus circunstancias, con quienes tuvo que pelear nuestro valeroso compatriota Fr. Santiago. Derróto Caleb, y venció completamente á estos

(1) *Ibid.* 7. (2) 1. Reg. 14. 6. (3) *Sacra Scriptura innumeris in locis.* (4) *Vide saltem quoad aliquam Hugon. Charens.*

sus tres mas formidables enemigos (1): y nuestro Venerable venció y derrotó del mismo modo á los suyos, que ya se sabe fuéron el *Mundo*, la *Carne* y el *Demonio*.

I. No se entiende aquí por Mundo este globo que pisamos, ó el conjunto de Cielo y Tierra, dice el Señor San Agustín (2), sino los hombres que existen en este mundo material, ó que desordenadamente lo aman. Este Mundo, pues, dice el citado San Agustín, de dos modos hace la guerra al soldado de la milicia christiana: porque, ó tira á seducirle y engañarle con el atractivo y el halago, ó sino le sale bien este medio, le embiste con las armas del terror y la amenaza para abatirle: *Duplicem quidem mundus aciem producit contra milites Christi: blanditur ut decipiat; terret ut frangat* (3). Estas dos especies de guerra hizo el Mundo á nuestro venerable paisano Fr. Santiago para separarlo de su inocente vida, y del designio de llevarla á una muy elevada perfeccion. Él le pretendió engañar con el atractivo de sus bienes, y él le pretendió abatir con el terror y amenaza de sus males; pero nuestro Venerable de tal modo supo manejarse, que dexó al Mundo vencido en ámbas especies de guerra: porque para triunfar de él completamente le habia comunicado el Señor, y él se supo aprovechar de la fortaleza de su gracia: *Dedit Dominus ipsi fortitudinem*. Oid como venció al Mundo en sus atractivos; pero primero oid una breve relacion de su nacimiento, de su educacion y de su infancia.

I. Nació nuestro venerable paisano Fr. Santiago Fernandez y Melgar de la Purificacion en este lugar de Sotillo en el valle de Truchas, perteneciente por lo civil á la jurisdiccion de la villa de la Puebla de Sanabria y al reyno de Leon, y por lo eclesiástico al obispado de Astorga, y aunque ignoramos el dia fixo de su nacimiento al mundo, ó por incuria de los hombres, ó tal vez por oculta Providencia del Altísimo, sabemos renació para Dios el dia veinte y quatro del mes de Julio del año de mil setecientos diez y ocho. Bautizóse en esta misma Parroquial Iglesia de San Lorenzo Mártir, y le pusieron por nombre *Santiago* por haber nacido espiritualmente víspera de la festividad de este santo Apóstol,

[1] *Jud. 1. 10. P. Scio hic.* [2] *De Serm. Dñi. in mont. Lib. 1. Cap. 11.*
 [3] *Div. Aug. Serm. 1. S, Vicent. Mart.*

de quien fué siempre cordialísimo devoto. Fuéron sus padres Bartolomé Fernandez, y Ana Melgar, de sangre muy esclarecida, y sus abuelos ó ascendientes llevaron los nobilísimos apellidos de *Vazquez* y *Cifuentes*. Los padres de Santiago, no ménos ilustres por su virtud que por su sangre, educaron á su hijo en el santo temor de Dios, de que siempre vivió penetrado su corazon. Aprovechó mucho en la buena educacion en la virtud y en el estudio de las primeras letras á que le aplicaron: y pasada su infancia en estos ejercicios, le destinaron al humilde y penoso de pastor.

En esta ocupacion fué, quando empezó á probar sus fuerzas contra las fieras de sus pasiones que ya empezaban á asomarse: bien así como otro David, que de pastorcito pequeño perseguía á los leones y á los osos, los desquixaraba y mataba, ensayándose de este modo para la lucha que despues habia de tener con el gigante (1). Las armas de que para esto se valia en aquella tierna edad, eran la mortificacion de sus miembros inocentes, como lo manda el Apostol (2), la oracion, especialmente la del Santísimo Rosario, en que se empleaba casi continuamente por el dia, y la ocupacion en ejercicios honestos corporales, huyendo de los enredos pueriles á que se entregaban los demas muchachos, cuyas palabras ménos decentes corregia, cuyas quimeras apaciguaba, cuyas ignorancias desterraba, y cuya instruccion en las verdades de la Religion y en la Doctrina Christiana promovia. Jamas le vieron ocioso: porque no ignoraba las muchas maldades que enseña á executar la ociosidad (3), y que Adam nuestro primer padre fué por ella desterrado del Paraiso, como lo advierte S. Juan Chrisóstomo (4). Por eso se ocupaba siempre en alguna obra honesta, para que el enemigo le hallase siempre ocupado, como lo hacia Rústico por consejo del gran P. S. Gerónimo (5). ¡Que bella leccion para los jóvenes de nuestros dias, especialmente para aquellos que criados en el seno de la opulencia, no necesitan mantener su vida con el trabajo de sus manos! ¡Quantos vicios en que se están consumiendo ignorarian! ¡Quantos pecados é inmundicias en que se están

[1] 1. Reg. 17. 34. 35. 36. [2] Colos. 3. 5. [3] Eccli. 33. 29.

[4] Apud Alap. in supra dictum locum. [5] Epist. 4. ad Rusticum.

revolcando como bestias inmundas evitarían! ¡Quantas tentaciones de las que con tanta facilidad se dexan seducir no vencerían, con solo imitar este único exemplar que les propongo!

Pero sin embargo que nuestro Venerable se ocupaba en trabajos honestos corporales para evitar la ociosidad, madrasta de la virtud, como la llama el P. S. Bernardo (1), y tambien para comer el pan con el sudor de su frente, como está mandado al hombre en pena y castigo del pecado (2), con todo su principal ocupacion era la lectura en libros de votos, la asistencia á la iglesia, la frecuencia de las confesiones y comuniones, el continuo retiro á las ermitas que encontraba por los campos, donde andaba apacentando su rebaño: en cuyo retiro se entregaba largas horas á la consideracion de la vanidad de los deleytes y glorias transitorias de este mundo, y á la contemplacion de aquellos bienes inefables que han de durar eternamente. ¿Que mucho, pues, que sus compañeros y paisanos le tuviesen, como le tenian, en buen concepto, y aun que le aclamasen por Santo, viendo en él una conducta tan irreprehensible sostenida de una prudencia como de un anciano, y de una compostura grande en todas sus acciones?

Me parece que notando ellos el género de vida que escrupulosamente observaba, dirian entre sí de nuestro Santiago lo que los habitantes de las montañas de la Judea decian para sí mismos del Bautista. ¿Quien pensais llegará á ser este niño? *¿Quis putas puer iste erit?* (3) Ni faltaron en nuestro Santiago motivos al parecer semejantes á los que concurrieron en el Bautista, para que los vecinos de su pueblo y demas paisanos presagiasen su grande virtud futura: porque si así lo hacian por ver que estaba con él la mano del Señor, esto es, su gracia y su proteccion singular (4), lo estuvo tambien, segun parece, con nuestro jóven hasta merecer, como el santo Precursor, que el Señor obrase por su respeto y méritos alguna maravilla, ó que dispensase en beneficio de otros algun favor.

(1) *Lib. 2. de Consider. ad Eug. cap. 13.* (2) *Gen. 3. 19. P. Scis ad versic. 18. not. 4. ult. edit. latino-hispana.* (3) *Luc. 1. 66.*

(4) *Alap. et Hugo in supracitat. locum.*

Eslo sin duda muy especial el que parece hizo con una tia del venerable jóven. Entró este de noche en su casa una vez que venia del campo, y hallando en ella difunta á su amada tia, hizo tales demostraciones de santidad y virtud, que los circunstantes coligiéron con bastante claridad, que el alma de la difunta tia estaba ya gozando de Dios y alabándole en la Gloria, desatada de las prisiones del Purgatorio por las oraciones y méritos de su sobrino. Si os haceis cargo ahora que por los del niño Bautista fué desatada la lengua de su padre Zacarías de las prisiones ó impedimentos de la mudez, en que por cierta falta habia caído, para entonar cánticos de alabanza al Dios de Israel: si reflexionais que este suceso fué una de las principales maravillas en que se fundaban los moradores de las montañas de Judea para pronosticar ó presentir las futuras grandezas del Precursor, ¿quien no ve que los habitantes de este pais fundados en un suceso muy semejante en parte, tendrian mucha razon para pronosticar la grande futura santidad de su paisano? Lo cierto es, que aun sin atender á este ú otro suceso prodigioso de los muchos que en su mas tierna edad suelen observarse en algunos sugetos que el Señor tiene predestinados á cosas grandes, pudieran creer que nuestro Santiago era uno de ellos, á lo ménos por lo que toca á la virtud, atendidas las singulares y constantes pruebas que de ella les habia dado todo el tiempo de su niñez y adolescencia.

El mismo Espíritu Santo llama feliz al hombre que desde su mocedad lleva con gusto sobre sí el yugo de la divina Ley (1): no solo porque es dificultoso que las buenas costumbres adquiridas y seguidas en la juventud se vicien en la vejez, segun un proverbio citado por Salomon (2), sino tambien porque así se fortalece sobremanera para proseguir con mas fervor el camino que le resta y para defenderse con valor y esfuerzo de las asechanzas y lazos de sus enemigos (3). He aquí lo que se observó puntualmente en nuestro Santiago por haber comenzado tan temprano la carrera de los divinos Mandamientos. No, amado pueblo, no se apartó jamas nuestro venerable paisano, miéntras vivió, de la inocencia de vida

[1] *Thren. 3. 27. P. Scio hic.* [2] *Proverbium est, Adolescens iuxta viam suam, etiam cum senuerit non recedet ab ea. Prov. 22. 6. Vid. Alap. hic.* [3] *Idem in Thren. supra citato loco,*

y del arreglo de costumbres con que habia sido criado y educado en sus tiernos años, ántes bien léjos de esto, cada vez iba creciendo mas y mas en la virtud, y cada vez iba adquiriendo mas y mas fuerzas de gracia para triunfar del Mundo, que pretendia separarlo del camino de la perfeccion á que aspiraba; combatiéndole con el atractivo y resplandor aparente de sus bienes.

Los bienes con que el Mundo pretende atraer á sí á los justos y enredarlos para que no puedan dar un paso en el camino de la perfeccion, nos los señaló el Evangelista San Juan en una de sus Canónicas; diciendo: que todo quanto hay en el Mundo es concupiscencia de carne; concupiscencia de ojos, y soberbia de vida: *Omne quod in mundo est, concupiscentia carnis est, et concupiscentia oculorum, et superbia vitæ* (1). En la concupiscencia de carne se entienden aquellos bienes que lisongean y halagan los sentidos: quales son los gustos, las comodidades y los deleytes del cuerpo, especialmente los carnales. En la concupiscencia de ojos los que mueven la codicia y curiosidad de los hombres: quales son el dinero, la hacienda, los vestidos y muebles preciosos, los vanos espectáculos y diversiones del siglo. Y en la soberbia de vida los que excitan la ambicion: quales son la pompa y ostentacion en el porté, la dominacion sobre otros, las dignidades, las honras y los empleos de mayor lustre y esplendor. Estos son en suma los bienes del Mundo. Estas aquellas pihuelas con que pretende embarazar á los que se determinan á caminar por las sendas de la rectitud y justicia al monte ó lugar excelso de la perfeccion. Estos aquellos grillos y cadenas de oro con que intenta aprisionarlos. Y este, en fin, aquel cebo con que solicita atraerlos para envolverlos en sus redes engañosas (2).

Ah! y á cuántos necios por estos medios halagüeños ha reducido él á la mas miserable esclavitud! ; Cuantos están gimiendo baxo de su tiránico imperio por haberse dexado incautamente deslumbrar con el aparente resplandor de sus bienes seductores! Y ; quantos han sido y serán privados y excluidos

(1) 1. Joan. 2. 16 Vide Alap. et Tivini. hic. (2) Blanditur hic mundus promittendo honores, divitias, voluptates. S. Aug. Serm. 6. De pluribus Martiribus.

de la felicidad eterna por haber pegado su corazón á la felicidad temporal que les promete con sus bienes transitorios y deleznales! No lo executó así nuestro Venerable, aunque para seducirle le armó el Mundo todos estos lazos cubiertos con las mas especiosas apariencias. El le quiso atraer con el cebo de los bienes con que hace caer en su red tantos incautos. El le propuso no ser estos incompatibles con la práctica de la virtud. Y qué le presentó á la vista una ocasion oportuna para hacerse feliz sin detrimento conocido de su alma por medio de unas bodas ventajosas, en las que de un golpe lograba honras, placeres y riquezas. ¿Quien duda que el Mundo armó á nuestro Santiago este lazo, tanto mas propio para hacerle caer en él, quanto se mostraba al parecer mas inocente? ¿Quien duda le preparó esta celada engañosa tanto mas eficaz para sorprehenderle, quanto mas disfrazada y cubierta con tan bellas apariencias de virtud? ¿Quien duda, en fin, que el Mundo hizo á nuestro Santiago esta especie de guerra, y que se valió para combatirle de esta clase de armas, tanto mas para conseguir su intento poderosas, quanto mas ocultas y mas conformes á las inclinaciones de nuestra corrompida naturaleza?

Mas en vano se tiende la red ante los ojos de las aves, dice el Espíritu Santo: *Frustra autem jacitur rete ante oculos pennatorum* (1). Eran los de nuestro Santiago ojos de águila para mirar y reconocer todos estos lazos que el Mundo le armaba para perderle, ó quando ménos para que no pudiese dar un paso en la virtud, ni llevarla á la debida perfeccion: y con las alas fuertes y grandes de la gracia que á este fin le dió el Señor, se burló de todos sus engaños y artificios. No, pueblo mio, no se dexó este jóven prudente seducir, como lo hace un número infinito de insensatos, con el cebo de los bienes, placeres, honras y conveniencias con que el Mundo deslumbra, ciega y aprisiona á sus amadores. Ah! quando á nuestro Santiago, amado de todo su pueblo por la santidad que ya en él reconocian y por otras prendas suyas personales, se le proporciona un honesto y honroso desposorio: quando se le proponen las muchas ventajas que de él debian naturalmente resultarle: quando, en fin, se le presenta á la

(1) *Prov. 1. 17. junta exposit. Div. Bern. Sermon. 52. in Cant. v. 4*

vista una gran fortuna y un medio muy propio para gozar las delicias de las prosperidades humanas, entónces es quando él con una resolucion poco comun que le inspiró el Señor, dexó burlado al Mundo y frustradas todas sus esperanzas.

Ya podréis conocer que os hablo de la fuga que hizo de la casa de sus padres, de este pueblo de Sotillo y de este pais de Sanabria para ir á vivir en tierras extrañas, que fué el medio de que por entónces se valió para librarse de la celada oculta que le tenia prevenida el Mundo su enemigo. Fuga muy semejante á la que de órden de Dios hizo el Patriarca Abraham, saliendo de la casa de su padre, de su parentela y de su tierra para ir á un pais para él del todo desconocido (1). No se detuvo este en executar el órden de Dios, ni nuestro Venerable en seguir el divino llamamiento é inspiracion: porque aunque es verdad que él no estaba obligado á abandonar realmente al Mundo y sus bienes, ni absolutamente era esto necesario para salvarse, con tal que no pudiese en ellos su aficion, sabia no obstante el peligro que corren de condenarse los que temerariamente desprecian las inspiraciones divinas en la práctica de los medios que les sugieren como á su perfeccion y aun salvacion muy conducentes (2).

Parece eran los padres ó deudos del bendito mozo los instrumentos de que el Mundo se valia para impedirle siguiese su vocacion, bien que sin pensar aquellos ni ménos intentar de propósito su daño; pero él sin faltarles un punto á la obediencia, amor y veneracion que les debia, les mostró en esta parte aquel odio santo que, segun enseña el soberano Maestro de la vida Jesuchristo (3), debemos tener á los padres, hermanos ó parientes, quando se quieren oponer á la perfeccion á que Dios nos llama, ó quando nos son contrarios en el camino de Dios, como se explica el gran Padre de la Iglesia San Gregorio (4). Para obedecer, pues, el bendito mozo al llamamiento divino, fué á pedir licencia á su ya solitaria madre para salir de este pais, pretextándola tal vez que era aun muy jóven para tomar el estado que querian darle, como se lee haberlo executado otros muchos Santos:

(1) *Gen.* 12. 1. (2) *Vide Alap. et Hug. ad illud Prov.* 1. 24. 25. 26. Vocavi et renuistis, &c. (3) *Luc.* 14. 26. (4) *Hom.* 37. in *Ev.* num. 2.

y que de consiguiente podia y deseaba ir por algun tiempo á mejorar de fortuna en otra parte. No faltaba en esto nuestro Santiago á la verdad, porque es cierto solicitaba mejorar en el espíritu; pero no tuvo por conveniente manifestársela con claridad, como ni que aquella sería la última despedida, ó por no contristarla demasiado, ó porque con amor tierno de madre no le pusiese algun estorbo á sus designios. Obtenida que fué de ella la licencia que la pidió, y recibida su bendicion, hallándose como de diez y nueve años se puso en camino para las Andalucías en compañía de otros pastores, que viniendo de hácia aquellas partes á estas sierras de Sanabria todas las primavera con el fin de dar mas abundante pasto á sus ganados en el verano, se retiran con ellos al otoño á dichas provincias, en cuyos campos ó montes tienen sus invernaderos.

La primera mansion que hizo nuestro Santiago fué en la ciudad de Écija, donde se acomodó á servir á un Hacendado, continuando en su servicio el humilde oficio de pastor que en su propio pais habia exercitado toda su vida, como lo continuó el Patriarca Jacob y sus hijos en Egipto, quando por órden de Joseph fuéron trasladados desde el pais de Canaan á aquella tierra (1). No sabemos á punto fixo el tiempo que permaneció en Écija ó sus cercanías en el referido exercicio; pero sí sabemos muy bien, que él siguió dando siempre las mismas pruebas de virtud y de temor de Dios que habia dado en Sanabria su patria: pues no solo se le notaba el andar continuamente rezando, sino que la mayor parte del dia estaba recogido en una ermita que habia en el monte donde apacentaba su rebaño.

Aquí fué donde por los demas pastores sus compañeros se observó un prodigio que, aunque admirable, podia por ser tan freqüente dexar de contarse por maravilla. Observaban estos que en el dilatado tiempo que Santiago gastaba todos los dias en la ermita, ocupado sin duda en la oracion y trato con Dios, quedaba el rebaño que guardaba á su libertad; y con todo jamas fué visto se le desmandase ni siquiera una vez á los sembrados ó panes inmediatos, donde pudiesen causar daño. Pasado algun tiempo en estas observaciones, se resolvieron á preguntarle la causa de esta maravilla, y le dixeron:

(1) Gen. 46. 34.

„ Santiago, no sabemos que haces á tu ganado: pues guardando, como guardas, mas de quatrocientas cabezas solo, y por lo regular el mas del dia estás metido en esa ermita, y lo dexas, jamas lo vemos irse á las tierras que están sembradas de pan; y nosotros siendo mas pastores, y guardando aun ménos, nos cuesta trabajo para contenerlo de que no vaya al pan.” A esta pregunta de sus compañeros, que eran tres, les respondió nuestro Santiago de un modo, que no descubriéndoles la causa de este portento, como verdadero humilde, ni faltando tampoco á la verdad, los dexó en su mismo pasmo y admiracion. *Como ha de ser*, les respondió: *¿Yo que quereis que os diga?* Es fácil de persuadirse que mientras el bendito Santiago se ocupaba en la ermita con su Dios, le estuviesen los Ángeles guardando, aunque invisiblemente, su rebaño: á la manera que se lee suplian por San Isidro Labrador en los trabajos del campo, quando este, segun su costumbre, se ocupaba en visitar muy de mañana los templos, y emplearse en ellos en varios ejercicios de piedad.

Yo bien sé que estos y semejantes casos á nadie deben servir de regla para ocuparse en ejercicios de devocion voluntarios, incompatibles con los que son de obligacion, á ménos que Dios por medio de una cierta revelacion se los inspire; pero ¿quien puede dudar lo hubiese executado así el Señor con su siervo Santiago, obrando á favor suyo tan estupenda y tan repetida maravilla? Señal nada equívoca de la singular complacencia que tenia en tratar con este jóven sencillo é inocente, á quien sacaba tan freqüentemente del bullicio y distracciones del campo, conduciéndolo á la soledad de aquella ermita para hablarle allí con entera libertad palabras de vida eterna á su corazon. Ah! ¡y que de delicias inefables no empezaria á gustar su bendita alma en aquel santo retiro! Allí le daría el Señor á probar una buena parte de aquella suavidad y dulzura que tiene escondida y reservada para los que le temen y le aman. Allí le haria conocer por experiencia quan insípidos é inmundos son los deleytes de la carne, á los que siempre renunció, comparados con los delicadísimos placeres del espíritu que ya empezaba á gozar con abundancia. Y allí finalmente le haria sentir la vanidad é insubsistencia de las honras y bienes del Mundo, la estabilidad y firmeza de los eternos bienes del Cielo.

En estas ocupaciones santas, y en estas comunicaciones íntimas con su Dios iba nuestro Santiago empleando el tiempo de su vida pastoril á imitacion de un San Serafin del Monte Granario, que así desde sus primeros años de pastor lo executaba, hasta que al Señor le pareció ya tiempo oportuno de sacarle como á otro Amos de entre el ganado, para que lleno de su Espíritu fuese á ser Profeta á un pais que él ignoraba, como aquel lo fué á ser en Israel (1). A este fin le embió una inspiracion particular por la que conoció que Dios le llamaba á otro estado mas perfecto; pero sin que por entónces pudiese descubrir el camino ó rumbo que debia seguir para llegar á él ó conseguirlo. Deseaba cumplir la divina voluntad, mas ignoraba el como: queria el fin, mas no sabia quales debian ser los medios; pero el Señor que habia gobernado hasta entónces todos sus pasos, se sirvió manifestarle mas claramente su beneplácito con un suceso raro que le acaeció, y con el que acabó de conocer que ya no le convenia permanecer mas en aquel pais, ni continuar en aquella ocupacion.

Fué el caso, que estando guardando una noche su ganado, se levantó en ella de improviso una furiosa tempestad de truenos, relámpagos, densas nuves y lluvia, que se lo dispersó por varias partes. A fin de reunirlo otra vez nuestro Santiago, iba caminando, como se suele decir, á tientas entre los horrores de aquella noche tenebrosa, sin otra luz que la que comunicaba á aquel obscuro horizonte el momentáneo resplandor de los relámpagos: y habiendo andado algun tanto, dió por último consigo en medio de un caudaloso arroyo, donde sólo un poco de ramaje á que logró asirse ya en la orilla, le libértó de ahogarse despues de haber estado batallando mucho tiempo con las aguas. Llegada la mañana, dió gracias al Señor por haberle librado de tan inminente peligro, y se decia á sí mismo muchas veces: *¿Qué seria de tí, Santiago, si hubieras perecido esta noche? No te acomoda esto.* Luego empezó á recoger su ganado, como pudo: lo entregó á su dueño: se despidió de él cortesmente: y no sin inspiracion de Dios dirigió sus pasos á Sevilla. Quando aquí llegó, se encontró con un Religioso Lego, Procurador de la muy ilustre y religiosa Comunidad de Padres Agustinos Recoletos Des-

calzos de Nra. Sra. del Pópulo, quien informado de su desacomodo, le conduxo á su convento para mozo de la cocina, en cuya ocupacion laboriosa y humilde estuvo como de dos á tres años sin recibir soldada alguna. Pero ¿que mayor soldada para nuestro Santiago que verse ya en el término de sus ansias? ¿Que mayor salario para sus fatigas que hallarse sin saber como morador de una Casa Religiosa que fué siempre el objeto de sus ardientísimos deseos? ¿Que mayor premio para sus trabajos que verse ya libre de los lazos engañosos del Mundo y en víspera de dexarle de tal modo vencido que no tuviese que hacerle mas guerra en adelante con el falaz atractivo de sus bienes?

Así fué, amados compatriotas, porque vista por los Superiores de aquella Comunidad Religiosa la exâctitud con que el bendito mozo habia desempeñado su ministerio, y sobre todo visto su buen porte y el gran fondo de virtud que descubria en sus acciones, le vistiéron el hábito de Donado el año de mil setecientos quarenta y dos, y á los once años despues le vistiéron la Capilla para Religioso Lego, en cuyo estado profesó solemnemente el año de mil setecientos cinquenta y quatro el dia tres de Febrero en el referido convento, donde permaneció hasta su dichosa muerte. De este modo atado con los vínculos sagrados de la profesion religiosa, renunció perfectamente al Mundo, y le venció con todo quanto él promete y quanto hay en él, que son honras vanas, deleytes sensuales y riquezas transitorias. Todo lo renunció para siempre: lo despreció como estiercol: lo aborreció, en fin, como lo encarga San Juan: *Nolite diligere mundum, neque ea, quæ in mundo sunt* (1).

Ah! ¡y que gozo seria el de nuestro Santiago quando se vió fuera de los engañosos atractivos de este Mundo y habitante ya de la Casa de su Señor! ¡Que inundaciones de júbilo cubrirían su corazon al ver los raros medios por donde la divina Providencia le habia conducido á un fin tan deseado! ¡Y que avenidas de placer experimentaria en su bendita alma, viendo al mismo Dios tan empeñado en colocarle en un estado de tanta seguridad para salvarse! ¿En que afectos no prorrumpiria á vista de estos favores de su Dios? Sin duda que no se

(1) 1. Joán. 2. 15.

veria harto, ni acabaria de darle gracias por haberle cumplido sus ardientisimos deseos, que segun él mismo insinuó á varias personas, siempre habian sido vivir y morir en el estado religioso. Él le alabaria sin cesar por haber dado fuerzas á su alma para librarse de los lazos del Mundo, como el páxaro del lazo de los cazadores. Él engrandeceria continuamente su bondad, porque le habia dado aquellas alas de paloma, que tanto deseaba David para volar á un lugar solitario, donde morando léjos de sus enemigos pudiese evitar con seguridad sus asechanzas (1). Y él ensalzaria á cada momento su liberalidad, por haberle concedido aquella principal y casi única peticion que le hizo siempre de habitar en su santa Casa todos los dias de su vida, como lo pedia igualmente el Real Profeta (2). Y con razon: porque morando en la Casa del Señor y hecho particular doméstico suyo en la Religion, no solo lograba una grande seguridad contra los falaces halagos de este Mundo (3), sino que fortalecido con el pan celestial de los divinos auxilios que allí con mas abundancia que en alguna otra parte se distribuye (4), cogia nuevas y mayores fuerzas para triunfar igualmente de sus terrores, de sus persecuciones y amenazas, que es el segundo medio de que se vale para impedir el paso á los que caminan al monte de la perfeccion: *Terret ut frangat.*

2. No es ya nuevo ni nos debe parecer extraño, que el Mundo persiga abiertamente á los justos, y mucho mas á los que lo son en el estado religioso. Son estos por su profesion sequaces de la vida de Jesuchristo, imitadores de aquellos sus primeros discípulos que le siguiéron en todo el rigor de la perfeccion evangélica, y los que, ya con sus obras, ya con sus palabras, y ya con uno y otro, hacen que se conviertan muchos pecadores del error de sus caminos perversos, y que emprendan las rectas sendas de la virtud. ¿Que mucho, pues, que el Mundo se embravezca contra unos hombres que le son tan opuestos en su conducta y profesion? ¿Que mucho que el Mundo, ó los mundanos que por él son entendidos, persigan á los profesores de la virtud, siendo ellos profesores

(1) Ps. 54. 7. 8. Hug. et Scio hic. (2) Ps. 26. 4. (3) Vide Div. Bernardin. Senens. initio Sermon. 16. qui inscribitur De Sacra Religione, et extat in tom. 1. suor. oper. (4) Vid. Div. Bernard. apud Sanct. Bernardin. loc. citato.

res y partidarios de los vicios? ¿Que admiracion debe causarnos el que estos mirean á aquellos con ojeriza, si ven que no solo son inútiles á sus depravados designios sino contrarios á sus obras? ¿Ni que novedad debe hacérsenos el que los malos aborrezcan con un odio desaforado é implacable á los que son con su santa vida una muda, pero continua y pública reprehension de los desarreglos de la suya?

Este fué el motivo del odio de Cain contra su hermano el inocente Abel (1), á quien quitó la vida, porque las buenas obras de este no confrontaban con las suyas, que eran depravadas y malignas (2). Este el que tuviéron aquellos no ménos impíos que mundanos, de quienes hace mencion el Espíritu Santo en el libro de la Sabiduría (3), los cuales se resolvieron entre sí á perseguir al justo, á ultrajarle y condenarle á muerte: porque les echaba en cara sus pecados, y con una vida inocente infamaba su conducta impía y desarreglada. Este el que tuviéron los Judíos para perseguir y matar á sus Profetas, el que tuviéron los Escribas y Fariseos para crucificar á Jesuchristo, y el que tuviéron los Gentiles y demas Tiranos para perseguir y atormentar de mil maneras á sus Apóstoles y Discipulos (4). Y este finalmente es el motivo que tienen los Impíos, los Libertinos y tambien los malos Christianos de nuestros tiempos para aborrecer, perseguir, insultar y desear ver, si les fuese posible, exterminados de todo el mundo á los santos profesores del instituto religioso.

Era Religioso y Justo nuestro venerable paisano Fr. Santiago, por cuya razon sola debia correr con los demas igual fortuna; pero no contentándose él con una justicia ó santidad comun, sino aspirando á una santidad grande y elevada, era forzoso experimentase por parte de un Mundo enfurecido mayores y mas terribles persecuciones. Y en efecto: el Mundo, ó los hombres malos y perversos, persiguiéron á nuestro Venerable con tanta crueldad y de tantos modos, que serian capaces de abatir y acobardar á otro qualquiera ménos esforzado y ménos corroborado que él con la fortaleza de la gracia. Ellos le ultrajáron innumerables veces con palabras y con obras, tratándole unas veces de simple y fatuo, otras de

(1) *Gen.* 4. 5. (2) *1. Joan.* 2. 12. (3) *Sap.* 2. *penè per totum.*

(4) *Joan.* 15. 19. *Alap. et P. Scio híc.*

fanático é hipócrita, expresiones con que fué motejada la inocencia y rectitud de Job por los que mejor le conocian (1). Ellos acriminaron su grande caridad con los necesitados, y aun la reputaron como necia prodigalidad, á la manera que lo hicieron los deudos del santo viejo Tobías respecto de la que este exercitaba con los desgraciados de su pueblo (2). Y ellos le sonrojaron con un sin número de vituperios, de dichos los mas picantes y mordaces, de reprehensiones sin motivo, de expresiones humilladoras, y lo que es mas, le infamaron con calumnias imputándole delitos que no habia cometido, ó acusándole injustamente de ellos, como lo hicieron unos lascivos viejos con la casta Susana (3), y los Idólatras babilonios con el inocentísimo Daniel (4).

Ni pararon en esto las persecuciones de los malos contra nuestro Venerable, porque no contentándose su furor y encon con solas las palabras, pasaron de ellas á las obras damnificándole en las cosas que á él pertenecian, no como propias, porque como verdadero pobre nada tenia de suyo, sino como puestas á su cuidado y que corrian á su cargo, siendo de la Comunidad. Muy frecuentemente sucedia el que unos le quitasen una cosa, otros otra, de las que le estaban encomendadas, y de cuya inversion, distribucion ó gasto debia dar estrecha cuenta: dándole todos con sus hurtos y rapiñas no solo motivo á muy graves sentimientos, sino ocasion de padecer muchas molestias por parte de los Superiores. ¿Que mas? Como si todo esto fuese poco, llegaron los mundanos á poner en él sus manos atrevidas, maltratando su propia persona con empellones afrentosos, con golpes desapiadados y con violentas percusiones, de las que solia quedar alguna vez muy malparado y en todas siempre ultrajado y ofendido.

De este modo se verificó con nuestro Venerable lo que dice su santo Padre y nuestro el Señor San Agustin (5), y que, aunque con otros términos, confirma en quanto á la substancia San Bernardo (6): es á saber, que el Mundo persigue á los que quiere hacer de su bando, y separar del camino de la virtud, aterrándolos no solo con sus amenazas,

(1) *Job* 2. 9.: 8. 13. (2) *Tob.* 2. 15. 16. (3) *Dan.* 6. 22. (4) *Ibid.* 13. 37. (5) *Serm.* 6. *De pluribus Martirib. in edit. veter. post initium.*
 (6) *Serm.* 2. *in Convers. S. Pauli, num. 2.*

sino afligiéndoles con dolores, despojándoles de sus bienes, y causándoles con sus palabras afrentosas humillaciones. Este es el estilo del Mundo: esto es lo que practica él y sus partidarios con los que lo son de la piedad: y esto lo que executó con el mayor empeño con nuestro Venerable, á quien intentó acobardar con estas sus furiosas persecuciones para hacerle desistir de la empresa de caminar al monte de la mas alta perfeccion: *terret, ut frangat.*

Ah! y con quantos cobardes ha conseguido el Mundo por este medio sus intentos! ¿Lo dudais acaso, Católicos? ¿Y de donde os parece proviene en mucha parte el que se declaren tan pocos por el partido de la virtud? ¿De donde nació el que muchos desistan del camino de la perfeccion que habian ántes emprendido? ¿De donde finalmente se origina la apostasia escandalosa de la religion y de la piedad de que se van no pocos apartando para alistarse baxo las banderas de la impiedad é irreligion? Del temor vil de caer en el desprecio, en el odio y en la indignacion del Mundo. Sí, pueblo mio muy amado, del miedo de incurrir en el desprecio y odio con que persiguen los malos á los buenos, los hijos de las tinieblas á los hijos de la luz, los sequaces del Mundo á los discípulos de Jesuchristo, nace en muchos como de su inmediato principio la depravacion general en que vemos en el dia las costumbres, el auge á que han llegado los vicios y la disolucion, el detrimento que padece la virtud, y el menoscabo que se observa en la religion y en la piedad.

Pero; quien lo creyera! En medio de la grave decadencia á que ha llegado la virtud en nuestros dias á causa de la cruda guerra que la hace el Mundo, nuestro venerable paisano Fr. Santiago no solo la conservó en sus créditos, sino que con las mayores ventajas la sacó triunfante de entre las persecuciones de este su formidable enemigo: porque los insultos que este le hizo con palabras y obras para separarlo de ella, no sirviéron más que para descubrir quan profundas raices habia echado ya en su corazon. No, hermanos míos, no fué el Mundo capaz de vencer ni con la fuerza de tantas persecuciones á este valeroso soldado de la milicia christiana; ántes por el contrario este fué el que ayudado de la gracia que Dios le iba dando y aumentando cada dia, triunfó de aquel en todas sus persecuciones y combates.

Tened presente ahora el modo con que os dixé se ha-

bia, conducido nuestro Venerable con un Mundo engañador ó artificiosamente halagüeño, quando por medio del atractivo y belleza aparente de sus bienes le pretendia engañar y conquistar su corazón, y veréis con quanta verdad pudo él decir que habia vencido al Mundo: pues es doctrina de su gran Padre el Señor San Agustin, que vencerá perfectamente á este enemigo á aquel á quien no dominare la propia voluntad ó la concupiscencia de sus bienes, y á quien al mismo tiempo no amedrentare la crueldad agena con la amenaza de sus males; *Non nos teneat voluntas propria: non nos terreat crudelitas aliena, et victus est mundus.* (1).

II. No basta haber vencido á este enemigo para poder subir sin tropiezo al lugar excelso de la perfeccion: es necesario sugetar tambien otro aun mas terrible. Aquel pelea por defuera; pero este nos hace la guerra por de dentro: motivo por el que se nos debe hacer tanto mas formidable que el primero, quanto es mas de temerse un enemigo doméstico que un extraño. Enemigo doméstico llama á la Carne el P. S. Bernardo (2), y tan doméstico es este enemigo, que ni le podemos poner en fuga, ni nosotros podemos huir de él. Él está unido á nosotros: nos vemos obligados por nuestra desdicha á mantenerle: y no podemos ni nos es lícito matarle, quando él intenta nada ménos que quitarnos la vida del alma y llevarnos á la pérdida eterna. ¿Puede darse enemigo mas terrible?

A la verdad, él es aquel muro que en esta miserable vida impide la perfecta union de la Esposa con el Esposo, ó del Alma santa con su Dios (3). Él es aquella pared que á San Pablo estorbaba la vista clara y los dulces abrazos de su Amado (4). Y él es aquel cuerpo de muerte de que tanto deseaba verse libre este santo Apóstol (5). Él es el que ha impedido á innumerables errantes acertar con las sendas de la salud: el que ha hecho se extraviasen otros muchos de los que por ellas caminaban: el que ha quitado á millones de justos la vida del espíritu, y ha derribado á no pocos de ellos de la mayor altura de santidad y perfeccion en que se

[1] S. August. Serm. 1. S. Vincent. Mart. [2] De fragmentis septem misericord. Serm. 3. num. 5. [3] Cant. 2. 9. Alap. hic. [4] Div. Bern. Serm. 56. in Cant. num. 5. [5] Rom. 7. 24. Div. Aug. Lib. 1. contra duas Ep. Pelag. cap. 11.

hallaban: el que finalmente ha llenado al mundo de pecados y de calamidades, y ha poblado de condenados el infierno. Todos estos y otros muchos males, que no refiero, hace y ha hecho en el género humano este enemigo que se llama la Carne: la qual en el sentido en que de ella aquí vamos hablando, no es otra cosa que la carnal concupiscencia, ó aquel apetito desarreglado que el hombre en el estado de la naturaleza corrompida experimenta en sí mismo, y que le hace irse desordenadamente tras de lo prohibido en general; pero que mas especialmente le inclina á buscar y gozar los bienes sensibles, cuyo disfrute le es ilícito por ser contrario á la razón y á la Ley de Dios (1). Por eso los Santos á imitación de San Pablo (2), y siguiendo los documentos que dió á los fieles todos en un punto de tan suma importancia (3), castigaban su carne con el mayor rigor para sugetarla á las leyes del espíritu, y mortificaban incesantemente sus hechos, esto es, los actos de la carnal concupiscencia, que son sus ilícitos deseos y pasiones. ¡Que bien imitó este exemplo y practicó esta doctrina nuestro venerable paisano Fr. Santiago! Él como tan instruido en el arte de la milicia christiana, se aplicó á manejar con vigor y con destreza las armas de la penitencia y de la mortificación, medios indispensables para salvar la vida del alma entre tan formidables y porfiados enemigos, y mucho mas para conducirla con seguridad por entre sus peligrosísimos combates al monte de la perfeccion mas elevada. Execútase esto, y lo executó nuestro Venerable perfectamente, castigando con penitencias rigurosas *los sentidos exteriores de su cuerpo*, y mortificando con una severa continencia *las potencias interiores de su alma*.

I. ¿De que modo no castigó nuestro Venerable el sentido del gusto ó de la gula? Díganlo sus rigurosas abstinencias y sus ayunos austerísimos toda su vida continuados. Al ayuno establecido en su Religion de los Miércoles, Viérnes y Sábados de cada semana, al del Adviento, que para esta santa Reforma empieza desde el dia siguiente al de Todos los Santos hasta la Natividad del Señor, y al de la Quaresma, que se anticipa desde la Septuagésima, añadía Fr. Santiago los ayu-

(1) Vide Alap. in Epist. Jacobi cap. I. v. 14. (2) I. Cor. 9. 27. (3) Rom. 8. 13.

nos rigurosos de pan y agua en los Viérnes y dias de Nra. Señora, vísperas de los Santos solemnes de su Orden, y Santos de su particular devocion. Esto mismo executaba en toda la Quaresma, y si alguna vez en ella experimentaba notable flaqueza, ó que se le debilitaban demasiado las fuerzas para continuar sus ejercicios, solia mitigar aquel rigor migando solamente unas sopas en el caldo con que se habia cocido el bacalao ú otro pescado que se hubiese dado de racion á la Comunidad. ¿ Pero que mas? En los tres dias últimos de la Semana Santa, á fin de imitar con la penitencia del ayuno los tormentos de nuestro amabilísimo Jesus y estar mas bien dispuesto á la contemplacion de su Pasion y Muerte, se abstenia absolutamente de toda bebida y alimento, rigidez de abstinencia que practicó siempre hasta sus últimos años. Lo restante del año podemos decir era un ayuno continuado aunque sin guardar su formalidad, pues solo tomaba para su sustento lo mas vil y despreciable de su racion, reservando la mayor y mejor parte para los pobres, segun que lo aconseja el Papa S. Leon el Grande: *Fiat refectio pauperis abstinentia jeunantis* (1).

Con todo este rigor trató á su cuerpo en el sentido del gusto, absteniéndose de quanto podia lisonjearlo lo mas mínimo, preparándose de este modo como generoso atleta para la lid que con su carne propia le esperaba: á la manera que lo executaban los antiguos atletas que, como refiere S. Pablo (2), se abstenian de aquellas comidas que les pudiesen servir de impedimento para vencer á sus antagonistas ó contrarios y conseguir una corona corruptible: *Omnis qui in agone contendit ab omnibus se abstinet, et illi quidem ut corruptibilem coronam accipiant*. Así entienden principalmente este texto algunos sagrados Expositores (3), por cuya razon afirman que en la guerra que el Christiano tiene contra los vicios debe empezar primero á debelar el de la gula, porque vencido este es fácil triunfar de todos los demas (4).

No fué ménos rígido en castigar su cuerpo por lo que toca

(1) S. Leo Magn. Serm. 2. in jeunio decimi mensis et collectis.

(2) 1. Cor. 9. 25. (3) Haymo, Alapide et Du Hamelius ad loc. immediatè cit. (4) S. Leo M. Serm. 2. in jeunio decimi mensis et collectis jam antea cit. et Alap. ad supradict. loc. vers. ult.

á la vista ó á los ojos. Son estos las principales puert^{as} de esta casa de barro por donde entrando al alma que la habita las especies ó imágenes de los objetos agradables, se va insensiblemente tras ellos, aunque sean prohibidos, encantada de su aparente belleza y hermosura. Ah! ¡quantos por haber dado entrada libre á estas especies por las puert^{as} de sus ojos, se maleáron en sus costumbres pereciendo muchos de ellos para siempre (1)! Dígalo una Eva echando solo una mirada curiosa al vedado árbol del Paraiso (2). Díganlo los descendientes del piadoso Seth, que mirando la hermosura de las hijas de la raza de Cain, celebráron con ellas sus matrimonios, se corrompiéron con sus costumbres depravadas, y diéron causa al universal diluvio que por último acabó con todos ellos (3). Dígalo un Sanson perdido de amor por Dalila Philistea, cuya hermosura agradó á sus ojos, y fué el motivo de su muerte (4). Díganlo un Holofernes con Judith (5), un David con Bersabé (6), un Salomon con las mugeres extrangeras (7). Y díganlo en fin todos quantos han dado y dan á sus ojos aquella libertad que no debieran, abriéndolos á todos quantos objetos se les ponen por delante para dar pasto á su insaciable perniciosa curiosidad.

¡Que distante estuvo de esto nuestro Venerable Fr. Santiago! ¡Que cautela en la guarda de sus ojos! ¡que vigilancia sobre este sentido que por no refrenarse ha causado tantos imponderables daños á los hombres! Por no experimentarlos nuestro Venerable le castigó de manera que no solo le negó el placer que suele recibir de los objetos prohibidos, sino tambien de los que son indiferentes. Los párpados de sus ojos no parecian sino puert^{as} de bronce con que los sujetaba y cerraba para que no viesen ellos la vanidad, ó alguna otra cosa que pudiese despues amancillar la pureza de su alma. Jamas se le notó hubiese levantado sus ojos para mirar al otro sexó sin embargo de verse precisado por sus officios de Limosnero y otros á tratar freqüentemente con mugeres de diferentes clases y condiciones. Quando tenia que hablarlas, ó para pedir las limosna, ó para consolarlas en sus aflicciones, ó para reprehender-

(1) *Eccli.* 9. 9. et 11. *P. Scio hic.* (2) *Gen.* 3. 6. (3) *Ibid.* 6. 2. *P. Scio hic.* (4) *Judic.* 14. 3. (5) *Judith.* 10. 17. (6) 2. *Reg.* 11. 2. (7) 3. *Reg.* 11. 1.

las sus vicios, fixaba sus ojos en la tierra, y sin alzarlos se retiraba de ellas, á imitacion de N. P. S. Francisco, de un S. Ugon Obispo, de un S. Luis Gonzaga y otros innumerables Santos, que obligados por sus empleos á hablar con mugeres, á ninguna conocian de vista y si solo por la voz, porque á ninguna miraban á la cara (1). El recato de nuestro Venerable en esta parte se descubria mas andando por las calles y plazas de Sevilla y sus arrabales, especialmente el de Triana, que por su oficio de Demandante se veia obligado á recorrer con mas frecuencia. Allí era donde traia mas enfrenado el sentido de la vista, privando á sus ojos del gusto de que se recreasen con muchos objetos inocentes por el peligro de que tropezasen con los prohibidos entre tantos y tan varios como se le presentaban. Sin duda que tenia presente lo que encarga el Eclesiástico (2): que no derramemos curiosamente la vista á todas partes vagueando con ella sin necesidad aquí y allí quando se anda por las calles, plazas ú otros lugares públicos de la ciudad: *Noli circumspicere in vicis civitatis, nec oberaveris in plateis illius*. Consejo sabio, que practicó con la mas escrupulosa exáctitud este varon prudente, á distincion de tantos necios que lo desprecian: no sosegándose su estulta curiosidad sino registran con sus ojos todo lo que hay, hasta ponerlos ó extenderlos allá á los últimos fines de la tierra. (3).

Grande castigo es sin duda para los ojos cerrarlos quando ellos quisieran estar abiertos; pero aun me parece mayor obligarlos á estar abiertos quando ellos desearian estar cerrados. El dulce sueño con que todo el cuerpo descansa por la noche de las fatigas del dia, es sin comparacion mas delicioso para los ojos que para los demas sentidos, y ántes que estos se entregan aquellos al sosiego que solicitan con ansia. Por eso es para ellos mayor el tormento si los privan del descanso que apetecen, ó sea por necesidad verdadera, ó por mera sensualidad. Nuestro venerable paisano, que con la severidad que habeis oido habia mortificado en sus ojos la curiosidad de ver, fué aun mas riguroso en castigarlos en el ape-

[1] P. Scaramelli, Directorio Ascético, Tratado segundo, artículo tercero, capítulo segundo, número 121. [2] Eclli. 9. 7.

[3] Prev. 17. 24.

zito de dormir. El sueño en él se puede decir que no era mas que un puro nombre sin alguna realidad: porque, ó no dormía, como era lo mas comun, ó si dormía alguna noche de puro fatigado y rendido de sus prolongadas vigiliás, no era mas que conmutar estas en otra especie de penalidad. Las noches las pasaba ordinariamente insomnes: porque todas las ocupaba en ejercicios santos y de penitencia en el coro é iglesia, en los claustros altos y en los baxos. Por milagro se le advertia que se recogiese á su celda para usar de su pobre camilla quando le obligaba á tomar algun sueño una evidente necesidad. Quando está le apretaba demasiado para tomar algun descanso, lo hacia, ó arrimándose á una pared, ó sobre alguna escalera, ó en el mismo sitio en que estaba orando, donde postrado en tierra sobre su rostro, concedia á sus desvelados ojos y fatigados miembros nada mas que el descanso muy preciso. Veces hubo tambien en que hallándose faltó de sueño dormía alguna ú otra siesta en el verano; pero quando la dormía, se echaba sobre algun banco ó poyo de un corredor en tal postura, que los rayos del Sol le diesen en la cabeza, ó para recompensar con esta penalidad el gusto del sueño, ó para que este no se prolongase demasiado (1), ó tal vez para dormir y velar al mismo tiempo con estas incomodidades, conforme se dice de la Esposa de los Cánticos: *Ego dormio, et cor meum vigilat* (2).

No podemos asegurar que él desde sus principios hubiese conseguido el dormir con esta perfeccion, de modo que pudiese decir de sí lo que decia la Esposa Santa; pero bien podemos afirmar sin temeridad en vista de sus continuadas rigurosísimas vigiliás que él, á imitacion de David, habia protestado muchas veces no conceder sueño alguno á sus ojos, ni adormecimiento á sus párpados, ni reposo ó descanso á sus sienes, hasta hallar en su corazon un lugar para el Señor, y en su alma un tabernáculo adornado de tantas virtudes, que fuese digna morada de su Dios: *Si dederò somnum oculis meis, et palpebris meis dormitationem: et requiem temporibus meis: donec inveniam locum Domino* (3). Este era el fin del corto, pero penosísimo descanso que á sus ojos daba este varon justo

(1) Vide Dio. Clement. Alexandrin. in Padag. Lib. 2. cap. 9.

(2) Cantic. 5. 2. (3) Ps. 131. 4.

y venerable: este era todo el intento á que enderezaba la mortificacion rigurosa de este sentido: y este el único designio que tenia en todas sus vigiliass y desvelos.

Velan tambien y mucho los pecadores: niegan el descanso á sus ojos los impíos: y es en muchas ocasiones arrebatado el sueño de los malos; pero ¿á que fin dirigen éstos todas sus trasnochadas ó vigiliass? ¿Quales son en ellas sus intentos y designios? No otros ciertamente que los de executar la iniquidad y los de armar á la inocencia las mas alevosas asechanzas. De estos es de quienes el Espiritu Santo afirma, que no duermen si ántes no han hecho mal, y que su sueño es arrebatado de ellos si no han armado alguna zancadilla: *Non enim dormiunt nisi malefecerint: et rapitur somnus ab eis nisi supplantaverint* (1). ¿Puede haber desvelos mas insensatos? ¿Pueden estos noctívagos ó rondadores perder mas estultamente el necesario sueño de la noche, por ocuparse toda ella, ó la mayor parte, en buscar pendencias con otros en sus pueblos propios y en los extraños? ¿Puede haber mayor necedad que, por el torpe placer de haber con su astucia hecho caer alguna paloma incauta, sujetarse á penosas veladas, y por lo comun al frio y á la escarcha sin tener que esperar para en adelante por aquel trabajo ningun premio, y sí un eterno castigo? ¿Que mayor estulticia que esta puede darse? Su castigo y retribucion en la otra vida está bien figurado por el que recibieron en esta los Judíos, de quienes dice el Profeta Isaías: „Fuéron cortados todos los que velaban para hacer mal: los que por sus palabras hacian pecar á los hombres, y que armaban la zancadilla á los Jueces y otros que les reprehendian y condenaban sus desarreglos, y los que sin causa alguna se apartaban de los caminos de la rectitud y justicia.” *Succisi sunt omnes qui vigilabant super iniquitatem: qui peccare faciebant homines in verbo, et arguentem in porta supplantabant, et declinaverunt frustra á iusto* (2).

Nuestro venerable paisano siguiendo en sus vigiliass un rumbo bien diferente al de estos necios, las enderezó todas á la penosa affliccion del sentido de la vista, á fin de sujetarlo y rendirlo á la razon; para que en el camino de la perfeccion no le sirviese de estorvó ó impedimento; pero no

sién-

[1] *Prov. 4. 16.* [2] *Isa. 29. 20. 21.*

siéndolo pequeño el sentido del oído que no se guarda como debe, se propuso usar con él de igual rigor. Por el oído nos entra la fe (1), esto es, la enseñanza de lo que debemos creer y obrar para salvarnos. Por el oído se recibe en el alma la semilla de la palabra divina para que produzca en ella el fruto de las buenas obras. Y por el oído envía Dios ciertas inspiraciones fuertes á algunas almas con que las mueve eficazmente á detestar sus vicios pasados, á desprenderse de las vanidades mundanas, á abrazar con resolución heroyca la cruz de una vida mortificada y penitente, y aun á entrar en el camino de una perfección muy alta.

Pero á pesar de estos buenos usos á que puede y debiera siempre aplicarse el sentido del oído, él es muchas veces la causa no solo de que no se haga progreso alguno en el camino de la perfección, sino de que se pierda absolutamente la inocencia y la gracia en esta vida, y en la otra la salvación eterna. No habria ciertamente tantos desórdenes, ni tanta corrupción de costumbres, ni tanta afición á las cosas mundanas, si no se oyese hablar de ellas con estimación en las conversaciones y tertulias. No vomitaria tantas veces en el alma la antigua serpiente el veneno de las delectaciones impuras, si ella hallase siempre bien defendida esta entrada por donde acostumbra con sus engañosos silvos á insinuarse, como lo hizo con Eva en el Paraiso (2). No se marchitarian tantas azucenas de virginidad ni tantas flores de virtud, si por el conducto del oído no se introduxese al corazón el apestado aliento de un luxuriouso ó vicioso, que con adulaciones, palabras deshonestas, ú otras conversaciones perversas y depravadas lo corrompe. No habria en fin en el mundo tantos rencores y odios contra el próximo, tantos deseos de vengarse, tantas envidias y faltas de caridad, tantos falsos testimonios y calumnias, ni tantas murmuraciones, si no hubiera oídos que escucharan.

No se le ocultaban á nuestro Venerable estos daños que á la perfección y aun á la salud eterna de nuestra alma provienen del sentido del oído no guardado, y quanto corrompen las buenas costumbres los discursos libres y los vanos razonamientos, que aun oídos por ligereza llenan la cabeza de mil especies mundanas, y disipan la mente y el corazón. Por

(1) *Rom. 10. 17.* (2) *Gen. 3. 1.*

eso tuvo él mucho cuidado de tapar con las espinas de la mortificacion estos dos portillos por donde podian entrar las bestias de las malas palabras á pacer y conculcar las yerbas fragrantés y las hermosas flores de varias virtudes que con el riego de la divina gracia habian brotado y crecido en el jardin amenísimo de su alma. Él cercó sus orejas con espinas, como lo manda el Eclesiástico: *Sepi aures tuas spinis* (1): porque quando alguno intentaba trabar con él alguna poco honesta y ménos caritativa conversacion, con que tal vez queria entrar á robarle la azucena de su castidad, ó el dulce fruto del árbol místico de su fraternal amor, era al instante de estas espinas lastimado: por lo que no se atrevia á llevar la conversacion mas adelante. Estas espinas de que habla el Eclesiástico con que cercó sus orejas nuestro Venerable, y con cuyas puntas heria las lenguas desbocadas ó detractoras, eran ya una severa reprehension del delinqüente, quando las circunstancias de la persona lo permitian, ya una dulce admonicion de la falta que cometian sin reparo, como nos consta haberlo hecho aun siendo pastor con sus iguales y tambien con los que eran mayores en edad. Otras veces la huida de la conversacion maligna era la saeta aguda con que traspasaba á quien la introducía, y quando esto no podia hacer por alguna ocupacion del oficio en que se hallaba, lo executaba divirtiendo con maña el discurso y procurando introducir con disimulo algun nuevo razonamiento: á la manera que en tales ocasiones lo practicaba aquel gran Caballero, aquel gran Canciller y aquel gran Mártir de Inglaterra Tomas Moro (2). En fin, el semblante serio y lleno de gravedad, índice del disgusto y tedio con que oía las malas palabras en qualquier materia que fuese, era un dardo de que en algunas ocasiones por último recurso echaba mano, para que heridos los que en su presencia las proferian con la herida de la confusion y vergüenza, desistiesen de los atrevimientos y osadías de su lengua. Así se conducía este siervo de Dios con las lenguas impuras, murmuradoras y malignas: estos eran los medios que usaba para evitar los daños que á la virtud y perfeccion acarrear los oídos mal defendidos y custodiados de las asechanzas que les arman estos áspides venenosos y traidores: y de este modo

(1) *Eccli.* 28. 28. (2) *Thomas Stapleton. in ejus vita.*

castigó este sentido tan inclinado por la corrupción de la naturaleza á dexarse llevar de la melodía de las voces de estas sirenas encantadoras. Raro exemplar en estos tiempos, y por lo mismo muy necesario y digno de proponerse por modelo no solo á los mundanos que no cuidan de estas delicadezas de la virtud, sino aun á muchas personas espirituales y devotas que tratan de caminar á la perfeccion.

¿Pues que diremos del modo con que castigó nuestro Venerable su lengua que en quanto es el instrumento de la locucion humana tiene tanta conexiõn con el oido? No parece se puedè decir sino que ó no tenia lengua, ó que era totalmente mudo, fuera de aquellas ocasiones en que se ocupaba en sus oraciones y coloquios con su Dios ó los Santos, ó en cosas tocantes á su espíritu, ó en aquellas en que no podia dexar de hablar sin faltar á su obligacion, á la caridad con sus próximos y al dictámen de una prudencia christiana. Fuera de estos casos, siempre procuró nuestro Venerable traer cerrados sus labios, haciendo puertas y cerrojos á su boca para no resbalar con su lengua en cosa alguna, como lo encarga el mismo Dios por el Eclesiástico (1). No quiero yo decir con esto que él no hubiese caido en alguno ú otro ligero deslíz en este punto: porque ¿quien es el que no se ha deslizado con su lengua? dice el mismo Eclesiástico: *¿Quis est qui non deliquerit in lingua sua* (2)? Lo que quiero decir y lo que no tiene duda es, que él conociendo lo resbaladizo que es este miembro para el mal, los gravísimos daños que en el mundo ha producido y los innumerables obstáculos que él opone á la perfeccion, procuró con todas sus fuerzas refrenarlo valiéndose de aquellos medios que los Santos apoyados en las Sagradas Escrituras señalan para conseguir este fin. Él se habia hecho bien cargo que la lengua, si no se refrena como se debe, es semejante á un caballo desbocado que corriendo á rienda suelta va á dar por último consigo y con el ginete al precipicio. Él sabia que aunque la lengua es un pequeño miembro de nuestro cuerpo, es poderoso para producir en un instante grandes efectos perniciosos, así como una pequeña chispa de fuego puede reducir á cenizas un gran bosque en pocos momentos. Y por decirlo de una vez, tenia bien comprehendido que la

(1) *Supra cit. cap. et vers.* (2) *Id.* 19. 17.

lengua nó refrenada es un fuego que todo lo devora, una universidad de todos los pecados (1) y un mundo de males, porque los encierra en sí á todos (2).

De aquí nacia en él una fuerte y animosa resolucion de castigar su lengua, trayéndola siempre á raya con no pequeña mortificacion: y á imitacion del santo Profeta Rey se propuso velar sobre todos sus caminos, ó sobre todas las acciones de su vida, para no delinquir ó no cometer con ella alguna culpa: *Dixi: custodiam vias meas: ut non delinquam in lingua mea* (3). No ignoraba Fr. Santiago que era necesario servirse muchas veces de la lengua para manifestar sus pensamientos á los otros; pero siguiendo el consejo de su santo Padre el Señor San Agustin (4) y el de mi Seráfico Doctor San Buenaventura (5), resolvió en su ánimo valerse de ella con tal cautela, que no le saliese de la boca alguna palabra inconsiderada de que tuviese despues que arrepentirse. Pero como es propio de Dios el gobernar nuestra lengua (6), y como es imposible domarla por nosotros mismos sin su gracia particular (7) por mas esfuerzos y propósitos que hagamos, por eso pedía incesantemente al Señor le concediese este auxilio, rogándole con el Real Profeta se dignase guardar su boca y poner á sus lábios una puerta de celosa cautela, para que de ellos no pudiesen salir jamas palabras que de algun modo le ofendiesen: *Pone Domine custodiam ori meo: et ostium circumstantiæ labiis meis. Non declines cor meum in verba malitiæ* (8).

No le negó el Señor esta gracia, porque se la supo pedir debidamente: y corroborado con ella pudo asegurar el feliz éxito de las resoluciones santas que habia hecho de moderarse perfectamente en sus palabras. Él ántes de proferirlas las rumiaba muy despacio, las meditaba con sosiego y las reflexionaba circunspecto. Él consideraba atentamente el principio de donde nacia, el fin á que se encaminaban, y las buenas ó malas conseqüencias que de ellas tal vez resultarían. En suma, él pesaba sus palabras en la balanza fiel del Santua-

(1) *Jac. cap. 3. penè per totum.* (2) *Div. Basil. ap. Scio hic, et S. Bernard. Serm. 17. de Diversis, qui inscribitur: De triplici custodia manus, linguæ et cordis, num. 2.* (3) *Psal. 38. 2. P. Scio hic in vers. 2.*

(4) *S. Aug. Enarr. in cit. Psal.* (5) *S. Bonav. Spec. discipl. cap. 20.*

(6) *Prov. 16. 1. Vide P. Scio hic.* (7) *Jacob. 3. 8. Id. P. Scio hic.*

(8) *Psal. 140. 3. 4.*

rio, y las ajustaba á la rectísima invariable regla de la Ley de Dios, dando salida solamente á las que conocia ser á ella conformes, y reteniendo con el freno del silencio á las que de la debida rectitud se desviaban: que es lo que puntualmente nos amonesta el Señor por el Eclesiástico: *Verbis tuis facito stateram, et frænos ori tuo rectos* (1). Aun hacia mas nuestro Venerable: porque no contentándose con proceder con esta circunspeccion y cautela en el gobierno de su lengua, quando era necesario hablar, retiraba el cuerpo de la conversacion, si esta se prolongaba mas de lo preciso, teniendo sin duda presente lo que el Espíritu Santo dice: que en el mucho hablar siempre hay defecto: *In multiloquio non deerit peccatum* (2). Y como si esto fuese todavía poco para el intento de impedir en su lengua qualquier desliz, procuró siempre retirarse de toda plática impertinente, ó que no pudiese tener mas objeto que el de dar á este miembro alguna libertad y soltura por mas que pareciese inocente. Jamas le vieron asistir á alguna tertulia, ni entrar en la celda de ningun Religioso para desahogarse con él un rato en conversacion, ni aun juntarse con los demas ni concurrir á aquellas recreaciones honestas é inocentes que ciertos dias del año tiene la Comunidad.

¿Que mas pudo ó debió hacer para contener los desórdenes de la lengua este venerable Religioso? ¿De que medios mas rigurosos habia de echar mano para refrenarla? ¿Ni que mortificaciones mas sensibles á su innata volubilidad podia inventar para castigarla y afligirla? Yo bien sé que en este punto hubo Santos tan rígidos que parece declinaron del medio justo al extremo de la nimia severidad. Hubo quien trajo por espacio de tres años en su boca algunas piedrecitas para que la lengua no se le soltase á palabras ociosas, como un S. Pedro de Alcántara (3). Hubo quien estuvo en continuo silencio por siete años, como un S. Romualdo (4). Hubo quien estuvo los treinta, como el Monge Theon (5). Y hubo quien estuviese mas tiempo sufriendo esta dura penalidad; pero fuera de que estos y semejantes Santos tuvieron, como es de creer, una particu-

[1] *Eccli. 28. 19. Vide auctorit. SS. Greg., Hilar., Chrysost., Bernard., Ambros. apud Alap. hic.* [2] *Prov. 10. 19.* [3] *Breviar. Ord.*

[4] *S. Dam. in ejus vita.* [5] *Beyerlink Theat. xii. hum., verbo: Silentium.*

lar vocacion para practicar esta rigidez con el miembro voluble de la lengua, se hallaban en muy diferentes circunstancias que les facilitaban su execucion. Ellos ó vivian en la soledad, ó se retiraban á ella con este intento, ó por el tiempo en que practicaban esta mortificacion no estaban obligados por sus oficios al trato familiar y frecuente con sus próximos; pero nuestro Venerable Fr. Santiago en tanta multitud de oficios y ocupaciones en que le puso la obediencia, y en que le era indispensable comunicar á cada paso dentro y fuera de la casa, con Religiosos y con seculares, supo con la gracia de Dios y sus esfuerzos moderar y refrenar su lengua de tal modo, que ninguno le pudo echar en cara ser vana su piedad y religion (1).

Ah! quanto lo es la de muchos Christianos y Christianas aun de los que por su estado están obligados á ser mas comedidos, si atendemos á la soltura y desenfreno de sus lenguas! ¿Quien no ve la libertad abominable con que se habla en materias de Religion entre los que hacen profesion del Christianismo? ¿Quien no advierte las sucias y obscenas expresiones con que muchos á cada paso se producen con escándalo de quien las oye? ¿Quien no nota las maldiciones continuas que los padres echan á los hijos, los amos á sus criados y los superiores á sus súbditos? ¿Quien ignora los falsos testimonios y calumnias, las contumelias y afrentosas palabras, las murmuraciones y detracciones con que por medio de su lengua infernal tiznan la buena fama ó calumnian la inocencia de sus próximos? Esto se está viendo todos los dias entre los que se reputan por discípulos de Jesuchristo, y aun entre los que se tienen por virtuosos, por religiosos y ajustados. Ellos sin duda juzgan se constituye la esencia de la religion y de la piedad en ciertas prácticas devotas exteriores en las que respecto al modo con que en ellas se exercitan, tiene mas parte la vanidad que una sólida virtud: porque dando á aquellas el tiempo regular y ordinario, como si hubiesen ya satisfecho en esta parte á su deber, dan el resto del tiempo dilatado que les queda á las satisfacciones mas pecaminosas de su lengua, ó quando ménos á una loquacidad ociosa y muy perniciosa para los progresos de su alma. Pero ¿que engaño

(1) Si quis putat se religiosum esse non refrenans linguam suam, sed seducens cor suum, hujus vana est religio. *Jacob. 1. 27.*

el suyo! Ellos lo conocerán con el tiempo: tal vez quando ya no puedan remediarlo. Ah! si las innumerables almas que engañadas de su amor propio desordenado se quieren reputar por justas, por timoratas y devotas al paso que no ignoran el desenfreno y soltura de su lengua, se propusiesen á este venerable Religioso por modelo para refrenarla y corregirla, sin duda que habria mas Santos verdaderos en el mundo, y ménos que quisiesen parecer sin que lo sean.

Es propio de los verdaderos Santos castigar y mortificar todos sus sentidos, porque todos ellos con sus correspondientes delectaciones sensibles son mas ó ménos opuestos á la virtud y á la perfeccion. Por eso nuestro Venerable no contento con mortificarse tan perfectamente en el sentido del gusto, en el de la vista, en el del oido y en el miembro de la lengua como instrumento de la locucion humana, se mortificó tambien en el del olfato. Es este sentido el mas inocente de todos y el que ménos se opone á la perfeccion, porque siendo como es el mas débil y estúpido entre los demas, tiene ménos fuerza en sí para servir de impedimento á la perfeccion con aquel deleyte que le es proporcionado. No obstante los Santos lo han reputado por muy perjudicial no solo á los adelantamientos del espíritu, sino tambien á la salud eterna de las almas, quando estas se van con ansia en busca de olores gratos por solo el placer que de ellos á este su sentido las resulta: porque es una verdad constante y manifiesta que todo deleyte sensible procurado para nuestros sentidos por solo el motivo de complacerlos es ilícito y pecaminoso. Castigos ha executado Dios y muy exêmples en algunas personas entregadas al deleyte de los olores, ya trayéndolos consigo en pomos ó caxas, ya rociando con licores olorosos sus vestidos, ya cerniendo las materias de buen olor hechas polvos sobre los cabellos, ya perfumándose á sí y á sus aposentos y cámaras con aromas, timiamas y otras varias especies de suavísimos perfumes. Bien sabido es el que, segun San Pedro Damiano (1), descargó el Señor sobre cierta Dama, muger del Dux de Venecia, la qual por haberse dedicado sobremanera á complacer al grosero sentido de su olfato, fué herida de pies á cabeza de una llaga asquerosísima con la que

(1) *Ep. ad Blanc. Comit. Aliàs, Opusc. 50. cap. 11.*

se le pudrieron sus carnes: y de sus corrompidos miembros salia un hedor tan intolerable, que ni sus mismos esclavos tenían valor de acercarse á su cámara para asistirle. De este modo hecha un cadáver aun viviendo, acabó miserablemente su vida.

Pero sin valernos de este y otros muchos exemplares escarmientos que Dios ha hecho con algunos, para manifestar quanto le indignan la delicadeza y estudio con que muchos y muchas procuran al sentido del olfato la satisfacción de exquisitísimos olores, tenemos el testimonio del Espíritu Santo, que, hablando por boca del Profeta Isaiás, predixo á las hijas de Sion el horrible é intolerable hedor que habian de padecer en el cautiverio de Babilonia, á donde serian conducidas, en castigo de los suaves olores con que desmedidamente sin alguna necesidad ó utilidad se recreaban: *Et erit pro suavi odore factor* (1). Castigo justísimo y muy proporcionado á la qualidad del pecado que lo produjo. Pena bien merecida, la qual aun están experimentando los descendientes de los Judíos despues de la muerte de Jesuchristo, los quales, segun Autores graves lo refieren, despiden de sí, y sufren ellos mismos una hediondez especial hereditaria que los distingue (2).

Y si tanto desagrada á Dios la desordenada aficion que se tiene á recrear el sentido del olfato, aun no mirando esta sensible recreacion sino en sí misma, ¿quanto será al Señor mas aborrecible, si la miramos en los efectos perniciosos que produce? Ella no solo es un grande estorvo para la perfeccion, sino un escollo que causa en muchos el naufragio de su eterna perdicion. Ella es, segun muchos Santos Padres, un incitativo de la sensualidad, el manjar con que se nutre la ociosidad y la molicie que poco á poco arrastra al deseo del placer libidinoso (3), indicio claro de la corrupcion del ánimo, cuidado propio de hombres afeminados (4), cebo con que las meretrices cazan á la incauta juventud (5) y un medio de que

[1] *Isa. 3. 24.* [2] *Ammianus Marcellinus Lib. 2. vocat Fetentes Judæos: et Martial. Lib. 4. Epigram. ad Bassam: Oles, inquit, ó Bassa, jeinia Sabbathariorum, hoc est, Judæorum. Denique Fortunatus, qui asserit hunc hereditarium Judæorum factorem baptismi elui: Eluitur, inquit, judæus odor baptismate divo. Lib. 5. Vide Alap. ad supradict. loc.*

[3] *S. Clem. Alexandr. Lib. 2. Pædag.* [4] *S. Chrysost. ap. Alap. infr. cit. loc.* [5] *Prov. 7. 17.*

ellas mismas se valen para disimular la hediondez de su cuerpo apestado y corrompido por sus continuas liviandades (1). Ved si se deben reputar por pequeños los daños que causa el sentido del olfato en quien con exquisitos y delicados olores anhela por recrearle y complacerle.

A vista de ellos procuró nuestro Venerable castigar tambien y mortificar en el modo posible este sentido, que aunque no tan traydor como los otros para el alma, al fin siempre es traydor, é impide los progresos de la perfeccion: porque inclina al vicio y retrahe del exercicio de la caridad, virtud en que la perfeccion esencialmente consiste (2). Él le mortificó no solo privándole del placer que le resulta de la sensacion agradable de los buenos olores, y aun absteniéndose totalmente del uso del tabaco, vicio que con capa de necesidad se ha propagado por toda clase de personas, sino que le afligió muchas veces con olores desapacibles, ya procurándolos de intento, ya sufriendolos con alegría y con gusto quando era necesario tolerarlos: de todo lo qual tenemos buenas pruebas que lo confirman. La es que quando era Donado suplicaba muchas veces á los Novicios le dexasen á él el cuidado de limpiar los vasos inmundos, oficio que no se puede hacer sin que se perciban olores ingratisimos, efectos de la humana miseria. La es que concluidos sus nocturnos exercicios en el coro y en los claustros altos, se baxaba á terminarlos enteramente á los baxos donde se acostumbra á enterrar á los Religiosos, y postrado en una de sus sepulturas para orar por sus difuntos hermanos, sufría todas las noches por largos ratos la hediondez de sus corrompidos cadáveres, que aun despues de sepultados no dexan de exhalar algun mal olor, que se percibe en la superficie de la tierra. La es que se ocupaba muchas veces voluntariamente en barrer los sitios públicos del convento, no debiendo ser pequeña la mortificacion de su olfato en estas ocasiones, y mas particularmente quando tenia que ocuparse en barrer y limpiar las inmundicias de algunos de ellos. Y la es finalmente el gusto y al mismo tiempo el esmero con que desempeñó muchos años el oficio de Enfermero de la Comunidad: gozándose entre el hedor y fetidez que naturalmente

(1) Vide Alap. ad sup. cit. loc. (2) S. Thom. 2. 2. quest. 184. art. 2. in corp.

transpiran los cuerpos é inmundicias de los enfermos, á la manera que un mundano ó mundana se goza y recrea entre perfumes delicados y entre olores de fragrantísimas rosas.

Quien así castigó y mortificó á aquellos miembros y sentidos corporales que son las mas pequeñas partes del cuerpo, ó que en la grande extension de él no ocupan sino un muy pequeño espacio, no habia de ser escaso en el castigo y mortificacion de el sentido del tacto que por todo el cuerpo se extiende y se dilata. La vista reside en los ojos solamente, el oido en solas las orejas, el olfato solo en las narices, el gusto y el habla en la lengua; pero el tacto se extiende por todo el cuerpo, ocupa todos los miembros, y por todos ellos derrama un placer sensual que envenena al alma, y con el que pretende ganarle su consentimiento en el delito. No se contenta este sentido con combatir esta fortaleza por sola una parte, sino que por todas la cerca, por todas la bate y por todas la da los mas furiosos asaltos para rendirla y dominarla: á la manera que un poderoso enemigo que resuelto á conquistar una plaza no se contenta con asaltarla por una sola trinchera ó por un solo valuarte. El deleyte carnal y sensual con que este sentido del tacto combida y halaga á la voluntad, no es ya un deleyte como el de los otros sentidos; el de estos, aunque sea consentido, puede muchas veces no hacer sino heridas leves en el alma; pero el de aquel causa siempre en ella heridas mortales que la quitan la espiritual vida de la gracia y la arrastran á la eterna perdicion (1). Este brutal placer, dice el Santo Job (2), es un fuego que todo lo devora hasta la perdicion: porque, segun expone el P. S. Gregorio (3), no solo mancha á quien lo admite y consiente, sino que le mata y le pierde eternamente. El es tambien un fuego que arranca de raiz todas las virtudes, todos los frutos y todas las buenas obras de la infeliz alma donde entra: porque el deleyte brutal de la lascivia, propio de este torpe sentido de que hablamos, obscurece la luz de la razon, llena de tinieblas al entendimiento, pervierte la voluntad y pone en confuso desórden á todas las potencias de

(1) P. Henno in Decalog. præcept. Disp. 6. qu. 10. et alii plurimi qui parvitatem, ut ajunt, materie in re venerea non admittunt.

(2) Job. 31. 12. (3) Lib. 21. Moral. cap. 9.

nuestra alma. ¿Que maravilla, pues, que la infeliz, aunque ántes hubiese sido un jardín de muchas virtudes, venga á ser en breve un desierto horrible é infecundo de todo bien espiritual, como dice Santo Tomas? (1)

Esta es la causa porque los Santos han declarado una sangrienta guerra á este enemigo fiero y desbocado: á este sentido el mas pernicioso de todos, el que fierisimamente lisongea, y el que con el dulce atractivo del placer halaga á los demas sentidos, y se los lleva tras de sí para arrastrar mas fácilmente al alma al pecado y á su ruina tal vez irreparable (2). La que nuestro Venerable declaró á este su mayor corporal enemigo fué de las mas crueles y sangrientas que pueden acaso leerse en las Actas de los Santos: ya esto se considere en orden á la privacion de los gustos que desmedidamente apetece: ya se mire respecto de la infliccion positiva de las penalidades y mortificaciones de que huye. Apénas pueden leerse sin asombro las rigurosas penitencias con que de todos modos castigó todos los miembros de su cuerpo, donde el enemigo poderoso del sentido del tacto tiene puesto el formidable esquadron de sus torpes deleytes como en un campo de batalla para combatir con ellos al espíritu.

Él le negó á su cuerpo el placer que naturalmente recibe del tacto de cosas blandas y suaves, como de la cama blanda, del vestido blando y delicioso. La cama de que usó rarísima vez y esto por obediencia, era la mas vil y grosera de todos los Religiosos sin embargo que entre estos, como ya se sabe, no se estilan delicadezas en este punto. Pero sobre todo la almohada sobre que reclinaba su cabeza era de una materia bien tosca, y la habia él forjado de un saco de chicharos ó guisantes. Sus vestidos eran mas ásperos que los de los demas, porque procuraba fuesen de la materia mas pobre y de consiguiente mas áspera y mas vasta: cuya aspereza sabia él aumentar con la industria, trayéndolos casi siempre raídos y viejos, especialmente los interiores é inmediatos á la carne, los que no podian subsistir sino á fuerza de mil puntadas y remiendos.

Negose tambien á los alivios que desea la naturaleza y

(1) *S. Th. 2. 2. q. 153. art. 5.* (2) *Div. Basilii, vel quisquis sit Auster Lib. De vera Virginitate ad Letojum Militensem Episcopum.*

á los reparos que es lícito buscar para defenderse de las inclemencias de los malos temporales y del rigor de las estaciones. No solo no permitia á sus miembros fatigados el descanso del sueño, como ya os dixé, sino que muy rara vez los dexaba reposar ni aun en otra forma que les produxese alguna comodidad. Su cuerpo anduvo siempre expuesto sin el menor resguardo particular á los excesivos calores del verano, y al rigor de los frios y las lluvias en el invierno, sin usar aun de los que se permiten y estilan en la Religion en tales casos. No llevó jamas consigo sombrero, ni ménos qualquier otra defensa de la cabeza para preservarla de los rayos abrasadores del Sol, aun caminando por ardientes arenales, sino que por lo comun traía siempre su cabeza descubierta, sufriendo los ardores y bochornos del estío y las mojaduras y frialdades que son tan ordinarias en el invierno: siendo muy frecuentes y casi ordinarias sus salidas del convento en ambas estaciones á causa de sus oficios.

Mucho parece ya esto, y lo es sin duda, para domar al cuerpo y á la Carne en el sentido del tacto; pero muy poco en comparacion de otras penitencias que él inventó y añadió para macerarlo mas cruelmente, y para amortiguar ó extinguir del todo, si le fuese posible, sus malas y perversas inclinaciones. Él ideó sus continuos ayunos y rigurosas abstinencias no solo para mortificar el sentido del gusto en la privacion de los manjares, sino para que debilitados los espíritus vitales de su cuerpo, tuviese el sentido del tacto, que por todo él se extiende, como diximos, ménos vigor y fuerza para combatir al alma con sus brutales movimientos y con sus groseras delectaciones. A este mismo fin dirigió aquel continuo afán con que trabajaba por el dia no solo en los trabajos en que le ocupaba la obediencia, sino en otros que él emprendia voluntariamente para no descansar ni estar ocioso. Y á este intento encaminaba tambien aquella serie no interrumpida de ejercicios penales en que, desde que entró en el convento y tomó el hábito de Donado, empleó, mientras las fuerzas corporales le duráron, todas las noches. En ellas atormentaba rigurosamente todos los miembros de su cuerpo, y podemos decir que desde la planta de sus pies hasta lo mas alto de su cabeza no habia parte alguna que no macerarse con alguna penalidad.

Los pies, las piernas y los juegos de las rodillas eran afligidos sufriendo todo el peso del cuerpo inmóvil en pie por muchas horas. Sus rodillas mismas por la parte exterior eran atormentadas de tal modo, que ya sea por el largo tiempo que permanecía arrodillado de noche en sus devotos ejercicios y por la mañana oyendo muchas Misas, ya sea por ponerlas desnudas sobre la tierra cuando se arrodillaba, ya sea por uno y otro, se llegaron á formar en ellas unos durísimos callos, muy semejantes á los que por el mismo motivo se hicieron en las del Apóstol Santiago el menor. Otro callo se le formó en la frente á causa de la continuación con que la tenía clavada sobre el suelo cuando oraba, imitando el ejemplo que le había dado su amabilísimo Jesús y nuestro dulcísimo Redentor en la oración del Huerto. Sus ombros los maceraba abrumándolos con una pesada cruz que echaba áuestas, con la qual, con una soga al cuello y con una corona de espinas, cuyas aguzadas puntas taladraban sus sienes y cabeza, andaba la Via Sacra ó el Calvario todas las noches de Quaresma, las de todos los Viérnes del año y algunas otras de su particular devoción por los ángulos ó claustros bajos del convento. Sus espaldas y otros miembros de su cuerpo los castigó con asperísimos silicios y con otros varios instrumentos de penitencia, especialmente con sangrientas y cruelísimas disciplinas. Estas las tomaba regularmente todas las noches, y sin falta alguna las de las vísperas de comunión y los demás días que señalan los Estatutos. Tan sangrientas eran y tan crueles, que no solo hacían mancharse el sitio donde las tomaba con la sangre que salía de su cuerpo, sino que en fuerza de los golpes desapiadados que sobre él descargaba, se desprendían muchos pedazos de los canelones. Sus vestidos interiores estaban siempre ensangrentados: sus disciplinas de cadenillas de fierro, y las unas con puntas muy agudas, con que despedazaba sus carnes inocentes, se encontraron después de su muerte teñidas desde la una á la otra punta con su sangre: y sus espaldas con la violencia y continuación de los azotes estaban llagadas de continuo. En fin, amados compatriotas, querer yo deciros todas las invenciones que discurrió para domar su cuerpo y todos sus miembros este nuestro paisano venerable, sería lo mismo que pretender un imposible. Baste deciros que no perdonaba ocasión, ni malograba lance en que pudiese molestar

al cuerpo y al sentido del tacto con algun tormento que gravemente lo afligiese: como se vió quando se hallaba en el officio de cocinero en el que nunca acostumbraba valerse de las rodillas de cocina ni de otro algun medio ó instrumento para apartar las ollas y calderos de la lumbre, sino que para mortificarse lo hacia con las manos desnudas, padeciendo en estas ocasiones un tormento el mas terrible. Era tal, que algunas veces con la actividad del fuego con que se abrasaba, se le oían cruxir los pellejos de sus manos y sus dedos: y preguntado por los circunstantes, que con admiracion lo notaban, sobre lo que le sucedia, aplicaba con disimulo sus manos al fuego, las fregaba una con otra, las manifestaba sanas y sin daño alguno y respondia: *Esto es nada.*

¡Ó varon penitente y admirable! ¡quanto confundirás tú algun dia con tantas invenciones de penitencia como ideaste para macerar tu cuerpo, para afligir tu carne y para debilitar las fuerzas del sentido torpe y groserísimo del tacto, á los que con las invenciones mas pecaminosas que les sugiere el placer carnal y deshonesto, solicitan halagarlo, lisongearlo y complacerlo en quanto él apetece! Tú serás el fiscal severo que en el tremendo juicio de Dios acusarás las delicadezas desmedidas de los pecadores, las comodidades y regalos que procuran á su vil carne, y las satisfacciones brutales de que no quieren nunca defraudarla. Y tú serás el que condenarás con mas motivo que los Ninivitas á la generacion depravada de los impíos y los malos: porque sobrándoles á estos por sus impiedades y pecados las causas para dedicarse á los ejercicios saludables de la penitencia y mortificacion, ya para dar á Dios una competente satisfaccion por las innumerables ofensas con que le tienen irritado, ya para refrenar la lozanía de su carne y quebrantar las fuerzas de este su mas poderoso enemigo que con los deleytes que le son propios los arrastra tantas veces á la culpa, con todo no se quieren dar por entendidos de su indispensable obligacion, ni aun á vista de tantos extremados rígores de penitencia con que castigaste toda tu vida á tus carnes y sentidos inocentes.

2. Pero no se satisfizo nuestro Venerable con las grandes victorias que consiguió de la Carne, dexándola perfectamente mortificada y vencida en sus sentidos exteriores, como hasta aquí habeis visto; sino que trató de combatirla en sus

potencias interiores, con las que ella hace tambien la mas cruda guerra el espíritu. Estas potencias interiores unas se llaman *materiales*, otras *espirituales*. Las materiales son el *apetito sensitivo* y la *imaginativa*: las espirituales son la *voluntad*, el *entendimiento* y la *memoria*: y á estas cinco especies de potencias interiores se reducen todas las demas que hay interiormente en el hombre (1). La mortificacion de estas potencias es lo que se llama *mortificacion interior*, tanto mas necesaria á los que quieren subir al monte de la perfeccion y aun á los que desean su salud eterna, quanto es mas fuerte la oposicion que en ellas les hace la Carne ó la concupiscencia, que en todas reside, por todas se extiende y á todas inficiona (2). Así es que los justos se esmeran aun mas que en la mortificacion exterior, ó de los sentidos, en la interior ó de las potencias, y aun ordenan aquella como medio para conseguir esta (3), que es con la que la Carne queda perfectamente vencida.

El esmero con que nuestro venerable paisano Fr. Santiago se exercitó en esta mortificacion, no puede dudarse fué muy extremado: porque si hablamos del apetito sensitivo con sus dos partes ó potencias, que son la *concupiscible* y la *irascible* subdivididas ámbas en las once pasiones de que hablan Filósofos y Teólogos con el Señor Santo Tomas (4), lo mortificó tanto, que llegó á rendirlo perfectamente á las leyes de la razon. Siempre se le vió practicar lo contrario de aquello á que esta brutal potencia nos inclina contra la razon y la Ley de Dios; y aunque no es dudable que como hijo de Adán sintió sus desordenados movimientos, que en toda ocasion tienen por objeto el bien ó el mal sensible aprehendido como tal por la fantasia, jamas se le notó accion alguna que indicase haberse dexado dominar de alguno de ellos, sino ántes bien todas testiácaban el cuidado que tenia de reprimirlos continuamente y moderarlos. El tuvo á la verdad presente aquella doctrina de su Padre el Señor San Agustin que enseña, que á proporcion que se van disminuyendo en nosotros las pasiones desarregladas del apetito, así va creciendo la caridad, que es la perfeccion esencial; y que entonces llegará esta á

(1) Vid. Ezquerram in sua Lucerna mistica, Tr. 2. cap. 1. 2. et 11.

(2) Alap. Comm. in Galat. cap. 5 y 17. Estius in 2. Sent. Dist. 30. §. 10.

(3) P. Cudiz, Serm. del Varon perfecto, Tom. 4. (4) 1. 2. qu. 73. art. 4.

ser perfecta, quando aquellas en fuerza de una incesante mortificacion quedaren abatidas y humilladas: *Nutrimendum charitatis est diminutio cupiditatis; perfectio, nulla cupiditas* (1). Bien al contrario de aquellas almas que falsamente se persuaden consiste la perfeccion, no en refrenar los apetitos y pasiones, sino en ocuparse en devotas exterioridades.

Para rectificar estas pasiones ó movimientos desordenados del apetito sensitivo y sugetarlos al yugo de la razon, trató principalmente de arreglar las pasiones del odio y del amor, fuentes de donde se derivan los demas afectos que se amotan contra la recta razon y le hacen guerra (2). Aborrecia solamente lo que la recta razon y la fe le manifestaba ser digno de odio; y solo amaba lo que segun estos principios juzgaba digno de su amor. En consecuencia, no enderezaba su odio sino contra el pecado y sus ocasiones, contra el mundo, contra sus transitorios bienes y deleytes, y sobre todo contra sí mismo, á quien consideraba como el mayor enemigo: objetos que la fe y la razon misma nos proponen como dignos de nuestro aborrecimiento (3). Su amor lo dirigia todo al verdadero Bien, que es solo Dios, y á las cosas que sirven ó conducen como medios para conseguirle y poseerle: quales son la gracia, las virtudes, los trabajos y las penalidades de esta vida con todo quanto es repugnante á nuestra naturaleza viciada y corrompida.

De aquí nacia el estar en él perfectamente arreglados sus deseos, sus gozos, sus fugas, sus tristezas: pasiones todas ó afectos que pertenecen á la *concupiscible*: estándolo del mismo modo la *esperanza*, la *desesperacion*, el *temor*, la *audacia* y la *ira*, que son las que corresponden á la *irascible*. Nada deseaba sino el unirse con el sumo Bien, que era todo el objeto de su amor: de nada se alegraba sino de su posesion, qual puede darse en este miserable destierro: de nada huía sino del pecado, á quien miraba con sumo horror, y de todo quanto á él se le parece y es causa de él: y con nada se entristecia sino con las culpas que se le figuraba haber cometido. Él esperaba solo en los auxilios divinos: desesperaba ó no ponía jamas su confianza en los humanos: temia única-

(1) *Lib. 83. quest., q. 36.* (2) *Scaram. Director. Ascet. Tr. 2. num. 220.* (3) *Sacra Scriptura innumeris pene locis.*

mente el perder á Dios: arrestraba con generosa audacia por las dificultades que se le atravesaban á la consecucion de su Amado: y no se ayraaba sino contra las ofensas de la divina Magestad y contra quien las cometia; bien que con aquella ira santa, de que habla David (1), ó de aquella que no nace de un falso zelo ó de impaciencia, sino del amor de la justicia, segun el P. S. Gregorio (2).

De este modo ocupando á los afectos del apetito sensitivo en nuevos objetos, y dando á las pasiones un pasto diferente al que ellas ansian con desorden, logró, no digo refrenarlas, sino santificarlas: haciendo que en vez de servirle de impedimento, le sirviesen de instrumento para conseguir su deseada perfeccion. Ved aquí el modo mas propio para vencer al apetito sensitivo y serenar las furiosas encontradas ondas de sus desordenadas pasiones, que nos enseña aquel doctísimo y santo Ascético Casiano (3), y que en parte es muy conforme al que señala el Señor San Agustin (4) al propio intento.

Pero para que nuestro apetito sensitivo quede perfectamente mortificado con sus desordenados afectos, es forzoso mortificar la *imaginativa* ó fantasía, desterrando de ella aquellas especies vanas y lisongeras en que vanamente se deleyta, é introduciendo las que mas le amargan, y que por lo mismo le son mas saludables. Es menester pintar en ella la horrible fealdad del vicio y la hermosura de la virtud: para que á su vista el apetito mismo se enamore de esta, cautivado de sus dulces atractivos, y cobre á aquel el horror debido que le haga ser el objeto de su aborrecimiento. Es necesario finalmente exercitar mucho esta potencia con la meditacion ó consideracion de las máximas de nuestra santa fe, que la representen objetos capaces de retraer de pecar al apetito, y de inclinar sus afectos hácia el exercicio penoso de la virtud. Si porque los objetos que la fe nos propone, aunque remotos de los sentidos, si se rumian frecuentemente con la consideracion, se imprimen de tal modo en la imaginativa, que el apetito sensitivo, que obra siempre con dependencia de ella, muda sus afectos desordenados, y se ocupa con ellos en los objetos virtuosos mas dulcemente que ántes lo executaba en

(1) Irascimini, et nolite peccare. Ps. 4. (2) In Milleloq. cit.: Verbo, Ira.

(3) Casian. Collat. 12. cap. 5. (4) Lib. De Continent. cap. 13. in fine.

los viciosos. Son propios para producir en nuestro apetito tan saludables efectos todos los objetos que nos propone la fe á la consideracion; pero lo son sin comparacion mucho mas los Novísimos ó postrimerías del hombre, Muerte, Juicio, Infierno y Gloria: cuya memoria frecuente y viva representacion de sus circunstancias en nuestra imaginacion abatiria el orgullo de todos nuestros apetitos de tal modo que ellos no nos harian pecar eternamente. Así nos lo asegura el Espíritu Santo (1), y los Santos Padres y Doctores de la Iglesia lo testifican (2), no solo gobernados por el Oráculo divino, sino aleccionados con sus propias experiencias.

Siendo esto así, no me admiro ya que nuestro venerable paisano Fr. Santiago hubiese tan perfectamente refrenado las corrompidas y viciosas inclinaciones del apetito: porque á la verdad, fué uno de los que con mas exactitud practicaron esta celestial doctrina, y se gobernaron por tan saludables consejos. Él con la mortificacion de sus sentidos impidió, quanto pudo, entrasen á ocupar su imaginativa ó fantasía los ídolos ó imágenes de aquellos objetos halagüeños, que aun en ausencia de estos la encantan y embelesan. Él privó á esta potencia del grosero placer que experimenta en contemplar las especies lisongeras que tal vez furtivamente se hubiesen introducido sin su consentimiento. Y él borraba de su imaginacion las especies de todos aquellos objetos sensibles, que con su aparente belleza pudieran despertar en su apetito alguna pasion desordenada. A este fin se retiraba de aquellas conversaciones en que se referian cuentos ó historias impertinentes, pero agradables, que le llenasen la imaginacion de especies vanas; y mucho mas huía de aquellas en que se atravesaban palabras ó dichos, que conservados en el gabinete de la imaginacion, pudieran, como sucede en muchos incautos, suscitar representaciones gustosas, destructoras de la pureza de su corazón. Por el mismo motivo miraba con horror la lectura de los libros profanos, especialmente la de las comedias y novelas, que en la dorada copa de una eloqüencia encantadora propina á sus lectores el mas mortal veneno. Ah! ¡quantos y quantas con el especioso pretexto de ilustracion, ó de recreo á su parecer

(1) *Eccli. 7. v. último.* (2) *Vide SS. PP. Ap. Alap. Comment. in supra cit. loc.*

inocente aplican con ansia sus labios al venenoso cáliz de semejantes lecturas, que produciendo en su imaginacion mil especies halagüeñas, irritan la concupiscencia y corrompen las costumbres y el corazon. ¿Creeréis vosotros que es corto el número de estos insensatos, que debiendo ocuparse para cumplir con la obligacion de Christianos, en leer y estudiar los libros de la Doctrina Christiana, que groseramente ignoran, se ocupan continuamente en estas lecturas frívolas y perniciosas solo por dar un pasto gustoso á su imaginacion? ¿Y creeréis que son pocos los que hacen esto por aquellos libros que, ó por corrompedores de las buenas costumbres, ó por otros justisimos motivos están prohibidos y proscriptos por el santo y sabio Tribunal de la Inquisicion? ¡Ojalá! no fueran tantos los necios que en tan dañosa inconsideracion se precipitan! y ¡ojalá! fuesen todos fieles imitadores de la conducta de nuestro Venerable en esta parte!

Este, deseoso no solo de que su imaginativa estuviese desnuda de imágenes profanas, ó de aquellas que pudieran influir en algunos movimientos desordenados del apetito, sino ansioso por imprimir en ella especies santas propias para moderarlos, las recogia en los libros de devocion, que leía con suma aficion y gusto aun de muchacho, y que para meditarlas despacio procuraba conservar en su memoria. La meditacion de las verdades eternas era en él tan continua, que casi jamas la interrumpia aun en medio de sus ocupaciones y officios: tan profunda, que parece no atendia á otra cosa que á los objetos que ellas le presentaban: siendo estos los mas propios para que impresos vivamente en la fantasia por medio de sus correspondientes especies, tuviesen muy á raya las pasiones desordenadas y viciosas del apetito. Este bienaventurado varon, ó meditaba, como David (1), freqüentemente en la Ley de Dios para no faltar en su cumplimiento al menor ápice, ó en las penas atrocísimas que á sus transgresores están en el Infierno preparadas, ó en los incomprehensibles gozos que tiene el Señor destinados en el Cielo á sus escogidos que exáctamente la guardáron, ó en la severidad con que han de ser juzgados los unos y los otros para recibir respectivamente del supremo Juez el premio ó el castigo merecido. El medi-

[1] Ps. 118. 70. (1)

taba la diversidad que se halla entre la muerte del justo y la del impío: pésima la de este (1), preciosa y digna de enviarse la de aquel (2): meditaba la fealdad horrible del pecado mortal y la ingratitud enorme de quien contra un Bienhechor infinito le comete: y meditaba la grandeza de los divinos beneficios, sobre todo el de la Redencion, no perdiendo jamas de vista el dolorosísimo retrato de las penas, Pasion y Muerte de su amabilísimo Jesus.

No fué ménos diligente en mortificar las potencias espirituales de su alma, que estando no ménos infectas que las otras del vicio de la concupiscencia, inclinan continuamente á actos por lo comun desordenados. Él mortificó perfectamente su memoria: porque, si el desórden en que esta incurrió por el pecado consiste en olvidar lo que debia tener presente, y en acordarse de lo que se debia de olvidar, nuestro venerable paisano se olvidó solamente de lo que era digno de olvido, y solo tenia á la vista lo que merecia su consideracion. Olvidóse de las cosas terrenas en quanto se lo permitió la necesidad ó utilidad de comunicar con sus próximos, y la obligacion en que se hallaba de cumplir con sus oficios. Olvidóse de su patria, padres, amigos y parientes en todo lo que no se oponia al cumplimiento de los deberes de la piedad para con ellos. Y se olvidó hasta de sí mismo y de todo quanto á él pertenecia, desechando todo pensamiento vano é inútil de su memoria, para no ocuparla en otra cosa que en Dios en cuya presencia andaba siempre, como otro Abrahan, á fin de llegar á ser, como él por este medio lo fué, cumplidamente perfecto: *Ambula coram me, et esto perfectus* (3).

Tan olvidado llegó á vivir de sí mismo, como si no estuviera en el mundo: tan descuidado en las cosas á su cuerpo mas necesarias, que hubo veces que no se acordaba del alimento preciso, y tenia en un total olvido el abrigo y el sueño naturalmente indispensable: absorto todo en Dios en quien únicamente vivia y suavemente reposaba, sin que le pudiesen impedir esta dulce quietud el estrépito y bullicio de las mas volubles imaginaciones y pensamientos. Quando la mortificacion de la memoria ha llegado á estos términos, ha llegado esta

(1) *Psal.* 33. 22. (2) *Psal.* 105. 15. (3) *Genes.* 17. 1.

en su reforma á la perfeccion, dice mi seráfico Doctor S. Buenaventura (1).

A la perfecta mortificacion de la memoria añadió la de su entendimiento. Este es aquella potencia que en el estado feliz de la inocencia discernia rectamente entre lo bueno y lo malo, entre lo verdadero y lo falso, entre lo que es conveniente y entre lo que no lo es. Pero despues del primer pecado cayó en tan lastimosa ceguedad, que trastornando el juicio que debiera hacer de las cosas, tiene al mal por bien, la falsedad por verdad, lo dañoso por útil, y al contrario, dice el P. S. Bernardo (2). Todo esto proviene de la corrupcion de la concupiscencia, que entre otros malos efectos que en el entendimiento del hombre produjo, lo dexó averso á saber sus obligaciones, inclinado sobre manera á la curiosidad, y muy casado con su propio parecer.

Nuestro venerable paisano mortificó de tal modo estas viciosas inclinaciones, que parecia estar esento de ellas, y que no habia heredado en esta parte las flaquezas en que todos incurrimos por el pecado de nuestro primer padre. Él venció la repugnancia que se encuentra en el estudio de la verdad por el trabajo que cuesta el adquirirla: y especialmente triunfó de la que cada uno en sí mismo experimenta en orden á aprender sus obligaciones, que muchos afectadamente ignoran para no verse precisados por la conciencia á practicarlas (3). Como si este fuese su mayor recreo, se aplicó á estudiar todo quanto es necesario sepa el Christiano para salvarse con perfeccion, lo que igualmente hacia para desempeñar perfectamente los deberes del estado religioso. Él no contento con aquella harto superficial noticia que hay en los mas de los Fieles en punto á la Doctrina Christiana, se procuró instruir en todas y cada una de las partes que ella contiene hasta alcanzar de ellas una perfecta inteligencia.

Efectivamente estaba versadísimo en los profundos misterios de nuestra fe: como igualmente lo estaba en los Mandamientos de la Ley de Dios y de la Iglesia con un perfecto conocimiento de quanto en ellos se nos prohíbe, ó se nos manda. Sabia las disposiciones con que debia llegarse á los santos

(1) *De Reformat. ment. cap. 14.* (2) *Serm. 45. de Divers. scilicet 1. ex Parv.* (3) *Psal. 35. 4.*

Sacramentos para recibirlos con el mayor fruto; y no solo sabia lo que debía de orar, sino el modo con que lo debía de hacer, para que no quedasen infructuosas sus oraciones. Sabia así mismo todas las obligaciones anexas á los tres Votos, solemnes de su profesion, las que se contienen en su santa Regla, y las que nacen de todos y cada uno de los Estatutos, Constituciones, usos y costumbres que con aprobacion de la Silla Apostólica se observan comunmente en su sagrada Religion. Sabia tambien la Ascética, ó la ciencia de la perfeccion, que enseña los medios y modos que debe practicar el que de veras aspira á conseguirla. Todo esto sabia perfectamente: porque mortificando la comun aversion del entendimiento al estudio de estas cosas, ó las estudiaba cuidadosamente en los libros, ó las preguntaba á sus Maestros. Y si queremos hablar de aquella ciencia que se adquiere mas bien con la oracion que con el estudio, él tenia de ella los mas altos conocimientos, penetraba sus mas abstrusos arcanos, y no se le ocultaba el mas pequeño ápice de quanto le sucede y quanto debe hacer un alma que es conducida por las dificultosísimas intrincadas sendas de la vida mística: porque en todo esto era un Maestro consumado por la experiencia propia, y por las sobrenaturales luces con que de Dios era ilustrado.

Pero este mismo que tanto habia crecido en la ciencia de Dios, como encarga el Apóstol (1), este hombre tan sabio en la sabiduría del Cielo, era un idiota en la del mundo: porque traxo siempre mortificada su curiosidad para no irse en busca de una ciencia á la verdadera tan opuesta. Con esta mortificacion desterró, ó por mejor decir, jamas admitió en su entendimiento la sabiduría mundana que el Espíritu Santo califica de necesidad (2): y que el Apóstol Santiago llama terrena, animal y diabólica (3): *terrena*, porque inspira el amor de los bienes de la tierra: *animal*, porque inclina á los deleytes brutales de la carne: y *diabólica*, porque incita á la ambicion ó deseo de dignidades y puestos altos, enseñándole al mismo tiempo aquellos modos sutiles, aquellos dolos y fraudes, aquellas astutas políticas y demas medios iniquamente ingeniosos que tan comunmente se usan, de los

(1) *Colos. 1. 10.* (2) *1. Cor. 3. 19.* (3) *Jac. 3. 15.*

que el mismo diablo es el autor (1). Nada, nada supo nuestro Venerable de esta ciencia falaz, inútil y perniciosa que tanto ensalzan y procuran propagar los vanos ignorantísimos Filósofos y Políticos irreligiosos de nuestro siglo.

Tampoco se dexó llevar de la curiosidad en las cosas que á su capacidad y fuerzas excedían. Contento con saber únicamente y pensar de continuo lo que Dios le mandaba, como el mismo por el Eclesiástico lo encarga (2), jamas se metió á escudriñar los misterios que el Señor quiso estuviesen reservados: ni ménos se atrevió á inquirir el *porque* de sus juicios: ni finalmente tuvo la osadía de querer comprender las razones de todas sus obras, como algunos temerariamente pretendieron (3), como si la Omnipotencia de Dios, que es infinita é inmensa, pudiese caber dentro de la limitadísima comprehension de su alucinado entendimiento. En una palabra: nuestro venerable paisano supo saber, como lo manda él Apóstol, que es saber con sobriedad: *Sapere ad sobrietatem* (4): y por eso no solo no se ocupaba en saber cosas vanas, inútiles, ajenas de su estado, oficios y ministerios en que la Religion le ponía, sino que aun en las que le convenia saber lo hacia con la moderación debida, no por el fin de apacentar su curiosidad, ni por motivo alguno de vanidad, ni por algun lucro temporal, que son los fines torcidos por los que muchos se aplican al estudio de las ciencias, dice el P. S. Bernardo (5).

Con ser tan arreglado el estudio de nuestro Venerable, y tan propio para no incurrir en los errores é ignorancias groseras en que incurren los que al suyo no ponen la debida moderación, sin embargo siempre desconfiaba de sus luces, y nunca se fiaba de su mismo parecer. Sabia que el Señor tiene por su Profeta Isaías fulminado el *ay!* de la reprobacion eterna contra los que son sabios en sus ojos y prudentes para consigo mismos: esto es, contra los que presumiendo de entendidos se gobiernan en sus acciones por su propio juicio y consejo, no por el de Dios, ó de sus Ministros y de su Ley santísima que debe ser la regla de todas sus operaciones. *Væ qui sapientes estis in oculis vestris, et coram vobis me-*

(1) Vid. *Alap. et Hug. in sup. dict. loc.* (2) *Eccli. 3. 22.* (3)

(3) *Unus est inter plurimos ejusdem furfuris Philosophos audacissimus et impiissimus Deista Rouseavins in Emil.* (4) *Rom. 12. 3.* (5) *S. Bern. Serm. 36. in Cant. n. 3.*

tipsis prudentes (1). Sabia que ningun vicio tiene el comun enemigo con que mas presto derribe al hombre de la altura de la perfeccion, y le conduzca á la muerte de su alma (2). Y sabia finalmente aquella sentencia del P. S. Bernardo (3), que la lepra del propio juicio y consejo es tanto mas perniciosa quanto es mas oculta, y que á nadie le parece jamas estar mas libre de esta peste, que quando de ella está mas infestado: por donde se infiere quan difficil es su curacion.

Hecho bien cargo de esto nuestro Venerable, y teniendo ademas muy presente lo que dice el Eclesiástico, que á lo ménos en cosas de importancia, como explican los Intérpretes, no hagamos cosa alguna sin consejo: *Fili, sine consilio nihil facias* (4), apénas hacia cosa alguna sin tomarle de aquellos que se le podian dar sano, justo y razonable. Quando no le podia hallar con estas debidas circunstancias, entónces para todas sus dudas era su único consejero la Ley santa del Señor, como igualmente lo habia sido del Real Profeta: *Consilium meum justificationes tue* (5): gobernándose por ella en todas sus acciones. Dichoso á la verdad en esto: porque lo es el que no conformándose con el consejo depravado de los impíos, ni siguiendo sus máximas é iniquas sugerencias, pone toda su voluntad en seguir la Ley de Dios ó sus preceptos (6): así como será infeliz y desgraciado el que siguiere el consejo de los malos, porque son fraudulentos y engañosos (7). No los siguió jamas nuestro Venerable: porque los abominaba sobre manera, no de otro modo que detestó el Patriarca Jacob el de Simeon y Leví sus hijos sobre los moradores de Sichên (8), y como David el del pérfido Achítophel en favor de su rebelde hijo Absalon (9); pero al mismo tiempo no siguió tampoco los necios consejos del propio juicio como Saul, reprobado por este motivo del mismo Dios para que no fuese en sus descendientes Rey sobre Israel (10): sino que le renunció enteramente en todas las cosas, sugetándole á quien se le podia gobernar.

Mor-

(1) *Isa. 5. 21. Alap. et Scio híc.* (2) *Cas. Collat. 2. cap. 11.*

(3) *Serm. 3. de Resurrect.* (4) *Eccli 32. 24. Jans. ap. Alap. híc.*

(5) *Psal. 118. 24. Titelm. híc.* (6) *Ps. 1. 1. 2. Tit. Scio et Tir. híc.*

(7) *Prov. 12. 5.* (8) *Gen. 49. 6.* (9) *2. Reg. 15. 31.*

(10) *1. Reg. 13. P. Scio híc.*

Mortificado así el juicio propio con las otras malas inclinaciones del entendimiento, trató de mortificar las de la voluntad. Consiste el desorden de esta en la inclinacion que tiene á dexarse ir con su consentimiento libre tras de los movimientos irracionales del aperito sensitivo, ó á hacer otra qualquier cosa de su gusto contra la voluntad de Dios y de los hombres (1), que es lo que propiamente hablando se llama propia voluntad (2). La perfecta mortificacion de ella es lo mas difícil que hay que hacer en la vida espiritual: porque lo es, segun el P. S. Gregorio (3), la abnegacion perfecta de sí mismo, en la que aquella esencialmente consiste (4). Pero así como es lo mas difícil, es tambien lo mas esencial y necesario: porque mientras no esté mortificada la propia voluntad, no solo no podrá el alma dar un paso hácia la cumbre de la perfeccion, sino que irá arrastrando poco á poco hácia abaxo hasta dar en el abismo de su eterna perdicion. Así nos lo enseñan las Sagradas Escrituras (5): así lo dicen los Santos (6): y así lo creen quantos tienen fe, y saben que, segun estos y aquellas, la propia voluntad es la raiz de todos los males y de todos los pecados (7).

Por eso es comun á todo Christiano la obligacion de mortificar su propia voluntad; pero la perfecta mortificacion y abnegacion de esta es obligacion característica y especial del Religioso, el qual por razon de su estado no solo debe mortificarla en lo que se opone á la Ley de Dios y obligaciones comunes á todos los Christianos, sino tambien en lo que es contra los Votos esenciales de la Religion, contra la Regla que profesa, y contra lo que con arreglo á ella le mandan sus Prelados y Superiores (8). No es menester decir mas para mostraros que nuestro Venerable Fr. Santiago mortificó perfecta-

(1) *Eccli.* 18. 30. *Alap. hic.* (2) *S. Bern. Serm. 3. de Resur.*

(3) *Et fortasse laboriosum non est homini relinquere sua; sed valdè laboriosum est relinquere semetipsum. Minus quippè est abnegare quod habet; valdè autem multum est abnegare quod est. S. Greg. Hom. 32. in Evang.* (4) *Vid. Alap. in Matth. cap. 16. ad v. 24.*

(5) *Eccli. cit. cap. v. 31. aliisque plurimis locis.* (6) *S. Bern. ibid. et S. Aug. De Trinit. ap. S. Benav. Phar. Lib. 3. cap. 1.* (7) *Matth. 15. 19. Vid. Alap. hic. et 1. ad Tim. 6. 10. juxta interpret. S. Aug. Lib. 11. de Gen. ad litt. cap. 15. Vid. et ipsum Lib. 3. de Lib. arb. cap. 17.* (8) *Vid. Alap. in Matth. sup. cit. et S. Th. Opusc. De perfect. vit. spirit. cap. 11.*

mente su propia voluntad. Él haciéndose cargo de lo que aconseja y manda Dios por el Eclesiástico, que nos apartemos de nuestra propia voluntad, y que no nos dexemos ir con el consentimiento en pos de nuestros malos apetitos: *Post concupiscentias tuas non eas, et à voluntate tua avertere* (1), lo practicó con tal teson, que llegó á negarse perfectamente á todos ellos. Apénas se levantaba alguno en su corazón, quando sin detenerse un punto le abatía, no dexándole tomar mas cuerpo, como quien no ignoraba que el dexar crecer los primeros desordenados movimientos del apetito es dexarles tomar fuerza, para que con mas furor y violencia nos impugnen. Él ahogaba y sufocaba á todos sus desordenados apetitos en el mismo momento en que nacian sin dexarles apénas respirar. Y él en fin estrellaba contra la piedra, Christo, esto es, con su memoria é invocacion á estos párvulos de Babilonia, que así los llama el Señor S. Agustin (2), como quien sabia que sería afortunado el varon que así lo executase: *Beatus qui tenebit, et allidet parvulos tuos ad petram* (3).

No hacia esto solamente con los movimientos desordenados del apetito sensitivo y material, sino tambien con los que proceden inmediatamente de la voluntad. Bastaba á nuestro Venerable saber que alguna cosa era solo del gusto de ella para dexar de executarla. Él la negó todos sus gustos, llegó á no condescender en cosa alguna con sus antojos, y mortificó perfectamente todos sus quererés, no solo quando eran contrarios á lo que la Ley de Dios baxo de grave ó leve culpa nos ordena, sino quando lo eran á los Votos de su profesion, á lo que le prescribia su Regla, Constituciones y venerables costumbres de su sagrada Religion, y finalmente á qualquier Consejo evangélico, cuya práctica le hubiese inspirado el Señor, como medio conducente á su mayor y mas elevada perfeccion. En una palabra: él quebrantó su voluntad en todo quanto se oponia con sus inclinaciones á la voluntad de Dios *buená, agradable y perfecta*, de que habla el Apóstol (4): esto es, á aquella voluntad que el Señor tiene de que hagamos lo que en sus divinos ojos es bueno, lo que es

[1] *Eccli. cit. cap. v. 30. Hug. hic.* (2) *Qui sunt parvuli Babilonia? Nascentes malæ cupiditates. S. Aug. Enar. in Psal. 136.*

(3) *Psal. cit. v. ult.* (4) *Rom. 12. 2.*

aun mejor, y lo que es últimamente perfecto (1). Pero como muchas veces se engaña el hombre en conocer esta voluntad, pareciéndole que es voluntad del Señor lo que solo es capricho propio, mortificaba, igualmente que su juicio, su voluntad en todo lo que era contraria á la de sus Superiores: porque como varon sabio no ignoraba que ellos son los Intérpretes de la divina voluntad, y que quien no se desvíá de la voluntad de ellos, quando expresamente no van contra la de Dios, cumplirá perfectamente con esta, como lo enseña Jesuchristo (2).

Mas esto es ya hablar de su obediencia, y debiendo volver á hablaros de ella quando tratemos de sus virtudes, solo añadiré aquí para complemento de quanto llevo dicho, que quanto queria ó no queria, quanto hacia ó dexaba de hacer, no era por lisongear á su voluntad ni aun en lo mas mínimo, sino por agradar á solo Dios, cuya voluntad era la única regla de todas sus operaciones. A tales términos llegó en nuestro venerable paisano Fr. Santiago la mortificacion de su propia voluntad. Si vosotros juntaís á esto la que exercitó con los sentidos y miembros del cuerpo y con las demas potencias interiores materiales y espirituales, ¿quien no advierte la completa victoria que en aquellos y en estas consiguió de la Carne este valeroso campeón de la milicia christiana? A la verdad que atendido á lo que la Escritura y los Santos piden para vencer completamente á este enemigo, parece nada le quedó que hacer á nuestro Venerable para triunfar de él perfectamente. El cumplió exáctamente lo que manda el Apóstol: porque con la incesante asombrosa mortificación de sus miembros y sentidos exteriores ofreció á Dios su cuerpo como una hostia viva, santa y agradable: y por otra parte no conformándose con el siglo, ni siguiendo las perversas inclinaciones de la Carne, se dispuso á hacerle una oblacion perfecta de su alma, que se completa y perfecciona con la renovacion del espíritu, ó práctica de las virtudes (3).

III. Para subir á la cumbre de la perfeccion en estas, le faltaba por vencer al último enemigo, que es el Demonio, enemigo el mas terrible entre todos los que exteriormente nos

(1) *Vid. Alap. in dict. loc.* (2) *Luc. 10. 16. Vid. N. Didacum Stella, Alap. aliasque plures. hic.* (3) *Rom. 10. 16. Vid. Alap. hic.*

impugnan. Hablando de él el santo Apóstol dice (1), que no tenemos ya que luchar contra hombres compuestos de carne y sangre, sino contra Principados y Potestades, contra los Gobernadores de estas tinieblas del mundo, y contra los espíritus de maldad que hay en los ayres: queriéndonos significar con esto, que los demas enemigos son muy débiles en comparacion de este, cuya lucha es la primera de todas, la mas pesada, la mas difícil y peligrosa: porque no se pelea aquí contra enemigos de carne sino de espíritu, no contra enemigos que se ven sino contra enemigos invisibles (2). Él es tan feroz, que á manera de leon rugiente anda rodeando por todas partes buscando presas que devorar, dice San Pedro (3); pero siendo su comida escogida, segun la profecía de Habacuc: *Cibus ejus electus* (4), acomete, no á los Infieles y Hereges que ya están perdidos, sino á los Fieles, y entre estos con mayor furor y empeño á los mejores, á los mas santos y á los mas fuertes en la virtud: no cuidando, ó cuidando poco de perseguir á los tímidos, á los viciosos y carnales: porque á estos ya los mira como suyos (5). Él es tan audaz, que teniendo en poco sorberse los rios de la infidelidad, que son los Infieles, tiene confianza de que han de entrar en su boca todas las aguas del Jordan, esto es, los Bautizados, y sobre todo los que viven retirados en los claustros, que son los que por su estado están en camino de mayor santidad y perfeccion (6). Y él es tan sagaz, y sabe tantas artes para dañar al hombre, que los Santos mas aventajados en la virtud confiesan la imposibilidad de vencerle, y aun de no quedar por él vencidos sin el socorro poderoso de la gracia. (7).

Los modos con que nos impugna son innumerables; pero todos ellos los podemos reducir á dos, como efectivamente los reducen San Cipriano (8), San Bernardo (9) y otros mu-

[1] *Ephes. 6. 12. P. Scio híc.* [2] *Div. Ansel. Lyr. et Alap. in dict. loc.* [3] *1. Pet. 5. 8.* [4] *Hab. 1. 16.* [5] *Vid. Alap. in 1. Pet. cit. D. Hieron. ad Eustoch. De Custod. Virginit. et S. Bern. in Psal. Qui habitat., Serm. 7.* [6] *Vid. Hug. in Job. cap. 40.*

[7] *Vid. D. Aug. in Lib. Soliloq. apud Epitom. SS. PP. Lib. 4. cap. 30. D. Greg. Psal. 7. penit. apud Millel. Verbo, Diabolus, et D. Joann. Chrysost. De Sacerd. Lib. 6. cap. 13. optimé.* [8] *Tract. De zelo ap. Alap. in 1. Pet. cit.* [9] *De fragm. 7. misericord. seu Serm. 3. De Dom. 6. post Pent.*

chos : es á saber , ó con *astucias occultas* , ó con *violencias manifestas*. Con estos medios ha impugnado siempre á los justos , y no es dudable que siéndolo nuestro Venerable , hubiese executado con él esto mismo con el mayor empeño , furor y obstinacion.

1. Con la astucia derribó el Demonio á nuestros primeros padres del estado de la mayor felicidad al de la mayor miseria (1): y habiendo por el mismo medio precipitado á innumerables de sus infelices descendientes , muchos de ellos elevados á la mayor altura de perfeccion y santidad , emplea respecto de los demas este mismo medio con tanto mayor conato , quanta es la experiencia que tiene de que le surte buen efecto. Él ve que sus ocultos engaños han postrado por tierra á los que descollaban en virtudes entre los demas como el cedro entre los arbustos del Líbano ; y por eso no dexa de la mano estas mismas armas en los combates que presenta á todos los justos , aunque en sus sangrientas batallas quede por ellos muchas veces afrentosamente vencido.

No sucedió de otro modo con nuestro venerable paisano Fr. Santiago. El Demonio le hizo por esta parte una guerra tan obstinada , quanto era en él el empeño de subir al monte de la mas elevada perfeccion. Bien podemos decir , atendido el odio y encono que manifestó en diversas ocasiones al Venerable , que él usó de todos sus ardidés , que echó mano de todas sus astucias , y que se valió de todas sus malas artes y estratagemas para pervertirle y derribarle : porque á este fin le armó las mas ocultas celadas , le acometió con las mas vehementes é inmundas sugestiones , y le fraguó por todos los lados las mas alevosas asechanzas. Él como Dragon de siete cabezas , segun que le vió San Juan en su Apocalípsis (2), embistió á nuestro Venerable con los siete vicios capitales , que por aquellas son representados : y de su boca , ó por medio de sus ministros ó satélites (3), que son el mundo y la carne propia (4), y tambien los malignos espíritus , arrojó contra él un rio de iniquidad para envolverle y sepultarle en sus corrientes. Unas veces suscitaba á los hombres para que , ó

[1] Gen. 3. (2) Apoc. 12. 3. Vid. P. Scio hic. (3) Hug. in dict. loc. (4) S. Bernar. Serm. De Discret. Spirit. Aliter , De septem Spiritibus.

con especiosos pretextos le aconsejaban á mudar de rumbo y seguir diferente camino del que llevaba, ó se le impidiesen con sus malos exemplos y contradicciones. Otras veces se le insinuaba blandamente por medio de su carne, y soplando al tiempo á su parecer oportuno, encendia en él con el envenenado aliento de su boca el fuego de la concupiscencia, avivando y amotinando todas las demas pasiones. Y otras por medio de diversos spiritus malignos le arrojaba las mas molestas sugerencias contra todas las virtudes, y le tentaba por todo género de pecados y de vicios. En fin, disparaba ocultamente contra él todas las envenenadas saetas de su aljava infernal ó de su malicia, y no perdonaba medio, no omitia ocasion, no dexaba perder lance en que con mil fraudulentas astucias no le combatiese, si pudiese colegir la menor apariencia de victoria.

Pero nuestro Venerable, teniendo como tenia continuamente abierta su boca para implorar el socorro del Señor, le consiguió tan poderoso, que logró vencer con él á este mortal enemigo de los hombres y postrar á este gigante infernal, para que no le impidiese subir al monte de la mas elevada perfeccion: *Dedit Dominus ipsi fortitudinem, ut ascenderet in excelsum terrae locum.* Concedióle Dios su divina luz para que conociese todas las falacias y astucias de Satanás: y en efecto asistido de ella las conoció de tal modo, que podia decir con San Pablo, no ignoraba sus maquinaciones y pensamientos.: *Non enim ignoramus cogitationes ejus* (1): porque tenia bien penetradas las innumerables artes que usa para pervertirnos. Sabia que el Príncipe de las tinieblas muchas veces se transfigura en Angel de luz (2) para hacer creer á los incautos ser cosas del Cielo las que son solamente del Infierno. Y no ignoraba los artificios con que propina el veneno del error y del engaño envuelto entre algunas verdades, y la destreza con que sabe ocultar el mal que sugiere baxo de las mas bellas apariencias de virtud.

Por eso para resistir á un enemigo tan astuto, tan diestro y tan extremadamente malicioso, se vistió nuestro venerable paisano de piés á cabeza aquella fuerte armadura con que el

(1) 2. Cor. 2. 11. (2) 3. Cor. 11. 14.

Apóstol (1) manda se vistan los soldados de la milicia cristiana, esto es, con todo género de virtudes (2): y se preparó para la lucha con todas ellas, especialmente con la humildad, con la oracion y con una viva fe, escudo impene-trable con que enteramente se extinguen los encendidos dar-dos de los vicios que dispara contra nosotros este enemigo. Fuéron innumerables las veces que nuestro Venerable tuvo que entrar con él en batalla, y podemos decir fuéron otras tantas las que dexó postrada su soberbia, humillada su arro-gancia y confundida su malicia: porque siempre sacaba del combate mas ventajas en la virtud, que los daños que el De-monio intentaba hacerle con sus astucias y con su depravada malignidad. Él abominó siempre las máximas del mundo: des-precio sus lisongeros consejos: no se dexó corromper de sus exemplos: y sufrió con igualdad de ánimo las fuertes contra-dicciones que el Demonio por medio de él le suscitaba, sin des-viarse ni un punto del camino que á la mas alta perfeccion le conducia. Él resistió con la mayor prontitud y fortaleza sus tentaciones: rechazó con increíble valor sus iniquas suges-tiones: y nada omitió de quanto podia pedirse y era neces-ario para desconcertar todos los proyectos y maquinaciones de este molestísimo adversario.

2. Fuéle ya á este preciso declararse abiertamente y hacer al Venerable una guerra exterior y manifiesta. Hizosela tan cruel, que puede muy bien igualarse á la que en otro tiem-po hizo á los Pablos, á los Antonios, á los Hilariones, á las Pazzis, á las Teresas y á otros innumerables Santos y Santas de la Ley de Gracia. Asaltóle con la mayor fiereza: dexóse caer sobre él con fuerzas desmedidas como de un gigante: y permitiéndoselo Dios para probar por este medio la fide-lidad de su siervo, para purificarle y para disponerle de este modo á las altísimas comunicaciones con que habia de ser des-pues favorecido, le puso el Demonio aquel cerco diabólico ó sitio infernal, de que hablan los Místicos (3), pudiendo muy bien nuestro Venerable explicarse y quejarse con las palabras de Job: „Me ha encerrado Dios en poder del iniquo, y me „ha entregado en manos de los impíos: *Conclusit me Deus apud*

(1) Ephes. 6. 11. (2) Gloss. ord. et Lyr. hic in supr. dict. loc.

(3) Scaram. Direct. mist. trat. (5) cap. 7.

iniquum, et manibus impiorum me tradidit (1). Ah! que son inexplicables los tormentos y dolores con que en alma y cuerpo son afligidos los justos en este diabólico cerco, y solo á quien los padece pueden hacerse creibles: porque el Real Profeta los compara nada ménos que á los dolores del Infierno: *Dolores inferni circumdederunt me* (2).

Aflige el Demonio al alma con penas tan atroces, que horroriza solo el considerarlas. Dale asaltos los mas terribles y feroces contra la Fe y contra sus misterios mas inefables y creibles, hasta perturbarle la razon y el entendimiento de tal modo, que llegue á parecerle que no hay Dios. La embiste contra la Esperanza, haciéndola sentir frecuentes desconfianzas y sorprendiéndola muchas veces con fieras desesperaciones. A este fin excita en ella una vivísima aprehension de haberla ya Dios abandonado por las culpas que á su imaginacion le representa y abulta sobremanera, para que le parezcan ménos dignas de perdon. La hace creer que ha consentido en ellas, y de aquí pasa á mover en su sentido interior tal agitacion, tal melancolía y tal angustia, que la vida misma le viene á ser pesada y fastidiosa. Pero sus mas fieros asaltos son contra la Caridad: porque siendo esta virtud la que perfecciona las almas mas que otra ninguna, así contra ella endereza mas que contra otras los tiros de su furor y malignidad. Despues de representarles á Dios como un inexorable Juez, y como un enemigo implacable suyo, les enciende en su corazon tal odio contra él y juntamente una afliccion tan grande, que no es posible buscarle semejante. A esto se sigue arrojarles á su interior un horrible tropel de blasfemias las mas exêcrables contra Dios y los Santos, causándoles con esto tal pena, que mas bien quisieran pasar por entre azeros afilados y padecer mil muertes, que sufrirla. Lo mismo á proporcion hace el Demonio respecto de las virtudes morales, pues siendo ellas tan conducentes para subir á la perfeccion, las acomete con las armas de violentísimas tentaciones, y hace pruebas inauditas de su furor para derribarlas todas por tierra.

Al paso que el Demonio en este cerco hace padecer al alma tan furiosa borrasca aflige tambien al cuerpo con mil penas. Él las aterra ya con visiones horribles á los ojos, ya con

(1) *Job 16. pene per totum.* (2) *Psal. 17. 5.*

ruidos y gritos espantosos á los oídos, ya con golpes desafiados en el cuerpo, ya con estirones de nervios los más violentos, ya con dolores acerbos en las entrañas, y ya en fin con tales tormentos, que sin duda pueden compararse muchas veces á los que sufrieron los Mártires de los más crueles verdugos y Tiranos. Tal fué la guerra que el Demonio hizo á nuestro venerable paisano, y tal la violencia con que abiertamente le combatió con el perverso designio de hacerle retroceder de su camino, y que no llegase á sentar el pié en el monte excelso de la perfeccion.

Él con los impetuosos vientos de sus fieras tentaciones pretendió derribar por tierra el edificio de sus virtudes, y sobre todo combatió violentamente su espíritu contra la virtud de la Esperanza. A este fin abultaba en su imaginacion sus defectos de tal modo, que le hacia parecer grandes montañas lo que en la realidad no era mas que menudísimas arenas. De aquí le sugería despues los motivos al parecer más poderosos para desconfiar, y para creer que tenia á Dios por adversario: tentacion de que fué terriblemente combatido el santo Job en el tiempo de su atrocísima purgacion, como él mismo lo confiesa: *Mutatus es mihi in crudelém, et in duritia manus tue adversaris mihi* (1). Sobre esto le inmutaba de tal modo el temperamento de los humores del cuerpo y su economía animal ó sensitiva, que haciéndole mirar con tedio el género de vida que observaba, le aumentaba sobre manera las dificultades de llegar al fin á que aspiraba, para que de todo punto abandonase sus intentos.

No fué ménos cruel la guerra que le hizo en quanto al cuerpo, para que amedrentado desistiese de sus devotos ejercicios, que eran los medios por donde iba subiendo al lugar excelso de la perfeccion. Por dos ó tres veces se observó haberle arrojado el Demonio por unas escaleras quando iba á cumular, dándole en estas ocasiones unos empellones tan violentos, que de la caída solo podia quedar con vida por milagro: no de otro modo que sucedia á Santa Magdalena de Pazzi, á quien solia el Demonio precipitar de una escalera larguísima compuesta de veinte y cinco escalones (2). Otras veces estando en el coro orando en el mayor silencio de la

[1] Job 39. 21. (2) Scaram. Direct. Mistic. trat. 5. cap. 8.

noche, le asustaba con espantosos estruendos y ruidos formidables, con golpes y porrazos tan fuertes en las puertas del convento, que parecia iba todo él á desplomarse. Y vez hubo en que mal entrar en el coro dos Novicios, viéron arrojado sobre las espaldas de nuestro Venerable al Demonio en figura de un etiope, ú hombre muy negro, que teniéndole prostrado en tierra, estaba como en accion de maltratarle: lo que visto por aquellos, echáron á huir llenos de pavor y sobresalto. En el particular no nos consta por ahora mas que de este lance; pero no se puede poner en duda, que el Demonio se hubiese aparecido á nuestro Venerable en aquella y otras figuras mas horribles para interrumpir con estos vanos espantajos su oracion, y que para el mismo fin con desapiadados golpes en todo su cuerpo le hubiese cruelmente lastimado: porque todo esto y mucho mas ha practicado con otros justos, y esto es lo que, atendido el órden comun de la divina Providencia, le permite Dios executar con todos aquellos que quiere elevar á los mas altos grados de la contemplacion infusa, como parece haber elevado á nuestro venerable paisano Fr. Santiago, segun despues veremos.

No omitió tampoco el medio de perseguirle por las criaturas lo mas cruelmente que pudo, y para lo que obtuvo la permission divina. Él las instigaba á la aversion y odio hácia nuestro Venerable: él las sugería á que le levantasen gravísimas calumnias, que le dixesen mil indecorosos vituperios, que le pusiesen violentamente las manos en su cuerpo: y él las movía á que de otros innumerables modos le persiguiesen, para que de esta manera se diese por vencida su constancia.

Pero él en medio de tan crueles persecuciones, en medio de tan continuos combates, en medio de tan formidables asaltos, y en medio de tan fieros contrastes con que el Demonio por sí y por las criaturas le combatió para impedirle caminar á la perfeccion, jamas incurrió en la vil cobardía de retroceder ni un solo paso en su camino, ni se vió que se entibiase su fervor, ni mucho ménos que por esta causa hubiese abandonado ó disminuido alguna vez sus devotos acostumbrados ejercicios. Todo lo contrario; en estas ocasiones era en las que mas fervorosamente atendía al cumplimiento de sus obligaciones, al incesante ejercicio de todas las virtudes, y á la práctica de todos aquellos medios que para conseguir en ellas

la deseada perfeccion son conducentes. El redobla su vigilancia: andaba con mas circunspeccion y cautela sobre si mismo: se prevenia mucho mas contra todos los peligros: y para entrar en sus sangrientos combates con el infernal adversario, se disponia y preparaba con una oracion mas continua y fervorosa, á imitacion de nuestro Señor Jesuchristo, que para entrar en la sangrienta batalla de su sacratísima Pasion, quando se hallaba en mayores agonías en el Huerto de Gethsemaní, oraba mas prolixamente: *Et factus in agonia, prolixius orabat* (1).

¿Que mas se puede decir para manifestaros que nuestro venerable paisano Fr. Santiago venció perfectamente al Demonio, su mas formidable enemigo? Nada por cierto: porque él despues de haber desbaratado todas sus tramasy todas sus ocultas asechanzas y todas sus fraudulentas astucias, le venció tambien en la guerra abierta y manifiesta que le presentó, y nada mas se requiere para dexar al Demonio vencido perfectamente. Tal fué el valor, tal la fortaleza y tal el heroísmo con que nuestro Venerable triunfó así de este como de los otros dos principales enemigos suyos Mundo y Carne.

Pero ¿que mucho, si este santo y venerable varon, como hijo que era de la luz, se habia vestido con sus armas, que son las buenas obras, desterrando de sí las obras de las tinieblas, ó los pecados y hábitos malos, conforme al consejo del Apóstol? (2) ¿Que mucho si, al contrario de los hijos de este siglo, anduvo en todo tiempo con aquel recato y honestidad con que conviene andar de dia, no en comilonas ni borracheras, no en adulterios ni otras impurezas, no en contiendas ni pleytos, no en envidias ó enulaciones desordenadas? ¿Que mucho en fin, si en todas las ocasiones se armó con el escudo impenetrable de la fe, el yelmo de la salud y la espada del espíritu, que es la Palabra divina, sobre la qual continuamente meditaba, no cesando jamas de orar con la mayor humildad y confianza, y de estar en vigilancia continua? Ved aquí el porqué nuestro venerable paisano Fr. Santiago triunfó perfectamente de todos sus enemigos, pues conduciéndose así, alcanzó de Dios la gracia poderosa y fuerte que necesitaba para vencerlos de tal modo, que no le impi-

(1) *Luc.* 22. 43. (2) *Rom.* 13. 13. *P. Scio hic.*

diesen subir al lugar excelso de la mas elevada perfeccion: *Dedit Dominus ipsi fortitudinem, et usque in senectutem permansit illi virtus, ut ascenderet in excelsum terræ locum.*

§. II.

No se sube á este lugar sino por el camino de las virtudes, que son como unos escalones ó gradas por donde el hombre sube á unirse con su Dios, y á enlazarse con él con los vínculos de una caridad perfecta. Para conseguir el Alma santa esta union con el Rey de las Eternidades, es forzoso se vista con el vestido de oro de un amor muy puro, y que esté rodeada de mucha variedad de virtudes, que á los ojos del divino Esposo la hagan parecer hermosa y agraciada (1). Es necesario que como vírgen prudente tenga encendida continuamente la lámpara de la caridad divina para recrearse con el celestial Esposo, quando él llame á la puerta del corazon (2); y es preciso llevar limpia y sin mancha la vestidura nupcial para celebrar las bodas con el Cordero (3). En fin, es necesario que el alma esté sin mancha alguna de pecado, como lo estaba la Esposa de los Cánticos (4), y que sea hermosa y perfecta en la presencia de su Dios: *Perfectus eris et absque macula cum Domino Deo tuo* (5).

¿Quanto no trabajó nuestro venerable paisano (Fr. Santiago para alcanzar esta limpieza de todo pecado y esta hermosura de alma tan necesaria para hacerse perfectamente agradable á los ojos de su Señor? ¿Quanto no sudó y se afanó para llegar á conseguir esta divina perfeccion? Es indubitable que él puso quantos medios le fuéron posibles para llegar á su elevada eminencia. Con este intento confiado en el auxilio del Señor dispuso en su corazon aquellas subidas ó ascensiones, de que habla David (6), proponiéndose caminar con todo esfuerzo por las estrechas sendas de las virtudes y sus grados diversos, mientras se hallase en este valle de miserias. Es dichoso el varón que así lo executare: porque á esta buena voluntad dará el

(1) *Psal. 44. 10. P. Scio hic.* (2) *Matth. 25. 10.* (3) *Matth. 22. 12.*

(4) *Cant. 4. 7. Vid. D. Greg. Magn. ap. Alap. hic.* (5) *Deut. 18. 13. Alap. hic.* (6) *Psal. 83. 7. Vid. Rayn. Snoy hic.*

Señor la bealicion abundante de su gracia, y hará que vaya aumentando cada vez mas su fortaleza para proseguir con mayor ligereza su camino hasta llegar á ver al Dios de los dioses en la celestial Sion, segun que lo tiene prometido: *Etenim benedictionem dabit legislator, ibunt de virtute in virtutem: videbitur Deus deorum in Sion* (1).

¿Podráse dudar que nuestro Venerable llegó por último á la cumbre de este monte divino y celestial? No, porque es verdad infalible que descansará en este santo monte el varon que entra á él sin mancha, y que obra perfectamente la justicia, ó las virtudes, como lo hizo nuestro venerable difunto: *Domine; quis habitabit in tabernaculo tuo? aut quis requiescet in monte sancto tuo? Qui ingreditur sine macula, et operatur justitiam* (2). Mucho tuviera que decir, si hubiese de hablaros de todas y cada una de las muchas que obró este varon justo en grado no comun para llegar á la altura del monte de la perfeccion que deseaba, y seria abusar de la bondad y paciencia con que os dignais escucharme; pero no puedo dispensarme el hablaros de algunas en las que verdaderamente se mostró un dechado de la mas elevada perfeccion, á cuya altura subió, qual otro Caleb, fortalecido con los esfuerzos de la gracia: *Dedit Dominus ipsi fortitudinem, et usque in senectutem permansit illi virtus, ut ascenderet in excelsum terra locum.*

Para ser santos y justos no queria de nosotros el Apóstol sino que viviésemos *sobria, justa y piadosamente*, despues de haber abnegado la impiedad y los deseos del siglo (3). Esto lo hizo nuestro Venerable peleando con tanto valor, como habeis oído, contra sus espirituales enemigos hasta dexarlos vencidos perfectamente (4), y aquello caminando por la carrera de las virtudes al monte de la perfeccion de todas. Uno y otro lo fué executando á un mismo tiempo: porque peleaba, ó estaba dispuesto para ello en todo caso con las armas de la milicia christiana, y trabajaba sin cesar en el edificio de la perfeccion: á la manera de los reedificadores de los muros de Jerusalem, que con una mano tenian empu-

(1) *Eod. Psal. 88. 6. 7. 8. Vid. Titelm. in Elucidat. et annot. super hunc Psal. ad cit. vers. et Translat. S. Hieronymi.* (2) *Psal. 14. 11. 2.*

(3) *Tit. 2. 12.* (4) *Vid. Alap. in sup. dict. loc. et D. Bern. Serm. 54. de Divers. seu 11. ex Parv.*

nada la espada para pelear contra los enemigos que intentaban impedirles la obra, y con la otra proseguían trabajando (1). Pero si despues de abnegar la impiedad y los deseos mundanos basta para ser justo el vivir *sobria, justa y piadosamente*, luego para ser justo con perfeccion bastará exercitar con ella las virtudes de la *Sobriedad, Justicia y Piedad*. No tiene duda. Estas tres virtudes con las que á ellas pertenecen practicadas perfectamente son suficientes para hacer al varon perfecto: porque perfectamente le rectifican en orden *á sí mismo*, en orden *al próximo* y en orden *á Dios* (2): como se verificó en nuestro venerable paisano Fr. Santiago.

I. Quando os hablo de la *Sobriedad* de este varon justo, no entendais que por ahora os hablo de ella en quanto es una virtud especial que tiene por oficio moderar, segun la recta razon dicta, el apetito y uso de los licores capaces de embriagar á un hombre (3). Hablo de ella en un sentido mas general, ó en quanto es una virtud moral, que arregla y dispone rectamente todas las acciones ó pasiones del hombre, sean del alma ó sean del cuerpo, sean interiores ó exteriores; en fin, que modera segun la recta razon todos los actos del hombre que dicen orden á sí mismo. Tomada en este sentido esta virtud, tiene grandísima extension: pues abraza nada ménos que tres virtudes cardinales, á saber, la *Prudencia*, la *Fortaleza* y la *Templanza*, virtudes que, segun el séráfico Doctor S. Buenaventura (4), arreglan los actos del hombre respecto de sí. Demostrarémoslas con algunas otras que respectivamente les pertenecen en nuestro Venerable Fr. Santiago: para que se vea que él vivió con aquella perfecta sobriedad, que le era necesaria para subir al monte ó lugar excelso de la mas eminente perfeccion.

1. Es la *Prudencia* aquella virtud del entendimiento que muestra lo que se debe hacer, ó se debe omitir en qualquier negocio ó accion particular para obrar con la debida rectitud (5): y segun Nro. P. S. Agustin, es la ciencia de las cosas que se deben buscar ó apetecer, y de las que se deben huir: *Re-*

(1) 2. *Esd.* 4. 17. (2) *D. Bern. supracit. loco. et S. Thom. in Ep. ad Tit. cap. 2. lect. 3.* (3) *S. Thom. 2. 2. qu. 149. art. 2.* (4) *D. Bonav. in 3. Sent. dist. 33. quart. 4.* (5) *Scaram. Direct. Asc., Tr. 3. num. 10.*

rum appetendarum et fugiendarum cognitio (1). Podemos llamarla el alma de todas las virtudes; porque ella á todas da vida, á todas ayuda, á todas alumbra, de todas es la perfeccion y complemento. (2). Sin ella no hay verdadera virtud, y aun esta se convertirá en vicio, dice el P. S. Bernardo (3). Tuvo esta virtud en un grado muy relevante nuestro Venerable, y nada parece le faltó de quanto en su perfecto ser la constituye. No el *consejo*: porque ántes de la execucion de sus obras, consideraba si eran ó no convenientes al fin que se proponia, que siempre era honesto y santo. El como prudente y como sabio practicaba en todas sus acciones lo que para serlo es necesario, segun el P. S. Ambrosio (4): esto es, que ántes de hablar (y lo mismo se debe decir de otras acciones) considera con diligencia muchas cosas: mira lo que dice, á quien, en que lugar, y en que tiempo, para evitar las fatales resultas que la falta de esta consideracion en todo tiempo ha producido. No le faltó tampoco el *juicio*: porque entre todos los medios encontrados para conseguir el fin, sabia hacer un recto discernimiento sobre la mayor ó menor aptitud de ellos, atendidas las diferentes circunstancias en que se hallaba. Ni finalmente le faltó la solícita y pronta *aplicacion* de los medios conducentes á sus respectivos fines, segun el consejo y juicio se lo manifestaban: que es quanto se necesita para una prudencia perfecta, segun doctrina del Angélico (5).

De todo esto pudiera daros suficientes pruebas, pues él nos las dió muy claras, ya en el desempeño de sus diferentes oficios, ya en su conducta personal por lo que miraba al cuidado de su alma. Jamas le notáron en aquello el menor defecto. Los oficios y empleos varios que obtuvo en el tiempo de seglar y de Religioso, los sirvió con tal puntualidad, que parece habia nacido para todos. Sí en el de Sacristan, era admirado por su asistencia continua á su ministerio, por su zelo de que nada faltase de lo conducente al mayor culto divino, y por el adorno y asco con que tenia á la iglesia y

(1) Lib. 83. quest. ap. S. Thom. 2. 2. quest. 47. art. 1. (2) Vid. D. Thom. 2. 2. qu. 47. art. 5. ad 2. et qu. 166. art. 2. ad 1. (3) S. Bern. in Cant. Serm. 49. S. Isid. ap. S. Bonav. Pharet. Lib. 2. cap. 27 (4) S. Ambr. Lib. 1. de Officiis cap. 10. in fin. (5) S. Th. 2. 2. quest. 47. art. 8. corp. et quest. 48. artic. unic.

á la sacristía: conducta muy semejante á la que el P. S. Gerónimo celebra en el devoto y pródigo sacerdote Nepociano (1). Si en el de Cocinero, nunca se vió faltase á su tiempo la provision que se debía dar compuesta y sazónada á la Comunidad. Y si en el de Refitolero ó Despensero, en ningun tiempo estuvo tan franca y abundante la despensa y refectorio: porque nuestro Venerable con su rara prudencia sabia disponerlo de tal modo, que no se advirtiese por descuido suyo la menor falta. La misma prudencia se observó en el desempeño de los demás oficios y cargos que le encomendaron sus Prelados, quales fueron los de Enfermero, Procurador y Demandante por espacio de muchos años: y se puede decir que en todos estos oficios manifestó una prudencia consumada por su económica administracion.

Pero en donde se vió mas de bulto esta prudencia, fué en todo lo que inmediatamente tenia relacion con la salvacion de su alma. Porque siendo el salvarla el fin óptimo que el hombre se puede y debe proponer en esta vida, á él enderezó todas sus miras, á él dirigió solamente sus intentos, él fué siempre el blanco de todos sus deseos: y para conseguirle con la perfeccion posible, apartó de sí los estorbos que le podían impedir su consecucion, y practicó con el mayor ardor y constancia los medios mas propios y oportunos para el logro de tan soberano fin, no dexándolos jamas de la mano hasta llegar á poseerle. No pide mas para una perfecta y verdadera prudencia el P. San Cirilo (2): y aun el mismo Espíritu Santo dice, que es una prudencia consumada, ó la última perfeccion de la prudencia, el pensar en la Sabiduría, ó en la ciencia de la salvacion: que es lo mismo que decir, que será perfectamente prudente el que pensare en procurar su verdadera y eterna felicidad: *Cogitare ergo de illa sensus est consummatius*. (3).

No piensan en esto los impíos y los pecadores, y por eso carecen de la verdadera prudencia, que se halla solamente en los justos y en todos los que temen al Señor: Aquellos olvidándose, ó no queriendo entender el alto fin para que

(1) S. Hieron. Ep. ad Heliodor. (2) S. Cyril. in Apologo, cuius titulus est: Prudentia vera est, que simplicitatis innocentia decoratur. (3) Sap. 6. 16. P. Scio. inc.

fuéron criados, la colocan en el goce de los bienes instables y perecederos de esta vida, y no dexan piedra que no muevan para conseguir este fin, aunque por esta su impía conducta hayan de ser eternamente miserables. Que imprudencia! que estulticia! anteponer una sombra de felicidad á una felicidad subsistente y verdadera, y abandonarse á una desgracia eterna por una felicidad pasagera y momentánea! Ellos conocerán su necesidad; pero tal vez será quando carezca de remedio.

2. De poco ó nada sirve la Prudencia, si no está acompañada de la *Fortaleza* (1): y aun sin esta no puede aquella llamarse prudencia verdadera, dice el P. S. Gregorio (2). Por eso en nuestro Venerable no se podia echar de ménos esta virtud, habiendo él sobresalido tanto en la verdadera prudencia, su fidelísima compañera y aliada. Es la *Fortaleza* aquella virtud por la qual lo vencemos y sufrimos todo, ántes que faltar á nuestras obligaciones y al amor que debemos á Dios (3). Esta virtud la exercitó nuestro Venerable Fr. Santiago, no solo en quanto al sentido amplo que ella tiene, segun la doctrina del Señor Santo Tomas (4), sino en su sentido propio y riguroso. Lo primero lo demostró en aquella firmeza de ánimo con que emprendió la carrera de las virtudes, á pesar de las ordinarias y comunes dificultades que en su práctica se encuentran: y lo segundò en el generoso esfuerzo con que emprendió esta misma ardua carrera de las virtudes y su perfeccion, á pesar de los mayores obstáculos y de los mas graves males y peligros.

No ignoraba que habia de padecer grandes persecuciones en la ardua empresa que premeditaba: porque esto es comun á todos aquellos que se dedican á la piedad, ó á la virtud, dice San Pablo: *Omnes qui piè volunt vivere in Christo Jesu, persecutionem patientur* (5); mas no por eso se acobardó su corazon á vista de ellas, ni ménos omitió por temor suyo la práctica mas exácta de la Ley santa de Dios, de las obligaciones de su estado y de las mas heroycas virtudes. Él caminó á la perfeccion de ellas por el camino real, no de-

(1) *Hug. in Ezeq. cap. 1.* (2) *D. Greg. in Millel. verb. Prudentia.*

(3) *Pouget. in suo Catech. De virtut. cardin. [4] 2. 2. qu. 123. art. 2.*

(5) *2. Tim. 3. 12. Alap. et Scie hic.*

clinando jamas, ni á la mano derecha de la temeridad y pertinacia, ni á la izquierda de la pusilanimidad; y en esto consiste, segun San Gerónimo (1), la verdadera fortaleza. Él descubrió lo heroyco de esta necesarísima virtud en sujetar á la razon todos los movimientos de su alma, en refrenar todos los deseos de la carne, en negarse enteramente á su propia voluntad, en despreciar lo visible, y amar solamente lo invisible: porque no hay cosa mas fuerte que el que todo esto executa, dice el P. S. Gregorio (2). Y con razon: porque el mismo Espiritu Santo afirma, que es mayor victoria el vencerse uno á si mismo, que conquistar ciudades y reynos: *Melior est... qui dominatur animo suo, expugnatore urbium* (3). Descubrió tambien la heroycidad de su fortaleza en la victoria completa, que consiguió del Príncipe de las tinieblas: porque así como no hay cosa mas débil que aquel que es vencido de la carne, así no hay cosa mas fuerte que el que vence al Diablo, dice el Doctor de la Iglesia S. Gerónimo (4): *Nihil eo fortius qui vincit Diabolum: nihil imbecillius quam qui à carne superatur*. Y él descubrió finalmente esta misma heroycidad en la victoria de otros muchos obstáculos para la perfeccion, que eran naturalmente insuperables, y en la tolerancia de los gravísimos males y trabajos, que le fué preciso sufrir por conseguirla. Digamos, pues, que nuestro venerable paisano Fr. Santiago llegó á lo mas alto de la fortaleza christiana, y que ella fué una de sus vestiduras mas preciosas: *Fortitudo et decor indumentum ejus* (5).

Vedlo mejor en el exercicio de las dos partes mas principales de la virtud de la Fortaleza, que son la *Paciencia* y la *Perseverancia* (6). Si hablamos de la primera, ella es una virtud, que, conforme á lo que enseña el Doctor angélico (7), y su Maestro el Señor San Agustin (8), consiste en una igualdad de ánimo, que deshace del corazon la melancolía y la tristeza, que en él se levanta á vista de las adversidades presentes. Esta virtud, que, segun el Apóstol San Pablo (9), es necesaria á todo Christiano para conseguir la

(1) *Ap. S. Bonav. Phar. Lib. 2. cap. 31.* (2) *Apud Millel. Verbo, Fortis et Fortitudo.* (3) *Prov. 16. 32. P. Scio híc.* (4) *Ap. S. Bonav. Phar. Lib. 2. cap. 31.* (5) *Prov. 31. 25.* (6) *S. Thom. 2. 2. quest. 128. art. 1. in corp.* (7) *Ibid. art. 4. ad 2.* (8) *Lib. De Patientia cap. 2.*
(9) *Hebræ. 10. 36.*

vida eterna: que, segun Santiago (1), es la que contiene obra perfecta, ó la que via recta guia á la perfeccion: y que, segun el P. S. Cipriano (2), es la guarda de la Caridad, que sin ella no puede mucho tiempo conservarse, la exercitó nuestro Venerable en sus grados mas altos en todo género de adversidades, reducidas todas por el P. S. Gregorio (3) á las que nos vienen de la mano de Dios, de las de nuestro comun enemigo, y últimamente de nuestros próximos.

Castiga Dios de diversos modos á los justos, porque los ama (4): y porque amaba á nuestro Venerable Fr. Santiago sobre lo que puede comprehenderse, le afligió de diferentes maneras. Afligióle en su cuerpo con graves y penosas enfermedades, y en el alma con sequedades, desconsuelos, tristezas, tedios, tribulaciones y amargas: haciéndole pasar el mar amarguísimo de las purgaciones pasivas del sentido y del espíritu, de que trata S. Juan de la Cruz (5), y otros muchos Místicos (6): y dándole á beber no una vez sola el cáliz de las mas horribles interiores desolaciones. El Demonio envidioso de su felicidad le persiguió y afligió muchas veces con la fiereza y crueldad que habeis oído: y los próximos executáron esto mismo del modo que os tengo ya relacionado; pero él sufrió con un ánimo tranquilo é imperturbable todas estas adversidades y contradicciones.

No se quejó, ni murmuró jamás contra Dios, porque le hacia padecer; ántes bien recibia con la mayor resignacion los trabajos que le enviaba, y besaba reverente la mano del Señor que le afligia. Su paciencia en las enfermedades penosas con que de Dios era probado, puede sin temeridad ponerse en un muy proporcionado paralelo con la de un Job y de un Tobías, cuya heroyca tolerancia en los trabajos con que el Señor quiso probarlos, ha sido el exemplo y la admiracion de todos los siglos. En sus amarguísimas interiores desolaciones, y otras penosísimas purgaciones del espíritu, mas acerbas que la misma muerte, y aun comparables á los tormentos del Infierno, no fué ménos admirable su paciencia: porque, aunque es verdad

(1) *Jac. i. 4. P. Scio híc.* (2) *S. Cyp. Mart. Serm. De bono patientia, in med.* (3) *Ap. Millel. verb. Patientia.* (4) *Apoc. 3. 19. Tob. 12. 13.*
 (5) *Noche obscura.* (6) *Ezquerr. Lucerna Mística. Tract. 6. Scaram. Direct. Mist. Trat. 5.*

que la parte inferior ó sensitiva se entristecía sobre manera á la vista de tantas angustias, y que solicitaba con muchas ansias el que pasase de ella el cáliz de tantas tribulaciones: *Transeat á me calix iste* (1); no obstante la parte superior ó la racional se hallaba perfectamente resignada en las soberanas disposiciones del Altísimo, y deseaba se hiciese en un todo en su persona la divina voluntad, como lo deseaba en las agonías del Huerto de Gethsemaní nuestro divino Redentor: *Fiat voluntas tua* (2).

No era menor su paciencia en las adversidades que de mano del infernal adversario le venian. Como sabia que quanto él le hacia padecer venia ordenado de Dios para mayor bien de su alma, y que sin el divino permiso nada podia hacer contra él, no solo no le inmutaban lo mas mínimo sus golpes, sus espantos ni sus furiosas violencias, sino que en todas las tribulaciones que le causaba, y en los tormentos con que le afligia, se le notaba por el ayre de su semblante, y aun por las respiraciones de su boca, que gozaba la mayor tranquilidad en su corazon.

En fin, quando de mil maneras era afligido por sus próximos, ya domésticos, ya extraños, ya superiores, ya iguales y ya inferiores, ya con envidias, ya con calumnias, ya con obras, ya con palabras, ya finalmente con todo género de vituperios, jamas se le notó la menor señal de impaciencia, y sí muchas de su heroyca resignacion y tolerancia. Ah! ¡quantas veces entre estas duras persecuciones nadaba en un mar de alegría su corazon, gozándose á imitacion de los Apóstoles en padecer por Jesuchristo (3)! Bien lo testificaba la alegría que aparecia en su semblante en no pocas de estas ocasiones, en las que nos indicaba sin el menor género de duda el excelentísimo grado de paciencia á que habia llegado, si atendemos á la doctrina que en este punto nos da el Señor San Juan Chrisóstomo (4). Leed tambien la que trae el seráfico Doctor San Buenaventura sobre los grados de la virtud de la paciencia y colocadlos al frente de la que él mostró en toda suerte de adversidades y contratiempos, y le veréis elevado á los mas altos grados de esta necesarísima virtud.

[1] *Matth.* 26. 39. [2] *Ibid.* 7. 42. [3] *Act.* 5. 4.

[4] *Apud Alap. loc. immed. cit.*

Hablemos ya de su *Perseverancia*, no en quanto es un don especial de Dios, ó una gracia particular que hace á sus escogidos, juntando en ellos la muerte con el estado de la gracia santificante (1), sino de aquella que es parte de la virtud de la Fortaleza, y que hace que no desistamos jamas de la execucion de las obras virtuosas hasta su consumacion (2). Es esta virtud hermana de la Paciencia, é hija de la Constancia (3): y por el parentesco que tiene con la una y con la otra, nos hace por una parte sufrir con gusto y resignacion las molestias graves que se encuentran en la prosecucion diuturna de las buenas obras comenzadas (4), y por otra nos esfuerza á vencer las dificultades que á cada paso se atraviesan á esta continuacion en el bien obrar hasta el fin (5).

Tal fué la perseverancia de nuestro venerable paisano Fr. Santiago, y sino díganlo sus obras. ¿Que trabajos, ó que molestias hubo tan grandes, que fuesen capaces de separarle ni un instante del empeño que tomó en llegar á la mas alta perfeccion en las virtudes? ¿Que dificultades hubo para él tan insuperables, que no las hubiese vencido con la mas invicta constancia? ¿Quien le vió interrumpir ningun dia aquella cadena de penosísimos exercicios con que cerraba todas las horas del dia y de la noche sin intermision alguna? ¿Quien no admiró por el contrario aquel santo é incansable teson en no faltar, sino por causas gravísimas, á ninguna de sus devotas distribuciones? ¿Quien le vió omitir por ligereza ningun exercicio devoto que una vez hubiese comenzado? ¿Quien le vió entibiarse en los fervores de su espíritu que algun tiempo hubiese concebido? ¿Quien le vió vacilante en la execucion de las resoluciones santas que en alguna ocasion hubiese tomado, ó emprendido? Ni ¿quien pudo notarle de inconstante en la práctica de las buenas obras que en algun dia hubiese exercitado?

Ninguno por cierto: porque revestido con la fortaleza de la gracia, y cooperando á ella en el modo que podia, se mantuvo siempre fiel á su vocacion, constante en todos sus

(1) *Concil. Trident. Sess. 6. cap. 13. S. Aug. De bon. perseverant. cap. 1. et 2. Est. in 2. Sent. Dist. 26. §. 42.* (2) *Vid. D. Th. 2. 2. qu. 137. art. 1. ad 2.* (3) *S. Bern. Epist. 129. in Edit. Mabill.* (4) *Vid. D. Thom. in cit. qu. art. 2. in corp.* (5) *Vid. cit. Th. sup. art. 1. in corp.*

propósitos, firme y estable en el bien obrar hasta el fin: como quien sabia que no es bienaventurado quien solamente hace el bien, sino quien sin cesar le executa (1): y que sin la perseverancia, ni el vencedor consigue la palma, ni el que pelea, la victoria (2). Pasma á la verdad tal teson en una vida tan larga, como la que vivió nuestro Venerable: y ello es sin duda digno de la mayor admiracion, segun el P. S. Gregorio (3). Porque ¿á quien no ha de admirar ver por espacio de sesenta y mas años juntar los dias con las noches, y estas con los dias, en exercicios comunmente penosos, tediosos naturalmente, y repugnantes á nuestra frágil naturaleza? Pero aun debe causar mayor admiracion el que en un tiempo tan dilatado, no solo no hubiese desfallecido jamas en el camino comenzado, sino que cada dia hubiese ido apresurando mas y mas el paso al término de la perfeccion apetecida. Esto fué lo que acabó de coronar la perseverancia de nuestro Venerable: porque, segun el mismo S. Gregorio (4), no puede esta subsistir en quien no procura adelantar en la perfeccion de las buenas obras, que alguna vez se propuso executar.

Que perseverancia! que constancia! que paciencia! y que fortaleza! Ella es bien diferente de aquella de que tan fatuamente se glorían los Incrédulos, que se llaman *Espíritus fuertes*, confundiendo la idea de la verdadera fortaleza con la de la insolencia, la de la audacia y la de la temeridad. Ellos hacen consistir su fortaleza en amagar al Cielo, y levantar su mano contra el mismo Omnipotente (5), contra su santísima Ley y sus preceptos, y contra toda la Religion (6). Ellos corren hácia él con cuello erguido, y con desmedida arrogancia y audacia se proponen derribar de su mismo Trono al que con el mas ligero soplo puede en un momento aniquilarlos. ¿Puede darse mas bárbara presuncion? Ella es tambien de diversa especie de la que se encuentra en los que son poderosos para beber vino, y fuertes para la embriaguez: los cuales tienen ya sobre sí el ay! de la reprobacion, que les íntima el Señor por Isaías: *Vae qui potentes estis ad bibendum vinum, et viri fortes ad miscendam ebrietatem* (7). Y

[1] S. Isid. apud S. Bonav. Pharetr. Lib. 2. cap. 34. [2] S. Bern. loco supra citato. [3] Apud S. Bonav. loc. cit. [4] Apud Milleloq. Verbo, Perseverantia. [5] Job. 15. 25. [6] Pined. in Job loc. cit.

(7) Isa. 5. 22.

ella es en fin distinta de la fortaleza, paciencia y perseverancia que se ve en todos aquellos malos Christianos, que por los bienes caducos de la vida presente se meten en infinitos trabajos, y se arrojan á innumerables peligros: que por el humo vano de un honor perecedero se exponen con tanto gusto á sufrir mil ignominiosas contumelias: que vencen qualquier contrariedad y trabajo por gozar de los placeres carnales: que se endurecen mas con el castigo: que sufren los males del mundo por sus bienes: y que perdiendo el gozo y consuelo terreno, quando le buscan, son no obstante infatigables en procurarle (1). No así el justo, que portándose con la mas heroyca fortaleza, perseverancia y paciencia por conseguir los bienes verdaderos y celestiales por los que suspira, se muestra débil para tolerar el mas mínimo mal por los del mundo, como lo hizo nuestro Venerable.

3. Pero ya es tiempo que hablemos de su *Templanza*, virtud cardinal, que perfecciona al hombre en orden á sí mismo como las otras dos ya referidas: por quanto modera segun la recta razon los apetitos y deseos desordenados de todas aquellas cosas, que son de gusto y comodidad al cuerpo en esta vida. Así lo enseñan el Señor San Agustin (2), y el angélico Doctor (3) en quanto á la substancia; bien que este hace consistir esta virtud, principalmente en la moderacion debida de los deleytes del tacto y del gusto, y ménos principalmente en la moderacion de los deleytes de los demas sentidos corporales (4).

Para conocer qual fuese en este sentido la templanza de nuestro Venerable, no es necesario detenernos ahora cosa alguna. Basta que os acordeis de lo que os dixe, quando hablamos de la mortificacion de los sentidos de su cuerpo: pues todo ello no es mas que una prueba de lo mucho que sobresalió en esta virtud. Pero si á la virtud de la Templanza se la quiere dar una extension mas ampla y general, como se la da mi sutil Doctor Escoto con otros muchos Teólogos (1), que la hacen consistir en la recta moderacion de todas quan-

(1) Vide ut hæc exponat S. Gregorius in Milleloquio, verb. Fortis, Fortitudo. (2) Lib. 1. De Liber. arbitr. cap. 13. et Lib. De Morib. Eccles. cap. 19. (3) 2. 2. qu. 141. art. 3. 4. et 5. (4) Ibid. art. 5. in corp.

(5) Subt. Doct. in 3. Dist. 34. sub num. 15. Ordoñez cit. tract. de virt. temper.

tas cosas pueden ser con exceso apetecidas, no omitiré el deciros, aunque en compendio, que él la poseyó en grado eminente: pues se moderó en todas las delectaciones sensibles exteriores, en el vestir, en el dormir, en el comer, en el beber, en el andar, en palabras, obras y costumbres, arreglándolo todo á la razon. Moderóse en los movimientos y afectos interiores del alma, no dexándolos apegarse á las cosas transitorias. Y se moderó finalmente hasta en sus pensamientos, para que no se ocupasen fuera de Dios mas de lo que era necesario: que es en cierto orden un grado altísimo de la templanza, segun mi seráfico Doctor San Buenaventura (1).

En lo que me será forzoso detenerme algun tanto es acerca de aquellas mas principales virtudes que á la de la Templanza como partes, ó subjetivas, ó potenciales, pertenecen, segun doctrina del Angélico (2): que son la *Castidad*, la *Humildad* y la *Mansedumbre*, á las que añadiré yo la de la *evangélica Pobreza*, como que este es su lugar mas oportuno.

La *Castidad* es una virtud, que practicada por los hombres los hace semejantes á los Ángeles, dice el P. S. Bernardo (3). Ella es uno de los tres Votos con que el hombre se consagra todo á Dios en el estado religioso, y ella es el lustre y decoro de la Religion, dice el P. S. Cipriano (4). Amóla en tal extremo nuestro Venerable, que no es fácil ponderarse como es debido. Podemos decir que la castidad fué para él aquella preciosa margarita, por cuya adquisicion debe el hombre despojarse de todos sus bienes y facultades (5). Ella fué aquel tesoro escondido en el campo de la Religion, por cuyo logro vendió, ó renunció quanto tenia (6). Y ella fué en su estimacion de mas valor y precio que las piedras y joyas mas exquisitas, y aun que todas las riquezas de la tierra (7).

Por ella abandonó la casa de sus padres, y aun su patria: pues el mismo Venerable manifestó alguna vez, que *el motivo de salirse de aquella, habia sido porque sus padres le querian*

(1) *De grad. virtut. cap. 12* (2) *2. 2. qu. 143. art. 1. in corp.*

(3) *Serm. 27. in Cant. num. 6. et Tract. De morib. et Offic. Episc. cap. 2.*

(4) *Ap. S. Bonav. Pharetr. Lib. 2. cap. 37.* (5) *Matth. 13. 46.*

(6) *Ibid. 8. 44.* (7) *Prov. 3. 15.*

casar honradamente, quando él se hallaba de este pensamiento muy distante. Por ella anduvo tan largos caminos: por ella sufrió las inclemencias de los tiempos: y por ella se expuso, qual otro Jacob por su amabilísima Raquel (1), á las mayores incomodidades, fatigas y asperezas, no por solo el espacio de catorce años como aquel, sino por todo el tiempo de su dilatada vida. No penseis que sus ayunos, sus vigiliás, sus oraciones, sus penitencias, sus mortificaciones y la guarda exácta de todos sus sentidos tenian otro objeto, á lo ménos mas principal, que la posesion de la castidad y su custodia. Prueba nada equívoca de la alta estimacion en que la tenia, pues á tan costoso precio la compraba: como quien no ignoraba que ella no se halla en el pais de los que viven en delicias, y que solo puede conservarse entre las espinas de la mortificación.

Es indubitable que poseyó esta delicadísima virtud en aquellos grados mas altos á que puede elevarse en esta vida mortal y miserable; y aun se tiene por cierto por la deposicion de sus Confesores, que conservó siempre intacta la cándida azucena de su virginidad. Todo quanto se veia en él indicaba su interior pureza. Su trato, su conversacion, su recato con las personas de otro sexó, su compostura exterior grave y modesta, el ayre gracioso de su rostro, no manifestaba otra cosa que la grande limpieza y castidad de que se hallaba adornada su bendita alma. Llegó esta á tal extremo, que teniendo por sus diferentes officios, especialmente el de Limosnero ó Demandante, que tratar y encontrarse á cada paso con toda suerte de mugeres, jamas se le advirtió el menor defecto, ni aun una mirada ligera que pudiese tener visos de curiosa. Huia de las ocasiones peligrosas quanto podia: las conversaciones en materias de impureza le eran sumamente fastidiosas: y aborrecia todo lo que en este punto podia contribuir á manchar los candores de su alma. Pero lo que es mas de admirar es, que quando hombres y mugeres le daban cuenta de sus miserias y flaquezas para conseguir de él el consuelo y el remedio, de tal modo y con tal tranquilidad de ánimo hablaba sobre estas materias, como si hablase sobre otras diferentes: y esto era ya en él una cosa muy frecuente y ordinaria.

(1) *Gen. 31.*

Este es, segun el seráfico Doctor (1), el mas alto grado de castidad que conviene á un Religioso, y al que el clarísimo testimonio de sus obras muestra haber llegado nuestro Venerable Fr. Santiago.

Privilegio raro! Él es semejante al que se vió en los tres niños, que andando entre espesas llamas en el horno de Babilonia, permaneciéron intactos en medio de aquel fuego devorador, y ni aun siquiera tocó este al mas mínimo de sus cabellos (2). Logrólo con sus fervientes, y continuas oraciones: porque es dón especial de Dios la continencia, y mucho mas en un grado tan perfecto (3); mas tambien podemos decir, que él se hizo acreedor á que el Señor le concediese un dón tan apreciable de llegar á no sentir los estímulos de la concupiscencia, por aquella heroyca fuga que hizo de la casa de sus padres para conservar su virginidad y castidad. Por una resistencia heroyca en la misma materia, obtuvo el mismo privilegio un Santo Tomas de Aquino y otros muchos Santos, de que hacen mencion las historias de su vida.

No seria tan perfecta la castidad de nuestro Venerable, si le hubiera faltado la *Humildad*, y aun aquella sin esta no hubiera podido en sus mas ínfimos grados conservarse (4). Fuéle por tanto esta virtud tan familiar, que estoy por llamarla su virtud característica: porque entre todas las virtudes morales suyas, aparece la mas favorecida. No hay que extrañar diese á esta virtud la preferencia: pues siendo su único anhelo en esta vida levantar en su alma el edificio de la mas encumbrada perfeccion, era forzoso echase las zanjas tanto mas profundas, quanto era mayor la eminencia y altura á que habia de llegar este espiritual edificio. En esto no hizo sino practicar el documento que en el particular dió á todos el Señor San Agustin su Padre y Maestro: *Cogitas magnam fabricam extruere celsitudinis? De fundamento prius cogita humilitatis. Et quantam quisque vult, et disponit superimponere molem aedificii: quanto erit majus aedificium, tanto altius fodit fundamentum* (5).

(1) *De proces. Relig. cap. 40.* (2) *Dan. 3. 50.* (3) *Sap. 8. 21.*

(4) *Vid. D. Gregor. ap. Millel. verbo: Castitas.* (5) *S. Aug. De verb. Dom. Serm. 10.*

Es la *Humildad*, segun la define el P. S. Bernardo (1), aquella virtud con la qual el hombre por el conocimiento verdaderísimo que tiene de sí mismo, se reputa por vil y despreciable: *Virtus, qua homo verissima sui cognitione, sibi ipsi vilescit*. Divídela el Santo (2) en humildad *de conocimiento* y en humildad *de afecto*. Con aquella conocemos lo que somos: y con esta nos despreciamos á nosotros mismos, pisamos la gloria del mundo, y á exemplo de Jesuchristo vamos á encontrarnos con los desprecios y con los oprobrios: especies de humildad, que practicó nuestro Venerable en el grado mas sublime.

El profundísimo conocimiento que tenia de sí mismo le ponía en claro sus miserias y su nada. Conocia que quanto tenia de bueno, tanto en las prendas naturales, como en los dónes y bienes sobrenaturales, era todo de Dios y efecto de su pura liberalidad. Reputábase por el mas necio de todos los hombres, como lo hacia Salomon en medio de su grande sabiduría (3): y como David, se consideraba en la presencia de Dios como si fuera un vilísimo jumento (4). No le parecia que habia en sí otra cosa sino culpas dignas de los mas severos castigos; y si miraba á sus acciones virtuosas, las miraba siempre con aquellos ojos con que las miraba el santo Job, recelándose no estuviesen viciadas de alguna mala circunstancia que á los de Dios las hiciesen reprehensibles (5). Créase inferior á todos los hombres del mundo: porque no miraba en sí mas que lo que tenia de suyo, y en los otros lo que tenían de Dios: medio oportunísimo para poder sin falsedad reputarse inferior á qualquiera otro por pecador y vil que sea, segun la doctrina del Angélico (6). En fin, cimentado profundamente en el conocimiento de su nada, de sus miserias y de su indignidad, se pasmaba de ver como sus hermanos los Religiosos le sufrían en su compañía, como le concedían el alimento que tomaba, y como la tierra misma le sostenia.

No me meteré yo en referiros aquellos modos extraordinarios con que á veces se humillaba en la presencia de su

* (1) *De gradib. humilit. cap. 1.* (2) *Idem Hom. 4. De Adv. num. 4.*
 (3) *Prov. 30. 2. Vide Scio in v. 1.* (4) *Psal. 72. 23.* (5) *Job 9. 28. Vid. Hug. hic* (6) *2. 2. quæst. 161. art. 3. ad 2.*

Dios, aquel deshacerse y aniquilarse todo como David á la vista de aquella infinita Magestad (1). No me ocuparé en decirlos las veces que considerando los beneficios que de la divina liberalidad habia recibido, y las ingraticudes con que á su parecer le habia pagado, se juzgaba merecedor de estar á los piés de Lucifer, y aun de sufrir todos los tormentos del Infierno. Ni ménos me detendré en ponderaros aquellos humildísimos sentimientos con que á imitacion del penitente David (2), del santo Ésdras (3), del inocente Daniel (4) y del Profeta Baruc (5), atribuia á sus peçados la causa de las públicas calamidades con que los pueblos se veian afligidos. Nada de esto, repito, os diré, no solo por no ocupar tiempo, sino porque ello está tan distante de nuestra limitada comprehension para poder explicarlo y conocerlo, aun mas que lo está el Cielo de la Tierra, el Oriente del Ocaso y el Norte del Mediodia, ó el un polo del mundo del otro que le es opuesto.

Pero lo que no omitiré el decirlos es, que del abismo de su conocimiento propio nacia aquel otro abismo de humildad de afecto con que deseaba ser de todos despreciado y confundido. Hecho cargo de las incomprehensibles humillaciones y abatimientos de su amabilísimo Jesus, á nada anhelaba mas que á conformarse y á asimilarse todo á este dechado de humildad, y á ser participante de sus oprobrios, de que nunca se veia hartó su corazon. Con el ardiente deseo de ser tenido en poco, guardó siempre la mayor reserva en no manifestar lo que podia contribuir en algun modo á su alabanza ó exáltacion. Jamas dió á conocer la elevacion de sus talentos, la extension de sus conocimientos, ni otras prendas naturales que le pudiesen engrandecer, con tal que pudiesen ocultarse. Jamas se le oyó hablar de la casa de sus padres, ni de la nobleza de sus ascendientes; y fué tal el empeño que sobre este punto hizo, que aun quando eran precisas estas noticias, respondia á las preguntas con tal destreza, que dexando á todos admirados de su prudencia, los dexaba aun mas de su humildad.

(1) *Psal.* 38. 6. (2) *1. Paral.* 21. 17. (3) *1. Esd.* 9. 11. 6. et 7.
 [4] *Dan.* 9. 5. (5) *Baruch Cap.* 1. et 2.

Así lo practicó hallándose de mozo de cocina, quando resolvieron los Padres de aquella religiosísima Comunidad darle el hábito ó golilla de Donado. No se tenia hasta entonces noticia de sus padres, ni de su calidad, y aun se ignoraba su patria, porque todo lo habia él tenido oculto con su silencio: y como todas aquellas noticias se juzgaban forzosas para darle el hábito, al pedirselo él al P. Prior, le dixo este: *Si, hijo, te daremos la golilla; pero es necesario saber quien eres.* A cuya pregunta respondió nuestro Santiago humildemente con estas discretas y sencillas expresiones: *Padre Prior, mis procederes lo dirán.* ¡O asombro de prudencia! Pero ¡ó prodigio de humildad! que aun el bien que puede contribuir á que mas brevemente le concedan lo que tan ardientemente deseaba, lo sepulta y dexa cerrado con las llaves del mas humilde silencio! Bien pudiera aquí decir nuestro Venerable, tomándole las palabras á David: *Obmutui, et humiliatus sum, et silui à bonis* (1). Con el mismo esmero reservó para sí solo los secretos favores que en la contemplacion le hizo el Inmortal Rey de los Siglos, sus éxtasis, raptos, virtudes, gracias y dónes sobrenaturales de revelaciones, profecías y milagros: cosas todas que solamente comunicó, como era debido, con sus sabios Directores para el acertado gobierno de su espíritu.

¿Que mas os diré? Os diré, que no contento con echar á su boca el candado del silencio para que de ella no saliese palabra alguna con que tal vez manifestase lo que podia conciliarle la estimacion de los hombres, hacia positivamente y decia lo que le acarrease sus desprecios. Os diré, que con aquellos sentimientos propios solamente de los verdaderos humildes, publicaba delante del Cielo y de la Tierra que él era el mayor pecador de todo el mundo, el mas pérfido y desleal de los nacidos, y que el permitirle Dios vivir en el mundo era solo un efecto de su omnipotente misericordia. Y os diré, que para que todos le despreciasen, se acostumbraba á llamarse á sí mismo con los viles nombres de *borriquillo* y *juventillo*: que ansiaba siempre el tomarse para sí los mas humildes ministerios, y que á todos procuraba servir con aquella sumision con que pudiera servir á sus Señores un esclavo.

(1) *Psal. 38. 3.*

Ah! que no es posible enumerar las adinvenciones de este justo para humillarse y manifestarse vil delante de Dios y de los hombres! A la verdad él tenia bien comprendida aquella doctrina del P. S. Bernardo, que el camino recto para conseguir la virtud de la humildad era el de la humillacion, ó el exercicio de los actos propios de esta virtud: *Humiliatio via est ad humilitatem* (1). Por eso la alcanzó tan perfecta nuestro Venerable, que no puede ponerse en duda llegó á sus grados mas sublimes, segun que los señalan los Santos (2), y con especialidad mi séráfico Doctor San Buenaventura (3). Su humildad fué muy diferente de la que se encuentra y reprehende en muchos San Gerónimo (4) y San Ambrosio (5): porque no era humildad puramente exterior como la de aquellos, sino humildad de obras y de corazon. Nò se humillaba por parecer humilde, sino por serlo y para serlo. Lo contrario es una refinada soberbia: es un trastorno de la humildad verdadera, dice el P. S. Bernardo (6). Él era humilde en obras, palabras y pensamientos. Lo era con Dios, con sus próximos y consigo mismo. Y lo era en fin con los superiores, con los iguales y con los inferiores: porque hasta de estos últimos se reconocia inferior, y como tal se conducia en órden á ellos: que es el último complemento de la humildad, segun el P. S. Anselmo (7).

Mucho fué lo que se aventajó nuestro Venerable en la virtud de la Humildad; pero no se quedó atras en la *Man-sedumbre*, virtud, que segun la doctrina del Señor Santo Tomas (8), sirve para moderar segun la recta razon los movimientos de la ira, que es una pasion que naturalmente se enciende á vista de las injurias recibidas, y que excita á la venganza de los agravios. Ya sabeis los innumerables que recibió nuestro bendito Fr. Santiago; pero léjos de dexarse dominar de la ira para vengarse, ó para hacer otros actos á que excita esta pasion furiosa, se enseñoreaba de tal modo

(1) *S. Bern. Ep. 87. num. 11. in edit. Mab.* (2) *Idem De grad. humilit.* (3) *De grad. virtut. cap. 3.* (4) *Epist. ad Celant.*

(5) *Epist. 19. ad Constantium, quæ incipit: Suscepisti munus, &c.*

(6) *Serm. 16. in Cant. num. 9.* (7) *Apud S. Bonavent. Pharet. Lib. 4. cap. 12. in fin.* (8) *2. 2. quest. 157. art. 1.*

de ella, que parecia no tenerla, ó que carecia de cólera que le irritase.

Si: porque quando por insultarle le echaban en cara delitos que no habia cometido, ó le reprehendian injustamente, ó le llenaban de oprobrios, ó le improperaban con dicitorios, ó de otro qualquier modo le afrentaban, ú ofendian sus émulos de palabra, no solo no se ayraaba contra quien le injuriaba de este modo, sino que, ó le daba segun el consejo del Sábio una respuesta blanda para aplacarle; *Responsio mollis frangit iram* (1), ó sino bastaba este medio, ó era en algunas circunstancias importuno, se hacia sordo como David á las maldiciones de Semei (2), y á imitacion del santo Rey se portaba como quien no tenia palabras para redarguir á sus contrarios y convencerlos de su inocencia, dexando á Dios la defensa de su causa: *Et factus sum sicut homo non audiens, et non habens in ore suo redargutiones* (3). Quando por irritarle, ó por otro motivo malicioso le quitaban en ausencia, ó presencia suya alguna cosa de la Comunidad fiada á su cuidado, porque de sí nada tenia, no por eso se enfurecia, ó se inquietaba lo mas mínimo; ántes léjos de eso y de pretender que lo hurtado se le devolviese por medio de la fuerza, estaba con su corazon dispuesto á dar la capa á quien le quisiese quitar la túnica, como lo enseña Jesuchristo en el Evangelio (4). Quando finalmente llegaba el atrevimiento al exceso de poner manos violentas en su cuerpo, como sucedió mas de una vez, no se alteraba un punto la serenidad de su semblante, porque este siempre era igual en toda ocasion, sino que á la manera de un corderito delante de quien le trasquila, ó como una ovejita simple quando es llevada al matadero (5), así estaba el Venerable delante de quien le golpeaba y deseaba saciar en él su ferocidad.

En fin, en todos los malos tratamientos que de palabra, ú obra tuvo que padecer de sus adversarios, mostró ser perfectamente dueño de sí mismo y haber llegado al mayor heroismo en la práctica de la mansedumbre evangélica. Bastará para confirmarlo el siguiente caso. Siendo Cocinero el Venerable entró en la cocina un sugeto al tiempo que aquel se

(1) *Prov.* 15. 1. (2) 2. *Reg.* 16. §§. 7. 8. 10. et 12. (3) *Psal.* 37. 15. (4) *Matth.* 5. 40. *Alap. hic.* (5) *Isai.* 53. 7.

hallaba ocupado en las penosas tareas de su oficio. Este sin mas motivo que su propia malignidad se enfureció contra el bendito Cocinero en tal extremo, que no contento con los injuriosos ultrages que le hizo de palabra, se echó á él con furor para darle de golpes, lo que executó á su satisfaccion, hasta hacerle en la cabeza una buena herida. A vista de este exceso, acudieron los que se hallaban presentes á reprimir las furias de aquel hombre inconsiderado que á no ser esto hubieran verisimilmente ido adelante, y se resolvieron á dar cuenta al Superior para que castigase aquel exceso. Mas ¡que mansedumbre la de nuestro Venerable! en medio de aquel insulto tan grave conservó un semblante sereno, indicio de su interior tranquilidad: contuvo á los circunstantes para que no fuesen á dar cuenta al Superior de aquella injuria: habló con mucho agrado al ofensor: y en fin le aplacó de tal manera, que fué bastante para que se contuviese en aquel y otros excesos semejantes, y para que así él como los demas quedasen asombrados y edificados de tan rara mansedumbre.

Tened presente aquí la que recomienda el Apóstol San Pablo en los Christianos de Corinto, y que celebra con encarecidas expresiones, y la veréis fielmente imitada por nuestro Venerable: *Sustinetis enim: si quis devorat, si quis accipit, si quis extollitur, si quis in faciem vos cædit* (1). Hacedos cargo de la de un Isaías, quando exponia voluntariamente sus mexillas para que se las abofeteasen y mesasen, su cuerpo para que le hiriesen, y su rostro para que se le escupiesen é injuriasen, y veréis la propiedad con que nuestro Venerable podia decir con él: *Corpus meum dedi percutientibus, et genas meas vellentibus: faciem meam non averti ab increpantibus et conspuentibus in me* (2). Y reflexionad por último sobre la mansedumbre de nuestro divino Redentor con los que en su sacratísima Pasion le improperaban y ofendian, y veréis como en buen sentido se pueden aplicar á nuestro Venerable aquellas palabras con que el Apóstol San Pedro la ponderaba: *Qui cum malediceretur non maledicebat: cum pateretur, non comminabatur: tradebat autem judicanti se injustè* (3).

Ello es que nuestro Venerable se hallaba condecorado con

[1] 2. Cor. 11. 20. [2] Isai. 50. 6. [3] 1. Pet. 2. 23.

con todos los caracteres de una perfecta y heroyca mansedumbre: porque si lo es, segun el Padre San Juan Chrisóstomo (1), el ceder á los inferiores, quando es por ellos ofendido: si lo es el no tener discordias, ni dexarse arrebatado de la ira contra alguno, como lo afirma el Padre San Ambrosio (2): si lo es el mantenerse tranquilo y sosegado en medio de los ultrages que recibe, ya en sus bienes con los hurtos que le hacen, y ya en su persona con golpes violentos, y con palabras descomedidas é injuriosas, como así lo dice el Padre San Bernardo (3): si lo es, en fin, mostrarse afable con todos, no entrar en porfias que causen turbacion, no vengar jamas las injurias recibidas, volver bien por mal, rogar ó interceder por el ofensor, y estar siempre preparado para mayores ultrages, como es doctrina cierta y verdadera (4), todo esto se notó siempre en nuestro venerable paisano Fr. Santiago.

No es mucho, pues, que él hubiese gozado, como en efecto gozó en esta vida, los frutos de la verdadera mansedumbre prometidos por el Señor á los que son verdaderamente mansos de corazon. Por ella gozaba siempre en su corazon de una inalterable alegría. Por ella se hizo Señor de sí mismo, y dominaba á todos sus afectos. Por ella se hizo capaz de reconciliar entre sí mismos á los enemistados. Por ella se hizo formidable á los Demonios que no podian sufrir sin inquietarse su presencia. Y por ella en fin consiguió el ser amado de Dios y de los hombres (5).

Cerremos ya todas estas virtudes con la virtud de la *Pobreza evangélica*. Esta es aquella virtud, que arranca del humano corazon el amor desordenado de las riquezas, con lo qual acaba de dar por esta parte el último complemento á la virtud de la templanza. La Pobreza es el fundamento de toda la perfeccion evangélica, dice mi seráfico Doctor San Buenaventura (6): y el Señor Santo Tomas (7) afirma, que

[2] *Epitom. SS. PP. Lib. 14. cap. 1.* (2) *Enarr. in Psal. 36.*
 (3) *S. Bern. Serm. 2. in Convers. S. Paul. num. 2.* [4] *Vid. Alap. in Matth. cap. 5. §. 4. Lapuente in suis Meditation. Part. 3. Medit. 11. punct. 4.* (5) *Psal. 36. 11. S. Joan. Chrysost. Serm. de Mansuetud. et Homil. 52. ad Popul. Antioch. in Epitom. SS. PP. Vid. etiam Alap. in Matth. cap. 5. §. 4.* [6] *Breviloq. part. 5. cap. 6. et Apolog. Paup. respons. 3. cap. 1.* (7) *De Perfect. vit. spirit. cap. 7. in Opusc.*

es el camino derecho para ella: porque moderando el apetito de los bienes materiales exteriores con la renuncia efectiva que de ellos hace el Religioso, le quita uno de los mayores impedimentos que hay para llegar á conseguirla. Es uno de los tres Votos con que se consagra á Dios en las aras de la Religion el que es llamado para ella, y por él se renuncia el dominio y propiedad de todos los bienes temporales habidos y por haber, contentándose únicamente con el uso preciso de las cosas; y esto siempre con dependencia de la voluntad de los Prelados (1).

Amó sobremanera esta virtud nuestro Venerable, y su desprendimiento generoso de los bienes y riquezas de este mundo fué á todos bien patente y manifiesto. Su conducta en esta parte traía á la memoria de quantos en ello reflexionaban la de los primeros Christianos de Jerusalem, que viviendo de comun, nada poseían en particular (2). Los cortos haberes que tuvo que renunciar en su profesion, los renunció con aquel desapego con que lo hizo San Pedro con sus redes de pescar y con el mismo fin, que era el de seguir perfectamente á Jesuchristo (3). Estuvo muy distante de imitar la pecaminosa reserva que hicieron Ananías y Saphira, de la mitad de los bienes que habian ofrecido al Señor por mano de los Apóstoles (4): como lo estuvo de seguir el exemplo de los antiguos Filósofos en los viciosos motivos por los quales renunciaban sus riquezas.

Jamas se notó en él acto alguno de propiedad: porque si recibia, si gastaba, si prestaba, si daba, ó de otro qualquier modo disponia de algunas cosas, todo era con dependencia de la voluntad de sus Superiores, y con aquellas licencias que para la licitud de tales actos se requieren. En quanto al uso de las cosas aborreció siempre lo superfluo, y vivía muy contento y gustoso con lo necesario para comer y vestir, como lo decia el santo Apóstol: *Habentes autem alimenta, et quibus tegamur, his contenti simus* (5). Aun fué mas heroyca la pobreza de nuestro Venerable: porque ademas de contentarse con lo necesario, se alegraba tambien quando

(1) Vid. Nrum. Henno Tractat. 3. De Stat. relig. Disput. unic. quest. 9. art. 3. §. 1. concl. 1. et 2. [2] Act. 4. 32. (3) Matth. x9. 27. Vid. Scio hic. (4) Act. 5. 2. Vid. Alap. hic. (5) 1. Tim. 6. 8.

carecía de lo preciso, que es el grado mas relevante de esta virtud, segun el seráfico Doctor (1). Él estaba hecho á todo, como San Pablo (2): porque sabia vivir en escasez y en abundancia, tener hartura y padecer necesidad; pero su afecto á la pobreza le inclinaba siempre á amar la penuria, como mas conforme á lo que le habia enseñado con su exemplo aquel Señor, que siendo infinitamente rico quiso hacerse tan pobre por nosotros, que ni aun siquiera tenia donde reclinar su cabeza (3). En su comida, en su bebida, en su vestido, en su celda y en su ajuar, no se veia mas que un retrato vivo de la pobreza. Su comida era siempre la mas escasa y vil, su vestido el mas grosero y remendado, su celda la mas desaliñada, y el ajuar de ella tan corto y pobre, que á nada mas se reducía, que á unas sillas bastas de enea, á una cama bien ordinaria, á una mesa tosca, á un Crucifijo muy devoto, á dos imágenes de Nra. Señora, y finalmente á unos pocos libros que tenia para su oracion, instruccion y rezos. Pero aun de estas cosillas tenia su corazon enteramente desprendido: porque sabia que en esto era en lo que precisamente consistia el espíritu de la verdadera pobreza (4).

Hacíase esta mas notable, quando en medio de las grandes limosnas que algunas veces le daban los devotos, y las ordinarias que recogia todos los dias en los tiempos que tuvo el oficio de Limosnero, nunca se le vió aprovecharse de alguna para sus propias y forzosas necesidades sin determinacion expresa de su Prelado. Todo quanto le daban, aunque fuese para sus necesidades propias, lo ponía en sus manos con un total desinterés, y nada absolutamente reservaba para sí: que es un grado altísimo de pobreza, segun el seráfico Doctor San Buenaventura (5): y que con razon alaba en su santo hermano Gerardo el P. S. Bernardo (6).

II. Mucha parte de su camino tenia hecho nuestro venerable paisano Fr. Santiago para llegar al monte de la perfeccion, con la práctica perfecta de esta y de las demas virtudes, que ordenan y perfeccionan al hombre respecto de sí

(1) *De Proces. Relig. proces. 6. cap. 31.* (2) *Phil. 4. 12.*

(3) *Matth. 8. 20.* (4) *S. Greg. Hom. 18. Sup. Ezeq.*

(5) *De grad. virt. cap. 8.* (6) *Serm. 26. in Cant.*

mismo: pues con su héroyco ejercicio habia llegado á una grande santidad, y se habia adquirido en algun modo aquella renovacion interior ó del espíritu, que para ser santos pide á todos el Apóstol (1). Para adelantar mas sus pasos en ella, se aplicó con el mayor esmero á la práctica exácta de la *Justicia*, virtud cardinal que ordena, rectifica y perfecciona al hombre hácia otros, segun la doctrina de los Teólogos (2). Esta, segun la define el Señor Santo Tomas (3), es aquel hábito que inclina al hombre á dar á cada uno lo que es suyo con perpetua y constante voluntad: lo que se hace quando se exercita en sus *partes esenciales y subjetivas*, y en sus *especies ménos propias*.

I. Exercitóla nuestro Venerable en aquellas, no negando al próximo lo que le debía, y absteniéndose de lo que podia dañarle (4): pues á nadie hizo jamas daño alguno por sí, ni con las cosas que estaban á su cuidado. Aunque ocupado tantos años en el oficio de Pastor, no se ha sabido que por su descuido se hubiese propasado su ganado á hacer daño á la hacienda agena; ántes se notó todo lo contrario, y muy frecuentemente con sucesos prodigiosos. A nadie injurió ni de obra, ni de palabra, ni aun de pensamiento con juicios ó sospechas mal fundadas: porque en todo esto era sumamente reparado y en extremo comedido. A nadie, en fin, causó daño alguno ni en el cuerpo ni en el alma, ni en los bienes corporales ni en los espirituales. Léjos de esto, hacia á todo el mundo el bien que podia, y siempre dió á cada uno lo que de algun modo le era debido. Él daba á Dios el culto supremo, á los Santos el que les corresponde, á los que viven en el mundo, si eran mayores, la observancia, si iguales, la concordia, si menores, la afabilidad y benevolencia. Él daba el consuelo á los afligidos, el socorro y ayuda á los necesitados, la correccion al que delinquia, el consejo al que le pedia. Y él, en fin, para sí mismo tomaba la penitencia con que expiaba sus faltas, el dolor y la amargura con que

[1] *Ephes. 4. 23. S. Gregor. Psal. 4. penit. ap. Millel. verbo, Renovari.* [2] *S. Bonav. in 3. Lib. sent. cit. S. Th. 2. 2. qu. 58. art. 2. in corp.* [3] *Ibid. art. 1. in corp.* [4] *Vide Natal. Alex. in sua Theol. Moral. De virtute justitie, et Nrum. Fr. Marcum Ordoñez in suo Curs. Theol. Schol. tom. 8. ubi agit de hac eadem virtute.*

lloraba sus culpas, y el esmero en santificarse mas y mas cada dia con la práctica de las buenas obras.

Ni careció tampoco de aquellas especies propias de la Justicia en que esta como un todo en sus partes se divide: quales son la Justicia *legal*, ó *universal*, y la *particular*: porque si aquella la tiene qualquiera que procura y promueve el bien comun y público por medio de la debida observancia de las leyes que á este fin santo se dirigen (1) ¿quien no le vió en este punto el mas exácto? El fué puntualísimo en la guarda de todas las leyes: de la natural, que se contiene en los Mandamientos del Decálogo: de la divina positiva, que se halla en las Escrituras, y especialmente en el Evangelio: y de la eclesiástica, ó los preceptos de la Iglesia. El fué observantísimo de su Regla, de las Constituciones y Estatutos de su Orden, de las ceremonias, usos y costumbres loables y antiguas de su sagrada Religion, en lo que apénas se le advirtió faltar al mas pequeño ápice. Y él fué, en fin, cumplidísimo en toda ley divina y humana: porque daba á Dios lo que era de Dios, y al Cesar lo que á él pertenecía (2). En esta conformidad solicitaba nuestro Venerable el bien comun, como miembro que era y se consideraba de diferentes Cuerpos, christiano, religioso y civil: porque respecto de todos era perfectamente justo.

Para serlo en todo, lo fué tambien en la particular, que es aquella especie de justicia que atiende al bien particular de las personas privadas (3). Esta, ó ya se atiende con respecto á la Justicia *commutativa*, que tira á establecer una perfecta igualdad entre lo que se da y se recibe, entre lo que se usurpa, ó se tiene malamente, y entre lo que se debe pagar, ó ya se mire con respecto á la *distributiva*, que es la que arregla la distribucion de los bienes, premios, ó gracias á proporcion del mérito, dignidad ó condicion de cada uno (4), la mostró el Venerable de muchos modos. Procuraba en primer lugar no deber á nadie cosa alguna para cumplir con el mandato del Apóstol: *Nemini quidquam debeatis* (5); pero si alguna cosa debia, era tan exácto en pagarla segun el todo de

(1) Vid. cit. Ordoñez. (2) Matth. 22. 21. Vid. Scio híc.

(3) Vid. cit. Ordoñez. (4) Es doctrina comun. (5) Rom. 13. 8. Alap. híc.

ella, que á nadie defraudaba en esta parte el mas mínimo *ma-ravedí*. Vióse esto repetidas veces quando era Demandante, en cuyo tiempo entregaba á la Comunidad todas quantas limosnas recibia de los bienhechores que se la daban para ella: y se vió tambien, quando le pedian la vuelta de alguna moneda que le daban, la qual entregaba al instante por pequeña que ella fuese: porque nunca quiso limosnas sacadas por fuerza, ni pedir las con importunidad poco civil. Repartia los bienes de la Comunidad quando por sus oficios era á ello destinado, como á cada qual segun su grado y qualidad correspondia. No era aceptador de personas, ni daba mas á unos Religiosos que á otros, porque aquellos fuesen mas amigos, sino porque lo merecian, ó lo necesitaban mas segun sus diferentes circunstancias. Esto mismo practicaba con las limosnas, que segun las amplas licencias que para ello tenia de sus Prelados, habia de repartir entre los pobres: dando mas al mas necesitado, y en igual necesidad mas al justo y virtuoso, que al que no lo era, ó no era tanto, y nada absolutamente al que conocia habia de abusar contra Dios y contra su alma del beneficio. Sin duda que habria mucha gracia en este modo de distribuir de nuestro Venerable: porque la hay en todas las que se hacen con este debido miramiento, segun nos lo dice el Eclesiástico: *Si benefeceris, scito cui feceris, et erit gratia in bonis tuis multa* (1). Bien que esto no lo practicaba nuestro Venerable, ni se debe practicar con el rigor que aparece, ni con qualquier género de personas, ni en toda ocasion y circunstancias, como advierten los Expositores (2): pues segun ellos no se debe hacer esta inquisicion en las limosnas ordinarias y pequeñas.

¿Que hizo en todo esto nuestro Fr. Santiago, sino evidenciarnos que él estaba perfectamente versado en los ápices de la virtud de la Justicia? ¿Ni que mas podia ó debia hacer para mostrarnos que él habia llegado en su práctica á la cumbre de esta excelentísima virtud? Nada por cierto: porque con ella dió á cada qual lo que era suyo, é hizo con los demas lo que razonablemente queria, ó podia querer hi-

(1) *Ecli. 12. 1. Vid. Tirin. hlc 7. 4.* (2) *Vide Alap. in supra dict. loc. et Tirin. loc. cit.*

ciesen con él: que es en lo que consiste la perfeccion de la Justicia, segun los Santos (1).

2. Pero como nuestro Venerable Fr. Santiago padecia una hambre insaciable por la justicia, ó por santificarse mas y mas, lo hizo con la perfecta práctica de las especies de justicia ménos propias, ó de las virtudes que con esta tienen enlace y conexión. Tales son entre otras, que omito por no molestar tanto, la *Liberalidad*, la *Obediencia*, la *Piedad* y la *Religion* (2). La *Liberalidad*, que sirve en muchos casos de adorno á la justicia (3), y que tiene por oficio el inclinar al hombre á expender con gusto sus bienes en usos honestos y virtuosos (4), la poseyó en un grado de los mas altos nuestro Fr. Santiago. Su objeto principal en la práctica de esta virtud, era el socorro de los menesterosos. Quanto tenia y le daban los bienhechores para sí, todo era poco para socorrer á sus amados pobres. Reservábales siempre la mayor y mejor parte de su racion, privándose de su comida para darla al que padecia mayor necesidad. Desnudábase alguna vez de sus vestidos interiores, y ocasion hubo en que se despojó hasta de su hábito exterior para vestir al desnudo. Como tan caritativo y tan discreto en sus liberalidades, ponian los devotos en sus manos muchas limosnas para que las repartiase: y él las empleaba en ocurrir á varias necesidades, ya de enfermedad, ya de convalecencia, ya de mugeres pobres y personas vergonzantes. Muchas veces se adelantaba él á administrar el socorro ántes que el necesitado le pidiese: entrándoseles por sus puertas con provision abundante á la sazón que se hallaban mas afligidos: y esto sucedia en varias ocasiones con aquellos á quienes ántes ni habia conocido ni tratado. En fin, no habia necesidad chica ni grande á la que no se extendiese su liberalidad, con tal que estuviese en su mano remediarla. Todo su gusto era tener para dar, y era mucho su desconsuelo á vista de la necesidad agena, quando se hallaba sin facultades para socorrerla: y á la manera que lo leemos de un San Diego de Alcalá, suplía con palabras de mucho consuelo para

(1) *S. Bern. De Cons. Lib. 1. cap. 8. S. Bonav. 3. part. Centil. sect. 64. circa fin. Idem. De grad. virt. cap. 11. Vid. auctoritates aliorum SS. PP. ap. ipsum Phar. Lib. 2. cap. 42.* (2) *S. Thom. 2. 2. quest. 80. art. unic. in corp. et Natal. Alex. cit.* (3) *Vide in indice 2. 2. S. Th. verb. Liberalitas.* [4] *Vid. citat. Ordoñez.*

el afligido la falta del socorro temporal que no podia darle segun deseaba.

No se paraba la liberalidad de nuestro paisano en atender solamente á las necesidades corporales de sus próximos, que tambien se extendia á las espirituales. Él les administraba con una mano el alimento del cuerpo, y con la otra el pan de la divina Palabra, ó de la correccion, ó del consejo con que los inducia á la penitencia y al arrepentimiento de sus culpas. Inflamado en el zelo de su salvacion, y conociendo por el dón de discrecion de espíritus el interior de sus oyentes, formaba en breves palabras las pláticas mas fervorosas y oportunas con que muchos dexaban su mala vida, se apartaban de sus escándalos, y hacian una confesion general de todos sus pecados con muchas lágrimas y arrepentimiento. Él era un idiota á lo del mundo; pero tan sabio á lo del Cielo, que á quantos le proponian dudas en puntos de conciencia, dexaba instruidos y plenamente satisfechos. Sus correcciones eran vehementes y frecuentes; pero tan eficaces, que apenas habia quien con ellas no quedase mudado y compungido.

Los frutos de su predicacion, de sus correcciones, reprehensiones y consejos, fuéron la reconciliacion de muchos enemistados, la union de muchos matrimonios divididos, la prodigiosa conversion de muchos grandes pecadores, el adelantamiento en la virtud de muchas almas, y otros beneficios que no es posible numerar, porque no pueden reducirse á cálculo las limosnas temporales y espirituales de este justo. Ellas serán celebradas en la Iglesia de los Santos ó en la congregacion de los Fieles: *Eleemosinas illius enarrabit omnis Ecclesia Sanctorum* (1). Las celebrará Sevilla, testigo de sus liberalidades, como de sus estupendas maravillas. Las celebrarán sus calles, sus plazas, sus casas, sus barrios y sus arrabales, especialmente el de Triana, teatro de los beneficios que en quanto al alma y en quanto al cuerpo obró con infinitos de sus moradores. Y las celebrarán la viuda, el pupilo y el huérfano que socorrió, los enfermos que visitó y consoló, los desnudos que vistió, los hambrientos que sació, los pecadores que convirtió, y los que en todo género de necesidades remedió. Sí, todos estos celebrarán las limosnas de nuestro

(1) *Eccli. 31. 11.*

venerable paisano Fr. Santiago, porque fuéron innumerables y grandes; y las celebrarán mucho mas, porque el Señor quiso acreditarlas con singulares prodigios, pues para satisfacer las ansias que este su fidelísimo siervo tenía de socorrer á todos, hacia frecuentemente que se multiplicasen las porciones de limosna que daba en tal conformidad, que no siendo naturalmente suficientes para mantener un día á una sola persona, lo fuesen para alimentar á muchas y aun á familias enteras. Por aquí podeis inferir vosotros á quan alto grado habia llegado en nuestro Venerable la virtud de la liberalidad: y lo podeis colegir tambien por la alegría con que daba quanto daba; fuese á amigos, fuese á enemigos, fuese á propios, fuese á extraños, que es á quanto puede llegar lo relevante y heroico de esta virtud (1).

De su *Obediencia* dexamos ya dicho mucho segun la extension de esta virtud, quando hablamos de la mortificacion de su propia voluntad, y solo añadiremos aquí lo que basté para formar alguna mayor idea de la perfeccion á que llegó en ella nuestro Venerable. Es la Obediencia en cierto orden la virtud mas excelente entre las demas virtudes morales, y el sacrificio mas completo que hace á Dios en su profesion el Religioso. Uno y otro lo dice el Señor Santo Tomas (2), y con razon: porque la voluntad que á Dios se sacrifica con el voto y con la virtud de la obediencia es el mayor bien que tenemos y que á Dios podemos ofrecer. Tiene por oficio esta virtud inclinar al hombre á obedecer los mandatos de sus Superiores tácitos ó expresos (3); y es tanto mas heroico su ejercicio, quanto es mas difícil y repugnante á la naturaleza lo que se manda.

Ved aquí una idea de la obediencia de nuestro Venerable. Su voluntad estaba enteramente pendiente de la voluntad de sus Prelados, á quienes obedecia no solo en los preceptos expresos sino en los tácitos ó en sus menores insinuaciones. Ya se encargaba de unos oficios, ya de otros: ya empezaba á emplearse en unos mismos, y ya suspendia su ocupacion en ellos, segun que se lo mandaba el Superior. To-

(1) Vide Jans. ap. Alap. in Eccli. cap. 35. vers. 11. (2) 2. 2. quest. 104. art. 3. et qu. 186. art. 5. ad 5. (3) Natal. Alexand. jam citat.

maba los ministerios mas viles y penosos del convento con el mismo gusto que los que eran fáciles, honrados y distinguidos: y hasta las mortificaciones y penitencias las mas amadas las disminuía, ó dexaba enteramente quando se lo mandaban sus Prelados por no faltar un punto á la obediencia. Esta era en nuestro Venerable, como la describe San Bernardo (1) para que sea perfecta: porque él tanto en lo próspero como en lo adverso, tanto en lo amargo como en lo gustoso, obedecía de buena gana, sencillamente ó sin andar haciendo averiguaciones sobre los motivos que tenia el Superior en sus preceptos, con alegría, con prontitud, con fortaleza, con humildad y con perseverancia. Su obediencia puede compararse muy bien á la de un Samuel, que con el mismo gusto se levantaba de noche de su cama, quando á su parecer le llamaba el Sumo Sacerdote Heli, que quando esté le mandaba volviere para ella. (2). O se puede poner al lado de la de Isaac, quando se dexó atar de piés y manos por su padre el Patriarca Abraham, ser colocado sobre la leña destinada para consumirle, y ser por él degollado si el Señor no le hubiera detenido (3). Si no es que queremos decir, que su obediencia fué muy semejante á la de su divino Maestro Jesu-christo, que primero quiso morir en una Cruz que faltar á la obediencia (4).

Lo cierto es, que nuestro Venerable á todo esto estaba dispuesto, y esto solo por Dios, no por motivo de ningun interes, ó por temor de alguna pena, que son los altísimos grados á que puede elevarse esta virtud, segun mi séráfico Doctor (5). Su obediencia á sus Directores, Confesores, ó Padres espirituales era extremada: porque nada hacia ni decia sin su parecer y voluntad, y ellos eran por lo que tocaba á su vida interior los móviles de sus operaciones. No hubiera sido él tan feliz en las batallas furiosas que tuvo con sus espirituales enemigos, ni hubiera conseguido de ellos tantas y tan grandes victorias, si hubiera sido ménos puntual en obedecerles: porque este es el mas poderoso medio para conseguir las, y aun el único, segun la doctrina del Señor San Agus-

(1) *S. Bern. Serm. 41. De Divers. à num. 4. usq. ad 10. inclusivè.*
 (2) *1. Reg. 3. v. 4. et seq.* 3) *Gen. 22. 9. et seq.* (4) *Philip. 2. 8.*
 (5) *De gradib. virtut. cap. 2.*

tin (1). Ah! ; quantas veces la falta de esta debida obediencia es el motivo porqué muchas almas que parece tratan de perfeccion, se quedan con sola la apariencia sin conseguir la realidad! Y ; quantas veces su temeridad, capricho y voluntad propia llega á precipitarlas en un abismo de tinieblas y de males hasta dar en el de su eterna perdicion!

La *Piedad* de que ahora voy á hablar, era en nuestro Venerable aquella virtud con que veneramos y practicamos los debidos oficios con nuestros padres, parientes y paisanos (2). Amaba tiernamente á sus padres naturales, los miraba siempre con el mas humilde respeto, y los obedecia ciegamente y sin tardanza: de lo que tenemos un claro testimonio en la alegría con que aceptaba y cumplia los empleos y oficios humildes á que le dedicaron. Cuidaba tambien de sus parientes, y en lo que podia y no era opuesto á su principal obligacion los socorria y aliviaba, como lo comprueba en mucha parte el suceso de su difunta tia. Y cuidaba tambien de sus paisanos y de su patria, á quien debia su educacion, crianza y nacimiento, rogando á Dios incesantemente por la prosperidad de esta y por la salud temporal y eterna de aquellos. Era notable su alegría, quando hallándose ya Religioso en Sevilla, le contaba algun paisano suyo, que estaban buenos los vecinos de este su pueblo de Sotillo. Y lo que mas bien confirma el deseo que ya desde muchacho tenia del bien de sus paisanos, especialmente del eterno, es que viniendo de una viajata de fuera del pueblo, y hallando en él la novedad de estar en cierta casa marido y muger agonizando, se estuvo toda una noche con ellos, consolándolos en su extrema afliccion, y leyéndoles algunas cosas espirituales por un libro que traia de devocion: visitando ya al uno, ya al otro que en diferentes lechos yacian, y alentándolos para su partida á la eternidad en que ámbos entraron en una misma hora: y no es dudable que con tan santo agonizante hubiese sido felizmente. Es verdad que nuestro Fr. Santiago dexó á esta su patria, y se salió de entre sus padres, parientes y paisanos para ir á vivir entre gentes extrañas: esto era

(1) *Prov.* 28. 28. *Vid. Alap. hic optimè, et S. Aug. ap. ipsum cit. in Psal. 70.* (2) *Natal. Alexand. citat. Nuestro Echarri ilustrado, part. 1. trat. 7.º De las virtudes.*

lo que debía executar atendido el llamamiento de Dios; pero quien no ve que por este mismo medio ennoblecio mas á su patria, que la edificó incomparablemente con sus exemplos, y que la hizo felicísima con la eficacia de sus fervorosas oraciones? No lo dudeis, amados compatriotas, este ilustre y santo paisano, aunque tan distante de nosotros, nos traia siempre en su memoria: nos amaba tiernamente, pero en Dios y por Dios, que es el amor mas fino y el verdadero: y no omitia medio alguno para procurarnos nuestro mayor bien espiritual, y aun el temporal que á este se dirige.

Esta sí que es la verdadera piedad y el verdadero patriotismo, y no el que tanto pregonan, ó mas bien vociferan los Incredulos. De estos podiamos decir lo que dice el Apóstol San Pablo, que tienen sí mucha apariencia de piedad; pero que en la realidad niegan la virtud de ella, que es la caridad de Dios y del próximo: *Habentes speciem quidem pietatis; virtutem autem ejus abnegantes* (1). No se les caen de la boca las palabras, *patriotismo, sociedad, humanidad, beneficencia*, y otras tales con que quieren hacer creer á todo el mundo, que ellos están penetrados de un vivísimo y ardiente amor á su patria, á sus nacionales y á sus conciudadanos, y que no tienen otra cosa en mas deseo que el serles útiles y procurar su bien estar y su felicidad; pero ahí que baxo de esta especiosa cubierta esconden ellos la mas execrable impiedad: porque á nada mas aspiran que á hacer infelices para siempre y aun temporalmente á sus conciudadanos y compatriotas, y al exterminio de la Religion y de la patria. ¡Quan diferente del de estos Impíos fué el patriotismo de nuestro Venerable Fr. Santiago! ¡quan diferente su piedad! No es extraño, porque fué tambien muy diferente su Religion.

Esta es una virtud moral de las muchas que con la de la Justicia tienen especial parentesco, y tiene por oficio inclinar al hombre á dar á Dios en sí y en sus Santos el culto y reverencia debida (2). Su objeto inmediato no es Dios, como lo es de las virtudes teologales, sino el mismo culto que á Dios se da en quanto es debido darse (3); y por eso

(1) 2. Tim. 3. 5. Vid. Scio lte. (2) Ordoñez antea citat.

(3) Noster Henno Tract. in De. al. Disp. 1. quast. 1. concl. 2.

pertenece de algún modo á la virtud de la Justicia que nos perfecciona en orden al próximo, aunque nunca podrá llegar la Religion con sus actos á dar á Dios el culto debido con igualdad total y perfecta. Ella es, segun el angélico Doctor (1), la virtud mas excelente entre todas las virtudes morales: porque se acerca mas á Dios que todas ellas. Ella es la que nos santifica mas que todas las otras: y aun pudiera añadir con el mismo Angélico (2), que la Religion es, ó no se distingue en la realidad de la santidad misma.

Por eso era tan entrañable el amor que tenia nuestro Venerable á esta virtud, que no es posible ponderarse debidamente: y seria interminable si os hubiese de hablar de todos los actos de religion en que segun la oportunidad del lugar, tiempo y demas circunstancias se exercitaba. Los que entre estos le llamaban mas la atencion eran la *Oracion* y la *Devocion*. Incansable era en aquella nuestro Venerable: porque le habia tomado tal gusto, que le causaba mucho dolor tener que separarse de ella. Empleaba largas horas del dia en la oracion vocal, ó rezos particulares que tenia: costumbre, que se le observó ya de muchacho, quando tenia el oficio de Pastor. Hacia esta oracion con el mayor fervor, y con aquellas condiciones que señalan los Doctores para que sea verdadera, provechosa y eficaz (3): porque para que lo fuese la suya, pedia las cosas necesarias á su propia salvacion, las pedia con confianza firme de recibirlas, las pedia con humildad, y finalmente con perseverancia.

Aunque primeramente pedia por sí, no se descuidaba en pedir al mismo tiempo por sus próximos, guardando entre ellos el orden de la caridad. Pedia por las necesidades de la Iglesia y de la Religion, y clamaba al Todopoderoso detuviese el impetuoso torrente de la irreligion y de la impiedad, que veia iba inundando por todas partes. Pedia por la conversion de los Infeles, Hereges y mas Sectarios del error. Y pedia por todos los pecadores para que saliesen del profundo letargo de sus vicios, é hiciesen una verdadera penitencia. No fuéron pocos los que experimentáron la eficacia de sus oraciones en esta parte, y os pudiera proponer aquí

(1) 2. 2. *quest.* 83. *art.* 6. *in corp.* (2) *Ibid.* *art.* 8. *in corp.*

(3) *Ibid.* *quest.* 83. *art.* 125. *ad 2.º* 109. (2) *loc. cit.* 117

algunos exemplares; pero basta decirlo, que la experiencia que llegaron á tener muchas personas, tanto dentro, como fuera del convento, de la poderosa eficacia que tenían para con Dios las oraciones de Fr. Santiago, movió á unos y á otros á encomendar á ellas el feliz éxito, que esperaban con una total seguridad, de los mas graves y difíciles asuntos. Tanta era la eficacia de sus oraciones vocales.

Pero ¿que os diré yo de la mental? Nada podré decirlos á la verdad, sino que ella era el espíritu con que respiraba, y la vida con que vivía. Además de dedicar á este santo ejercicio la mayor parte de la noche, y los ratos que podia hurtar sin faltar á sus precisas obligaciones, aun entre ellas mismas oraba mentalmente, tenia su trato interior con Dios, y gozaba de su divina presencia: no perdiendo entre los afanes de Marta las quietudes y descansos de María (1). Hay muchos motivos para decir, que entre los mayores cuidados y entre las ocupaciones de mayor distraccion, no perdía á Dios de vista su bendita alma, la qual, á la manera de aquel Angel del Apocalipsis (2) que vió el Evangelista San Juan, ponía un pié, ó una parte de sus cuidados sobre la tierra de las precisas exteriores ocupaciones, y el otro sobre el mar inmenso de las perfecciones divinas, que con admiración y gusto contemplaba.

Mezclaba una y otra oracion con diferentes actos religiosos. Unas veces la hacia de pié, otras veces de rodillas, y otras postrado en tierra y su frente cosida con el suelo, á imitacion de lo que practicó nuestro divino Redentor Jesus, quando en el Huerto de Gethsemaní oraba á su Eterno Padre por nosotros (3). Su continuacion en estos dos últimos modos de orar, los mas propios para testificar á la divina Magestad nuestro rendimiento y protestar su soberana excelencia, le llegó á hacer en la frente y en las rodillas unos durísimos callos, como en ellas se le formaron tambien á un Santiago el menor, y por el mismo motivo, segun que os lo tengo ya relacionado. En estas ocasiones era, quando nuestro Venerable tenia con su Dios los mas afectuosos coloquios, quando despedía hácia él desde el fondo de su corazon ardientísimas jaculatorias, y quando derramaba toda su alma en su presencia

(1) *Luc. 10.* (2) *Apoc. 10. v. 1. 2.* (3) *Matth. 26. 39.*

del mismo modo que la antigua Ana, madre de Samuel, lo executaba (1). Aquí era en donde, como David, le exponía al Señor todas sus tribulaciones y trabajos (2), donde se deshacía en amarguísimas lágrimas, y donde arrancaba de lo íntimo de su corazón profundísimos suspiros. Y aquí era, en fin, donde discurría y practicaba mil modos y maneras de humillarse, de rendirse á Dios, de venerarle, y de dar el culto debido á tan infinita Magestad.

Oh! como serian agradables al Señor las invenciones de este justo! ¡Que suave seria para él el olor de tantos diferentes sacrificios como le ofrecía con un corazón el mas humilde y sencillo este su fidelísimo siervo! Y ¡como quedaria herido su corazón del uno de sus ojos, ó de uno de sus reverentes encendidísimos afectos! Sin duda que con qualquiera de ellos traspasaria dulcemente el corazón de Dios, que como tiernísimo Padre no puede ménos que darse por entendido de los afectuosos ruegos de sus buenos hijos y de sus humildes rendimientos.

Digamos ya algo de la *Devocion* de nuestro Venerable. Esta, tomada en el sentido que la explica el Señor Santo Tomas, no es otra cosa que una voluntad pronta á hacer todo quanto pertenece al servicio de Dios: *Voluntas promptè tradendi se ad ea quæ pertinent ad Dei famulatum* (3). De manera que aquella persona se podrá llamar propiamente devota, que hiciere con fervor y con prontitud las cosas que tocan al divino servicio, que no es mas que ejercitarse pronta y fervorosamente en los actos de la Religion. La Devocion es el acto principal de esta virtud (4), y por lo mismo muy amada de nuestro Venerable. Él la ejercitaba con las benditas almas del Purgatorio, con los Santos, con la Reyna de los Angeles María Santísima Señora nuestra, y con la Sacratísima Humanidad de nuestro Señor Jesuchristo.

Tenia muy particular devocion con aquellas pobrecitas almas que están en el Purgatorio purificándose con fuegos abrasadores de sus pasadas culpas y defectos: y lastimado de las sumas aficciones y penas que allí padecen, las procuraba aliviar con sus oraciones. Oía por ellas muchas Misas, les

(1) 1. Reg. 1. 15. (2) Psal. 141. 3. (3) 2. 2. quest. 82. art. 1.

(4) Vid in indic. 2. 2. verb. Devotio.

aplicaba muchas Indulgencias, y se exercitaba por ellas en otras muchas obras de virtud: no debiendo omitirse que por lo comun concluia sus exercicios de la noche con postrarse sobre las sepulturas de los Religiosos, y estarse allí largos ratos rogando á Dios por las almas de los difuntos.

Veneraba mucho al santo Angel de su Guarda, le miraba con especial reverencia, y le invocaba en sus tentaciones, combates y peligros: haciendo esto mismo con el santo Apóstol de su nombre, con el Señor San Agustín su Padre, con el gloriosísimo Patriarca San Joseph, con Santa Rita, y otros muchos Santos y Santas á quienes amaba tiernamente. Pero entre todos estos era muy singular la devocion que profesaba á la soberana Reyna de los Angeles María Santísima, nuestra dulcísima Madre y Señora: cuya devocion verdadera es uno de los medios mas importantes y aun moralmente necesarios para salvarse con perfeccion, si hemos de estar á la doctrina de muchos Santos (1). Amábala como á madre con la mayor ternura, honrábala, y venerábala no solo con obsequios *negativos*, que consisten en abstenerse de todo aquello que la desagrada: quales son las ofensas é injurias que se hacen á su divino Hijo; sino que tambien la obsequiaba con diferentes cultos *positivos*: como son hacerla devotas Novenas, rezarla Rosarios, visitar sus imágenes, orar delante de ellas, prepararse para celebrar sus fiestas con obras de virtud y penitencia, procurar extender su devocion, invocarla frecuentemente, y con particularidad en las tentaciones y peligros y otras cosas semejantes.

Erá ordinario de todos los dias el gastar muchos ratos delante de una imagen de María Santísima de los Dolores que tenia en su celda, empleándolos en rezar ciertas oraciones que tenia para estas ocasiones señaladas. Los Rosarios que cada dia le rezaba eran tantos, que por la costumbre de pasar las cuentas le quedó su mano despues de muerto en la misma postura que tenia en vida quando actualmente los rezaba, sin que la diligencia de ponerle los dedos en otra conformidad fuese bastante para mudar aquella disposicion. Todos los

[1] S. Bern. de aqueduct. in Nativ. B. M. Virg. S. Damasc. in Serm. Annunt. S. Bonav. in Spec. cap. 3. Vid. ipsos ap. Scaram. Direct. Ascet. Tr. 1. art. 11. cap. 3. y 4.

los días había de rezar indispensablemente su Oficio parvo con la mayor devoción y reverencia. Las vísperas de sus solemnidades y aun sus días los festejaba con el ayuno. Y en fin, se esmeraba en obsequiarla de quantos modos podía, procurando que todos tuviesen con ella mucha devoción. Aunque nada sabemos de cierto que favores recibió nuestro Venerable de la Santísima Virgen, no es dudable hubiesen sido muy señalados por la singular devoción que le tenía. Pero el principal de todos es el haberle conseguido tantas eficacísimas gracias para subir á la mas elevada perfeccion y santidad: como por el mismo motivo se las dispensó muy abundantes para el mismo fin á los Bernardos, á los Domingos, á los Franciscos, á los Neris, á los Bernardinos de Sena, á las Marías Egipcíacas, y á otros muchos Santos y Santas, que se distinguieron por su singularísima devoción con tan soberana y dulce Madre.

Era tambien muy afectuosa y ardiente la que tenía con Jesuchristo en quanto Hombre, ó con su sacratísima Humanidad, nuestro venerable paisano. Sabia aquella doctrina del Señor Santo Tomas (1), y que lo es tambien de su santo Padre el Señor San Agustin (2), que la sacratísima Humanidad de Jesuchristo es el camino recto que guía á la union con la Divinidad. Él manifestaba su devoción con ella por la casi continua meditacion de las penas de su amabilísimo Salvador Jesus, por el abrasado zelo de que en todos los hombres se aprovechase el beneficio de su Redencion, por la frecuencia con que recibia los Sacramentos que para nuestro remedio habia instituido, en especial el de la sagrada Eucháristia, en donde él mismo se contiene como fuente de toda la santidad, y finalmente por la imitacion fiel de su santísima Vida, á la que procuró siempre amoldar la suya, como al primero y original dechado de toda santidad y perfeccion. No podemos ménos de confesar, atendido el esmero que siempre tuvo de copiar en su alma todas sus virtudes, y de imitarle en el sufrimiento de sus penalidades en su cuerpo, que llegó á transformarse todo en él; y que podia decir con San Pablo, que no era ya él el que vivia en sí, sino que era Jesuchristo:

(1) *S. Thom. in cap. 14. Joan. Lect. 2.* (2) *Serm. 55. De verb. Dom.*

Vivo autem, jam non ego: vivit verò in me Christus (1). ¿Que mas camino le restaba ya andar á nuestro Venerable para llegar al término de su union con Dios, que es en lo que la perfeccion verdaderamente consiste?

III. No otro á la verdad, que el exercicio de aquellas sublimes virtudes, que en orden á él le podian perfeccionar, y que en efecto le perfeccionaron. Tales son las tres virtudes teologales, *Fe, Esperanza y Caridad*, con las que damos todo culto á Dios, segun doctrina de San Agustin (2), y en las que consiste la *Piedad* que á él nos ordena y nos dirige (3). Nos las infunde Dios en el santo Bautismo en quanto al hábito, ó en quanto al sér sobrenatural que tienen, el qual nos inclina á los actos que á cada una de ellas respectivamente pertenecen, dando á las potencias del alma en quien se reciben, el poder y la facilidad para producirlos (4). Ellas son, no solo en quanto al hábito, sino tambien en los adultos en quanto al acto, absolutamente necesarias para la salvacion (5): y son las que producen en nuestra alma aquella perfeccion que nos encargó el Apóstol Santiago, quando decia, que fuesemos en todo exáctos y perfectos: *Sitis perfecti et integri in nullo deficientes* (6). Como deseaba serlo y mucho nuestro Venerable, es indecible el cuidado que tuvo en exercitarse en tan necesarias y excelentísimas virtudes.

I. Exercitose en la *Fe*, que es aquella virtud teológica con la qual damos firmísimo crédito á las verdades que Dios nos ha revelado (7). La fe de nuestro Venerable era como el grano de mostaza, porque era humilde y pequeña en el juicio de los hombres; pero al mismo tiempo era en sí viva, acre, vehemente, perfecta y ardiente, como la pedia Jesu-christo á sus Apóstoles (8). No era mucho que con ella hubiese podido traspasar á otra parte los montes de innumerables tentaciones, y aun que hubiese obrado otras muchas ma-

(1) *Galat. 2. §§. 19. 20.* (2) *Enchir. cap. 3.* (3) *Idem ubi sup. cap. 2. S. Thom. 2. 2. quest. 101. art. 1.* (4) *Innocent. III. cap. Majores, De Baptismo. Vide Nrum. Henno tract. De virtut. quest. prem. Concl. 1.*

(5) *Es doctrina de fe, que consta de varios lugares de la sagrada Escritura, y está definida en los Concilios de la Iglesia.* (6) *Jac. 1. 4.*

(7) *Echarri ilustr. part. 3. trat. 1. De las virtudes teologales, §. 1.*

(8) *Matth. 17. 19. et Marc. 11. 22. Vid. Alap. in utrumq. loc.*

ravillas: pues esto es lo que el Señor ha prometido al que tenga una fe de esta calidad (1). Creía firmísimamente todos los misterios y verdades de nuestra santa fe, y las creía únicamente, porque un Dios sumamente veraz se había dignado revelarlas. Su firmeza en creerlas era tal, que no hubo tentacion tan fiera, ni sugestion tan obstinada y pertinaz, que de esta creencia pudiese desbancarle.

No contento con asentir de este modo interiormente á las divinas verdades, las confesaba exteriormente con frecuencia, con palabras y con obras. Quando se le ofrecia la ocasion de hablar de los misterios de nuestra santa fe delante de otros, ó quando á solas exercitaba sus actos ó protestaciones, lo hacia con tal devocion y fervor, que uno y otro lo comunicaba á quien le escuchaba. En sus obras indicaba su grande y viva fe, no solo en arreglar como arregló perfectamente sus costumbres á sus máximas, sino tambien en el sumo aprecio con que oia como palabras de vida eterna las de los Predicadores en sus sermones, y las de los Confesores en sus exhortaciones: porque unas y otras las reputaba como palabras de Dios, ó como verdades infalibles.

No era nuestro Venerable Fr. Santiago del número de aquellos inconsiderados, que solo van á oír á los Ministros de Dios movidos de la curiosidad, y que en la misma actualidad del sermón atienden á la buena disposicion del discurso, y á la eloqüencia del Predicador mas bien que á las verdades eternas y saludables que predica. Estos dan á entender que son mas apreciables para ellos las ojas del árbol que sus frutos, y las vestiduras mas estimables que el sugeto que las viste. Y ¿que cosa mas estulta que esta? ¿Que cosa mas necia y mas inconsiderada? Pero nuestro Venerable no solo reprehendia prácticamente el poco aprecio que estos manifiestan de las verdades de nuestra santa fe en el modo con que se oyen, sino en el modo con que se practican. Su extremada compostura y modestia en las iglesias, su reverencia y pavor en el Santuario del Altísimo, nacida de una fe viva de la presencia del Hombre-Dios que en él habita, era bastante para descubrir la tibieza de fe de muchos Christianos, que manifiestan bien poco miramiento en esta parte: y lo era mucho

[1] *Matth. loco citato.*

mas para confundir el desmedido atrevimiento y arrogancia con que muchos y muchas (no sé si los llame Christianos, si Paganos) se presentan en el templo delante del supremo Juez que ha de juzgarlos, con la misma satisfacción con que entran en su misma casa, ó con el desahogó, descaro y profanidad con que asistirían á un sarao, á un festin, ó á una comedia.

Ah! quanto lloraba nuestro Venerable esta deméncia y arrogancia! quanto sentia la frialdad á que ha llegado la fe en muchos corazones en estos últimos tiempos! y quantas lagrimas derramaba de sus ojos, no solo por ver quan próxima á expirar se hallaba la fe en muchos Christianos, sino por ver la apostasia escandalosa que muchos habian hecho ya de ella para seguir el partido de la estólida y ciega incredulidad! Quisiera él reparar todos estos daños que sufría el edificio de la Religión y de la Iglesia: desearia que volviesen á colocarse en su lugar las piedras místicas de este Santuario: y quisiera que las ovejas descarriadas volviesen á su antiguo redil y reconociesen á su legítimo Pastor; pero ya que esto no estaba en su mano, á lo ménos suplía con sus deseos la fe que han abandonado los Impíos, los Incredulos y toda la chusma de Filósofos libertinos. No hubiera tenido él otro gusto que derramar su sangre en las aras del martirio, si con esto pudiera él recompensar la perfidia de los enemigos de la fe.

¿Quanto no se horrorizaba él, quando oía contar los sofisticos absurdos de la herética perfidia y los impíos sofismas de la desatinada filosofía de nuestro siglo? Pero se escandecia aun mucho mas, porque lo esperaba ménos, el oír entre los mismos que pasaban por Católicos ciertas expresiones equívocas y mal sonantes en materia de costumbres, que indicaban bastante la corrupcion del corazón de quien las proferia, y su poca ó ninguna religion. Quando esto le sucedia, tapaba con el mayor cuidado sus oídos, como serpiente astuta y sabia, y para no dexarse engañar ni encantar con las halagüeñas voces de estas sienes falaces y seductoras. Tal era su fe, comparable sin duda á la de los mayores héroes que la propugnaron y defendieron con su sangre.

2. No era menor su *Esperanza*, ni ménos perfecta y consumada que su fe. Él la exercitó en todos aquellos modos que

debe ejercitarse, según que la definen los Santos: porque, si según el Señor Santo Tomas (1), y el seráfico Doctor San Buenaventura (2), nos manda ella esperar con grande confianza la eterna Bienaventuranza, que es la posesion del mismo Dios, y los medios que son necesarios para conseguirla de la divina liberalidad, esta era la esperanza de nuestro Fr. Santiago. Él esperaba con firmeza gozar algún día aquellos bienes eternos que Dios tiene prometidos á los justos: esperaba el auxilio de la gracia para merecerlos: y esperaba tambien el perdón de sus pecados: que son las tres cosas que debemos esperar en esta vida, según doctrina del Padre San Bernardo (3). Todo esto de Dios solamente lo esperaba, no de sus fuerzas humanas, ni de sus industrias: porque ademas de conocer por sus propias experiencias, quan insuficientes son para una empresa tan dificultosa, sabia tambien que es maldecido en las sagradas Escrituras el que dexando al Criador, coloca en la criatura mas frágil, qual es el hombre, su confianza (4).

Fundado en las infalibles promesas que el Señor tiene hechas á los hombres sobre darles la Gloria y los medios para conseguirla si ellos non lo desmerecen por su parte, y mirando á aquella Omnipotencia infinita con la qual puede cumplirlas, se levantaba sobre sí mismo á poner toda su confianza en Dios, que queria y le podia salvar únicamente: cumpliendo de este modo con el precepto del Apóstol, que así lo manda: *Non simus fidentes in nobis, sed in Deo* (5). Pero no ignorando que de ley ordinaria no concede el Señor sus bienes y sus gracias, sino á aquellos que debidamente se los piden, se los pedia, pero con tal confianza de lograrlos, que no dudaba jamas de conseguirlos, atendida la divina liberalidad. En una palabra: su esperanza era aquella áncora firmísima de que habla San Pablo á los Hebreos (6), la qual le tenía asido á Dios en medio de las tempestades de esta vida, para no zozobrar entre tantas furiosas borrascas.

Tan entrañada tenía esta virtud en su corazon, y tan lleno estaba de ella, que parece participaban de aquella plenitud todos los que con él comunicaban. Procuraba persua-

(1) 2.ª 2.ª quest. 17. art. 1. (2) Centos. 3. part. sect. 39. (3) Serm. 45. De Diversi. num. 5. [4] Jerem. 17. 5. Vid. Div. August. apud Alap. lib. (5) 2. Cor. 1. 9. (6) Hebr. 6. 19.

dirla á quantos podía, y con especialidad á las personas afligidas que iban á comunicarle sus trabajos: Á todas les solia responder: *El Amo es quien gobierna: bien sabe lo que se trata y lo que nos acomoda: ponerlo todo en manos de Dios.* Breves palabras, que de un golpe manifiestan el espíritu y de heroyco de su esperanza. Mas no debeis pensar vosotros, que aunque tan firme y grande la esperanza de Fr. Santiago, carecia de aquel temor santo de que se hallaban penetrados los mayores Santos, y que tan recomendado nos está en las divinas Escrituras, no por cierto: porque sabia que aquella es esperanza cumplida que va junta con el temor de Dios: *In timore Domini fiducia fortitudinis* (1). Tenia bien conocida su propia nada, y su flaqueza, su insuficiencia, sus culpas, y en una palabra, su inclinacion á lo malo y su imposibilidad natural para lo bueno; y este conocimiento le hizo vivir siempre temeroso de sí mismo, (sumiso, rendido, y humillado. Pero este mismo temor era el que le hacia caminar con mas seguridad: porque era para su alma lo que el lastre es para una nave, que con él camina mas segura del peligro de sumergirse y anegarse. Su consideracion propia le humillaba; pero la consideracion de la Bondad divina le erigia, para que caminando entre la esperanza y el temor, ni este le hiciese pusilánime, ni aquella le hiciese presumido. Ah! que bien comprehendidas tenia nuestro Venerable las doctrinas que sobre este punto nos dan los Santos! (2) Os pudiera hablar de él algo mas para que viéseis la elevada altura á que llegó en la práctica de la Esperanza; pero es ya tiempo de que concluyamos esta primera parte, manifestándoos la altura á donde se remontó su *Caridad*. Es esta virtud la reyna de todas las virtudes, el vínculo de la perfeccion (3) en ellas, y el fin á que todas ellas se dirigen (4). El que llegue á perfeccionarse en ella, será el que absolutamente puede llamarse perfecto: porque la perfecta caridad es la que hace sean perfectas todas las demás virtudes (5). No acabaria yo en mucho tiempo, si os qui-

(1) *Prov.* 14. 26. (2) *S. Aug. Serm.* 10. *Ad Fratres in Exemo.*
S. Bern. Serm. 6. *in Cant.* (3) *Colos.* 3. 14. Véase el P. Scio aquí.

(4) *S. Bonav. Luminar. Eccl. Serm.* 7. (5) *S. Bonav. ibid.*

siese manifestar en toda su extension la caridad de nuestro Venerable, así como parece no acababan los Santos Padres de formar los mas altos elogios de esta tan excelsa virtud; pero debiendo hablar algo de ella, me limitaré solamente á demostrarla en Fr. Santiago en lo que dice relacion á Dios, á quien con ella se unió perfectamente: ya que hemos hablado de ella lo bastante en lo que mira al próximo, quando tratamos de su *Liberalidad*, rama la mas esclarecida del místico fecundísimo árbol de la Caridad divina.

Mas ¿quien, Señores, quien podrá seguir los vuelos que dió este Serafin humano para unirse con el sumo Bien en los lazos de la mas abrasada caridad? ¿Quién podrá contaros aquellos medios y modos sin modo que buscaba para agradarle y darle gusto? ¿Quién podrá penetrar los secretos de aquel amante corazon para conocer los ardientes y abrasadísimos afectos de su alma, que son los pasos con que ella anda apresuradamente su carrera para ir á unirse con su Dios? Imposible es ciertamente el conocerlos en sí mismos, ni darles alcance: porque como su mayor cuidado fué el tener escondida su vida con Jesuchristo, esto es, ocultar quanto pudo de la vista del mundo sus heroycas virtudes interiores, es muy poco lo que de ellas podemos llegar á comprehender respecto del todo de lo que eran en sí mismas. No obstante, como por los frutos se da á conocer el árbol, segun que lo dice el Divino Maestro en el Evangelio (1): y como por mas que los justos tiren á ocultar siempre sus virtudes, ellas mismas se descubran en sus diferentes obras exteriores, por las de nuestro Venerable podemos muy bien colegir, aunque no el todo, á lo ménos algo de la eminente altura á que llegó á encumbrarse su caridad.

Sí, amados compatriotas, por los efectos de la caridad de nuestro venerable paisano Fr. Santiago podemos conocer que él amaba á Dios de aquel modo con que él quiere ser amado, pues le amaba con todo su corazon, con toda su alma y con toda su fortaleza, como nos lo manda el mismo Señor en su santa Ley (2). Él le amaba con todo el corazon, porque le amaba *dulcemente*: le amaba con toda su alma, porque le amaba *prudentemente*: y le amaba con toda

(1) *Matth.* 7. 16. (2) *Deuteron.* 6. 5.

su fortaleza, porque le amaba *fuertemente*. Estos son los mo-
dos con que Jesuchristo amó á los hombres, dice San Ber-
nardo (1), los que nos propuso como modelo de nuestro
amor para con Dios, y los que en sus grados mas sublimes
practicó nuestro Venerable, cuya caridad podemos considerar
heroycamente *fervorosa*, *circunspecta* y *inmensurable*.
Es inexplicable la dulzura y fervor del amor con que
á Dios amaba. Tan enamorado estaba de él, que quantas pe-
nalidades y trabajos padecía por amarle se le hacian dulces y
sabrosas. No de otro modo que al otro Jacob por su amada
Raquel (2), le parecia muy corto el tiempo que pasaba en
las mas duras incomodidades por su Amado: porque todas es-
taban endulzadas del amor. Dilatado su corazon con las sual-
vidades del amor, corria por el camino áspero de los divi-
nos Mandamientos, como si anduviera por un camino llano
y espacioso, como á David le sucedia en igual caso (3).
Embragado de las dulzuras del amor divino, no habia para él
aspereza, mortificacion, ni amargura tan acerba, que no se le
convirtiese en materia del mayor gozo y alegría. Quanto de-
cia, quanto hacia, quanto pensaba, y quanto obraba, todo era
efecto de la dulzura del amor de Dios, que á manera de un
impetuoso, pero apacible corriente, inundaba su corazon y
alegraba la ciudad mística de su alma (4). Hasta las mismas
lágrimas amargas que por sus leves defectos derramaba, los
gemidos profundos que de su íntimo salian, y los suspiros en
que algunas veces prorumpia, salian de la fuente del amor
tiernísimo, dulcísimo y afectuosísimo con que amaba á la di-
vina amabilísima Bondad del sumo Bien.

Muy claramente nos manifestaba todo esto en la inalterable
alegría, que se advertia siempre en su semblante aun en me-
dio de sus duras penalidades y trabajos, y lo que es mas, en
las horrosas desolaciones de su espíritu. No parecia sino que
en toda ocasion estaba el rio de leche y miel de las cele-
stiales dulzuras regando el jardin amenísimo de aquella bendi-
ta alma: cuya vida espiritual y divina no podia ser sino efecta
de su heroyca y ferviente caridad. De esta dulce y ferve-
rosa caridad nacia el dolor intenso con que lloraba sus culpas

(1) *Serm. 20. in Cant.* (2) *Gen. 29. 20.* (3) *Psal. 118. 32.*

(4) *Psal. 45. 5.*

y las ajenas, el horror con que contemplaba á las unas y á las otras, y el zelo con que las procuraba evitar en sí y en otros. De ella nacia la ardiente caridad con que amaba á todos sus próximos, aunque fuesen sus mayores enemigos, el vivo deseo de hacer bien á todos, y la resolucion de dar su vida y derramar hasta la última gota de sangre de sus venas, si esto fuese necesario para conseguir su salvacion. De ella nacia aquellos ardentísimos deseos de que todos amasen á Dios, le conociesen y teniesen: aconsejando esto mismo á quantos llegaban á hablarle, con estas palabras que apenas se le caian de la boca: *Amor en Dios, hermanos míos. Amemos á Dios. Temamos á Dios.* De ella nacia aquella resignacion heroyca con que sufría todos los trabajos que el Señor le enviaba; aquella exâctitud con que guardaba su Ley santísima hasta en sus mas pequeños ápices, y aquella perfectísima conformidad con su divina voluntad que en toda ocasion se le notaba. Y de ella en fin, nacia aquéllas dulces jaculatorias, aquéllas aspiraciones y expresiones tiernísimas igualmente que ardentísimas con que muy frecuentemente le invocaba: *Oh! Dios de mi corazon! Oh! mi Dios y Señor! Ah! que la caridad de nuestro Venerable era un volcan de divino fuego, que ni aun á las aguas de los mayores contratiempos era posible el extinguir: Lampades ejus, lampades ignis atque flammaram. Aquæ multæ non potuerunt extinguere charitatem (1).*

Pero era tambien prudente y circumspecta esta caridad: porque un amor dulce y afectuoso, si es indiscreto, es fácil de ser engañado ó seducido, ó de dar en extremos que sean vituperables é imperfectos: como lo era el amor, aunque ardiente y fervoroso, de San Pedro con su Maestro en diferentes ocasiones. El amor ó caridad prudente de nuestro Venerable consistia en considerar con atencion, que era en lo que podia agradar á su Dios, y que en lo que podia disgustarle: para evitar esto con sumo cuidado y poner aquello en su debida execucion. Consistia en apartarse de los peligros que pudiesen distraerle del amor, peligros en que otros se metieron inconsideradamente por los motivos del amor, perdiendo el amor por amar con imprudencia: como se verificó en el mismo San Pedro, que por el amor imprudente, aun-

(1) Cant. 8. 77. 6. 7.

que tierno, que profesaba á su Maestro Jesuchristo, se metió en la ocasion en que le negó pérfidamente (1). Consistia en poner á los afectos de su amor aquellos limites que el Señor queria les pusiese segun los designios de su divina Providencia: porque no queria ser mas justo de lo que Dios queria que fuese, y esto mismo era llegar á lo sumo de la justicia y del amor (2). Y consistia en beber con templanza el vino deliciosísimo del amor, y comer quanto bastase de la miel de las consolaciones divinas, no ignorando quan opuesto es al verdadero amor el apego, ó gula espiritual, al amor mismo, si mas de lo que Dios quiere es excesivo, ó extremado. Que amor tan prudente! Que caridad tan circumspecta! Y ¡que pocos son los que entienden fuera de nuestro Venerable y otros justos estas prudentes delicadezas del amor!

Era últimamente fuerte la caridad de nuestro Venerable Fr. Santiago, y lo era verdaderamente como la describe Salomon en los Cantares: porque era fuerte como la misma muerte: *Fortis est ut mors dilectio* (3). No os quiero decir con esto otra cosa, sino que el amor de nuestro Venerable para con Dios era tan fuerte, que ni la muerte, ni aun el Infierno mismo podian ser capaces de doblarle. No, porque nuestro Venerable amaba tan fuertemente á su Dios, que ántes hubiera querido sufrir mil muertes que ofenderle: y aun hubiera escogido arder eternamente en el Infierno, con tal que allí pudiese amar á Dios, ántes que cometer contra él un solo pecado. Que fortaleza de amor! Pero que fineza de Amante!

Sin duda que podia decir con el Apóstol aquellas notables palabras que para declarar la fortaleza de su caridad pronunció en persona de todos los escogidos. ¿Quien nos podrá separar de la caridad de Jesuchristo? Acaso la tribulacion? la angustia? la hambre? la desnudez? el peligro? la persecucion? ó la muerte? *Quis nos separabit à charitate Christi? tribulatio? an angustia? an fames? an nuditas? an periculum? an persecutio? an gladius?* (4). Como si dixese: nada de esto: porque todo lo venceré con el esfuerzo de aquel Señor que me ha amado desde toda la eternidad. Esto podia decir nuestro venerable paisano Fr. Santiago, atendida la fortaleza de

(1) *Matth.* 26. 58. *Vid. Scio hic.* (2) *Eccles.* 7. 17. *P. Scio hic.*

(3) *Cant.* 8. 6. (4) *Rom.* 8. 35.

la caridad que en sí reconocia; aunque conozco muy bien que mientras vive el hombre jamas sin especial revelacion puede tenerse por seguro (1): y yo solo hablo de aquella seguridad que puede caber en este punto, y que no ignoran los Doctores. Lo cierto es, que nada pudo separar á nuestro venerable paisano del amor y caridad de su Dios, ni el temor de la muerte, ni el amor de la vida, ni los Ángeles malos, ni los Príncipes de las tinieblas, ni las Potestades del mundo, ni los tormentos ó trabajos presentes, ni los futuros que le esperaban, ni la fuerza, ni todo lo mas terrible y funesto que puede suceder á los hombres. Nada, nada de esto fué en ocasion alguna capaz de separarle de la caridad de Dios, ni del amor de Jesuchristo: como de sí mismo lo habia afirmado con anticipacion el santo Apóstol: *Certus sum enim, quia neque mors, neque vita, neque Angeli, neque Principatus, neque instantia, neque futura, neque fortitudo, neque altitudo, neque profundum, neque creatura alia poterit nos separare à charitate Dei, quæ est in Christo Jesu Domino nostro* (2).

¿Que es lo que veis ya en este venerable Religioso sino un dechado de la perfeccion mas alta y elevada? ¿No habeis notado como aprovechándose de la fortaleza de la gracia que el Señor le dió, llegó por último á la cumbre de la mas sublime perfeccion en todas las virtudes? ¿No habeis observado el esfuerzo y valor con que peleó contra todos sus enemigos, el Mundo, la Carne y el Demonio, que con el mayor empeño le querian impedir el paso, ó separarle del camino que conduce al lugar excelso de la perfeccion? ¿No habeis visto, en fin, como vencidos estos poderosos enemigos prosiguió su viage al monte de la perfeccion, caminando como por gradas ó escalones de una virtud en otra, y de un grado inferior de una misma virtud á otro mayor, hasta llegar á su mas elevada eminencia? *Dedit Dominus ipsi fortitudinem, et usque in senectutem permansit illi virtus, ut ascenderet in excelsum terræ locum*? Sí, ya lo habeis visto: y en ello estais viendo, ó podeis ver si gustais, la gran distancia que hay entre la conducta de este siervo de Dios y la que se observa entre nosotros, haciendo una comparacion aunque ligera de la una con la otra.

(1) *Concil. Trid. Sess. 6. Cap. 12.* [2] *Rom. 8. § 7. 38. 39. Vid. P. S. io. hñc.*

Mas ya que esta enormísima distancia es innegable, siendo á todos patente la vida heroycamente santa y virtuosa que aquel vivió, y la vida extremadamente maliciosa y llena de pecados que vivimos, ¿no me diréis en que puede consistir esta notabilísima diferencia? ¿Consistirá acaso en que nuestro Venerable, así como todos los demas Santos, tuviese una naturaleza sin pasiones, ó totalmente diferente de la nuestra? Así parece lo entienden los que al reprehendérseles sus vicios con el exemplo contrario de los Santos, responden que estos no se dexaban arrastrar de ellos, ni se dexaban dominar de las pasiones, porque eran Santos; como si ellos hubiesen sido Santos por su naturaleza, y no por haber enmendado con los auxilios de la gracia todos sus vicios. A estos les podía yo reconvenir con lo que reconvenia á otros tales Christianos de su tiempo el P. S. Ambrosio, hablando de los antiguos Patriarcas: *Cognoscamus illos non naturæ præstantioris fuisse, sed observantioris* (1). La razon de ser Santos los que verdaderamente lo son, no es porque tengan mejor naturaleza que nosotros, sino porque la han hecho con sus esfuerzos y los de la divina gracia, mas observante, mas santa y mas devota.

¿Consistirá en que nosotros no tenemos para santificarnos en nuestro estado aquella proporcion y aquellos medios, que tuvo nuestro Venerable Fr. Santiago y otros muchos siervos de Dios? Pero ay Señores! que en el día del Juicio nos presentará su Magestad para confusion nuestra innumerables Santos de todos estados, sexos y condiciones, que no tuviéron para santificarse mayor proporcion ni mejores medios, que los que el Señor nos há ofrecido y nos está ofreciendo á nosotros para este fin.

¿Consistirá finalmente, en que nosotros carezcamos de la gracia suficiente y necesaria para aprovecharnos de la proporcion y medios que tenemos para santificarnos segun el estado y condicion de cada uno? Mas no, que en la falta del aprovechamiento debido de estos medios, no está el defecto en la carencia de la gracia necesaria, sino en el abuso de la gracia misma. Dios da á cada uno de los Fieles la gracia con la qual puede, si quiere, ser Santo con aquella santidad que de

(1) S. Ambr. Lib. de Joseph, cap. 1.

él exige; pero nuestra malicia y perversidad es la que con su continua resistencia á esta gracia, impide el que ella produzca en nosotros el fruto de nuestra santificacion. Ella es una ilustracion sobrenatural con que el Espíritu Santo alumbrá nuestro entendimiento para conocer la verdad, y la que nos enseña el camino que debemos seguir para salvarnos. Es tambien un toque amoroso con que Dios está llamando á las puertas de nuestro corazon, para que le abramos y demos entrada en él, arrojando ántes fuera aquel apego y amor desordenado que tenemos á las criaturas, incompatible con el amor que al Señor solamente le debemos.

Dichosos los que oyeren su voz y le abrieren la puerta luego que él llame: porque él sin duda entrará á ellos con mas abundantes gracias, cenará con ellos, y les dará aquel deliciosísimo festin que les tiene por el Evangelista prometido: *Ecce sto ad ostium et pulso: si quis audierit vocem meam, et aperuerit mihi januam, intrabo ad illum, et cœnabo cum illo, et ipse mecum* (1). Pero infelices aquellos que cerraren sus ojos á la luz con que los alumbrá, y á la voz con que los llama: porque viendo el Señor su rebeldía á sus inspiraciones, y su grosera renuencia al convite que les hace, les negará desde entónces y para siempre la entrada al banquete celestial de la Bienaventuranza: como se la negó aquel Padre de Familias del Evangelio á los tres convidados que se excusaron con diferentes, pero frívolos pretextos, del convite: *Dico autem vobis, quod nemo virorum illorum, qui vocati sunt, gustabit cœnam meam* (2). ¿Quantos de los que esto oyen experimentarán el mismo castigo? ¿Quantos serán excluidos para siempre de la cena de la Gloria por desechar con excusas frívolas el convite que con tanto amor y bondad les hace ahora? ¿Quantos en la hora y momento terrible de su muerte serán como las vírgenes necias desconocidos del Señor, quando clamen á él, y le supliquen les abra las puertas de su misericordia? *Domine, Domine, aperi nobis?* (3) Ah! que horror no será el suyo quando oyan aquel: *Nescio vos: Na os conozco*, de la boca del que debia ser su divino Esposo, con el que les intimará como un Juez severo la sentencia de su

(1) *Apos. 3. 20.* (2) *Luc. 14. 24.* (3) *Matth. 25. 11.*

reprobacion! (1) Digno castigo á su resistencia, á su rebeldia, á su obstinacion y contumacia: porque ¿que otra cosa merecen tantas inspiraciones santas malogradas, tantos avisos despreciados, tantos llamamientos al corazon desatendidos?

¿Y no es verdad que los mas de vosotros habeis incurrido millares de veces en esta inconsideracion? ¿No es verdad que habiendo recibido de la divina Bondad un sin número de inspiraciones para lo bueno, os habeis desentendido de ellas, cerrando vuestros oidos á los llamamientos del Señor? ¿No es verdad, en fin, que han sido infinitas las veces que Dios os ha tocado al corazon con el deseo de que se le abriéséis para entrarse en él y poseerle, y que vosotros con el mas horrible desacato le habeis cerrado la puerta? Dilo tú sino, hermano mio que me escuchas, ¿quantas veces estando encenagado en ese vicio inmundo que bien sabes, ó dominado de aquella pasion que ya no ignoras, te avisó, te amonestó y te llamó, ó por medio de una muerte repentina, ó por la pérdida de un pleyto justo, ó por una enfermedad peligrosa en que caíste, á que salieses quanto ántes del mal estado en que te hallabas, con una confesion entera y verdadera de tus culpas? ¿Quantas veces sentiste allá en tu interior una voz secreta, que te decia te apartases de aquella ocasion peligrosa, que no te juntases con aquella mala compañía, y que diceses de mano á todo lo que te pudiese impedir el atender á la salvacion de tu alma? ¿Quantas veces te inspiró frecuentases los Sacramentos, orases á Dios á menudo para alcanzar sus auxilios, y meditases en la muerte y demas Novísimos del hombre, como medio que es infalible para abstenerte del pecado? ¿Quantas veces te insinuó mortificases aquel gusto, aquella pasioncilla, aquella aficion desordenada á cierta persona, que insensiblemente se te fué apoderando del corazon? ¿Quantas veces te sugirió que amases aquel próximo, que perdonases é hicieses algun bien á aquel enemigo, que visitases aquel enfermo, y que socorrieses con alguna limosna espiritual ó corporal á aquel necesitado? ¿Quantas veces, en fin, te combidió á que despreciases las pompas mundanas, el fausto y la vanidad, y que te entregases de veras á la prác-

(1) *Ibid. vers. 12: Vid. S. Aug. Serm. 93. num. 16.*

tica de una sólida virtud? Esto, hermanos míos, os habrá sucedido á cada uno de vosotros tantas veces, que quizá no podais ya numerarlas; mas por lo que se advierte en los mas de vosotros, por el ningun fruto que en los mas de vosotros han producido, se evidencia que habeis recibido en vano todas estas gracias, y que habeis abusado de ellas torpemente.

Pues ¿con que cara, amado pueblo mio, con que cara apareceremos en el tremendo Tribunal de Dios, ni que disculpa podremos alegar ante la presencia de aquella terrible Magestad que ha de juzgarnos, en vista de tantos medios y de tantas gracias como se nos habian proporcionado para conseguir la perfeccion, de la que estamos tan distantes? Ah, Señores! Salgamos ya de una vez de nuestros engaños. Confesemos que hemos vivido, y que vivimos aun muy distantes del camino de la perfeccion, estándolo tanto de nuestra salvacion eterna por la conducta desarreglada en que hasta el presente hemos vivido. Cooperemos quanto podamos á la gracia en aquel grado ó medida con que á cada uno se reparte segun el divino beneplácito, como lo hizo el Venerable Fr. Santiago: que en esto propiamente consiste la perfeccion que Dios exige de nosotros, y á la que estamos obligados. Empecemos desde hoy á emprender con todo esfuerzo el camino de la virtud y de la perfeccion, como este venerable siervo de Dios le empezó desde su infancia: y ya que no nos mueva á ello nuestra obligacion, muévanos siquiera nuestro propio interes, y sírvanos de estímulo la herencia de los bienes que en recompensa de sus heroicas virtudes recibió del Señor: bienes tan inefables, tantos y tan grandes, que siendo por su multitud y grandeza capaces de causar en quien los considera una santa envidia, hizo ver con ellos lo útil que nos es el servir á Dios: *Et ipse obtinuit hereditatem: ut viderent omnes filii Israël, quia bonum est obsequi sancto Deo.* Esto es lo que, si os dignais continuar vuestra atencion, os voy á manifestar en la

SEGUNDA PARTE.

Si Salomon pudo decir con verdad que con la sabiduría que

al Señor pidió para el acertado gobierno de su pueblo le habian venido juntos todos los bienes (1), mucho mejor lo puede decir el justo respecto de la virtud, pues es cierto que con ella le vienen juntos todos los bienes verdaderos. Este cúmulo ó conjunto de bienes es lo que forma aquella preciosa herencia que les tiene Dios prometida por sus virtudes, y que fué figurada por la que en recompensa de las suyas prometió el Señor, y dió efectivamente al santo Explorador Caleb y á su linage. Pero así como este, de la pingüe y hermosa herencia que obtuvo del Señor en las montañas de Hebron, poseía una parte en la llanura, ó en lo mas baxo, y otra en lo mas elevado de la montaña (2), así los justos, si perseveran hasta el fin en su fidelidad para con Dios, recibirán por cada una de sus obras la duplicada recompensa que les corresponde, segun la doctrina del P. S. Gregorio: una en esta baxa y miserable Tierra, otra en la Tierra de los vivientes, que es la celestial y bienaventurada patria: *Uni operi nostro due mercedes debentur: una in via, altera in patria: una que nos in labore sustentat, altera que nos in resurrectione remunerat* (3). Ved aquí dos especies de bienes con que el Señor remuneró abundantemente la fidelidad y demas virtudes de nuestro venerable paisano Fr. Santiago: bienes que si bien se reflexionan, no pueden ménos de hacer ver á los Fieles, quan bueno es servir á Dios, y estimularlos fuertemente á dedicarse á la virtud: *Et ipse obtinuit hereditatem, ut viderent omnes filii Israël, quia bonum est obsequi sancto Deo.*

§. I.

No son de tan poca consideracion, como vulgarmente se piensa, los bienes que el Señor da á los justos en esta vida como una parte, aunque muy leve, de la herencia que les tiene prometida. El sabe muy bien que el corazon humano se mueve mucho del interes presente: y para estimular á los hom-

[1] Sap. 8. 11. [2] Jos. 25. 19. Vid. Alap. et Scio híc.

[3] S. Greg. Hom. 17. in Evang. ap. Millel. verbo: Merces.

hombres al ejercicio de la virtud en que consiste su felicidad, les promete dar aun en esta vida, si con su práctica le sirven, tantos y tan grandes bienes, que si llegasen á conocerlos, apenas habria quien dexase de aplicar los medios necesarios para lograrlos. No dan crédito á estas divinas infalibles promesas los Impíos y los Incrédulos, quienes viendo que son prosperados al parecer de un mismo modo los virtuosos, como los que no lo son, y que frecuentemente sucede que en las cosas temporales son mas felices los malos que los buenos, toman de aquí fundamento para su tan necia como temeraria osadía de negar la divina Providencia con que Dios vela sobre los unos y sobre los otros, para dar á cada uno lo que les tiene prometido. A la verdad, ellos no pueden conocer la diferencia que hay en esta parte entre los buenos y los malos: quales son los verdaderos males con que deben ser castigados, y quales los verdaderos bienes con que deben ser remunerados aquellos: porque estas son cosas del Espíritu, que el hombre animal es incapaz de percibir. *Animalis autem homo non percipit ea quæ sunt Spiritus Dei* (1).

Los bienes con que el Señor remunera principalmente las virtudes de los justos acá en la tierra, no consisten en riquezas temporales, en grandes dignidades, en honras vanas, ni en cosas semejantes. Estos son bienes con que por lo comun premia el Señor á los malos alguna otra obra buena en que se exercitan: como en efecto premió de este modo las virtudes morales de los antiguos romanos, segun lo afirma N. P. S. Agustin (2). Los bienes con que premia á los justos, son de mas elevada gerarquía: porque son bienes propiamente del espíritu, que distan tanto de los carnales y terrenos, quanto dista el Cielo de la Tierra, y el espíritu de la carne. Son bienes que Dios les da como una muestra de los eternos que él les reserva para la otra vida; quando las prosperidades que suceden á los pecadores en la presente, son un indicio de las calamidades horribles que en la venidera les esperan. Sí, no lo dudeis: porque la lámpara de su humana temporal felicidad, en que consiste todo su galardón, se les ha de extinguir enteramente, quando duerman el sueño de la muerte (3).

(1) 1. Cor. 2. 14. (2) S. Aug. de Civitat. Dei, Lib. 5. cap. 15.

(3) Prov. 24. 19. Vid. Alap. his. Ps. 75. 6.

En fin, los bienes con que Dios remunera en esta vida la virtud de sus escogidos, no son vanos, aereos, instables y expuestos á mudanzas como los de los malos, sino que son firmes, sólidos, constantes y duraderos. Ellos consisten en la gracia, en la caridad, y en las demas virtudes y dónes infusos del Espíritu Santo con todos sus aumentos y merecimientos, que el Señor les comunica é infunde con deseo de que permanezcan en ellos para siempre (1). Bienes todos tan grandes y tan estimables, que si los hombres llegasen á conocerlos, los apreciarían y desearían mas que el oro, el topacio y las piedras de mas valor que hubiese en todo el mundo. Sí, porque todas estas gracias son las que causan en el alma á quien adornan, aquella hermosa variedad de que habla David (2), la qual atrae hácia ella los ojos del Rey de las Eternidades, y la hace el objeto de su amor, mucho mejor incomparablemente que las mas ricas galas y joyas en una esposa terrena pueden llamar las atenciones de su esposo. Pero no es esto aun todo el bien que el Señor concede á los justos en la tierra: porque ademas les comunica, fuera del sustento y otros socorros temporales necesarios, consolaciones interiores, tranquilidad de espíritu (3), devoción sensible, ternura de lágrimas, afectos dulces, favores sobrenaturales, gracias *gratisdadas* y otros muchos bienes espirituales (4). Es verdad que estos no siempre los da Dios á los justos, ni todos á todos, ni á todos con igual medida, sino que á cada uno le da aquellos á que se ha hecho acreedor, y que mas le convienen segun los designios de su paternal y amorosa Providencia; pero por lo mismo son mas dignos de estimarse, quando el Señor los concede, pues entonces nos los da para nuestro provecho y utilidad.

Estos diferentes géneros de bienes son propios de todo justo en aquella cantidad, grado, ó medida, que para conseguir su fin sobrenatural son necesarios; pero lo son mas propiamente de los que son justos en el estado religioso: porque á ellos es á quien por la heroyca renuncia que hicieron de las cosas temporales de esta vida, les está particularmente pro-

(1) Véase al P. Luis de la Puente en su tom. 3. De los Estados. Trat. 3. cap. 10. §. 1. (2) Psal. 47. v. 10. 12. Titelm. et Tir. hic. (3) P. Scio in Matth. cap. 19. v. 29. not. 3. (4) Véase al P. La Puente citado: y al P. Fr. Luis de Granada, Exhortacion á la virtud, desde el Capitulo 11. (5)

metido por el Señor para ella misma aquel precioso céntuplo, ó ciendoblo, de que habla el Evangelio (1), y que consiste en recibir sin comparacion mucho mas de lo que dexaron: pues dexando bienes y deleytes temporales reciben tanta multitud de bienes y delicias espirituales, que la falta de aquellos queda en estos superabundantemente recompensada (2). Los que en premio de sus virtudes recibió nuestro Venerable en esta vida, no es posible comprehenderlos para poder explicarlos como era debido; pero para que por ellos se vea lo útil que nos es servir á Dios, os diré que él poseyó en grado muy eminente casi todos aquellos bienes que fuéron á los mayores Santos concedidos. Porque, para hacérslo ver con mas claridad, nuestro Venerable poseyó en dicho grado los bienes sobrenaturales que se ordenan á la propia utilidad, ya *directa*, y ya *indirectamente*.

I. Entre los bienes que directamente se ordenan y que efectivamente concurren á la propia utilidad de quien los recibe, merecen particular atencion los Dones del Espíritu Santo, y la gracia de la contemplacion infusa: aquellos porque perfeccionan al hombre para consumir las obras de las virtudes (3), y esta porque encierra en sí con eminencia todos los bienes y deleytes que el hombre puede desear en esta vida (4). Veamos la excelencia y grandeza con que así *aquellos* como *esta* se hallaron en nuestro Venerable Fr. Santiago.

I. Son los Dones del Espíritu Santo, segun que aquí los entendemos, ciertos hábitos sobrenaturales que hacen al alma fácil y pronta á dexarse mover de este soberano Espíritu, siempre que la quiera mover con especial instinto (5). Así se deduce de lo que en este punto nos enseñan los santos Doctores, angélico (6), y seráfico (7), y aun casi en los mismos términos lo expresan. De manera que estos dones no hacen otra cosa en quien los recibe, que elevarle á un modo de obrar extraordinario y sobrehumano, y esto con mucha facilidad y prontitud, para lo qual no bastan los hábitos co-

(1) *Matth.* 19. 29. *P. Scio hic.* Véase al *P. Luis de la Puente* en su tomo 3. *De los Estados*, trat. 3. cap. 10. §. 1. (2) *Vid.* *S. Hieron.* in *Matth.* cap. 19. (3) *S. Thom.* 1. 2. qu. 68. art. 4.

[4] *Vid.* *Scaram.* cit. *Direct. mist. tr.* 2. cap. 1. (5) *Scaram.* cit. *sv.* 1. cap. 6. [6] 1. 2. qu. 68. art. 3. in corp. (7) *De sept. Don. Spirit. S.* in com. cap. 2. et 3.

munes de las virtudes infusãs (1). Ellos quando se ponen en exercicio, impelen fuerte pero suavemente al alma á obras tan heroycas, que en ellas se descubre un no sé que de divino que las ennoblece en sumo grado. Y ellos en fin son los que perfectamente sanan todas las potencias de nuestra alma, los que las habilitan, disponen y preparan para ser habitacion digna del Espíritu Consolador (2), y los que la hacen capaz del goce y trato familiar del sumo Bien (3).

Siete dónes reconoció Isaías en la persona de nuestro Redentor Jesus, en quien estuvieron con toda aquella plenitud que á su dignidad correspondia: y son, Sabiduría, Entendimiento, Consejo, Fortaleza, Ciencia, Piedad y Temor de Dios (4): y estos mismos son los que de él van pasando como por una especie de sucesion hereditaria al alma de todos aquellos que por virtud de la gracia santificante vienen á ser sus verdaderos hijos. El Profeta considerando en el Salvador estos dónes, comienza del supremo de la Sabiduría, y acaba por el ínfimo del Temor de Dios; pero yo considerándolos en nuestro Venerable, deberé comenzar por el ínfimo del Temor de Dios hasta finalizar en el supremo de la Sabiduría, que es el órden que guarda en explicarlos el seráfico Doctor San Buenaventura (5), en conformidad á que este es el que guardamos en la práctica los que como pobres peregrinos viajamos desde este profundo valle de lágrimas á la patria celestial.

El Temor de Dios que es propiamente dón del Espíritu Santo, es solo el temor *filial* que llaman los Teólogos: y consiste en tener á Dios reverencia de hijos, temer el disgustarle y ser de él desechado. Así lo afirma el seráfico Doctor (6); bien que no excluye, como ni tampoco el Doctor angélico, al temor que llaman *inicial* porque es como un principio del filial, de la clase de dón del Espíritu Santo, pues lo es aunque en grado ménos perfecto que el primero (7). Uno y otro estuvieron con grande excelencia en nuestro Venerable: porque él empezó desde muy niño á temer á Dios y guardar-

(1) S. Thom. cit. art. 2. S. Bonav. Breviloq. part. 4. cap. 5.

(2) Id. De sept. don. cap. 4. (3) Id. ibid. cap. 3. (4) Isai. 11. 2. (5) De sept. don. Spirit. Sanct. in com. cap. 6.

(6) De sept. don. in spec. cap. 1. (7) Id. ibid. S. Thom. 2. 2. qu. 19. art. 3.

se de todo pecado que pudiese amancillar el candor de su inocencia, á imitacion del santo mozo Tobías que así desde su mas tierna edad lo practicaba (1). Acrecentábase mas y mas este santo temor á proporcion que iba creciendo en la edad: porque con ella crecia tambien el cuidado de no ofender á su buen Padre y Dios que le miraba como á hijo. El desvelo en no dexarse ir tras de los vicios propios de la edad juvenil en que son tan violentas las pasiones, y de los que son raros los que se libran, manifiesta bien claramente lo arraygado que estaba ya en su alma en aquella edad el santo temor de Dios, y la excelencia á que en él habia llegado este precioso dón del Espíritu Santo. No es de extrañar llegase él á su consumacion y perfeccion en una edad mas adelantada, quando ya era tan grande en sus principios.

En efecto: el temor de Dios de nuestro Venerable no era de la especie del que tienen aquellos, que solo huyen de ofender á Dios por el miedo de la pena, aunque él no sea vituperable sino útil é inspirado por el Espíritu Santo (2): pues no era ya el miedo del Infierno el que le apartaba del pecado. Ni era tampoco de aquella especie de temor, que aunque principalmente haga dexar de pecar por Dios, aun tiene no obstante algunas miras á la pena eterna que al pecado corresponde: el qual es el temor inicial, segun lo enseña mi seráfico Doctor (3). Era sí un temor que le hacia carecer del miedo de la pena, quanto es posible en esta vida, que le hacia huir con sumo cuidado las mas pequeñas faltas, solo por no disgustar en lo mas mínimo á la Magestad divina, y un temor que andaba siempre al lado de su perfecta caridad. Traed á la memoria lo que de la excelencia y perfeccion de esta virtud en él os dexo referido, como tambien la de su humildad en orden á Dios; y por los altísimos grados á que llegó en una y otra, conoceréis algo de la plenitud con que el Espíritu Santo le infundió este dón tan soberano, sin el qual no hubiera llegado á ser en aquellas virtudes tan perfecto.

En esta misma proporcion le fué dado el dón de la *Piedad*, el qual no es otra cosa que un rayo divino, que

(3) *Tob. 1. 10. [1] Concil. Trid. sess. 14. cap. 4. et can. 5.*

(1) *De sept. dom. in spec. cap. cit. ante fin.*

ilustra nuestro entendimiento é inclina nuestra voluntad á dar el culto que á Dios debemos, como á nuestro amabilísimo Padre, y á ser benévolo y socorrer á los próximos, como á imágenes del Padre celestial (1). Si consideramos este don en orden á Dios, lo demostraba nuestro Venerable por la habitual, ó continua disposición en que se hallaba, de amarle como á su amabilísimo Padre, digno por este solo título de ser infinitamente amado: de cuyo amor nos dió el Venerable innumerables pruebas, especialmente á los últimos años de su vida. Éranlo los reverentes obsequios que sin cesar le hacía: lo era aquella dulce amorosa confianza con que frecuentemente le invocaba: y lo era por último la nunca interrumpida presencia de Dios en que se hallaba, para la qual es necesaria una continua y amorosa reverencia á Dios, tanto en lo interior, como en lo exterior (2). Podia decir muy bien nuestro Venerable, que él no habia recibido el espíritu de servidumbre, sino el espíritu de adopción de hijo de Dios, con el qual le llamaba é invocaba con el nombre dulcísimo y amabilísimo de Padre (3).

No demostraba ménos la excelencia con que se hallaba en su alma el soberano dón de la piedad respecto de sus próximos: porque en todos ellos reconocia esculpida la imagen de Dios, su Padre amabilísimo. Los amaba á todos tiernamente, se condolia de sus miserias y se las socorria oportunamente, quanto lo permitian sus religiosas facultades. No podia ver que un hermano suyo hecho á semejanza de Dios padeciese alguna necesidad, fuese espiritual, ó temporal, sin que al punto se la remediase. Exercitaba con todos los próximos las obras de misericordia espirituales y corporales segun que sus necesidades lo exigian, y tan temprano empezó á exercitarse en ellas, que casi podia recomendar su misericordia para los necesitados con las palabras de Job: *Quia ab infantia crevit mecum miseratio: et de utero matris meae egressa est mecum* (4). Á la verdad, él no de otro modo los acariciaba y recreaba, que si fuese una madre cariñosa con sus hijos: y esto lo practicaba no solo con los amigos sino tambien con los enemigos, perdonándoles á estos las injurias recibidas, rogando á

(1) S. Bonav. De Don pietat. cap. 1. (2) Vid. Scaram. Direct. mist. frat. 1. num. 79. (3) Rom. 8. 15. (4) Job. 21. 18.

Dios por ellos y haciéndoles los beneficios que podia. Podemos llamar con razon á su piedad, *clementísima*: porque así llama el Padre San Bernardo (1) la de aquellos que hacen continuamente beneficios, no solo á los que los merecen, sino á los que con su ingratitud los tienen muy desmerecidos: que no era de otra calidad la de nuestro Venerable. Con quien mas la exercitaba era con los pecadores en quienes veia afeada con la culpa la imagen de Dios. Los corregia y reprehendia, los amonestaba y aconsejaba, oraba por su conversion, y no una vez sola los libró de una horrible desesperacion y de una próxima inminente caída en el Infierno.

Valga por otros este caso prodigioso. Hallándose una noche ocupado en sus devotos ejercicios, le reveló Dios que una persona acosada de la desesperacion se iba en aquella misma hora á quitar la vida á sí misma con un lazo. Al conocer tal desgracia, ruega al Señor con lágrimas por aquella extrema necesidad, y le pide por favor que aquella alma no se pierda. Conseguida, á lo que piadosamente se cree, su peticion, llamó á un Religioso de la Comunidad para que le acompañase. Salió con él de su convento: fuese enderezando hácia un arrenal inmediato: entróse por entre los álamos que le poblaban: y despues de avisar al compañero se detuviese un poco, se adelantó él, y á pocos pasos encontró al infeliz que desesperado estaba para quitarse la vida. Reprehendióle con agrado el atentado que estaba para cometer: amenazóle con el Infierno sino desistia de los intentos que tenia de ahorcarse, los cuales le descubrió el Venerable: quitóle el cordel que para ello llevaba prevenido: y dándole un consejo proporcionado á su necesidad, le embió para su casa muy consolado, y él lo fué para su convento, dando gracias á Dios por haber librado de la eterna perdicion á aquel desventurado.

Ni careció del dón de la *Ciencia*; porque si él reside en los que con la infusion de la divina gracia tienen un juicio cierto de todas las cosas que se deben creer, y no creer, y que segun el conocimiento ciertísimo que tienen de las verdades de la fe arreglan las acciones de su vida, todo lo en-

(1) *Ep. quad. ap. S. Bernar. loc. supra citat.*

seña mi San Buenaventura (1) con el Doctor angélico (2), todo esto se vió en nuestro Venerable Fr. Santiago: como ya lo habeis oído en la primera parte. Esta es la que propiamente hablando se llama la *ciencia de los Santos* (3), la que guía á los justos por los caminos de la rectitud y santidad (4), la que los preserva del pecado y sus peligros, y la que los conduce con seguridad á conseguir su último deseado fin. La ciencia de nuestro Venerable no era de cosas vanas ni curiosas que para nada sirven, sino para engendrar en el espíritu una inchazon y soberbia abominable; éralo sí de todas aquellas cosas con que se engendra, se nutre, se defiende y corrobora la fe que guía á nuestra felicidad perfecta y verdadera: que es en lo que consiste este dón precioso del Espíritu Santo, segun la doctrina del gran Padre San Agustín (5). Esta ciencia era la que le hacia separar lo precioso de lo vil; los bienes verdaderos de los falsos y engañosos; y la que de un modo que no á todos es concedido, le hacia conocer y despreciar como vilísima basura todas las cosas fuera de Jesuchristo, cuyo logro únicamente deseaba como el Apóstol: *Verumtamen existimo omnia detrimentum esse propter eminentem scientiam Jesuchristi Domini mei: propter quem omnia detrimentum feci, et arbitror ut stercora, ut Christum lucrificiam* (6). Bien claros testimonios nos dexó de esta verdad el menoscupio que siempre hizo del mundo, de sus pompas y de todas sus grandezas; como por el contrario el aprecio y estimacion grande que hizo en todo tiempo de las virtudes, que practicó con el mayor esmero, para que no pudiesemos dudar de la eminente ciencia que el Señor se habia dignado en calidad de dón del Espíritu Santo comunicarle.

La *Fortaleza* no solamente la poseyó como virtud, sino tambien como dón especial del Espíritu Consolador. Concédete este soberano Espíritu á los justos á fin de corroborar con él su voluntad, para que con generosidad y esfuerzo emprendan lo mas arduo de las virtudes, y venzan las extraordinarias dificultades que para conseguirlas se atraviesan (7).

Si

(1) *De don. Scient. cap. 1.* (2) *x. 2. quest. 9. art. 3. in corp.*

(3) *S. Bonav. loc. cit. in fin.* (4) *Sap. 10. 10.* (5) *Ap. S. Bonav. loc. cit. circa med.* (6) *Philip. 3. 8.* (7) *Vid. Scaram. Direct. mist. Tr. 1. sap. 8. Ezquer. Incert. mist. Tract. 3. cap. 7.*

Si os haceis cargo de quanto os dixé, hablando de la fortaleza, como virtud moral, de nuestro Venerable, no dudareis que la poseyó en grado muy eminente, como dón del Espíritu Santo. Sin él le hubiera sido imposible emprender la carrera de la mas elevada perfeccion, ni consumarla como efectivamente la consumó, á pesar de lo arduo y dificultoso de la empresa: ni hubiera conseguido una victoria tan heroyca de sus tres espirituales enemigos, el Mundo, la Carne y el Demonio. Pero corroborada su alma con este dón tan soberano, todo lo alcanzó y todo lo superó. Él era quien le trocaba en objeto de gozo sus amadas mortificaciones, el que convertia en materia de placer todas sus penalidades, y el que le hacia mas dulces que la miel sus amargas. Con él sufría los oprobrios y deshonoras con el mismo júbilo con que los Apóstoles padecian las contumelias recibidas en los tribunales (1), y saltaba de gozo á vista de las afrentas que le hacian, á la manera que lo hacia un San Andres á vista de la cruz infame en que habia de ser crucificado (2). Y en fin, este soberano dón fué quien le dió fuerzas bastantes para resistir á las terribles y extraordinarias tentaciones de los demonios, á las extrañas persecuciones de los hombres, y á las penas atroces de las purgaciones pasivas con que el Señor refinó su espíritu, para hacerle digno de sus íntimas comunicaciones.

Su fortaleza no era solamente de deseos, como se nota con alguna frecuencia en muchas almas. Estas, si se atiende á sus ansias de padecer, no parecen sino leones de fortaleza; pero si se ponen á prueba, no parecen, ni son sino tímidas liebres. Desean cruces y trabajos: anhelan por afrentas y deshonoras: y aun parece llegan á abrasarse en deseos del martirio; pero qué? quando llega el caso, no tienen valor ni aun para sufrir una ligera burla, ó una pequeña palabra de disgusto por amor de Jesuchristo. Ah! ¡quantas veces, y en quantas almas se verifica aquel célebre dicho de mi seráfico Doctor! *Multi optant pro Christo mori, qui pro Christo nolunt levia verba pati* (3). Estos no tienen el dón de la fortaleza en aquel modo con que le tienen los Santos, y con

[1] Actor. 5. 41. [2] In ejus Officio. (3) S. Bonav. De proc. relig. ap. Scaraz. Direct. mist. Tr. 1. cap. 8. num. 78.

que lo tuvo nuestro Venerable. Los deseos que tienen de padecer son aparentes: prestan fomento á la presuncion y vanidad: y hacen pensar falsamente á quien los tiene, haber llegado ya á la cumbre de la perfeccion, mientras solamente se extiende hácia ella con unos debilísimos y fantásticos deseos. Su remedio no consiste en otra cosa que en acostumbrarse á sobrellevar con resignacion los males ligeros que les suceden cada dia, en vencer las repugnancias del amor propio, y en sugetar las pasiones ligeras que de él nacen: porque, como dice el mismo santo Doctor, en vano aspira á vencer cosas mayores quien no sabe vencerse en las menores: *Minima etiam adversa tolerare assuescamus: quia majora non superat, qui minora tolerare non discit* (1).

Seria temeridad negar á nuestro Venerable el dón de Consejo en los grados aun mas relevantes, despues de oír la altura y excelencia con que poseyó los referidos: porque, segun doctrina del Señor Santo Tomas (2), tal conexion tienen todos los siete dónes entre sí, que no puede hallarse el uno sin el otro. Pero no es necesario para demostrarlo alegar razones que, aunque lo convencen, es con mucha generalidad, quando las hay para el mismo efecto muy especiales y positivas. Concédese este dón para obrar con la debida rectitud en todos aquellos casos en los quales no alcanza á dirigir al hombre el consejo ó la prudencia humana (3). Estos casos son muy frecuentes en los justos que caminan á la perfeccion: porque las sendas que á ella conducen son tan difíciles de encontrarse naturalmente, como lo fué al sapientísimo Salomon encontrar el camino del águila por el ayre, el de la culebra sobre una peña, y el de una nave entre las aguas del piélago (4). Por eso ellos se ven obligados muchas veces á buscar el consejo para lo que deben hacer, ó dexar de hacer, en solo Dios: á la manera que lo hacia el santo Rey Josaphat, quando se hallaba en semejantes casos entre perplexidades y conflictos (5): y el Señor se sirve entonces enseñarles por sí mismo lo que les conviene practicar: que son las dos cosas que se les comunican por medio de este

(1) *Idem ibid.* (2) 1. 2. qu. 68. art. 3. et 2. 2. qu. 19. art. 9. in corp. (3) S. Thom. 2. 2. qu. 52. art. 1. ad 1. S. Bonav. de don. cons. cap. 1. (4) Prov. 30. vv. 18. 19. (5) Paralip. 20. 16.

soberano dón del Espíritu Santo, como lo enseña mi seráfico Doctor San Buenaventura (1).

Inferid ya vosotros de aquí, en quan excelente grado comunicó el Señor el dón de consejo á nuestro paisano venerable, habiendo llegado como efectivamente llegó á una perfección tan consumada. Porque ¿quien sino él podia haberle instruido en los mas delicados ápices de la vida espiritual y mística, y en todo quanto deben practicar los que por estas intrincadisimas sendas son conducidos? ¿Quien sino el dón de consejo le adocrinó en el modo con que debía combatir contra sus enemigos espirituales para salir en tan continuas y difíciles batallas victorioso? ¿Quien le aleccionó sobre los medios de adquirir las virtudes en sus grados mas altos y relevantes? Y ¿quien le enseñó á manejarse con una prudencia tan sublime en tantos diferentes oficios y ministerios como le confiaron sus Prelados? ¿Quien le sugería aquellas precauciones tan sabias que tomaba para no cometer en ninguna ocasion, ó circunstancia, ni el mas mínimo defecto? Y ¿quien le avisaba de los peligros aun mas remotos que podian debilitar y tal vez hacer padecer naufragio á su virtud, para huir de ellos con el mas extremado cuidado? Mas ¿quien os parece habia de ser sino el dón de consejo que en un grado el mas eminente le comunicó aquel soberano Espíritu, que todo lo registra, todo lo ve y todo lo penetra? *Spiritus enim omnia scrutatur, etiam profunda Dei* (2). Leed si gustais el excelente tratado que el seráfico Doctor San Buenaventura compuso de los dónes del Espíritu Santo, en el dón de consejo: y veréis que nada de quanto allí sobre él enseña, le faltó á nuestro Venerable.

Con esta misma guia podeis conocer, en quan alto grado le fué dado por el Espíritu Santo el dón de *Entendimiento*. Este, segun el seráfico Maestro, es una luz sobrenatural y divina, por la qual el entendimiento, ó la potencia intelectual, penetra aguda y profundamente con estupenda admiracion las perfecciones de Dios, los artículos y los misterios mas secretos de nuestra fe (3). Él es aquel anteojo de larga vista que con una altísima claridad hace presentes

[1] *Loc. supra citat.* (2) 1. Cor. 2. 10. (3) *S. Bonav. de don. intel. cap. 2.*

al entendimiento los objetos mas remotos que existen fuera de su natural limitada comprehension. Y él es aquel Sol luminoso que penetrando los velos en que están envueltas las verdades necesarias para la salvacion, las aclara, las baña con su resplandor celestial, las saca de su caliginosa obscuridad, y aunque por entre los velos y las cortinas de la fe, las muestra con inefable claridad y distincion al humano entendimiento (1). Este dón era el que pedia David á Dios con las mas vivas instancias y repetidas importunaciones para escudriñar y para aprender sus divinos Mandamientos (2). Este el que fué dado con admirable plenitud á los Apóstoles y Discípulos del Señor en el dia de Pentecostes (3). Y este el que no puede dudarse concedió en grado muy relevante á nuestro venerable paisano Fr. Santiago, si hemos de juzgar de las causas por los efectos que producen. Es el primero de ellos el conocimiento claro de sí mismo, segun doctrina del seráfico Doctor (4): y este fué muy alto en nuestro Venerable, ya con respecto á lo que era por sí mismo, ya con respecto á lo que tenia ó era de Dios. Ilustrado con este soberano dón, penetraba por entre las tinieblas que nos ocultan lo que somos de nuestra parte, hasta dar con el propio conocimiento de su nada y de sus miserias que se le manifestaban con tal claridad, que se puede decir las palpaba con sus manos. Buen testigo es la baxísima estimacion que siempre hizo de sí mismo, y que deseaba hiciese todo el mundo. El conocimiento de lo que era por parte de Dios lo demostraba en la estimacion grande que hacia de lo que de él le habia venido, en el sumo cuidado que tenia de que con ninguna culpa se afease el soberano retrato de la Beatísima Trinidad que en su alma habia estampado, y en no hacer por su parte cosa alguna que le hiciese tal vez perder el alto honor de hijo del Altísimo, cuya adopcion habia merecido por el Bautismo. Otros muchos efectos del dón de entendimiento se notáron en nuestro Venerable; pero ántes de hablar de algunos de ellos, diremos algo del dón de la *Sabiduría*.

Este dón no es otra cosa que una luz sobrenatural y simplicísima que el Espíritu Santo infunde en el alma para

(1) *Id. cap. 3.* (2) *Psal. 118. vv. 34. 73. 144. P. Scio in ver. 73.*

(3) *Act. 2. 4. Alap. hic.* (4) *S. Bonav. De don. intel. cap. 3.*

conocer á Dios, y amarle sabrosamente. Así lo enseña el seráfico Doctor (1). El oficio de este dón, último de los dónes del Espíritu Consolador, según el orden con que el alma los recibe, no es ya hacer penetrar simplemente ó con una vista sencilla las cosas divinas como lo hace el dón de entendimiento; es sí hacer juzgar de ellas con un cierto sabor espiritual tan grande é inefable, que solo puede conocer la grandeza de su dulzura y suavidad quien llegue una vez á experimentarlas por sí mismo. Por eso este dón se llama sabiduría, que es decir, ciencia sabrosa, según que lo insinúa el Padre San Bernardo; y aun se podría llamar el sabor mismo de lo bueno, dice este meliflúo y devotísimo Doctor (2).

No son pocos ni vulgares los documentos que tenemos, para reconocer este dón, el mas precioso de todos, en nuestro paisano venerable. Aquel horror y abominacion con que miraba á todo deleyte transitorio, aquel parecerle insípidos en sumo grado todos los gustos del mundo, y aquel asco y náusea que tenia á todos sus placeres, ¿de donde le provenia sino del dón de la sabiduría (3). ¿De donde sino de este mismo dón le dimanaba aquella dulzura que encontraba en los trabajos, aquella suavidad que hallaba en el penoso ejercicio de las virtudes, aquel sumo gozo que se le advertia frecuentemente en todas sus tribulaciones (4)? Y ¿de donde finalmente, sino de este dón soberano nacian en él aquellos conocimientos sublimes que tenia de Dios, la alta estimacion que hacia de él y de todas las cosas divinas, y el sabor íntimo que estas le comunicaban á su alma, y que la hacian nadar en un torrente inmenso de delicias? Ah! que no es posible comprehender las que el Señor comunica á aquellos sus escogidos á quienes se sirve conceder en esta vida mortal el dón inestimable de la sabiduría.

No sabe el hombre el precio de ella: ni se halla en la tierra de los que viven entregados á las delicias y placeres sensuales, dice Job (5). Estos tienen estragado el paladar del alma para percibir su dulzura, y por eso no pueden conocerla, y mucho ménos estimarla como merece. Son como

(1) *De don. sap. cap. 1.* (2) *Serm. 85. in Cant. num. 8.*

(3) *Vid. S. Bonav. de don. ap. scap. 2. et 3.* (4) *S. Bern. sup. cit. num. 9.* (5) *Job. 28. 13.*

aquellos enfermos, que habiendo perdido el gusto, ó teniéndole inficionado con algun pravo humor, ó no sienten el sabor de los manjares mas exquisitos, ó se les convierten en amargos (1). A no ser que digamos, que son como aquellos que acostumbrados á ciertas viandas viles y groseras, nada les sabe ni puede gustarles fuera de ellas. Y ¿que otra cosa se nota en los que se han acostumbrado á gustar los deleytes puercos é inmundos de la carne? Nada les gusta: nada les satisface: nada les contenta, sino sabe al vilisimo deleyte de la sensualidad. Todas las demas viandas le parecerán insípidas, si le falta el inmundo plato de este brutal deleyte: este es el que les merece todo su aprecio, y lo demas nada vale en su estimacion. Ah! necios mundanos! ¡y como mudaríais bien pronto de opinion, si por vuestra fortuna llegáseis á gustar, como nuestro venerable paisano, los dulces y sabrosísimos frutos de la sabiduría! Ellos no solamente lo son de honor y de riqueza: *Flores mei, fructus honoris et honestatis* (2), sino que lo son de suavísimo deleyte: porque su espíritu mismo, ó su memoria, es mas dulce que la miel, y su posesion mas que la miel y el panal, dice ella misma: *Spiritus enim meus super mel dulcis, et hereditas mea super mel et favum* (3). ¡Con quanta plenitud recibió este dón nuestro Venerable! El mereció sin duda se le comunicase con la mayor abundancia: porque fué incansable toda su vida en pedirsele al Señor, que abundantemente le comunica á todos aquellos que le necesitan, y que se le piden con confianza, con fe y con perseverancia, como nos lo asegura el Apóstol Santiago en su Canónica: *Si quis vestrum indiget sapientia, postulet a Deo qui dat omnibus affluenter, et non impropert, et dabitur ei. Postulet autem in fide nihil hæsitans* (4). No hay que dudarle: quien con estas disposiciones pida al Señor el dón de la sabiduría, infaliblemente le recibirá en el modo que mas bien le conviniere: como se verificó con nuestro Venerable.

2. Mas así como quando Salomón pidió al Señor la sabiduría para el fin que la necesitaba; no solo le concedió esta, sino otras muchas gracias fuera de ella (5), así á nuestro Venerable no solamente le dió el dón de la sabiduría que

(1) Vid. S. Bern. *ibid.* num. 8. (2) *Eccli.* 24. 23. (3) *Ibid.* vers. 27. P. Scia hic. (4) *Jac.* 1. 5. et 6. (5) 3. *Reg.* 3. 13.

le habia pedido para su santificacion con los demas dónes en sus mas excelentes grados, sino tambien la gracia singularissima de la contemplacion, ú oracion infusa. Esta no la pidió, porque por su profundissima humildad se juzgaba muy indigno de tan extraordinario favor, y en atencion á que por serlo no es conveniente pedirle, ni aun desearle, sino el ponerse con humilde indiferencia en este punto en manos de Dios, como lo enseña el Padre Alvarez de Paz (1), y lo insinúa bastante á sus hijas la Maestra mística Santa Teresa de Jesus (2). Aunque esta es una de aquellas gracias que nadie puede merecer como de justicia, y que puede Dios negarla al mas aventajado en la santidad, suele concederla ordinariamente al que para recibirla, debidamente se dispone, con tal que le sea conducente á los adelantamientos de su espíritu. Es Dios un Señor tan bueno y tan liberal, que no desea mas que comunicarse á sus criaturas y llenarlas de beneficios. El manifestarse y estar con los hijos de los hombres son sus recreos y delicias (3). Y aun anhela vivamente á unirse á las almas, á celebrar con ellas indisolubles desposorios, y á regalarlas con el dulcísimo néctar de sus consolaciones, de sus favores y caricias inefables: allanándose aquella infinita Magstad á tratar con ellas tan familiarmente como lo hace un esposo con su esposa: como se puede ver en el Profeta Oseas (4).

Todos estos sobrenaturales favores con que Dios regala á algunas almas, se contienen en la gracia de contemplacion, que se llama *infusa* ó *pasiva*, especialmente quando llega esta á remontarse hasta sus grados mas altos y eminentes. Esta gracia creemos concedió el Señor á su venerable siervo Fr. Santiago, como premio de sus precedentes virtudes y como un medio para llegar en breve á la consumacion y perfeccion de todas. Es verdad que nada podemos saber directamente en particular, ni de la grandeza de sus revelaciones, ni de la sublimidad de sus sobrenaturales ilustraciones, ni de la exorbitancia de los interiores consuelos, ni de la multitud de visiones, ilapsos, heridas de amor, y otras muchas especies de

(1) T. 3. l. 5. part. 2. cap. 13. ap. Scaram. Direct. mist. tr. 3. cap. 32. num. 284. [2] Cast. int. mans. 4. cap. 5. ap. eund. num. seq. (3) Prov. 8. 31. (4) Ose. 2. 19.

comunicaciones íntimas con que de Dios fué singularmente favorecido en la oracion. La desgracia que tenemos de que hubiesen fallecido sus Directores y Confesores que podian instruirnos de todo esto, y el no haber dexado de ello siquiera alguna apuntacion, es la causa de que carezcamos de noticias tan importantes. Sin embargo, si hemos de estar á lo que sobre estas materias nos enseñan los Místicos, fundados en las doctrinas de los Santos y en sus propias experiencias (1), y si hemos de confrontarlas con lo que en el Venerable se notaba, podremos afirmar sin temeridad que él fué no solamente condecorado con el dón de la contemplacion infusa, ó sobrenatural en sus ínfimos grados de recogimiento interior, silencio espiritual y quietud mística, sino que pasando por el sueño místico y otros grados medios mas perfectos, fué elevado al extremo de la divina union.

Sus éxtasis fuéron maravillosos y prodigiosos sus raptos. No lo es poco el que fué observado de un Religioso grave de su Orden por los años de mil setecientos ochenta y uno, en una de las noches del mes de Julio, tiempo en que se dispensan los maytines de media noche con cierto motivo, aunque siempre á la hora correspondiente se hacen los signos acostumbrados. Debía hacerlos aquella noche el Venerable, y advirtiendo el dicho Religioso que se pasaba la hora sin tocarse, le anduvo buscando por los sitios del convento donde acostumbraba tener su oracion y exercicios, hasta que finalmente vino á encontrarle en el coro alto, en donde con asombrosa admiracion le vió entre el facistol y la reja, ó celosía, levantado del suelo algo mas de media vara, dobladas las rodillas, cruzadas las manos sobre el pecho, la cabeza un poco inclinada, y su cuerpo rodeado por todas partes de tan extraordinarios resplandores, que le amedrentaron y le obligaron á retirarse, diciendo: *Santiago, ruega á Dios por mí.* Despues se fué á avisar á dos Novicios para que fuesen á tocar, y pasado un rato volvió al coro á observar lo que pasaba con el Venerable; pero viéndole en la disposicion que la vez primera, se retiró, para no interrumpir acaso el dulce sueño de aquel maravilloso éxtasis que dormia aquella ben-

[1] Vide ipsos apud Scaram, Direct. míst. Tract. 2. et 3. pend. per tot.

ditísima alma entre los brazos de su Esposo el sumo Bien, como él mismo lo advierte por Salomon en su admirable libro de los Cánticos: *Adjuro vos, filiae Jerusalem :: ne suscitatis, neque vigilare faciatis dilectam, donec ipsa velit* (1).

El torrente de delicias que en todo el tiempo que duró aquel rapto inundaría á su corazón, las soberanas ilustraciones de que sería alumbrado su entendimiento, las llamas de amor inextinguibles en que se abrasaría su voluntad, y las dulcísimas recíprocas comunicaciones íntimas que habría entre él y el celestial Esposo, cuéntelas, si es que es posible, quien en circunstancias semejantes haya tenido la dicha de gozarlas. A mí me basta decirlos en general, arreglado á lo que los Santos y experimentados nos enseñan (2), que entre Dios y la criatura pasan en estas ocasiones tales cosas, que se juzgarían increíbles á no estar tan incontestablemente testificadas: que no es posible en esta vida mortal expresar con palabras la grandeza de las celestiales dulzuras que allí se gozan: que ellas son infinitamente superiores á las que se pueden comprender por el humano entendimiento: y en fin, que son una muestra de los inmensos gozos que Dios tiene preparados en la Gloria á sus escogidos.

Decidme ahora: ¿no es la contemplación infusa con los efectos que en el alma produce un bien el más digno de envidiarse? ¿Que otro mayor se puede apetecer en esta miserable vida? ¿Habrá en todo el mundo alguno tan grande, que con este tenga ni la más mínima proporción, ó comparación? No por cierto: todos los bienes de este mundo, por grandes que sean, comparados con este, aun son incomparablemente más pequeños que un grano de arena respecto de una elevada montaña. Los honores más altos, las dignidades de mayor lustre, los cetros, las tiaras, los tesoros inmensos que se ocultan en las entrañas de la tierra, los mayores placeres que han gozado los hombres desde el principio del mundo y que pueden idear hasta su fin, no son más que un poco de humo, una vilísima basura y un poco de hiel, si se comparan con el altísimo honor y dignidad, con las inmensas riquezas espirituales, y con los celestiales gozos que el Señor comunica á un pobre Lego, que por su desprecio del mundo y de sus

(1) Cant. 3. 5. (2) Vid. ipsos ap. citat. Scaram.

gustos transitorios, y por la práctica exácta de las virtudes, se dispone quanto es de su parte á recibir de la liberalidad de Dios estos singularísimos favores, aunque por su profunda humildad no los pretenda.

Pues ¿hasta quando, ó hijos de los hombres, os diré con David, hasta quando habeis de tener vuestro corazon pesado, ó inclinado hácia la tierra con el peso de sus desordenados afectos? ¿Por que habeis de amar la vanidad de sus bienes y de sus gustos, sabiendo que todos ellos son momentáneos y aparentes? ¿Por que habeis de andar buscando con tanta ansia y con tan desmedida solicitud esos falsos y mentirosos bienes, no cuidando de buscar los que son sólidos y verdaderos? *Filii hominum ¿usquequo gravi corde? ¿ut quid diligitis vanitatem, et quæritis mendacium?* (1) ¿Es posible que habeis de ser tan estultos que hagais mas aprecio del estiercol que del oro, del barro que del diamante, de la tierra que del cielo? Y ¿si hasta ahora habeis hecho una estimacion tan injusta de los bienes terrenos y de los celestiales, prefiriendo aquellos á estos, no es ya razon que formando un juicio recto de las cosas y de su verdadero valor, antepongais los bienes celestiales á los terrenos? Sí, hermanos míos muy amados, muy justo es que así lo hagamos todos, y que nos estimulemos ya desde hoy á servir con el mayor esfuerzo á aquel Señor, que es solo quien nos puede hacer felices en esta vida, y quien si le servimos con fidelidad lo hará en efecto: dándonos á beber segun la medida que mas bien nos conviniere, del torrente de sus divinas consolaciones y favores: que son los únicos verdaderos bienes que nos pueden felicitar en este mundo.

Ya habeis visto la liberalidad con que el Señor remuneró la fidelidad de nuestro venerable paisano Fr. Santiago, los máximos dones que le concedió, y los singulares favores con que le regaló en la oracion. Favores grandes, gracias inestimables, que fuéron en el Venerable frecuentemente repetidas. O! ¡quantas veces podia decir con la Esposa de los Cánticos: que su Real Esposo le habia introducido en su retrete para alegrarse y regocijarse con él con la abundancia de sus tesoros y regalos, hasta olvidar enteramente por la grandeza de estos todos los otros contentos y placeres! (2) ¡Quantas

(1) *Psal.* 4. 3. *Vid. Lorin. hic.* (2) *Cant.* 1. 3. *Vid. Scio. hic.*

veces introduciría á su alma en la bodega mística del vino generoso del amor, dándole allí á beber aquel licor hasta embriagarla con sus celestiales delicias y abrasarla en vivas llamas de caridad! (1). Y ¡quantas no pudiendo sufrir la natural flaqueza de su corazón la vehemencia de aquellas sagradas llamas, pediría al Señor su Esposo se las templase con aquello mismo que las avivaba mas y mas, y que la rendían á su dulce violencia haciéndola caer en desfallecimientos y deliquios (2)! (No hay que extrañar estas inconsecuencias, porque estas y otras semejantes son efectos de las embriagueces del divino amor). Todo esto y mucho mas le sucedería sin duda en aquellos maravillosos raptos y grados de oración ó contemplación infusa elevadísimos, á que la divina liberalidad fué servida sublimarle.

No fué una vez sola quando se los notáron: pues además del que advirtió el mencionado Religioso, testificó una muger anciana haberle visto en la iglesia levantado del suelo al tiempo de estar él oyendo una Misa de madrugada: asegurando que no podía ser engaño ó ilusión de los sentidos: porque para cerciorarse, se habia acercado á donde estaba el Venerable, y que le habia visto levantado en el ayre sin duda alguna. Que mas? Una persona fidedigna depuso con juramento, que habiendo entrado el Venerable una tarde á hacer oración en una de las tribunas de la iglesia, le vió levantado del suelo, péndulo en el ayre, exhalando una fragancia celestial que se difundía por el ámbito de aquel templo, y arrojando de todo su cuerpo luces y resplandores con los que á la manera de un Sol le iluminaba. ¿Que nos indica todo esto? Parece que no significa otra cosa sino la comunicación íntima que tenia con Dios, y la vision, aunque imperfecta, que en estas ocasiones lograba de la Divinidad: á la manera que los rayos luminosos con que Moyses baxando del monte se presentó coronado á Aaron y á toda la multitud de los hijos de Israel, eran un indicio claro de la divina vision, y de los altos y familiares coloquios tenidos largamente con el Señor (3). O podemos decir, que aquella claridad con las demas qualidades que en él en semejantes casos se adver-

(1) *Ib.* 2. 4. (2) *Ib.* *rev.* 5. *Vid. Scia híc.* (3) *Exod.* 34. 29. *Vid. Alap. híc.*

tian, redundaban en su cuerpo de la vision divina y de la union íntima y casi inseparable que ya tenia con Dios (1); al modo que de la divina vision y bienaventuranza plena que á las almas de los Santos está prometida al fin del mundo, redundarán en sus cuerpos aquellos quatro dotes gloriosos, impassibilidad, sutileza, agilidad y claridad: como lo enseña el Padre San Agustin (2) y su discípulo el Señor Santo Tomas (3). Todas son pruebas del altísimo grado de contemplacion á que el Señor se dignó sublimar en esta vida á nuestro Venerable: como tambien de lo importante que nos es á nosotros dedicarnos con el mayor esfuerzo á la práctica de las virtudes, supuesto que por las suyas fué aquel remunerado aun en este lugar de destierro con la herencia dichosa de tan grande é inefable recompensa: *Et ipse obtinuit hereditatem: ut viderent omnes filii Israël, quia bonum est obsequi sancto Deo.*

II. Entre la multitud de bienes que acá en la tierra forman la herencia de los escogidos, entran tambien respecto de algunos de ellos las gracias que se llaman *gratis datas*. Estas, á distincion de las que se nombran *gratum facientes*, ó que hacen agradable á Dios al que las tiene, se dan directamente para la agena santificacion y utilidad: y por eso de su naturaleza no suponen mérito ni virtud en quien las posee, y se pueden juntar con el pecado mortal en algun sugeto (4). No obstante, como á los justos que aman á Dios todas las cosas les contribuyen para su bien, como el Apóstol dice: *Diligentibus Deum omnia cooperantur in bonum* (5): y como aunque directamente no sean dadas dichas gracias para utilidad propia del que las recibe, los justos por el buen uso que hacen de ellas las hacen contribuir indirectamente á su propia santificacion, no debia yo omitir la multitud y abundancia de las que de esta especie concedió el Señor en esta vida á nuestro venerable paisano Fr. Santiago: porque ellas son una parte no pequeña de los bienes que recibió por herencia en premio de sus heroycas virtudes. Tanto mas que las mencionadas gracias no se dan ordinariamente sino á los amigos de Dios: son un testimonio muy recomen-

(1) Vide Scaram. Direct. mist. tr. 3. cap. 30. num. 275. (2) Epist. 56. ad Dioc. (3) S. Thom. Lib. 4. contr. gent. cap. 86. post init. (4) Id. 1. 2. qu. 111. art. 1. ad 3. et S. Bonav. 3. part. Centil. sect. 35. post med. et Procc. 7. relig. cap. 18. (5) Rom. 8. 28. Vid. P. Scio hic.

dable de la santidad de los justos: y se cuenta con ellas para el juicio de su Beatificacion y Canonizacion, quando por otra parte consta de la inocencia de su vida y de sus virtudes en grado heroico, segun lo enseña el sabio Pontifice Benedicto XIV. (1).

Estas gracias, segun que las cuenta el Apóstol, son las siguientes: palabra de sabiduría, palabra de ciencia, fe, gracia de sanidades, operacion de virtudes, profecía, discrecion de espíritus, linages de lenguas, é interpretacion de palabras (2). No me seria muy dificil demostráros las casi todas en nuestro venerable difunto, si me quisiese empeñar en ello: porque, á excepcion del dón de lenguas de que no nos consta tan claramente, de las demas nos dió él en su vida muy evidentes testimonios; pero por no ser molesto, os hablaré solamente de su dón de profecía, de su discrecion de espíritus, y finalmente de su dón de hacer milagros.

I. El dón ó gracia de profecía no consiste sino en el conocimiento y manifestacion de cosas futuras contingentes, ó de otras verdades ocultas, que solo Dios puede saber: como lo enseña Santo Tomas (3). Túvole nuestro Venerable en grado muy eminente: porque profetizaba con mucha frecuencia lo que habia de suceder, lo que habia sucedido y lo que estaba sucediendo, aunque por la distancia del tiempo y de los lugares no lo pudiese saber naturalmente. Hallábase en extremo afligida una Señora, vecina de Sevilla, llamada Doña María del Amparo Teran, por no haber tenido correspondencia de su marido, que se hallaba á la sazón en las Américas. Ya se habia pasado un año que no recibia carta suya, ni ménos el subsidio que ántes le enviaba, y del qual estaba pendiente su subsistencia: quando en este tiempo llegó con su demanda á pedir limosna el Venerable, á quien refirió su afliccion. Este la consoló, diciéndole: *que no tuviera cuidado: que le pidiera á la Señora del Pópulo que hacia muchos milagros, y que confiara que dentro de quince dias tendria carta y socorro.* A esto respondió la Señora: *oxalá! Hermano Santiago, dixera V. verdad!* Si la digo, replicó el Venerable: *tener confianza en Dios y estar en gracia, que con ella se consigue todo.* ¡Cosa rara! Al cumplirse el plazo de los quince dias

(1) De Serv. Dei Beatif. &c. lib. 3. cap. 42. num. 7. (2) 1. Cor. 12. 8.

(3) 2. 2. qu. 171. art. 3.

señalados, llegó á la puerta de la afligida Señora un hombre que no conoció, ni pudo saber quien fuese, aun despues de hechas exquisitas diligencias, el qual le entregó una carta de su marido con letra para cobrar quatrocientos pesos.

A una muger, llamada Cándida Adorno, vecina del barrio de Triana, á quien encontró llorando la muerte de un niño, hijo suyo primogénito, la consoló, diciéndole: *que no llorara por él, que todavía habia de tener cinco hijos*: y asi se verificó despues en el espacio de seis años.

Una honesta jóven buscaba, como otras muchas, su dote para entrarse Religiosa, siendo muy corto el fruto deseado respecto de las diligencias que hacia: como se observa en semejantes casos, y mucho mas en estos tiempos en que tan resfriada se halla en este punto la piedad. Dando cuenta de esto una tia suya á nuestro Venerable, y suplicándole lo encomendase á Dios, le encargó no hiciese mas diligencia para la dote, que ella la tendria sin buscarla. En efecto: aquellos mismos de quienes ménos se esperaba, se la ofrecieron, y aun diéron lo demas que era necesario para los gastos.

Por los años de mil setecientos ochenta y ocho se halló una muger del barrio de Triana próxima á su parto: y su marido Don Clemente Muñoz, habiendo encontrado al Venerable, le pidió rogase á Dios la sacase de aquel apuro con felicidad. El Venerable le dixo: *que fuese á la iglesia á ver á Dios*; pero él le respondió, *que no podia ser, pues estaba ya con los dolores, y que habia dos dias tenia hecha esta diligencia*. A esto se quedó suspenso el Venerable por un rato, y le dixo, *que no obstante eso podia Dios venir á casa*. Despidióse el Venerable, y la muger tuvo á su tiempo un parto tan dificultoso, que fué menester extraer la criatura por los facultativos despues de muerte, y que la enferma se dispusiese para morir con las diligencias de Christiana. Despues de tres dias pasó el Venerable á verla á su casa, y le dixo: *Hermana, otra vez no le pida á Dios mas que lo que le convenga. Así sale ello: no tendrá otro*. Habiale pedido á Dios la dicha muger por Santa Rita le diese una niña, y efectivamente salió hembra: con lo que se verificaron en un mismo instante tres profecias: pues conforme el Venerable se lo habia profetizado, su Magestad fué á su casa de Viático, no logró aquella criatura, y despues no ha tenido otra.

Al pasar de Triana á Sevilla Doña María Pallares con el motivo de relatarse aquel dia un pleyto que habia estado defendiendo por dos años, se encontro con el Venerable Fr. Santiago: y preguntada por este, á donde iba, le respondió: *que á estarse toda la mañana en la iglesia para entomendar al Señor el éxito favorable de su causa. Muy bien me parece,* le dixo el Venerable, *pues teniendo á Dios de nuestra parte, nada hay que temer. Pidámosle lo que nos convenga, y no hay que tener pesadumbre, que todo está á su favor.* En la misma tarde fué el Venerable á visitarla á su casa, y le dixo: *Me alegro mucho. ¿Ves como Dios nos favorece? Vámosle sirviendo, que como Juez sabedor de todo, sabe lo que se hace. Ay! Hermano Santiago! Eso no se puede saber hasta los ocho días,* replicó la Señora. *Sí, es verdad,* le respondió nuestro Venerable; *pero lo que yo te digo es, que me alegro de todo tu contento.* Al cumplirse los ocho días, se publicó la sentencia á favor de la referida Señora.

Otra muger, llamada María Montenegro, pidió al Venerable encomendase á Dios á un hijo, que iba á embarcarse para Indias. Prometióle que lo haria; pero despues de estar un rato suspenso, le dixo: *Hija, amor en Dios. Lo que es menester, es una gran conformidad con el Señor. Atente a los trabajos que el Señor te mandare.* Quedó muy desconsolada y temerosa la muger al oir tales palabras; pero ello es que en ménos de un mes le sucedió la fatalidad de que se le muriese una hija, y de saber que su hijo iba á Indias huyendo de la justicia, á causa de una muerte que habia hecho.

Por un estilo gracioso avisó á un maestro Carpintero del descuido que habia padecido una mañana que le encontró al salir de la iglesia, yendo el Venerable á pedir con su demanda, y aquel entrando á oir el santo sacrificio de la Misa. Habiaselo olvidado al Carpintero dexar la llave del taller para que los oficiales se pusiesen al trabajo, y al emparejar con él nuestro Venerable, le dixo con mucha gracia: *¡Que bueno es que el maestro se ande con la llave del taller en la faltriquera, y que los oficiales estén muy quietos y parados!* Con esto echó el maestro mano á sus bolsillos, y encontrando en uno de ellos la llave, partió inmediatamente al taller á remediar aquel descuido.

Doña María de Belen de las Casas, que residia actualmente en el barrio de Triana, viendo venir al Venerable pidiendo con su demanda en ocasion que no tenia que darle, se retiró del balcon á lo interior de su casa. El siervo de Dios, que ninguna dexaba de recorrer para pedir, dexó aquella tarde de hacerlo en dicha casa: de lo que quejándose la Señora, y tomando al Venerable una amistosa satisfaccion, la respondió: *Hermana, quando no hay, yo no fatigo á nadie.*

No es ménos gracioso lo que sobre este punto sucedió año de mil setecientos y noventa á Isabel Fuentes y á una comadre suya en cierta ocasion en que se encontraron con nuestro Venerable. Llegó la comadre á besar la demanda que llevaba; pero la Isabel se quedó á espaldas del Venerable, ocultando con la mantilla unos claveles que llevaba. Porfiábale la comadre llegase tambien á besar, y no dándose por entendida de ello, le dixo el siervo de Dios: *No te canses: déxala que no llegue, que con que oculte los claveles que lleva escondidos, bastante tiene.*

Estos y otros muchos casos que han sucedido, acreditan bastante haber sido nuestro venerable paisano Fr. Santiago condecorado con el dón de profecía, y que el Espíritu del Señor hablaba con él frecuentemente para manifestarle lo que naturalmente no podia saber el humano entendimiento, ya se considere esto con respecto á los contingentes futuros sucesos que pueden, ó no, suceder, ya sea con respecto á los pasados ó presentes, pero que por la distancia del lugar y otras circunstancias es imposible saberse sin una especial divina inspiracion. Otras muchas cosas dexó profetizadas (*), que no podemos dudar lleguen á tener con el tiempo su cumplimiento, respecto de haberle tenido las ya referidas profecías, que demuestran á nuestro parecer lo bastante, para que conozcamos haber sido

(*) Una de ellas parece fué la desoladora peste que en el año pasado de 1800 cubrió de males y aflicciones extremas á todo Sevilla, y quitó la vida á muchos millares de sus infelices habitantes. Así lo comprueba lo que dixo á un Dependiente de Rentas de dicha ciudad, de bastante juicio, en la última conversacion que con él tuvo, caminando desde el barrio de Triana á su convento. Toda su conversacion se reduxo á decirle: *que deseaba morir se por no ver con sus ojos males y desastres que todos experimentarían, y que serían muy lastimosos.*

nuestro Venerable un verdadero y fiel Profeta del Señor, como á Samuel le reconoció por tal todo Israel por haberse verificado siempre sus vaticinios (1).

Mucho era ya esto para recomendar su mérito, y para contribuir con esta gracia, aunque indirectamente, á su utilidad espiritual por las ocasiones que le presentaba de ejercitarse en la virtud de la caridad para con sus próximos. Pero aun es mas para el mismo fin el haberle el Señor entregado las llaves de los corazones humanos, para registrar en ellos los mas ocultos pensamientos, y secretos, cuyo conocimiento es reservado á solo Dios (2). Esta gracia singular, que se llama *penetracion de corazones*, pertenece, segun el angélico Doctor (3) y algunos otros Místicos (4), al dón de discrecion de espíritus: dón, que poseyó nuestro Venerable en toda su extension, ó en las dos partes que abraza: de las cuales la una mira á sola la penetracion de corazones, y la otra á la direccion ó gobierno de las almas (5).

Del alto dón de penetracion de corazones, tenemos muchos y singulares testimonios, que demuestran haberle poseido el Venerable en grado muy eminente. Un hombre, llamado Diego Ramos, anduvo por sus travesuras recorriendo los presidios de Zeuta, Oran y Melilla, y hasta por tres veces estuvo sentenciado á muerte, y otras tantas condenado á destierro perpetuo. Nada bastó para su enmienda: y unas hermanas que tenia, sabiendo los prodigios que obraba el Señor por el Venerable Fr. Santiago, le buscaron, le diéron cuenta de lo que pasaba con su hermano, y le rogáron intercediese por él con Dios en sus oraciones. Mandóles el Venerable, que quando le escribiesen, le pusiesen en la carta ciertas expresiones, que ni ellas ni otros que las viéron, pudieron entender. Hiciéronlo ellas así: y su hermano les respondió, *que luego que leyó las razones que el Padre del Pópulo le mandaba, á decir, le dió un frio tan grande, que le duró por espacio de dos ó tres horas, solo de pensar que el Padre le habia acertado cosas que tenia en su interior, y que solo él y Dios las sabian.* Determinóse á hacer una confesion

(1) 1. Reg. 3. vv. 19. 20. (2) 2. Paralip. 6. 30. (3) 1. 2. quest. 111. art. 4. in fin. corp. (4) Ezquer. Lucern. mist. tract. 4. cap. 10. (5) Ezquer. Lucern. mist. loc. cit.

general, tomando ántes el parecer del Venerable; pero este le mandó decir, que para hacerla dexase lo que tenia entre manos. A lo que aquel respondió de nuevo, que esta palabra habia sido para él un cubo de nieve, que le habia elado todo el cuerpo: pues ignoraba como el Padre sabia su pensamiento. Con esto dió bastante á entender, que andaba ocupado, ó entretenido en cosas que no podian componerse con la confesion general que habia proyectado. Al fin el Venerable prometió á las hermanas de este hombre derrotado una mudanza entera de su vida, y su libertad del presidio en que se hallaba: lo que se verificó puntualmente con asombro de los que ántes le habian conocido. Aqui tenemos un suceso muy parecido al de la Samaritana, cuya conversion se debió en gran parte á la declaracion que el divino Maestro le hizo de su vida estragada y corrompida (1).

Una muger le dió de limosna un quarto en una pieza; el que metió luego el Venerable en su demanda. Ella le dixo entónces: *Padre Santiago, vuélvame un ochavo*: el que sacó al instante el Venerable de la manga, y se le dió. Al ver esto, pensó la muger en su interior alguna infidelidad del Venerable, y dixo para sí: *El Padre Santiago sin duda parte con la demanda: no es, como dicen, tan santo*. No bien habia acabado de formar en su corazon este pensamiento, quando se le leyó el Venerable: y rogándole ella al despedirse, que la encomendase á Dios, le respondió: *Si hija, y tambien que le quite ese mal pensamiento que ha tenido ahora. Yo, hija, no necesito de la limosna de la demanda, que mi comunidad me asiste con quanto necesito*. Quedó la muger corrida de vergüenza, y se fué confusa, refiriendo el lance á quantos encontraba; el que despues depuso en su muerte con la debida formalidad, con otros muchos que con el Venerable le sucedieron: porque ya le consultaba en todo, y recurria á él como á un oráculo, reputándole por profeta y varon justo, que á la manera que el Salvador leia los pensamientos de los Escribas y se los reprehendia (2), veia él lo mas secreto del humano corazon para corregir sus extravios.

No de otro modo penetró el interior de otra muger que se encontró con el Venerable, viniendo desde Triana

[1] Joan. 4. 18. Alap. et Scio. hie. [2] Matth. 9. 4.

á Sevilla un dia que hacia mucho calor. Iba pensando ella á sus solas en los trabajos que padecia, y se decia á sí misma: *Si yo tuviera dineros, no anduviera por aquí.* Al llegar á encontrar al siervo de Dios, le saludó, y este le dixo: *Tonta, loca, ¿para que quieres el dinero? Ama á Dios, y tienes bastante.* Quedó la buena muger confusa, y llegó á su casa azorada de ver le habia penetrado el Venerable su interior.

Á estos sucesos, que manifiestan hasta la evidéncia el dón de penetracion de interiores que tenia nuestro venerable paisano, se puede y merece juntarse el que se sigue. Un jóven de vida desarreglada y disoluta, que acostumbraba á dar limosna alguna vez al Venerable, se acercó á dársela en cierta ocasion, como solia en otras. El Venerable rehusó en esta el admitirsela: y aun le dixo con aspecto severo y desapacible: *Retírate de aquí: pues no quiero tu limosna, que estás mas negro que un carbon. Anda al templo y confiéstate.* Asustado y despavorido al ver descubierto su corazon y su mal estado, se fué á una iglesia en donde se confesó, pero sacrílegamente, porque calló algunos pecados, como él mismo despues aseguró. Volvió al dia siguiente á verse con el Hermano Santiago y á darle su limosna; pero el siervo de Dios con mayor severidad que ántes, le dixo: *Apártate de aquí, que estás todavía mas feo y mas abominable que ántes: no quiero tu limosna.* Á estas palabras no pudo resistirse. Fuése á la iglesia: buscó al mismo Confesor: se confesó bien, segun parece, de todos sus pecados: y al encontrarle al dia siguiente nuestro Venerable en una calle, se le acercó, y llamándole con semblante alegre y risueño, le dixo: *Ahora sí que quiero tu limosna, porque estás mas lindo que una rosa. Mira, en el puente haz una muralla para no pasar á Triana, que buscas allí tu precipicio. Busca una pobre, y cástate con ella.* Hízolo así, y mudó enteramente de costumbres con admiracion y pasmo de quantos ántes le conocian. Ved aquí uno de los casos, que confirmando evidentemente el dón admirable de penetracion de interiores, de que para utilidad de sus próximos y de la suya dotó el Señor á nuestro venerable paisano, nos da al mismo tiempo las mas bellas enseñanzas.

Él nos indica con bastante claridad, que si Dios no aprue-

ba ni aceta los dónes y limosnas hechas por los que viven en pecado, solo por esta mala disposicion con que las hacen, como en este caso aparece, y lo dice el Señor por el Eclesiástico (1), ¿quanto ménos recibirá, ó acatará las oraciones y sacrificios que le hacen los pecadores para aplacarle, quando le están ofendiendo muchas veces en el mismo acto en que le ofrecen aquellas exteriores oblaciones, y quando viven con un propósito formal de continuar ofendiéndole en adelante? Y sino aceta los dónes que se le ofrecen de la propia hacienda, quando está en pecado mortal quien los ofrece, ¿como acatará los de aquellos, que además de estar en pecado, pretenden honrar á Dios con dónes y limosnas hechas no de sus propios bienes, sino de los bienes de los pobres? Mancilladas son semejantes ofrendas, dice el Espíritu Santo (2): y ellas son al Señor tan abominables, como lo serian á un Rey las de aquel que queriendo obsequiarle á su parecer, lo hiciese degollando y sacrificando la vida de un hijo de este mismo Rey en su presencia: *Qui offert sacrificium ex substantia pauperum, quasi qui victimat filium in conspectu patris sui* (3).

Dios mira primero al corazon de quien le ofrece sus dónes, y despues á los dónes que le ofrece. Así miró á los que le ofrecieron Abel y Cain: y por eso fuéron los de aquel aceptos á sus ojos, y los de este reprobados: *Respexit Dominus ad Abel et ad munera ejus; ad Cain verò et ad munera illius non respexit* (4): porque aquel se los ofreció con un corazon sencillo y puro, y este con un corazon malo y perverso (5). Esto es lo que se vió puntualmente cumplido respecto de un mismo sugeto en diferentes circunstancias en el suceso que os acabo de referir. Quando estaba en pecado mortal, ó quando se hallaba como Cain con un corazon corrompido y depravado por la culpa, fuéron al Señor desagradables sus dónes, y no los quiso recibir por su siervo; y sí los acetó por medio suyo con el mayor agrado, quando con aquella buena confesion recobró su perdida inocencia, y se los ofreció con un corazon limpio como Abel.

(1) *Eccli. 34. 23. Alap. hic.* (2) *Ibid. v. 21.* (3) *Ib. v. 24.*

(4) *Gen. 4. vv. 4. et 5.* (5) *Vide Alap. in supra cit. loc.*

No quiero yo con esto decir, que las limosnas que por compasion á su necesidad se dan á los pobres, aun estando quien las hace en estado de pecado mortal, se deban dexar de hacer por este motivo. Todo lo contrario: porque apénas hay obra buena que más eficazmente contribuya á salir de aquel estado infelicísimo, como el exercitarse en dar limosnas. Así se lo dió á entender el Profeta Daniel al impio y soberbio Rey de Babilonia Nabucodonosor, quando le dixo: que procurase redimir con limosnas sus pecados, y con obras de misericordia executadas con los pobres, todas sus iniquidades (1). Así se lo mostró el santo viejo Tobías á su hijo, quando exhortándole á ser caritativo con los pobres, decía: que la limosna libra de todo pecado y de la muerte eterna, y que no permitirá que quien la hace con sincero deseo de arrepentirse si está en pecado, vaya á las tinieblas del Inferno (2). Y esto les significó á uno y á otro el Arcángel San Rafael, quando les dixo: que la limosna libra de la muerte, que purga los pecados, y que hace que los limosneros hallen misericordia y vida eterna. (3). Lo que quiero, pues, decir, es: que se engaña mucho el que con sus limosnas piensa agradar á Dios y salvarse, si confiado en que estas le han de salvar, sigue pecando en esta confianza, y vive con un propósito actual ó virtual de proseguir con su mala vida. Ah! ¡y quantos pecadores caen en este engaño! ¡quantos se precipitan en esta funesta y lamentable inconsideracion!

Pero concluyamos con algunos otros casos en que se comprobó el dón de penetracion de interiores de que estaba asistido nuestro paisano venerable. Unos casados tuvieron una noche algunas palabras pesadas, con las que el marido daba á entender á su muger, que no le guardaba la fidelidad del matrimonio: de cuyas quejas hubieran procedido fatales consequencias, si se hubiera puesto en execucion lo que tenían proyectado. Levantóse muy de mañana el marido á abrir la puerta, y al hacerlo se encontró con el Venerable (lo que no acostumbraba), y sin mas salutacion le dixo: *No seas tonto: tu muger es una santa: bien sé lo que ha pa-*

(1) Dan. 4. 24. P. Scio hic. [2] Tob. 4. 11. Vid. Scio hic.
Ibid. 12. 9.

sado esta noche: tu error pel malo: con otras varias expresiones, que bastaron para tranquilizar á los dos consortes, y que no hablasen mas sobre el asunto.

Saliéron de su casa muy de mañana dos mugeres con siniestras y depravadas intenciones. Entráronse en la iglesia del convento del Pópulo, y llegándose á ellas el bendito Fr. Santiago, les descubrió los intentos que llevaban, y les dijo: *Mirad que no os conviene ir á donde habeis pensado: tal vez tendréis que sentir.* Se cree que se aprovecharon de tan saludable aviso.

Ofrecióse un vecino de la ciudad de Sevilla á entrarse Religioso; pero no tardó mucho en arrepentirse de su promesa, y en mudar de voluntad. Sucedió esto una noche: y al otro dia encontrándose con el Venerable, le reprehendió este con semblante ayrado y con la mayor aspereza su inconstancia en las promesas hechas á Dios, haciéndole ver la obligacion estrecha en que se hallaba de cumplir al Señor la palabra que le habia dado. Quedó el hombre tan atemorizado de ver que el Venerable le habia leído en su corazon aquellos pensamientos que á nadie habia manifestado, que despues le causaba temblor solo el mirarle, y excusaba el encontrarse con él quanto podia.

¿Que mas sucesos quereis os refiera para quedar convencidos de haber sido el Venerable por el Espíritu Santo condecorado con el dón de penetracion de interiores para utilizar á sus próximos con saludables avisos, y á sí mismo con los aumentos de la caridad y de los grandes merecimientos que adquirió por el buen uso que hizo del dón que le habia sido confiado? Interminable sería si hubiesen de relacionarse todos. Baste decir, que fuera de los que habeis oido, ha concurrido despues de su muerte un crecido número de personas á testificar verse obligadas á huir del siervo de Dios, porque les penetraba siempre su interior, y leía los mas ocultos secretos del corazon.

No fué ménos excelente el dón de su discrecion de espíritu, si le consideramos en lo que toca á la direccion acertada de las almas. Mirada la discrecion de espíritu por esta parte, es un instinto, ó luz particular que comunica el Espíritu Santo para discernir con un recto juicio en sí ó en otros, de que principio provengan los movimientos, ó inclinaciones

interiores del alma, si del bueno, si del malo (1). De esta gracia hablaba el Apóstol San Pablo, quando escribiendo á los Católicos de la ciudad de Corinto, les decia: que aquel que será entre ellos discernidor de los espíritus, conocerá claramente que los documentos, ó doctrinas, que en su carta le propone, los ha recibido de Dios: *Si quis videtur Propheta esse, aut spiritualis, cognoscat quæ scribo vobis, quia Domini sunt mandata* (2). Muchos documentos hay para acreditar que lo era en un grado nada inferior nuestro Venerable Fr. Santiago: y lo es muy particular el que se sigue.

Un hombre, llamado Manuel María Guillen, vecino de Sevilla, pasaba con otro compañero al barrio de Triana por los años de mil setecientos noventa y tres. Encontróse en el puente con nuestro Venerable en ocasion que le oprimia el pensamiento de si le convendria, ó no, comulgar frecuentemente, como lo hacia, con licencia que para ello tenia del R. P. Provincial de Capuchinos. Al acercarse á él nuestro Fr. Santiago, dándole demostraciones de extraordinaria alegría, hizo una profunda reverencia al Señor Sacramentado que acababa de recibir, y le dixo: *No tuviese temor, que así convenia seguir para gloria de Dios á pesar del abismo. Que no temiese, que así lo queria Dios.* Quedaron con estas razones disipados sus temores y lleno de gozo su corazon: debiendo notarse, que nada de quanto dixo á Guillen el Venerable pudo entender su compañero. Aquí se ve de bulto como el Venerable sabia discernir los movimientos interiores de Dios, de las sugestiones diabólicas que provienen del padre de la mentira, aunque estas vengan envueltas en el especioso manto de humildad y de virtud, quales eran las que movian, ó intentaban mover á este hombre devoto á dexar la frecuencia de la sagrada comunión; Quantas almas hay que en este punto necesitaban un director y discernidor de espíritus tan eminente, como lo fué nuestro Venerable!

De igual calidad y no de menor enseñanza al que se acaba de referir, parece ser el caso siguiente. Cierta muger pasando una vez al arrabal de Triana, iba entre sí premeditando dexar el Confesor ordinario que tenia, y tomarse otro.

(1) *Scaram. tract. De Discrét. Spirit. num. 21.* (2) *1. Cor. 14. 37. Tirino, et Scio hic. Vid. Scaram. loci antea citat.*

El Venerable que á la sazón pisó junto á ella, le dixo de repente: *No hay que andar pensando: estarse con el que se está.*

Concluirémos este punto con el caso que á un jóven del lugar de Ruyseñada, en el obispado de Santander le sucedió con nuestro Venerable Fr. Santiago. Estando aquel un dia oyendo Misa en la iglesia de Nra. Señora del Pópulo, vió se le iba acercando el Venerable, y que sin haberle ántes conocido, le llamó por su propio nombre. Llevóle á su celda, y haciéndole sentar, le manifestó las malas confesiones que habia hecho, los pecados que en su vida pasada habia cometido, y cierta cantidad que estaba obligado á restituir al dueño á quien injustamente se la habia quitado. Persuadióle á hacer una confesion general por la necesidad que de ella tenia para poner en cobro su alma: y estando él resuelto á tomar el estado de matrimonio, sin haber comunicado al Venerable su intento se le descubrió él, diciéndole al mismo tiempo: *que no le convenia aquel estado, porque si le tomaba, se condenaria en él sin remedio. Que se aplicase al estudio de la lengua latina para tomar otro estado diferente, que era únicamente lo que le convenia, y con el que solamente podria conseguir su salvacion.* Ya se dexa conocer el asombro con que aquel jóven estaria, viendo que el Venerable le habia leído su corazón; pero sin duda quedaria mas asombrado de ver las amenazas que le hacia de condenarse, si seguia el rumbo que tenia proyectado, y no adoptaba los consejos de aquel santo Religioso. Adoptólos con sumision, conociendo eran unos auxilios misericordiosos del Señor, que por aquel medio le avisaba de su peligro, y que le manifestaba ser sugestion de Satánas para perderle; lo que á su parecer era una determinacion conveniente para salvarse. Quedó tan aficionado á su bienhechor, que ya despues le visitaba dos veces al dia mientras le vivió, para gobernarse en un todo por sus santos documentos, que le sirviéron de norte en todas sus operaciones.

Estos casos testifican bastantemente el muy alto grado en que poseia nuestro Venerable el dón de discrecion de espíritu, segun que lo dexamos declarado; pero así estos como otros exemplares que pudieran traerse al propio intento, nos indican el buen uso que hizo de esta gracia en beneficio de sus próximos, con la que ganó innumerables almas para

para Dios, y á sí se grangeó infinitos merecimientos: por donde este dón que recibió del Señor, puede muy bien colocarse en el número de los muchos bienes que en premio de sus virtudes se dignó concederle como una parte de la herencia que le tenía destinada acá en la tierra, para que todos viesen quan bueno y útil es servir á Dios: *Et ipse obtinuit hereditatem: ut viderent omnes filii Israël, quia bonum est obsequi sancto Deo.*

3. Quien fué tan liberal con su venerable siervo en los dónes de la profecía y de discrecion de espíritus, no fué escaso en condecorarle tambien con el dón de hacer milagros. No son estos á la verdad los frutos por donde nos enseña el soberano Maestro de la vida á reconocer y distinguir los buenos de los malos, los Profetas verdaderos de los falsos, los Santos de los que no lo son: porque los milagros que se hacen en vida en el nombre de Jesuchristo son comunes á unos y á otros, y puede hacerlos tanto el que se halla en caridad, como el que de ella esta destituido (1). No es esto tampoco lo que nuestro divino Redentor nos manda aprendamos de él para ser Santos, y para hallar descanso á nuestras almas, segun la exposicion del gran Padre S. Agustín (2): es sí, que le imitemos en la humildad y mansedumbre y en las demas virtudes que son las que únicamente nos pueden hacer agradables á sus divinos ojos. No obstante, supuestas estas, como las suponemos, y al parecer hemos mostrado en un grado relevante en nuestro venerable paisano, bien podemos ya decir, que el dón de hacer milagros no le fué solamente concedido para la agena utilidad, como se ha concedido, aunque rara vez, á los pecadores; sino que tambien se le dió, bien que indirectamente, para su propia santificacion, para recomendacion de su mérito con Dios, y para mayor lustre de su virtud y santidad.

Su dón de hacer milagros comprehendia las dos gracias *gratis datas*, que llaman á la una *gracia de sanidades*, y á la otra *operacion de virtudes*. Aquella es la que se dirige á sanar los cuerpos, esta se extiende á mayores portentos: y ámbas se radican, ó tienen su principio en el dón de la fe

(1) 1. Cor. 12. 2. Vide Scio ad cap. 7. Matth. 7. 22.

(2) De verb. Dñi. ap. Alap. in Matth. 11. 7. 29.

extraordinaria y grande que Dios infunde en el alma del que obra estas maravillas, como lo enseña el angélico Doctor (1). La gracia de sanidades del Venerable Fr. Santiago la demuestran, á lo que parece, los siguientes casos. Una muger vecina de Sevilla pidió al siervo de Dios la librase de una ligera enfermedad que padecía, y el Venerable le dixo: *no tuviese cuidado, que pronto estaria buena; pero que se dispusiese para otra enfermedad mayor que tendria que padecer en adelante.* Así se verificó puntualmente, porque habiendo convalecido perfectamente del primer achaque, le acometió poco despues un accidente que le baldó enteramente de un lado, y la hacia padecer dolores muy acerbos. Dos meses tardó en visitarla el Venerable, aunque en todo este tiempo se lo suplicáron con repetidas instancias, y habiéndolo hecho por último en ocasion que la paciente se hallaba mas afligida, despues de contarle esta sus males y aflicciones la consoló, y al despedirse de ella le dixo: *Confío en Dios que se pondrá buena.* Salióse al instante el Venerable: y la enferma en el mismo momento en que habia dicho él aquellas palabras, se halló de repente perfectamente sana con admiracion de su marido, quien la mandó que al punto saliese á la calle á dar las gracias á su liberalísimo bienhechor. Hízolo así la muger, y quando salió de casa, vió al Venerable ir con paso apresurado, como quien iba huyendo, para que no le llamasen, temeroso sin duda del humo vano de los aplausos.

Estaba muy afligida otra muger por haber oido á varios Cirujanos seria indispensable cortarle el brazo derecho á un hijo suyo, á causa de haber estado padeciendo desde la edad de año y medio hasta la de quatro, de una espina ventosa. Llegó á la sazón el Venerable Fr. Santiago á la casa de esta buena muger, y compadecido de su afliccion, le dixo: *No tengas cuidado, que no es menester cortarle el brazo: trae un trapo, y le pondremos qualquiera cosa.* Tráxole la muger un poco de lienzo, el que cogiendo el Venerable, le echó un poco de saliva, y así envolvió en él la mano del niño, atándolo todo con un cordelito basto que parece llevaba de prevencion en su manga, y se fué. Desde aquel instante se advirtió la mejoría del niño, y al tiempo de de-

(1) 1. 2. qu. 178. art. 1. ad 5. Vid. Scaram. Direct. mist. tr. 1. num. 104.

satarle aquella ligadura, se vió que el brazo habia quedado perfectamente sano y sin ninguna imperfeccion: lo que causó á todos el mayor asombro, y al niño le hizo venir á ver al Venerable ya difunto, dándole gracias por tan señalado favor, que refirió públicamente.

Quien mas experimentó los benéficos efectos de la gracia de curaciones de nuestro Venerable, fué una Señora vecina de Triana, llamada Doña María Palláres. Hallábase esta por los años de mil setecientos ochenta y quatro muy mala de sobre parto y casi perdido el conocimiento: y oida una voz como entre sueños desde la cama, que pedian á la puerta para la Madre del Pópulo, conoció era el Venerable, y mandó á una criada se fuese á informar si era verdad. Al abrir esta la puerta, se encontró en efecto con el siervo de Dios, el que le dixo: *Vaya vmd. y lleve la demanda á la enferma: que la bese con bastante fe, y se encomiende á la Virgen Santísima y á Santa Rita.* Hizolo así la enferma, y alcanzó con esto una salud tan repentina, que el mismo Médico confesó haber obrado aquí la mano del Señor. No tardó en volver á visitarla nuestro Fr. Santiago, y dándole la enhorabuena de su mejoría, le aconsejó que para otra vez que se ofreciese, procurase hacerse con la correa de nuestro Padre San Agustin, como muy útil para semejantes aprietos. No echó en olvido la buena Señora este consejo, y habiendo vuelto á hacerse embarazada dos años despues, apénas habia ocasion en que hablase al Venerable, que no le pidiese la correa. Deciale el siervo de Dios, que pusiese su confianza en el Señor, que no la necesitaria; pero ella temiendo no la volviese á suceder la pasada fatalidad, repetia sus súplicas con tal instancia, que una vez le obligó al Venerable á decirle: *No seas tonta: ya te he dicho que no la necesitas.* Al tiempo del parto, que fué de allí á tres meses, dió felizmente á luz un niño estando durmiendo. Sin acostumbrarlo el varon de Dios, se le entró muy de madrugada por sus puertas, y acercándosele risueño á la cama, le dixo: *¿Lo ves, tonta, como no necesitas correa? Me alegro. A Dios, y no tengas cuidado.* Marchó el Venerable, y la Señora se levantó á los cinco dias de su parto sin la menor novedad.

La misma Señora por los años de mil setecientos noventa y uno se halló gravemente enferma de unas penosas

anginas, ó inflamaciones de las glándulas de la garganta, á la ocasion que su marido tenia que salir fuera de casa á hacer un viage. Estaba toda la familia por aquel motivo consternada y perplexa sin saber que hacerse: hasta que determinaron llamar á su intercesor (así llamaba toda aquella familia á nuestro Venerable) á quien refirió la enferma la necesidad de salir el marido de la casa y de la ciudad, y el estado en que ella se hallaba: pidiéndole al mismo tiempo le dixese si peligraria en su enfermedad, para que en tal caso suspendiese su esposo el viage proyectado. Suspendióse por un rato el Venerable, y despues se llegó á la cama de la enferma, á quien tomado el pulso, dixo: *Tú lo que tienes es nada, y así se puede ir tu marido sin cuidado.* Retiróse el siervo de Dios, y con pasmo de todos los que se hallaban presentes, se quedó repentinamente buena y sana, como si nada hubiese padecido. Son innumerables los exemplares de esta especie, que se omiten, los quales acreditan al parecer con toda evidencia haber condecorado Dios á su fiel siervo con la gracia de curaciones.

Para demostraros esto mismo de la operacion de virtudes, que es la gracia con que los siervos de Dios obran mas estupendas maravillas, bastarán los casos siguientes, que pertenecen á la multiplicacion milagrosa de algunas especies de substancias. Una pobre muger, á quien nuestro Venerable dió una vez de limosna una peseta, estuvo comprando con ella quanto era necesario para el sustento de su familia y otras necesidades de su casa. Echó en cierta ocasion sus cuentas, y conoció llevaba ya gastados doce reales de la peseta que Fr. Santiago le había dado, y que aun le quedaba dinero de sobranete. Contóselo al siervo de Dios, y este le dixo: *Anda hija, que Dios tiene mucho mas quedar.*

Dióle á otra una racion de pan y un hueso mondado, y extrañándolo en su casa, le dió un impulso de raerlo con un cuchillo, y en efecto lo executó así. ¡Cosa rara! Al empezar á raerlo vió que iban saliendo buenas tajadas de carne, por lo que prosiguió rayendo su hueso hasta que dió de sí lo bastante para quedar bien satisfecha. En otra ocasion dió á otra un pedazo de pan y una sardina: y asegura que con la mitad de esta comió grandemente, y que la otra mitad la reservó para la noche en la que le sirvió de cena, y muy buena. Con

una racion de pan sola estaba alimentando á una familia de tres personas todos los dias. Son tantos los exemplares de esta especie de milagros, que no pudieran aquí referirse sin exceder los límites de lo que á una Oracion fúnebre de esta clase corresponde; pero no puedo omitir el que se sigue.

Hallándose nuestro Venerable Procurador de su Comunidad, llegaron nueve Religiosos huéspedes de su Orden en un dia en que faltaban no ménos que seis raciones de carne para los Religiosos del convento. Enfadóse no poco el Cocinero, no solo por faltarle raciones para los forasteros, sino por haber llegado estos muy poco ántes de comer, por cuyo motivo se hallaba en la mayor angustia y perplexidad. Entró á la sazón nuestro Venerable en la cocina, y viendo la novedad, apaciguó con pocas razones al Cocinero, alentándole á que no desconfiase de la divina Providencia; Cosa rara! Llegada la hora de comer y servidas las raciones, no solo estuviéron completas para toda la Comunidad, para los huéspedes Religiosos y para los criados ó sirvientes que traian, sino que de las que sobraron llegó á llenarse una buena fuente.

Omito por no ser molesto la narracion de otros muchos exemplares de prodigios de diferente especie, aun al parecer mas estupendos que los referidos: qual lo es el haberse hallado presente á un mismo tiempo en dos lugares diferentes y distantes: qual lo es el haber entregado una redoma de cristal llena de vino y perfectamente sana, al que habiéndosele caido al suelo de entre las manos, vió derramado por la tierra el licor que contenia, y ella hecha menudísimos pedazos: y quales lo son otros muchos de no inferior magnitud á los ya relacionados, cuya relacion circunstanciada será el asunto del que para nuestra comun edificacion hubiere de escribir la historia completa de su vida exemplar y prodigiosa, que desea ver publicada la piedad de los devotos.

Decidme ahora: ¿pueden darse en esta vida bienes mas grandes que los que os llevo demostrado concedió el Señor á nuestro venerable paisano Fr. Santiago, como una parte de la herencia que en premio de su fidelidad y obediencia á Dios le estaba destinada y prometida? ¿Quien no ve empeñada á la divina Providencia en cuidar de este su fidelísimo siervo? ¿Quien no se admira, viendo la proteccion singular que le dispensa? ¿Quien no se pasma contemplando á un Dios ocupado todo,

digámoslo así, en ensalzar á este humilde Religioso, condecorándole con los dónes y gracias del Espíritu Santo en unos grados tan altos y tan relevantes, con lo que elevó hasta el mayor heroísmo sus virtudes, y á él le hizo en todo un varón recomendable? Verdaderamente que podemos decir de nuestro Fr. Santiago lo que del antiguo Jacob se dice en el libro de la Sabiduría: que Dios por ella, ó por su virtud, le condujo derechamente y sin tropiezo por los caminos de la rectitud y justicia, preservándole de la malicia y del pecado: que le mostró el reyno de Dios en su gracia, ó en el secreto de su altísima contemplación: que le concedió la ciencia de los Santos ó de las cosas santas, que consiste en el conocimiento de la divina voluntad: que le enriqueció en los trabajos con grandes merecimientos, y que completó ó recompensó sus fatigas con muchas y grandes remuneraciones: *Justum deduxit (sapientia) per vias rectas, et ostendit illi regnum Dei, et dedit illi scientiam sanctorum: honestavit illum in laboribus, et complevit labores illius* (1). En este pasaje muestra mi seráfico Doctor estar contenidos seis insígnos beneficios con que el Señor remunera en esta vida la virtud de sus justos y escogidos (2).

Ah! y ¿quien habrá que considerando en nuestro Venerable tan inefables recompensas de su virtud no se estimule á practicarla? ¿Quien no se esmerará en imitarle, viéndole aun en esta baxa y miserable tierra con la herencia de tantos y tan excelsos dónes remunerado. Y ¿quien á vista de la multitud y grandeza de bienes que poseyó por herencia acá en la tierra, no se resolverá para conseguirlos, á lo ménos en la parte que mas puede interesarle, á dar de mano á todos los otros bienes caducos y transitorios con que el mundo premia á sus infelices amadores? Mas ay! dolor! Los sequaces del mundo, los defensores de sus máximas y los partidarios de la vanidad á nada mas atienden que á los bienes que halagan en algun modo á los sentidos. Estos son los que envidian á quien los goza: y estos á cuya posesion anhelan únicamente, aunque para llegar á poseerlos tengan que pasar por muchas y penosísimas fatigas. Por mas que se les predique con el sabio Eclesiastes: que los bienes de este mun-

(1) Sap. 10. 10. (2) Vid. ipsum ap. Alap. Comm. in supra dict. loc.

do, por grandes que sean, no son sino una pura vanidad: *Vanitas vanitatum, et omnia vanitas* (1); por mas que se les diga que ellos son tan frágiles como el barro mas quebradizo, que se disipan como humo, y que apénas se ven quando luego desaparecen á la manera de un relámpago: por mas que se les haga ver que ellos son respecto de los mortales como las aguas de un rio respecto de las orillas de quienes, apénas las bañan, huyen precipitadamente: por mas que se les muestre su ninguna estabilidad ni duracion, que su bondad es aparente, y que la felicidad momentánea que producen viene siempre mezclada con mil sinsabores, desazones, tedios, disgustos y amarguras: por mas, repito, que se les ponga á la vista todo esto, y por mas que ellos mismos lo estén tocando todos los dias con sus manos, con todo eso los buscan con increíble ansia, dándose con ellos por bien pagados de los dilatados servicios que como esclavos hacen al mundo por conseguirlos. Ellos se están toda su vida desentrañando como arañas para texer telas y redes con que poder cazar un insecto tan vil como una mosca. Ellos abandonan su réposo, pierden el sueño aun necesario, se exponen á mil fatigas y trabajos solo por gozar un momento de deleyte. Y ellos en fin, trabajando toda la noche de su vida por la adquisicion de estos fugacísimos bienes, se ven al cabo de ella con las manos vacias y todo su trabajo perdido: pudiendo decir en cierto sentido lo que los Apóstoles ocupados toda una noche sin fruto alguno en el trabajo de la pesca: *Per totam noctem laborantes, nihil cepimus*: nada hemos podido coger aunque hemos andado trabajando para ello toda la noche (2).

Ah! y que verdad esta tan grande! porque es cierto y ciertísimo, que ni las mas grandes riquezas, ni los mas excelsos honores, grandezas y dignidades de la tierra, ni las más ventajosas conveniencias, regalos, deleytes y comodidades del mundo, por las que se están los mortales afanando toda la vida, nada son por sí mismas en orden á producir en nosotros una sólida y verdadera felicidad: por donde los que despues de muchos trabajos llegan por casualidad á conseguirla, pueden decir que nada han conseguido: *Per totam noctem*

(1) *Eccle. 1. 2. Vide Alap. et Scio hęc.* (2) *Lus. 5. 5.*

laborantes, nihil cepimus. ¿Que bien describe la divina Sabiduría lo que sucede á los que despreciando las obras de la virtud con que la felicidad verdadera se consigue, se aplican con tanto afán á poner por obra las máximas del mundo, dexándose llevar de sus exemplos, de sus consejos, de sus estilos, razones de estado, etiquetas ridículas, modas vanísimas y otras tantas mil invenciones, tan llenas de necedad, como de novedad, con lo que, ó por cuyo medio, esperan estos infelices alcanzar el humo de los mundanos aplausos, ó la elevación á grandes puestos, ó la estabilidad en sus grados, ó una subsistencia honrada, ú otro qualquiera bien terreno en que juzgan hallar su felicidad verdadera. Vacía es, dice, la esperanza de estos: sus trabajos son sin fruto ni provecho: é inútiles todas sus obras: *Sapientiam enim et disciplinam qui abjicit, infelix est: et vacua est spes illorum, et labores sine fructu, et inutilia opera eorum* (1). ¿Que mas clara puede estar su infelicidad aun esta vida, en la que trabajando incesantemente en el servicio del mundo, nada reciben en ella de tan tirano dueño en recompensa de lo mucho que le sirven?

Feliz el justo, que ocupado en servir á solo Dios y en discurrir mil modos y maneras de agradarle, comerá siempre el fruto de sus sabias y prudentes adinvenciones: *Dicite justo, quoniam benè: quoniam fructum adinventioinum suarum comedit* (2). Feliz, porque buscando ante todas cosas el reyno de Dios por medio de la práctica de la virtud, no solo le poseerá espiritualmente, viviendo en justicia ó santidad, en paz y gozo en el Espíritu Santo, que es en lo que aquel consiste, segun San Pablo (3), sino que tambien se le darán por añadidura los bienes temporales en quanto ellos fueren necesarios y conducentes á la salvacion, segun que Jesuchristo, verdad infalible, lo tiene en su Evangelio prometido (4). Y feliz en fin, porque no habrá en él trabajo grande ni pequeño, hecho por Dios, que no le sea abundantemente remunerado, en esta vida con las virtudes, dónes infusos, gozos interiores, favores sobrenaturales y otras muchas gracias del Espíritu Consolador en quanto á él fuere conveniente; y en la otra con

(1) *Sap. 3. 11.* (2) *Isai. 3. 10.* (3) *Rom. 14. 17.*

(4) *Matth. 6. 33.*

los premios inefables é incomprehensibles de la Gloria , que es aquella herencia completa que en remuneracion de su fidelidad en servirle tiene el Señor reservada á sus escogidos: como en justa recompensa de la suya nos persuadimos haberle concedido su Magestad á nuestro Venerable Fr. Santiago, para que todos los Christianos viesen lo útil que es obedecer á Dios y servirle con fidelidad: *Et ipse obtinuit hereditatem: ut viderent omnes filii Israël, quia bonum est obsequi sancto Deo.*

§. II.

Es de fe que lo que el hombre hubiere sembrado en esta vida , eso es lo que ha de segar y recoger en el Agosto de la otra: corrupcion de carne , si es en carne lo que siembra; y vida eterna , si siembra en el Espíritu. Así lo dice el Apostol San Pablo (1): y no quiere en esto decirnos otra cosa , sino que cada uno será recompensado segun el bien ó el mal que hubiere hecho (2): esto es, muerte eterna el que vivió en este mundo abandonado á los deseos de su concupiscencia, y vida eterna el que siguió los movimientos del Espíritu de Dios, empleándose en el ejercicio de buenas obras (3). Estas serán tambien premiadas en los justos á proporcion de lo que en ellas se hubieren exercitado (4): porque como dice el mismo Apóstol, el que poco siembra poco cogerá y segará, y el que sembrare con abundancia, cogerá mas amplo galardón: *Qui parçè seminat, parçè et metet: et qui seminat in benedictionibus, de benedictionibus et metet* (5). Siendo esto así, como indubitavelmente lo es, ¿quien podrá dudar que nuestro venerable paisano Fr. Santiago recibió en la otra vida la recompensa que en ella está destinada para los justos en premio de sus buenas obras y virtudes: habiendo sido estas las semillas que él sembró miéntras vivió en este destierro miserable? Y ¿quien duda tampoco que el ha recogido y posee ya por herencia una cosecha abundantísima de

(1) Galat. 6. 8. (2) S. Thom. in hunc. loc. lect. 2. (3) Vide Scio et Tirino hic. (4) S. Thom. sup. cit. loc. (5) 2. Cor. 9. 6. Hngo Card. ad hunc. loc.

premios los mas grandes é inefables, no habiendo sido escaso sino muy abundante en sembrar en esta la simiente de merecimientos que deben infaliblemente producirlos? No, no permite que lo dudemos la abundancia de merecimientos que sembró en esta vida mortal en el campo bien cultivado de su alma, y que debe producir infaliblemente la abundancia de los premios que á aquella en la otra vida corresponde, segun la promesa del Señor. Estos premios son respecto de nuestro Venerable, ya *la gloria esencial* proporcionada á sus méritos, y ya *una gloria accidental grande* con que el Señor se ha dignado condecorarle.

I. La gloria esencial de los Bienaventurados consiste, segun mi seráfico Doctor (1), en ver á Dios claramente, ó como dice el Apóstol, cara á cara (2): en amarle perfectamente: y en gozarle ó poseerle por toda una eternidad sin temor ni peligro alguno de perderle. Quan grande sea esta dicha, aun en el mas mínimo de los ciudadanos del Cielo, es tan imposible comprehenderse por hombre alguno mortal, como lo es encerrar á todo el universo en un puño, y meter en un pequeño vaso todas las aguas del piélago: como el P. S. Gerónimo ya difunto y bienaventurado se lo dixo al gran Padre San Agustin en la ocasion que iba á componer un tratado sobre esta materia. Ello es que como dice el Apóstol, ni ojos viéron, ni oidos oyéron, ni subió jamas al corazon del hombre lo que Dios tiene preparado en la otra vida á los que en esta le sirven y le aman (3): y que no son dignos de compararse los trabajos de la vida presente con la gloria venidera que nos espera (4): porque una tribulacion ó trabajo momentáneo obra en nosotros, ó nos comunica de un modo maravilloso un peso eterno de gloria, cuya solidez y excelencia es infinita, eterna é incomparable (5). Esta es la bienaventuranza principal, propia y verdadera de los justos: esta es la vida eterna que está prometida á los que exáctamente guardan los divinos Mandamientos (6): y esta la herencia inmensa que estaba destinada para que nuestro paisano venerable la poseyese despues de finalizar la larga y penosa carrera de su peregrina-

(1) S. Bonav. in 4. dist. 49. part. 2. quest. 5. in resp. ad arg.

(2) 1. Cor. 13. 12. (3) 1. Cor. 2. 9. (4) Rom. 8. 18.

(5) 2. Cor. 4. 17. Vide Scio hic. (6) Matth. 19. 17. Alap. hic.

nacion en aquel grado relevante que á sus grandes méritos y excelsas virtudes correspondia. Así parece lo demuestran ya *las disposiciones con que él se preparó para su muerte, ya los prodigios que posteriormente han sucedido.*

I. Aquel *Estote parati*: estad siempre preparados para morir, que nos dixo Christo Bien nuestro en su Evangelio (1), y que es un medio eficaz para alcanzar el dón precioso é inestimable de la perseverancia, lo practicó con la mayor exâctitud nuestro venerable paisano Fr. Santiago toda su vida, que en él fué una continua preparacion para la muerte. El se dispuso para ella muy de antemano, teniendo siempre ceñidos sus costados con el cingulo de una incesante mortificacion, y llevando en sus manos la antorcha de una fe viva, ó acompañada de obras buenas: semejante á aquellos criados fieles que están continuamente en vela esperando la venida de su Señor (2), para abrirle la puerta luego que llamé. No fué nuestro Venerable del número de los que son representados en esta parte por aquellas vírgenes fatuas de que habla el Evangelio (3), que aguardaron á prevenir sus lámparas con el aceyte de las buenas obras, quando puntualmente debian tenerlas ya preparadas con antelacion para salir á recibir al divino Esposo Jesuchristo, luego que con los golpes de la última enfermedad llamase á las puertas de su corazon: motivo por el que fuéron excluidas de las celestiales bodas y reprobadas para siempre. Ni fué tampoco como aquel necio rico, que teniendo llenas de granos sus paneras y hechándose cuentas para muchos años en que podia con tantos bienes darse á banquetes, descansar, comer y beber con abundancia, fué sobrecogido de la muerte y llevada su alma al Infierno en la misma noche en que vivia de su último fin mas olvidado (4). Ni ménos fué como aquel siervo malo, que pareciéndole ha de tardar en venir á visitarle su Señor, ó á tomarle cuentas, toma de ahí motivo para ser con sus consiervos insolente, para darse todo á las delicias, y para abandonarse á los vicios mas exêcrables (5): al qual vendrá á juzgar el supremo Juez en la hora que ménos lo espera, y le separará de la felicidad de

(1) *Luc. 12. 40.* (2) *Ibid. 33. 36.* (3) *Matth. 25.*

(4) *Luc. 12. á 16. usque ad 20.* (5) *Matth. 24. 48. Vide Scio hic.*

sus escogidos, dándole la suerte que corresponde á los réprobos é hipócritas (1).

No, no fué nuestro Venerable del número infinito de estos necios é inconsiderados, sino como aquel siervo fiel y prudente que constituido sobre la familia de sus sentidos y potencias para darles á sus tiempos debidos el alimento espiritual que les corresponde segun el beneplácito divino, fué hallado en esta útil ocupacion quando vino su Señor á visitarle. Feliz á quien el Señor hallare tan bien ocupado: porque es indubitable que lo constituirá sobre todos sus bienes, esto es, lo llevará á la Gloria, que es el compendio de todos, en recompensa de su prudente fidelidad (2): como no dudamos haberlo ya executado con nuestro Venerable en premio y recompensa de la suya.

Pero yo no debo contentarme con hablaros solo de la preparacion remota para la muerte, que se observó siempre en nuestro Venerable, y que debe procurar todo Christiano, si no quiere arriesgar su salvacion: debo hablaros tambien de sus próximas disposiciones para morir, porque de ellas es de quienes debia de depender el éxito favorable de la suerte que esperaba, y por la que con indecible anhelo habia trabajado toda su vida. Setenta y quatro años y medio poco mas ó ménos contaba de edad nuestro Venerable, quando el Señor se sirvió comunicarle la noticia anticipada de su muerte: sin duda que con el fin de que se fuese disponiendo para ella. Favor singularísimo, que el Real Profeta David deseaba con vivos deseos y pedia al Señor con fervorosas instancias, para saber si le faltaba mucho ó poco tiempo de vida en que habia de sufrir las persecuciones de sus enemigos: *Notum fac mihi, Domine, finem meum: et numerum dierum meorum quis est, ut sciam quid desit mihi* (3).

Un año ántes de morir nuestro Venerable Fr. Santiago falleció un Religioso de su convento, Director y Padre suyo espiritual. Entróse aquel á rezar por su difunto Padre en el sitio ó lugar donde se hallaba de cuerpo presente, y concluida su oracion, se volvió á los que le estaban velando, y les dixo: *Ahora me sigo yo*. Y efectivamente se verificó como

(1) *Ibid.* v. 51. *P. Scio hic.* (2) *Ibid.* v. 47. *Idem P. Scio hic.*
 [3] *Psal.* 38. 5. *Titelm. hic.*

lo predixo el Venerable. Este mismo conocimiento de la cercanía de su muerte parece le demuestra el haber hecho algunos días ántes de caer enfermo el desapropio que se acostumbra hacer entre los Religiosos, el que tal vez previó no podría hacer despues, ó no con tanta facilidad, á causa de habérsele embargado en la enfermedad sus sentidos.

La alegría con que recibió tan feliz nueva, fué igual al deseo ardientísimo que ya tenia de verse suelto de las prisiones de la carne para volar á Jesuchristo. Habia mucho tiempo que así lo deseaba, y quizá no seria una vez sola la que, viendo frustradas sus ansias, se quexaria con David, que se le prolongaba demasiado su destierro (1). No era nuestro Venerable alguno de aquellos á quienes segun el Oráculo divino (2), es amarguísima hasta la misma memoria de la muerte, por poner esta fin á todos sus gustos y prosperidades transitorias; ántes bien el recuerdo de ella le era tan dulce como la miel, y apetecia su venida con la misma ansia con que el siervo fatigado del calor suspira por la sombra, y con la que el jornalero espera el fin del dia para concluir sus trabajos y recibir el salario correspondiente á sus fatigas (3). Sabia muy bien que la muerte era la puerta por donde habia de entrar al goce de aquellos bienes eternos, cuya grandeza tenia en mucha parte comprendida, por haberlos gustado ya de antemano del modo que es posible á un viador. Y así como el haber probado el agua, ó tenerla á la vista, irrita y enciende mas la sed de los que están ansiosos de este licor, así el haber probado aquellos inefables gozos que el Señor le habia dado á gustar con no poca frecuencia y abundancia en sus altísimas contemplaciones, habia de tal modo irritado y encendido la sed ardiente que ya tenia de gozar plenamente del sumo Bien, que parecia serle ya imposible tolerarla. O! quantas veces diria con David! *Mi alma ha estado sedienta del Dios fuerte, vivo: ¿quando vendré y apareceré ante la cara de Dios? Sitivit anima mea ad Deum fortem, vivum: ¿quando veniam, et apparebo ante faciem Dei* (4)? ¿Que júbilo, pues, no seria el de su alma, quando el Señor le envió el aviso de estar ya cercano el término de su peregrinacion?

Lo cierto es, que desde el tiempo en que parece pudo

[1] *Psal. 119. 5.* (2) *Eccli. 41. 1.* (3) *Job. 7. 2.* (4) *Psal. 41. 3. P. Scio híc.*

recibir tan plausible noticia, se le notaba un modo de vida tan divina, que mas que morador de la tierra, mostraba ser ciudadano de la Gloria. Desde entónces empezó á prepararse para su muerte con un cuidado nunca visto en el desempeño de sus obligaciones, con un fervor extraordinario en la práctica de las virtudes, con una devocion sin igual en sus espirituales ejercicios, y con una caridad tan encendida con Dios y con sus próximos, que parecia un horno de vivo fuego. Así prosiguió nuestro Venerable Fr. Santiago todo el tiempo que medió desde la noticia de su cercana muerte hasta que le asaltó su última enfermedad, templándole entre tanto el Señor la sed inextinguible que tenia de gozarle con plena posesion, con los frequentes soberanos ilapsos y sobrenaturales favores en que se le daba á sí mismo como en posesion, aunque momentánea y transeunte.

Al fin, ya dispuso el Señor dársele plenamente del modo que lo hace con los Bienaventurados, manifestándosele, no ya por entre los velos de la fe, sino cara á cara; y como es imposible al hombre de ley ordinaria ver á Dios de este modo sin morir (1), fué Dios servido visitarle á este efecto con la última enfermedad, que le asaltó el dia cinco del mes de Enero del año de mil setecientos noventa y quatro entre las diez y once de la mañana. Fué esta un accidente de perlesía que le privó de todo movimiento y uso de los sentidos, y le reduxo á un estado deplorable. Apénas se supo este accidente en la Comunidad, quando todos los Religiosos acudieron á visitarle, llorando con lágrimas tiernas la pérdida de un hermano tan amable, que atendidas las circunstancias de sus achaques habituales y su edad, consideraron desde luego muy cercana. Aderezáronle su infeliz camilla lo mas pronto y del mejor modo que pudieron, y le metieron en ella: llamaron al Médico de la casa: y este le mandó dar una sangría, á cuya operacion executada al anochecer de aquel dia, le sobrevino una apoplexía tan recia con movimientos convulsivos tan extraordinarios, que se creyó acabase la vida por instantes. Administrósele por este motivo el santo sacramento de la Extremauncion, y se practicaron con él las demas christianas diligencias que se estilan entre los Religiosos en aquel

(1) *Exod.* 33. 20. *Vide Tirin. ad hoc caput, §. 13.*

modo que fué posible en una situacion semejante. Tres dias estuvo aletargado sin tomar el mas escaso alimento, ni aun usar de los sentidos para cosa alguna: al cabo de los quales contra toda esperanza volvió en sí de su letargo (que mejor llamaremos profundo éxtasis) con un semblante perfectamente apacible como si saliese de la oracion mas recogida, ó como si despertase de un sueño el mas dulce y sosegado. Empezó á abrir los ojos, á reirse modestamente, á tomar alimento, á oir lo que se hablaba, y aun á hablar, pero como entre dientes, de manera que no se le entendia lo que pronunciaba. Solo se le pudo percibir algunas veces esta expresion: *Ay Jesus!* y quando se le preguntaba por el estado en que se hallaba, no respondia sino con aquel versículo del salmo cincuenta penitencial: *Amplius lava me ab iniquitate mea: Lavadme, Señor, mas y mas de mis culpas y pecados.* Señal evidente de que estaba su interior devotamente ocupado en el trato con su Dios, y en el negocio importantísimo de la salvacion de su alma.

No dexa de tener esto alguna alusion con lo que en lance igual practicaba y enseñaba á practicar su gran Padre San Agustín, quien habiendo mandado escribir y colocar en la pared de enfrente de su lecho los salmos penitenciales de David, los leia y pronunciaba frecüentemente con muchas y devotas lágrimas, diciendo alguna vez á los circunstantes: *que ningun Christiano por bueno que fuese, y aunque no hubiese cometido pecado alguno grave despues del Bautismo, debia dexar de disponerse á salir de esta vida mortal con una saludable y condigna penitencia* (1). Así lo hizo puntualmente Fr. Santiago, y en esto nos dexó un argumento convincente, ya de lo muy versado que se hallaba en la doctrina y documentos de su gran Padre, ya del santo teson de su humildad profunda con que se juzgaba reo en la presencia de Dios, estando cargado de virtudes y merecimientos.

En este estado y practicando estas santas disposiciones para morir, continuó nuestro Venerable por muchos dias en que fué asistido y visitado, no solo de los Religiosos, sino de toda clase de personas de la ciudad, que viéndole en aquella triste situacion, no podian contener sus lágrimas: edificandose de la alegría que se notaba en su rostro, y de la resignacion, conformidad y paciencia heroyca con que toleraba

(1) *Posidon. in vita S. Aug. circa fin. et Lect. 3. Noct. 2. ejus Officii.*

los dolores acerbos de su penosa enfermedad. Como el concepto que todos habian formado de su virtud y santidad era tan grande, tocaban á él rosarios, medallas, estampas y reliquias: cada qual se llevaba lo que podia de las alhajas y utensilios despreciables de su pobre celda: y hubo persona condecorada que no teniendo ya cosa alguna de que poder echar mano, y deseando no irse sin llevar algo del Venerable para guardarlo como reliquia, acordó cortarle unos quantos cabellos de su cabeza, que guardó como la mas apreciable joya. Hasta algunos Señores Prébendados de la Catedral en prueba de su devocion con el Venerable, traxéron pintores que le retratasen, como lo hicieron en todo este tiempo en que permaneció no perfectamente despejado, aunque algo mas aliviado de su accidente.

Llegó el dia diez y siete del referido mes, en el que á las once de la mañana poco ménos le entró á visitar el Médico, y hallándole ya despejado enteramente, restablecido al uso cabal de sus sentidos, y que contestaba bien á las preguntas, ordenó de acuerdo con el Prelado, que se hallaba presente, se le administrase inmediatamente el santísimo Viático, como en efecto se executó al instante para no perder una ocasion tan oportuna. Bien que no habian dudado los Religiosos se les presentase esta, ni temian se les fuese sin el sagrado Viático por haber sido siempre muy grande su devocion con el santísimo Sacramento de la Euchâristia. Fuéron muchas las personas del siglo que ademas de la Comunidad concuerrón á un acto tan devoto y tan tierno: y entre ellas se halló tambien presente un Señor Prébendado de la Catedral. Los afectos de humildad en que se abismó al considerar dentro de su pobre celdilla al Señor de todo el universo, los dulcísimos coloquios que interiormente tuvo con su adorable Criador, los sentimientos de agradecimiento en que como cera se derretia y liquidaba su alma al calor de la consideracion de tan inestimable beneficio, el fervor con que exercitó en aquella ocasion los actos de contricion de sus culpas, de fe, de esperanza y otras virtudes, la alegría en fin, el júbilo y el amor encendido con que recibió por última vez en este destierro á su amabilísimo Jesus sacramentado, no es posible que yo os lo pondere, cómo es debido: porque excede mucho aun á lo que de ello podemos pensar ó comprehender. Lo que po-
dré

dré deciros es, que en el mismo momento en que recibió al Señor, se le puso el rostro tan encendido como si fuera una asqua de fuego: portento, que advertido por el caballero Prebendado, le obligó á exclamar y decir á los circunstantes: *¡Miren ustedes que cara!* ¿Que volcan de amor divino no arderia dentro de aquel pecho, quando no podia ya contenerse dentro de sus límites, y se desahogaba en llamas por su semblante?

Pero ¡que prodigio! parece que aquella bendita alma solo estaba esperando fortalecerse, como Elías, con este sagrado pan de los Ángeles para la última lucha que le restaba, y para su viage ó partida á la Eternidad: porque luego que le recibió, le repitió el insulto, y volvió á quedar de nuevo sin habla, privado del uso de los sentidos y de todo movimiento natural, percibiéndosele estar vivo por sola la respiracion, que era violenta, anhelosa y acelerada, y con suspension en algunos pequeños intervalos. Así prosiguió padeciendo una agonía prolixa y terrible por el dilatado espacio de casi dia y medio, hasta que como á eso de las diez de la noche del dia diez y ocho se advirtió por los Religiosos que le velaban, habérsele parado de todo punto la respiracion, con lo que conocieron que su venerable hermano caminaba con veloces pasos á la muerte. Avisaron sin detenerse un punto á la Comunidad, que congregada en la celdilla del venerable moribundo, empezó á cantar los salmos, pæces y oraciones con todo lo demas que se acostumbra en semejantes lances, concluyéndose todo, porque dió lugar á ello el haber durado media hora la agonía. En toda ella estuvo nuestro Venerable abriendo y cerrando la boca con mucha suavidad hasta el instante de exhalar los últimos alientos, en el que abriendo blandamente la boca dió un dulce suspiro y pronunció un *Ay* con toda claridad: y volviendo á abrir su boca por otras tres veces con igual serenidad que la primera, entregó su felicísimo espíritu al Criador á las diez y media de la noche del dia diez y ocho, que fué un Sábado, del mes de Enero de mil setecientos noventa y quatro, á los setenta y cinco años, seis meses y seis dias de su bien aprovechada edad, á los quarenta y uno de Religioso profeso, y á los catorce dias de su enfermedad última: no dexándonos duda que su alma, sirviéndole de escolta los Ángeles del Cielo, y acompañada de la Reyna de todos ellos María Santísima á

quien tan tiernamente habia amado acá en la tierra, fuese á gozar como herencia perpetua prometida á sus virtudes los inmensos premios de gloria esencial correspondientes á sus grandes merecimientos.

¿Que te parece ya, amado pueblo, de la muerte de este justo? ¿Es digna de envidiarse, ó no lo es? ¿Queríais morir con una muerte semejante, ó con otra diferente? Ah! Ella será siempre envidiable; porque de qualquier modo que suceda, siempre es preciosa en los ojos del Señor la muerte de sus Santos: *Pretiosa in conspectu Domini mors sanctorum ejus* (1). Por mas que á los insensatos les parezca que los justos perecen enteramente, quando mueren (2): por mas que reputen por afliccion su salida de este mundo: y por mas que se finjan que su fin es infeliz y desgraciado, él es y será siempre apetecido de quantos guiados de la infalible antorcha de la fe, sepan que el justo, quando fuere preocupado, ó sobrecogido de la muerte, irá á gozar del eterno refrigerio (3). Y con razon, porque conocen que los justos han de vivir para siempre una vida gloriosa y bienaventurada: que la recompensa de sus trabajos está en manos del Señor que quiere y puede dársela abundante: y que el Altísimo tiene puestos en ellos sus pensamientos y cuidados para protegerlos contra todo mal, para defenderlos de todos sus enemigos, y para dar despues de esta vida á sus pasadas aflicciones una condigna y mas que condigna remuneracion (4).

¿Será tan envidiable la muerte de los impíos y de todos los pecadores? Pero ¿como ha de serlo, despues de asegurarnos el Espíritu Santo que su muerte es pésima y abominable? (5). Aun quando ellos mueran al parecer con gran quietud, que salgan de este mundo con todos los socorros espirituales de la Iglesia, y que finalicen pacíficamente en lo exterior la carrera de su vida: aun quando no sea en lo temporal tan desastrada su muerte como la de Saul (6), Absalon (7) y Achitophel (8) que infelizmente perecieron: aun quando finalmente parezca mueren en el ósculo santo del Señor, ó en su gracia, por alguna equívoca señal de penitencia, siempre

(1) *Psal.* 115. 15. *Vide Lorin. hic.* [2] *Sap.* 3. 2. *Alap. hic.*

(3) *Sap.* 4. 7. (4) *Sap.* 5. 16. *Vide Alap. hic.*

[5] *Psal.* 33. 21. (6) 1. *Reg.* 31. 4. (7) 2. *Reg.* 17. 23.

(8) *Ibid.* 18. 14.

será detestable y miserable su muerte como la de Antíoco (1), la de un Júdas (2) y otros muchos, que diéron antes de morir muchas señales de arrepentimiento y dolor que les fué inútil por no haber sido verdadero. Es, pues, de todos modos pésima la muerte de semejantes pecadores: y en ella á pesar suyo experimentarán los malos, como dice San Bernardo (3), dolor en la salida de este mundo, horror en el tránsito á la Eternidad, confusion y pudor al presentarse al eterno Juez de vivos y muertos, que en aquella hora les dará su merecido.

¡Quan diferente la muerte de los buenos! Ellos encuentran en ella descanso de sus trabajos, gozo de la novedad de la vida y seguridad de la Eternidad feliz en que ya entran (4). Su muerte no debe llamarse muerte, sino libertad del alma de las prisiones del cuerpo, fin del destierro, consumacion de los trabajos, término de su peregrinacion, vuelta á la amada patria y entrada á la Bienaventuranza de la Gloria: porque todo esto es la muerte de los justos, y todo esto fué la de nuestro venerable difunto Fr. Santiago. ¿Quien, pues, no envidiará una muerte tan preciosa? Mas ay! amado púeblo mio! No dudo que habrá muchos entre vosotros y que aun todos tal vez envidiarán la muerte de este varon justo, y que desearán morir como el murió; pero tampoco me queda duda de que en los mas no es este deseo sino una veleidad ineficaz, igual á la que tuvo el malo y corrompido profeta Balaan, quando deseaba que su alma muriese de la muerte de los justos, y que el último de sus dias fuese al de aquellos parecido: *Moriatur anima mea morte justorum, et fiant novissima mea horum similia* (5).

Hay muchos que quisieran morir como los justos; pero son muy pocos los que desean vivir como ellos. Todos desean morir bien; pero son muy contados los que quieren vivir así. Estos quisieran el premio sin el mérito, la corona sin la victoria, la victoria sin la pelea, y la pelea sin la fatiga. Quisieran morir como Religiosos, y vivir como mundanos. Quisieran á la hora de su muerte ser asistidos de sacerdotes y Ministros del Altí-

(1) 2. Mach. 9. 28. (2) Matth. 27. 5. (3) Apud Alap. Comment. in Sap. cap. 3. vers. 1. (4) Vide S. Bern. Epist. 105. et ejusd. Sent. n. 6. (5) Num. 22. 10. Alap. et Scio hic.

sino que los consolaran y auxiliaran: quisieran no les faltase en trance tan apurado el socorro de los santos sacramentos: quisieran tener en aquellos últimos momentos abundantísimas gracias para arrepentirse de sus culpas, para llorar sus pecados, para vencer á sus fieros enemigos y para perseverar hasta el fin; pero estos mismos suelen ser por lo comun los que en vida desprecian y vilipendian á los Ministros de Dios: los que vociferan que no hay gente mas inútil á la sociedad, los que no reciben sino de año en año y esto á fuerza los sacramentos de la Iglesia: los que abusan de ellos enormemente cometiendo en su recepcion detestables sacrilegios por recibirlos indispuestos: y los que no se quieren aprovechar, miéntras viven sanos, de los auxilios, de las inspiraciones y de las gracias que el Señor les da para ser buenos. Quisieran que á su partida de este mundo saliesen los Angeles á recibirlos: que los recreasen con músicas celestiales: y que los llevasen en sus palmas al Empíreo; pero esto sin la obligacion de retirarse en vida de los concursos y encuentros peligrosos, de evitar las músicas profanas, de no oír los cantares provocativos y de no asistir á los bayles y otros entretenimientos perniciosos. En una palabra: los mas quisieran llegar al término de la jornada sin haber andado el camino: la gloria sin la cruz, el Cielo sin el trabajo de conquistarle, el descansar sin trabajar y el gozar sin padecer: que es lo mismo que decir, que quisieran el fin sin practicar los medios indispensables para conseguirle.

Que contradiccion! que inconsequencia! Estos suponen ó quieren suponer, que Dios á los justos les da el Cielo de balde, ó que una buena muerte, que es el principio de la Bienaventuranza, no depende de una buena vida. Pero uno y otro es engaño manifesto: porque como se vive, así se muere, y es indubitable que el que viviere como impío y pecador, como pecador y como impío morirá: y que el que viviere como los justos viven, logrará tambien la feliz muerte de los justos (1), como no dudamos haberla logrado nuestro venerable difunto. Sus disposiciones y preparaciones para la muerte nos demuestran con la mayor evidencia lo muy preciosa que ella fué en la divina aceptacion, y nos manifiesta

(1) *Atap. Comment. in Num. sup. cit. loc.*

con una claridad, que al parecer no dexa lugar á la duda, que él logró el dón precioso de la perseverancia final, y con él como herencia perpetua los inefables premios de gloria esencial que á sus méritos y virtudes heroicas eran correspondientes, para que así viesen todos, quanto importa servir á Dios con fidelidad y dedicarse á la virtud: *Et ipse obtinuit hereditatem: ut viderent omnes filii Israël, quia bonum est obsequi sancto Deo.*

2. Pero aun demuestran al parecer mas evidentemente esto mismo los prodigios que á la muerte de nuestro venerable difunto sucedieron: porque fundan un argumento nada vulgar, aunque ántes de la decision de la Iglesia nunca pasará de una piadosa congetura, de su relevante santidad y de la grandeza de gloria de que ya goza (1). Lo primero que se advirtió despues que espiró el Venerable, fué el haber quedado su cuerpo sin los horrores de cadáver, y no sentirse en él ni en su celdilla los olores desagradables que suele exhalar la humana fragilidad en estas ocasiones. Quedó tambien su cuerpo flexible y tratable, y aun despues de quatro dias que permaneció insepulto, conservaba su color natural, y despedia de sí un olor muy agradable, sin embargo de haber sido preciso depositarle en una humedísima bóveda de la iglesia sobre otro cadáver no muy antiguo, en donde permaneció casi un dia entero ántes de darle á la sepultura en que últimamente fué enterrado. Y en fin, conservó aun despues de muerto aquella serenidad apacible y aquella natural alegría que mantenía quando vivo, pudiendo sospechase, si aquel rostro era de hombre dormido, ó de hombre de quatro dias difunto. La noticia de su muerte se esparció por la ciudad populosa de Sevilla sin saber como: á la manera tal vez que se publicó la de algunos Santos, que se sabe fué publicada por algun prodigio para acreditar el Señor la gloria de sus siervos.

No fuéron estos los únicos que obró Dios para testimonio de la que ya gozaba el Venerable Fr. Santiago; y para proceder con claridad, hablaremos primero de los que á este efecto se notáron en los quatro dias en que permaneció inse-

(1) *Benedict. XIV. De Servor. Dei Beatif. lib. 3. cap. 38. et lib. 4. part. 1. cap. 7. num. 18.*

pulto, y en segundo lugar de los que despues acaeciéron. Entre los innumerables que al dia siguiente á su muerte fuéron á visitar al Venerable ya amortajado y puesto en su féretro en la sala destinada para este fin, entró un Religioso sacerdote del mismo convento, que habia algunos años estaba padeciendo de perlesía. Despues de haber rezado por su difunto hermano, empezó á clamar delante del cuerpo con estas expresiones: *Hermano Santiago, si estás en la presencia de Dios, pídele que si me hallo en su gracia, y me conviene, me saque de este mundo quanto ántes, por ser mucho lo que padezco.* ¡Cosa prodigiosa! Condescendiendo el Señor á la súplica que por medio de su hermano difunto hizo el sacerdote, dispuso que entre una y dos de la tarde del mismo dia le repitiese la perlesía con tal furia, que convertida en apoplexia dió con él en la sepultura ántes de habérsela dado al siervo de Dios.

Aun es mayor el prodigio que se sigue. En la noche del veinte, dos dias despues del fallecimiento del Venerable, habia determinado el R. P. Prior enterrarlo á puerta cerrada para obviar algunos inconvenientes, que se habian notado en el tiempo que habia estado expuesto para satisfacer á la piedad, y que era verosímil se fuesen aumentando en adelante; pero ántes de ejecutarlo, quiso que los facultativos inspeccionasen el cadáver para ver si estaba incorrupto. Viniéron, pues, por orden ó recado que les embió, el Médico y Cirujano de la casa, y á presencia de dicho R. P. Prior y de otros tres Religiosos que llamó para testigos, hicieron el reconocimiento, y no halláron en todo el cuerpo el menor principio de corrupcion, y sí casi mas flexibilidad que quando estaba vivo, lo que los dexó muy admirados. Pero quedáron con mayor asombro, quando advirtiéron que no solo estaba incorrupto el venerable cadáver, lo que atendidas diversas circunstancias publicáron por cosa naturalmente imposible, sino que con estupendo prodigio viéron disuelta y totalmente desvanecida una hernia incurable, cuyas molestias habia padecido en el largo discurso de su vida. A estos prodigios se agregó otro nuevo no ménos estupendo, y fué que advirtiéndolo los circunstantes estar las venas muy llenas, determináron de comun acuerdo darle una sangría en el pié izquierdo: lo que efectivamente executó el Cirujano sin confricar ántes la parte,

ni poner ligadura, ni hacer otra alguna diligencia mas que la de picarle la vena. Lo creeréis? Despues de dos dias casi enteros que habia muerto, salió de sus venas sangre líquida con tanta abundancia, que fué bastante para empaparse un paño grueso y para teñir varios pañuelos que los devotos aplicaban á la cisura, á fin de recoger una reliquia de tanto precio. No pudieron contenerse muchos de los que estaban presentes de derramar devotas lágrimas de ternura y devocion á vista de esta maravilla, que continuó en parte todo el tiempo que estuvo el cadáver del venerable difunto sin sepultarse, porque hasta entónces estuvo arrojando la cisura sangre líquida de un color tan natural, como si fuera de un cuerpo vivo y no de un cadáver de tantas horas exánime.

Mas sobre todos estos prodigios con que Dios quiso manifestar la virtud y la gloria de este su fidelísimo siervo ántes de ser sepultado su cadáver, debe colocarse el que por sus particulares circunstancias y por la enseñanza que contiene, parece excede á los referidos. En uno de los dias en que estuvo el venerable cadáver expuesto en la iglesia para satisfacer al piadoso deseo del innumerable concurso que á verle se juntaba, concurrió tambien un Religioso sacerdote de la venerable Orden de la Cartuja. Este se habia empeñado con el R. P. Prior del Pópulo le introduxeran dentro de la valla, donde tenían al venerable cadáver para resguardarlo de las consideraciones del pueblo. Introducido allí aquel devoto sacerdote, notando la devota conmocion de tantas gentes, oyendo las particularidades que del siervo de Dios se referian, admirando su incorrupcion, percibiendo su olor agradable, mirando aquel semblante tan alegre y sereno, y no echando de ménos las demas circunstancias que eran á todos manifiestas, se acercó al féretro, y llevado de su piedad y devocion hácia el Venerable, le tomó una de sus manos, y la llevó á su boca para besársela. Hasta que llegó cerca de sus labios la pudo llevar con la mayor facilidad; pero al ir á imprimir en ella el ósculo, sintió que hacia la accion de retirarse para que no se la besase. Quedó confuso el buen sacerdote; pero reflexionando no hubiese sido casualidad originada de alguna causa natural que la motivase, volvió pasado un rato á repetir la diligencia de besar la mano del Venerable, haciéndolo con mayor reflexion y devocion que la vez primera. Pero en esta se-

gunda vez, aunque se la dexó tomar francamente, al querer besarla, la retiró hácia sí con un impulso mas fuerte para excusar se la besase un sacerdote. Asombrado este y lleno de confusion, y juzgando humildemente que por algun defecto suyo que no conocia, desmerecia aquel consuelo, deseoso de lograrle, hizo interiormente esta oracion al Venerable: *Servivo de Dios, me reconozco por indigno de besarte las manos, y te suplico que ruegues á Dios por mí, y le pidas que me quite todo lo que hubiere en mí desagradable á sus ojos.* Hecha esta oracion, logró el piadoso y religioso sacerdote besarle con toda facilidad y á su satisfaccion ámbas á dos manos, logrando plenamente sus deseos y recibiendo los muchos consue- los interiores que pueden ya considerarse.

¡Que caso tan prodigioso! El es aun mismo tiempo el testimonio mas auténtico de la humildad de Fr. Santiago y de su reverencia al estado sacerdotal, un apoyo de los mas firmes de la excelsa gloria que goza ya en el Cielo, y una confusion para muchos y muchas de los que viven en la tierra. Testifica la profundísima humildad del siervo de Dios y su veneracion á los sacerdotes, pues la llevó mas allá de la misma muerte. Testifica la celsitud de su gloria: porque es verdad de fe que el que se humilla será ensalzado (1), y que el que se humillare mas en la tierra, será mas grande y tendrá mas gloria en el reyno de los cielos (2). Y es confusion de muchos que viven en el mundo: porque no puede ménos de confundir el que un muerto enseñe á los vivos lecciones de la mas profunda humildad, y que un yerto cadáver les muestre á los ojos la veneracion y respeto que se merece el estado sacerdotal y religioso. Todo era necesario en los tiempos presentes en que, no solo los públicos Libertinos, sino tambien muchos de los que se precian de Christianos parece olvidan la doctrina que en este punto les dexáron sus mayores. ¿Quién no ve el horror y fastidio con que se mira uno y otro estado entre las gentes del siglo? ¿Quién no advierte el vilipendio que se hace de los sacerdotes, ya sean seculares, ya sean regulares? ¿Quién no echa de ver el baxo concepto que unos y otros se merecen entre los mundanos? ¿A quien pueden ocultarse los nombres indecorosos con que estos apellidan muchas

ve-

(1) *Luc. 14. 11.* (2) *Matth. 18. 4. Alap. ad hunc locum.*

véces á los individuos de las Religiones más sagradas? ¿Quién no sabe la grosera incivilidad con que algunas veces son tratados estos por aquellos? ¿Quién ignora en fin el ningún respeto que muchos tienen á todo eclesiástico, el ningún miramiento que se tiene á la altísima dignidad del sacerdocio, y el abuso que muchas veces se hace de los mismos sacerdotes?

Díganlo sino aquellos Caballeros y Señores seculares, que teniendoles en sus casas con el honroso título de Capellanes, los hacen servir de verdaderos criados, ya en los empleos de Mayordomo, ya en los de Agente de negocios, ya en los de comprador, ya en los de cobrador de deudas, ya en los de inspector de sus haciendas, y ya en otros no menos mecánicos é indecorosos, que incompatibles con su estado. Y díganlo también aquellas Señoras, que honrándose de tener en casa un sacerdote Capellan, le tienen, no para que les bendiga la mesa á las horas de comer, no para que les ayude en la educación christiana de su familia, no para que corrija á los sirvientes quando se desbocan ó desmandan, no para aconsejarse con él en las dudas pertenecientes á la conciencia, no para que él con el buen exemplo sacerdotal y con advertencias oportunas inspire la virtud y el santo temor de Dios en toda la casa, no finalmente para otros fines semejantes que son el oficio propio y único de un Capellan sacerdote (1), sino que únicamente le tienen, segun parece, para que les sirva de page y escudero, para que las acompañe á una visita ó á un festin, para que las saque de paseo, para que les dé la mano ó el brazo al entrar en coche ó al baxar, al baxar ó subir alguna escalera, ó al pasar algun mal paso, para emplearle en fin en otras muchas baxezas indignas de su alto carácter y torpemente escandalosas. No ignoro yo la parte que tienen los mismos sacerdotes en su propia desestimacion y de su elevado carácter, quando se sujetan á semejantes baxezas, sea por intereses, sea por veleidad; pero no puede dudarse, que siempre será reprehensible la presuncion de los Señores seglares, que admiten para tales servicios á los Ministros del Santuario, como gravísimamente lo pondera Nro. SS. P. Clemente XIII. (2), y como lo muestra patentemente con exemplo tan asombroso nuestro Venerable ya difunto. Ah! confúndanse ya los ému-

(1) Véase el V. Arbiol, *Fum. Reg. lib. 5. cap. 16.* (2) *Const. Cum primum.*

los de la profesion religiosa y del estado sacerdotal á vista de un prodigio tan estupendo. Aprendan ya los Christianos inconsiderados el respeto que deben tener á los Ministros de Dios y el uso que deben hacer de sus personas. Y admiren todos las portentosas obras del Todopoderoso, que con prodigios de tanta enseñanza quiso manifestar al mundo la gloria y méritos de su siervo, aun ántes de ser encomendado su cadáver al sepulcro.

Los que para este mismo fin obró Dios por medio del Venerable despues de su entierro, fuéron entre otros muchos que se omiten, los siguientes. Padecia una muger unas quartanas pertinaces y de mala calidad habia ya seis meses, y bebiendo un vaso de agua en que habia estado en infusion una hoja de naranjo de las que adornaban el féretro en que estuvo colocado su cadáver, quedó al punto buena sin continuarle en adelante la enfermedad.

Otra muger padecia tambien á causa de un embarazo terribles calenturas, á lo que se agregaba una total inapetencia con profundísimas tristezas. Compadecido de su mal un Señor eclesiástico, le dió en la calle una hoja de naranjo de las que habian tocado el cadáver del Venerable Fr. Santiago, diciéndole se encomendase á él muy de véras. Hízolo así: y guardando la hoja con gran veneracion, dixo con la mayor sencillez: *Santo mio, si acaso lo eres, haced conmigo un milagro.* No bien habia dicho esto, quando entrándose por las puertas de su casa, se sintió con grande apetencia, cesáron los vómitos al instante, y quedó repentinamente libre de sus calenturas, admirándose su marido de tan repentina y maravillosa mejoría.

Otra muger habia padecido una fluxíon tan grande en el oido izquierdo, que se le llegó á formar en la oreja una llagaga. Diéronle un pedacito del hábito del Venerable Fr. Santiago, que tuvo perdido por espacio de tres semanas; pero habiendo vuelto á encontrarle, le aplicó inmediatamente á la oreja dañada, y sintió caer de ella como una especie de polvo menudo, y al instante se resolvieron los tumores y quedó enteramente sana. Omito la repentina salud que con la aplicacion de una partecita del hábito del Venerable consiguió un caballero desauiciado de la medicina, y cuya muerte se esperaba por momentos al impulso de un dolor executivo é incurable.

Omito la que consiguió por el mismo medio otro hombre de una berruga crecida, maligna, envejecida y sumamente molesta. Omito la que recuperaron otros muchos enfermos de Sevilla y de los lugares comarcanos que al siervo de Dios se encomendaron. Y omito tambien las veces que acudiendo al M. R. P. Fr. Domingo Garci-Franco, Prior de aquel convento, al sepulcro de nuestro venerable difunto, é implorando el socorro de las varias necesidades que padecia la Comunidad, jamas dexó de experimentar el remedio que pedia, lo que mas de una vez le pareció pudiera graduarse de milagroso.

Todo esto y mucho mas omito de los sucesos al parecer milagrosos que al entierro del venerable difunto sucedieron, y que sin duda obró el Señor para hacer ver la gloria que gozaba ya en el Cielo su fiel siervo; pero no omitiré deciros, que no son pocos los sugetos á quienes se ha aparecido posteriormente á su muerte, ya para consolar en sus aticciones á los que en ellas le invocaban, ya para dar á otros oportunos documentos dirigidos al bien de sus almas, ya finalmente porque Dios lo ha ordenado así para manifestar por este otro medio la bienaventuranza de este su escogido, como se lee haberlo hecho tambien con otros Santos. En una de las mañanas del mes de Abril, próximo al fallecimiento del Venerable, se levantó muy de madrugada una devota muger del barrio de Triana con el intento de ir á oír la primera misa que se suele decir en la iglesia del convento del Pópulo, y en efecto salió con este intento de su casa ántes de amanecer acompañada de su criado y trasportada de una exórbitante espiritual alegría que le habia quitado de dormir aquella noche, y que le sacaba, sin saber como, de su casa á aquella hora contra su costumbre. Al pasar por el puente, vió con toda claridad al siervo de Dios en la misma forma que quando vivia, y poseída toda de un excesivo júbilo espiritual y como fuera de sí, exclamó y dixo á su criado: *Leonardo, mira al Hermano Santiago*. Miró este hácia el sitio que su ama le mostraba, y vió tambien con toda distincion al Venerable sin que le quedase en esta parte el menor género de duda. Yo no me ocuparé en demostraros la verdad de esta aparicion, porque esta con la autoridad de dos testigos debe suponerse: diré sí, que los efectos que en aquella muger devota ha producido y

produce aun cada vez que se acuerda del suceso, manifiestan ser de aquella especie de apariciones que vienen del Cielo, ó que son hechas por algun Bienaventurado, si hemos de atenernos, como lo debemos hacer, á las doctrinas que nos dan los Santos Padres y Doctores sobre este punto (1).

Es muy particular el suceso que se sigue. Un sugeto de la ciudad de Sevilla que habia conocido y tratado con mucha familiaridad al venerable difunto quando vivia, y en cuya muerte dió pruebas nada equívocas de lo mucho que le amaba, hallándose durmiendo la noche inmediata á la en que murió el siervo de Dios, se le apareció este entre sueños, y con semblante y voz apacible le dixo: *Bien sabes, hijo, lo mucho que siempre te he querido y lo que he hecho por tí: ahora vengo á avisarte y decirte el mal estado en que te hallas, y que te acuerdes hace veinte y dos años cometiste un pecado, y no lo has confesado hasta ahora.* Despertó el hombre con estas palabras lleno de tanto pavor y sobresalto, que lo comunicó tambien á su muger y familia, á quienes despertó igualmente con sus estremecimientos y suspiros. Recobrado algun tanto del susto, se hizo cargo de lo que le habia dicho el Venerable en aquella vision, ó sueño misterioso, y reconoció ser todo verdad: porque lo era el haber cometido el pecado que le dixo, el haberlo cometido en el mismo tiempo que le señaló, y el no haberlo confesado despues jamas. Hizolo inmediatamente con mucho dolor y compuncion con indecible consuelo de su alma, no cesando de engrandecer despues las misericordias que el Señor habia obrado en él por medio de su venerable siervo con tan maravilloso prodigio.

Pudiera añadir á los referidos algun otro de los muchos que el Señor, siempre en sus Santos admirable, ha obrado en crédito de la virtud, méritos y gloria esencial que ya goza en el Cielo nuestro paisano Fr. Santiago; pero los que dexo mencionados me parecen suficientes para quedar de ello convencidos con aquella persuasión que cabe en estas cosas, y que no puede desechar un entendimiento razonable. Si, amados compatriotas, nuestro venerable paisano, desatado de las pri-

(1) Vide huc in re Benedict. XIV. De Serv. Dei Beatif. lib. 4. part. 1. cap. 32. Vide etiam P. Scaram. Direct. mist. tract. 4. cap. 3.

siones de la carne, goza ya en el Cielo la inmensa inefable gloria que sus méritos y heroyca virtud le grangearon. Ya cambió el destierro por la patria, las tinieblas por la eterna luz, el trabajo por el descanso, y las momentáneas fatigas de esta vida por las perpetuas quietudes de la otra. Ya se halla en aquel dichoso lugar, de donde la muerte está desterrada para siempre, donde no habrá mas llanto, gemido ni dolor, y donde habita solo la alegría verdadera. Ya está colocado sobre los astros del firmamento, elevado sobre las celestiales esferas, y puesto en aquel paraiso de delicias inmensas que le estaba desde siglos eternos prevenido. Ya se mira computado entre los hijos de Dios, colocado entre los Príncipes de su pueblo, y acompañado de todos los Bienaventurados. Ya entró en los gozos de su Señor, ya está sentado á la gran cena del inmortal Rey de los siglos, y ya celebra sus bodas y desposorios con el Cordero immaculado. Ya es coronado de honor y de gloria, revestido con la preciosa estola de la inmortalidad, y bañado de inefables resplandores. Ya brilla como el Sol en la presencia de su Dios, ya está unido con lazos indisolubles al sumo Bien, y ya en fin le goza y gozará por perpetuas eternidades en compañía de los Angeles y Santos con fruicion interminable. Todo esto goza ya el que mientras vivió en el mundo despreció su engañosa temporal felicidad, el que tanto trabajó por sujetar sus apetitos, el que tanto esmero puso en guardar la ley de Dios, el que vivió siempre humilde como la tierra, el que se sujetó á todas las criaturas, el que en todo procuró mortificarse y el que tanto anheló y se afano por conseguir la perfeccion de la virtud, caminando ó corriendo sin pereza por sus dificiles intrincadas sendas hasta llegar á lo mas alto de su cumbre.

Ah! ¿y no deberá ser él con esta inmensa inefable gloria en que nuestra piedad le considera ya abismado, un estímulo poderosísimo para emprender desde luego el mismo camino que él siguió, y dedicarnos con todo esfuerzo al exercicio de la virtud, para lograr al fin de nuestra vida una igual inefable recompensa? ¿Que necios seremos si no conocemos esta obligacion! Y ¡que infelices si no la desempeñamos! Por el contrario, seremos en extremo sabios y soberanamente dichosos, si nos hiciéremos cargo de que ninguno será eternamente coronado, sino solo el que legitimamente pelearé: *Non corona-*

bitur nisi qui legitime certaverit (1): si reflexionáremos que ninguno obtendrá la herencia de la Bienaventuranza, si no es hijo de Dios por la caridad y por la práctica de las demás virtudes: *Si filii, et heredes* (2): si nos aplicáremos en fin desde ahora á pelear esforzadamente contra nuestros enemigos, Mundo, Demonio y Carne, y camináremos por el camino de la virtud á imitacion de nuestro paisano venerable. A esto nos debe poderosamente estimular, no solo la gloria esencial que ya goza en el Cielo correspondiente á sus muchas heroicas victorias y á sus grandes merecimientos, sino tambien la grande gloria accidental con que el Señor se dignó al mismo tiempo condecorarle, para que viesen los Christianos, que es bueno y provechoso servir á Dios: *Et ipse obtinuit hereditatem: ut viderent omnes filii Israël, quia bonum est obsequi sancto Deo.*

II. Aunque Dios, como Bien sumo é infinito es con su plena posesion sufficientísimo para saciar infinitamente la inmensa capacidad de los deseos de los justos, aun con todo eso parece como que no se satisface su Magestad con remunerar sus méritos con tan grande y excelso galardón. El no se contenta con concederles la vision clara y la fruición de su Divinidad con sus infinitos atributos y perfecciones, en lo que consiste la gloria esencial de los Bienaventurados, sino que quiso añadirles y concederles sobre aquella otras muchas cosas de las que resultará en ellos otra especie de gloria que llaman *accidental*, porque se funda y sobreviene á la primera. Es de fe que despues del Juicio final han de gozar la que resultará á sus almas por la union que entónces tendrán con sus mismos cuerpos glorificados y condecorados con aquellos quatro dotes de agilidad, impassibilidad, sutileza y claridad que han de tener, segun nos lo dice la Escritura (3), conforme á la exposicion que en los textos que se citan, hace de ella mi seráfico Doctor (4). Pero ántes de esta especie de gloria accidental, les comunica el Señor otras varias especies de ella luego que entran sus almas en el Cielo, desatadas ya de las cadenas de la mortalidad, cuya gloria es tambien mayor ó menor con pro-

(1) 2. Tim. 2. 5. S. Joann. Chrysost. in Exposit. huj. loc.

[2] Rom. 8. 17. (3) Sap. 3. 7. Estius, Tirino et P. Scio hic, et 1. Cor. 15. 42. 43. (4) S. Bonav. in 4. Dist. 49. part. 2. art. 2. qu. 1. in resp. ad arg. Vid. et S. Aug. ap. ipsum ibid.

porcion al número y qualidad de los méritos de los escogidos (1). Así sucederá que el que jamas pecó mortalmente, tendrá mas gloria accidental que el que cometió algun pecado grave: el que pecó ménos, mayor que el que pecó mas: y el que se conservó vírgen toda su vida, mayor que el que perdió esta qualidad inestimable (2). No es mi ánimo detenerme en manifestaros la gloria accidental que nuestro venerable difunto goza ya en el Cielo, la qual le resulta de no haber perdido nunca la joya de la virginidad, y aun la estola blanca de la inocencia bautismal, de cuya posesion hasta la muerte tenemos pruebas y testimonios no despreciables. Hablaré sí de la que consiste en *los honores* que el Señor hizo se le tributasen ya difunto acá en la tierra, y en *la fama póstuma* de su rara virtud y santidad que ha producido y conserva en la memoria de los Fieles.

1. No negará que fué muy honrado este siervo de Dios despues de su muerte, quien sepa que lo son sobremanera en todo tiempo los que son amigos del Señor: *Nimis honorati sunt amici tui, Deus* (3). Parecia muy justo que el que en toda su vida no se habia empleado en otra cosa que en honrar á la divina Magestad de mil maneras, y en procurar que los demas así lo executasen, fuese en su muerte recompensado con el honor correspondiente á lo mucho que en aquello habia trabajado. Efectivamente el mismo Dios ha empeñado su palabra de honrar y glorificar al que á él honrare y glorificar (4): y aunque esta honra la obtuvo siempre el Venerable para con Dios, el Señor quiso que despues de su fallecimiento fuese tambien honrado entre los hombres. Bastará para actuaros en ello haceros una sencilla relacion de lo acaecido posteriormente á su muerte, especialmente en todo aquel tiempo que estuvo su cadáver insepulto.

Apénas se supo en Sevilla la muerte de nuestro Fr. Santiago, quando en la mañana inmediata, que fué la del Domingo, dia en que se celebraba la fiesta del dulcísimo Nombre de Jesus, se conmovió toda la ciudad en tal manera, que

(1) Vide S. Bonav. in 3. Dist. 31. art. 1. qu. 2. in resp. ad arg. ad 2. Vide et S. Aug. lib. de Sanct. Virginitat. cap. 26. (2) Vid. S. Bonav. et S. Aug. loc. immediat. cit. (3) Psal. 138. 17. P. Scio hic.

(4) 1. Reg. 2. 30.

párecia haberse despoblado en aquel día á vista del numeroso concurso que desde la mañana hasta la noche estuvo visitando al venerable difunto, amortajado ya y colocado en la sala de las tribunas, segun que con los demas difuntos se acostumbraba. Allí fué donde los sevillanos empezaron á manifestar mas que nunca el afecto que á nuestro venerable paisano profesaban, el concepto que les merecia y las demostraciones de gratitud á que era acreedor por los muchos y singulares beneficios que les habia dispensado. Si hubiéseis tenido la dicha de hallaros presentes á tan tierno espectáculo, viérais á unos besarle, á otros tocar en él rosarios y reliquias, y á otros, que fuéron los mas, publicarle por Bienaventurado. El Lunes veinte de Enero, dia destinado para darle sepultura, se colocó muy temprano en la iglesia á instancia de algunas personas, y para satisfacer en parte la devota curiosidad de muchas Señoras y mugeres que deseaban verle, las cuales por conseguirlo hubieran tal vez roto la clausura, como habian dicho el dia anterior lo harian, sino accedian á sus súplicas. Dióse principio á su funeral á eso de las nueve, habiendo ántes concurrido á verle una innumerable multitud de gentes que á una voz decian: *¡Que lástima se entierre tan pronto el Santo!* Prosiguióse con la vigilia, ó primer nocturno del oficio de los difuntos, á lo que se siguió la Misa; pero la gritería de las gentes era tal, que nada se oia mas que las confusas voces de aquel desmedido concurso, y era necesario usar de campanilla para responder al sacerdote que decia la Misa, sin embargo de estar el coro de los Religiosos muy inmediato entonces al altar. Concluyóse así: y ya se iba á dar sepultura al venerable cadáver, quando al entrarle por la puerta que sale á los ángulos ó claustros, en donde habia de enterarse en una sepultura comun, se arrojó una multitud de hombres y de mugeres al féretro con furioso desorden para quitarle el hábito, lo que en efecto consiguieron dexando al cadáver casi desnudo, y roto el féretro en que era conducido, sin que fuerzas humanas hubiesen sido bastantes para impedir este atropellamiento. Entre tanto se oian no sin conmocion interior que excitaba á verter devotas lágrimas las tiernas voces de un pueblo, que gritaba: *Que no se entierre el Santo: que no se entierre el Santo.* Fué preciso ceder á estos clamores, y así conduxéron á la sacristia al venerable cadáver que, aunque

con mucho trabajo, pudieron sacar los Religiosos de las manos del pueblo, despues de haberle prometido á este el Prelado que aquella tarde le expondria en la iglesia para satisfacer á las demostraciones de aprecio, devoción y piedad con que honraba á su difunto hermano.

En esta siesta vinieron varios facultativos á retratarle sin que lo pudiesen estorbar los Religiosos, por ser para personas de alto carácter los retratos que habian de sacarse. Quitáronle el medio hábito que le habia quedado y le pusieron otro mas decente: sentáronle en una silla para afeytarle, y aquí fué donde se advirtió estaba aun tratable y flexible, si se puede decir, más que quando estaba vivo. Ultimamente, en cumplimiento de lo prometido, colocaron los Religiosos el cuerpo en medio de la capilla mayor, formando con bancos al rededor una especie de valla para resguardarle de las piadosas inconsideraciones de las gentes, que en número infinito estaban ya esperando por instantes se abriesen las puertas de la iglesia. Luego que esta se abrió, se vió inundada en un momento de toda clase de personas sin que en toda la tarde pudiese verse de ellas desocupada, y aun al anochecer fué preciso usar de mil estratagemas, y aun de alguna especie de violencia para que se retirasen. No era mucho: porque el afecto y devoción que concebian las almas al mirar al Venerable era tal, que les causaba mucho dolor el separarse del féretro en que yacía. Tan lejos estaba de causar en las gentes el comun pavor y horror que suelen infundir con su aspecto desagradable otros difuntos. Como se presentaba tan apacible el de nuestro Venerable, no sabian las gentes como separarse de él, de modo que por este motivo muchos de los que al principio habian estado esperando á las puertas de la iglesia, no pudieron romper por entre el concurso para ver el cadáver en toda aquella tarde.

Arrojada en fin la gente de la iglesia con mucha fatiga, se habia determinado sepultar al Venerable aquella noche para evitar los inconvenientes que podian suceder, y en efecto han sucedido en semejantes casos algunas veces por el exceso de una devocion indiscreta; pero á vista del prodigio de la sangre que salió de sus venas, lo que sucedió en esta misma noche, se dió parte de ello al Señor Provisor de aquel arzobispado, el que concedió se expusiese al otro dia en la iglesia el venerable cadáver conforme se lo habian suplicado los

Religiosos. Llegóse en fin la mañana del Mártes veinte y uno de Enero, y ántes de salir el Sol, ya la iglesia del convento del Populo estaba inundada de gente, que habia madrugado á lograr la ocasion de ver al venerable siervo de Dios, cuyo cadáver estaba ocultado en la capilla del sagrario. Era este sin duda el dia que el Señor tenia particularmente destinado para honrar de este modo á su fidelísimo siervo: pues en él fué en el que con superior impulso movidas viniéron á visitarle en numerosas quadrillas, no solo las gentes de la populosa Sevilla, sino de otros muchos pueblos de la comarca que quedáron en este dia despoblados por participar la dicha de ver el cadáver del Venerable. No es fácil describir la viva y general conmocion del pueblo en este dia, ni el desmedido concurso de personas de uno y otro sexô de la mas elevada gerarquía, que viniéron á tributar obsequiosos sus respetos al que en vida no habia cuidado de otra cosa que de manifestarse vil y hacerse despreciable entre los hombres, á fin de dar á Dios toda la honra. Puede decirse, que apénas quedó aquel dia en la ciudad quien no hubiese venido á visitarle. Canónigos, Prebendados, Religiosos de todas Ordenes, Prelados, Comunidades enteras, Regente de la Real Audiencia, Oidores, Duques, Marqueses, personas de la mayor distincion, Señores de la mayor calidad, nobles y plebeyos, chicos y grandes, en fin toda Sevilla, que parecia haberse en aquel dia despoblado, concurriendo en numerosas tropas á ver y venerar á un hombre que hasta entónces habia sido desconocido á muchos de ellos, y de no pocos perseguido, vilipendiado, injuriado y escarnecido. Sin duda que aun se cumplia en él aquel vaticinio de Isaías que se habia de verificar de la Iglesia de Jesuchristo y de sus miembros vivos por la vida de la caridad: en el qual le anuncia el Profeta, que vendrian á venerarla con la mayor humildad y sumision los hijos de aquellos que la habian abatido, y que adorarian las huellas de sus pies todos los que la desacreditaban, y que la llamarian la ciudad del Señor, la Sion del Santo de Israel: *Et venient ad te curvi filii eorum qui humiliaverunt te, et adorabunt vestigia pedum tuorum omnes qui detrahebant tibi, et vocabunt te civitatem Domini, Sion Sancti Israël (1).*

(1) *Isai. 60. 14.*

Lo dudais? Pues pasad con vuestra consideracion á la iglesia del Pópulo, y suponed que os hallais presentes á tan tierno como devoto espectáculo. Veréis á unos besar con la mayor humildad y devocion los pies del Venerable, otros las manos, y otros aclamarle por varon justo, hombre santo y alma bienaventurada. Veréis á los unos abrazarle, y besarle con ternura, á otros tomar del féretro las hojas de naranjo, las flores y yerbas que por adorno habian colocado sobre su cuerpo, y á otros cortarle el cabello y el hábito para llevarse alguna parte, aunque pequeña, por reliquia inestimable. Veréis á estos tocar en su cuerpo rosarios, escapularios, cordones y correas. Veréis á aquellos cortar como á porfia un pedazo de su correa, tomar una poca de lana de sus almohadas, recogerse las vendas de la sangría que le habian hecho ya difunto, llevarse los paños de los vexigatorios ó cáusticos sin asco alguno, y untar sus pañuelos en la sangre que aun corria de la cisura. Veréis ocupados en todas estas cosas, no solo á un vulgo nimiamente crédulo, no solo á un sexô naturalmente inclinado á los excesos de piedad, sino á las personas mas juiciosas y sensatas, que no se dexan llevar fácilmente de los impulsos de una devocion mal entendida. Veréis á los nuevos soldados que estaban de partida para el Rosellon á la guerra que en los años pasados tuvo España con Francia, pedir con ansia á los Religiosos le diesen una hoja de naranjo, ú otra cosita perteneciente al Venerable, para llevarla en el pecho quando saliesen á campaña. Veréis por una parte encarecer sus grandes virtudes, su profunda humildad y sus asombrosas penitencias. Veréis por otra llorar inconsolables aquellas personas y familias, cuya subsistencia dependia en todo ó en parte de la liberalidad y misericordia de nuestro paisano venerable. A este lado escucharéis las voces de los que publican las maravillas y prodigios de que han sido testigos: por este otro los clamores de los que se encomiendan á él, y le piden les alcance de Dios el socorro en sus necesidades. Veréis:: ¿pero para que me canso? Ya lo viéron todos los moradores de Sevilla y los de los pueblos comarcanos, que lograron la dicha, que nosotros no tuvimos, de hallarse presentes á un espectáculo tan tierno. Preguntadles á estos, y ellos os dirán quales fuéron las demostraciones conque en este dia mostraron los interiores sentimientos de afecto, amor y devo-

cion á nuestro Venerable, de que estaban sus corazones altamente penetrados. Preguntadles las lágrimas de ternura que vertieron á vista de las maravillas estupendas con que el Señor se dignaba clarificar á su siervo: qual fué la conmocion que ellas excitáron en todo el pueblo sevillano, y quales las aclamaciones que se mereció de todos sus devotos moradores. Y preguntadles en fin todas las otras expresiones con que honraron al Venerable, y testificáron el alto concepto que habian formado de su virtud y de su mérito: y os dirán que quanto os tengo de ellò manifestado, aunque bastante, es poco todavía en comparacion de lo que fué en la realidad.

Pero no paráron aquí los honores con que el Señor honró entre los hombres á nuestro venerable paisano Fr. Santiago, sino que quiso que este santo Religioso que tan puntualmente le habia imitado en su vida en las penalidades, en las afrentas y trabajos de la cruz, fuese tambien participante en las glorias del sepulcro: haciendo que fuese en cierto modo honrado y glorioso como el suyo (1). A este fin inspiró á un devoto Caballero de Toledo, como en otro tiempo lo executó con el santo rico Joseph de Arimathea (2), no el que como este á Jesuchristo difunto le cediese el sepulcro que para sí tenia destinado, sino el que fabricase á su costa uno nuevo diferente de los demas, como en efecto lo hizo, enviando (sin descubrirse quien era) maestros, oficiales y quanto fué necesario para concluirle. Entre tanto que este se finalizó, se depositó en una bóveda humedísima de la iglesia sobre otro cadáver no muy antiguo el cuerpo de nuestro Venerable, luego que se pudo lograr, no con poca dificultad, el retirarle en la tarde del Mártes de la vista del pueblo, que quedó sumamente desconsolado con su ausencia. Pero lo quedó mucho mas, quando al dia siguiente Miércoles veinte y dos de Enero en el que esperaban volver á verle, segun se le habia prometido, vió frustradas todas sus esperanzas: porque premeditando despacio el R. P. Prior lo que podia ocasionar el zelo indiscreto, aunque piadoso, de algunas personas, y los desórdenes que ocurririan tal vez con el entierro del otro Religioso, que ya habia muerto, determinó con su Comunidad sepultarle aquel dia por la noche, teniéndole entre tanto

(1) *Ijai. 11. 10.* (2) *Matth. 27. 57. Alap. hic.*

retirado y oculto en la bóveda que se dixo. A eso de las nueve de la noche del citado Miércoles le sacaron de ella, y hallándole tratable, flexible, de grato olor y de color natural, como ántes, le colocaron en una hermosa caja (que costearon sus devotos). A las diez se juntó la Comunidad y otras muchas personas de distincion, que deseaban ver el venerable cádaver y no habian podido lograrlo ántes: y despues de haberse cantado con la mayor solemnidad el Oficio de la sepultura, se le dió esta en el lugar destinado, con sentimiento y lágrimas de los Religiosos sus hermanos y de los demas que presenciaron un acto tan sensible y doloroso para todos. Colocóse, pues, su venerable cadáver en la bóveda particular que se le hizo, y que está en el claustro ó ángulo inmediato á la iglesia, al pié de un altar, donde al presente se halla colocado y se venera el hermoso Crucifixo que tenia en su celda, llevando dentro de su caja una inscripcion de pergamino en la que se hace una sucinta relacion de su nacimiento, vida, muerte y entierro, y teniendo asentada una costosa y primorosa lápida con el epitafio mas sencillo sobre su sepulcro, en cuyo lugar, miéntras el Señor otra cosa no disponga, está esperando la resurreccion universal. Allí van aun á ofrecer al siervo de Dios privados homenajes los muchos que se reconocen deudores á sus singulares beneficios. Allí acuden aun por consuelo los atribulados, por amparo los necesitados, y por remedio los desvalidos y afligidos. Y allí finalmente están presentes los testimonios mas auténticos del afecto con que continuaron mirando á nuestro venerable paisano los piadosos y devotos sevillanos, que no satisfechos con haber franqueado gustosamente quanto se ofreció de gasto en su entierro y sepultura, han ofrecido posteriormente copiosísimas limosnas para adornar el altar que está sobre su sepulcro y abrirle una primorosa lámina.

A estos honores con que Dios ha querido hacer glorioso el sepulcro de nuestro venerable, se pueden agregar las solemnísimas fúnebres exêquias que en Sevilla se le hicieron en el tres de Junio del mismo año de su fallecimiento á presencia de un pueblo numeroso: y bien podemos juntar á aquellas las que, aunque tarde, le estamos ofreciendo, y que, ya sea por el inmenso concurso de gentes de todos los pueblos de este pais que está á mi vista, ya por los respetables cuerpos

eclesiásticos, religiosos y seculares que le acompañan, y ya por el alto carácter de nuestro devotísimo é Illmo. Prelado que con su presencia las honra, serán sin duda para siempre memorables. Tales fuéron los honores con que el Señor se ha servido premiar despues de su muerte hasta el presente las virtudes de nuestro venerable paisano Fr. Santiago. Era á la verdad muy digno de estas honras entre los hombres el que el Rey inmortal de todos los siglos estaba honrando ya en el Cielo entre los Ángeles y Santos, y que queria honrar de este modo sobre la tierra, para que á la gloria esencial que ya gozaba en la vista y posesion del sumo Bien, se le añadiese una nueva gloria accidental, capaz de estimularnos fuertemente para conseguirla á las empresas de una sólida virtud.

¡Que bien diferente es esta gloria de aquella que tanto ansiáron, y por la que hicieron tantos y tan grandes sacrificios los héroes del mundo, á quienes una gloria y honra póstuma profana estimuló poderosamente á las empresas mas arduas y dificultosas (1)! Las alabanzas humanas, los títulos, los timbres, las estatuas, los altares, los mausoleos ó sepulcros magníficos, las inscripciones, las pirámides elevadas, los templos y otros varios monumentos erigidos segun el rito gentílico con que los romanos y otros Gentiles premiáron despues de la muerte las brillantes acciones de sus héroes, bastó para que muchos de ellos se excitasen á executar hazañas de gran valor hasta el morir por alcanzar alguna parte de aquellos póstumos honores. ¿Quanto mas, pues, no deberá ser capaz de excitarnos á nosotros á las empresas de la virtud, ver y creer como verdad infalible, que ha de ser esta premiada despues de la muerte con honores tanto mas excelsos á los de estos, quanto son mayores y mas dignos de ser apetecidos los honores religiosos que los profanos, los que producen en el muerto una verdadera gloria que los que ninguna producen, los que eternamente han de durar que los que se disipan y desvanecen como el humo? Lo cierto es, que esta especie de gloria accidental que nace de las honras hechas despues de la muerte á los que en vida se exercitáron en obras heroicas de verdadera virtud, se nos propone en la sagrada Escritura como un premio no pequeño con que algunos que las practicáron

(1) Vide Beyerlinck, *Theatr. vit. human. verb. Honor.*

fuéron y serán por el Señor condecorados. El hecho solo de la Magdalena con Jesuchristo, que refiere el Evangelista San Mateo (1), quando para honrarle derramó sobre la cabeza del Salvador el unguento precioso que llevaba en un vaso de alabastro, basta para confirmarlo: pues ademas de los grados de gloria esencial que mereció por él, se le premió con la gloria accidental que le resultaria de la memoria que de él se haria en todo el mundo, en donde fuese predicado el Evangelio: *Amen dico vobis, ubicumque prædicatum fuerit hoc Evangelium in toto mundo, dicetur et quod hæc fecit in memoriam ejus* (2). ¿Y no es esto una confirmacion de lo que nos dice el Espíritu Santo por Salomon, que la memoria del justo es siempre acompañada de alabanzas? *Memoria justorum cum laudibus* (3)? ¿Quien lo duda?

2. Ellas con los demas honores que en premio de la virtud de sus escogidos hace Dios les tributen perennemente los hombres despues de su muerte, producen aquella fama inmortal que existe y existirá eternamente en su memoria, y serán tambien por ella producidas. Sí: porque las alabanzas, los obsequios, las veneraciones y demas honores que los hombres tributan á los que en el ósculo santo del Señor han fenecido, nacen de la buena opinion que de ellos tienen y conservan sin poderla borrar jamas de su memoria. Pero ¿que mucho, si es Dios quien se empeña en perpetuarla entre los hombres á pesar de los esfuerzos de sus enemigos? ¿Que mucho, si aunque los malignantes comiéndose de envidia quieran sepultar en perpetuo olvido los hechos ilustres de los que les dan en rostro con su virtud, están estos á manera de timiamas, ó preciosos aromas, difundiendo á todas partes su suavísimo olor, que será siempre agradable á los varones sensatos? ¿Que mucho, si los exemplos de virtud que continuamente exercitan son como una luz, que por mas que los mismos justos quieran por humildad ocultarla, no puede ménos de difundir hácia todas partes sus rayos luminosos? Y ¿que mucho, si ellos con sus heroycas virtudes, y Dios con los milagros que obra por ellos, contribuyen eficazmente á que sea eterno su nombre, su fama, y el crédito de su buena y

(1) *Matth. 26. 7. P. Scio hic. nos. 1.* (2) *Ibid. 7. 13.*

(3) *Prov. 10. 7.*

santa vida (1)? Tal se está puntualmente verificando en nuestro paisano venerable, cuya fama póstuma es una parte principal de las accidentales glorias de que goza, como una porcion no pequeña de la herencia grande que posee en premio de sus anteriores virtudes, para que nosotros veamos quanto nos importa el practicarlas: *Et ipse obtinuit hereditatem: ut viderent omnes filii Israël, quia bonum est obsequi sancto Deo.*

Las virtudes heroycas que en toda su vida practicó confirmadas en vida y muerte con milagros, fuéron voces que no podian menos de difundir su eco por todas partes. Ellas eran como una composicion de olor suavísimo que en todo lugar se percibia; y eran luces brillantes que no podian ocultarse. Su fama póstuma no se limitó solamente al lugar en que habitaba, sino que fué volando rápidamente de pueblo en pueblo, y de provincia en provincia: y muy en breve se vió extendida, podemos decir, por toda España, y aun por otros reynos, adonde han llegado las obras impresas del Apostólico Misionero el P. Cádiz su panegirista incomparable. Ella fué la que hizo en quien conocia á este varon justo, llorar su muerte, como fué llorada en Jerusalem la del piadosísimo Josias. Ella fué la que causó en Sevilla, aquella conmocion universal que ya os he dicho, la que produjo la misma en los pueblos comarcanos á esta ciudad, y la que ha ocasionado en estos pueblos de Sanabria la que en el día estamos experimentando. Y ella fué la que causó en todos los sevillanos aquellas extraordinarias demostraciones de piedad, de respeto y de veneracion con las que concurriéron á verle ya difunto, con las que solemnizaron su entierro y sus fúnebres exequias, y con las que de otros muchos modos han seguido y siguen manifestando á todo el mundo el alto concepto que formaron de su relevante mérito, el que estará para siempre indeleble en su memoria, y en la de los muchos en quienes esta se irá propagando de una á otra generacion en los siglos venideros.

En ellos serán siempre muchos los que hablarán de sus virtudes. Los padres se las contarán á sus hijos, estos á los que salieren de sus entrañas, y estos otros á los que engendrarán en lo sucesivo hasta que el mundo se consume. No te-

(1) *Eccli.* 41. 16.

mais que de nuestro paisano Fr. Santiago y de sus virtudes se verifique lo que dice el Eclesiastes, hablando de la ninguna memoria que se hará de las primeras cosas en los siglos subsiguientes (1): porque esto solo se entiende, dice un docto Expositor (2), de la memoria de las cosas naturales y vanas, y de todo quanto en este punto indaga ó busca la vanidad de los hombres, no de la memoria de las virtudes y obras santas de los justos, con especialidad si son heroycas, como lo fuéron las de este varon santo y venerable. Hasta ahora ha sido siempre su memoria con honor: ella ha sido tan gustosa para todos como lo es al paladar la mas selecta miel (3), y tan grata como lo es la música en un convite suntuoso (4): y no hay motivo para decir que dexé de serlo en adelante. El temor que siempre tuvo á Dios le ha adquirido la reputacion que logró en su vida, la que conservó en su muerte, la que dura aun entre los que de él tienen noticias, y la que permanecerá entre aquellos que en adelante las adquieran. ¡Que bien podemos aplicar al Venerable lo que en otro tiempo se decia de la valerosa Judith: que era en todo famosísima, porque temia mucho á Dios, y no habia quien hablase de ella una mala palabra: *Et erat hæc in omnibus famosissima, quoniam timebat Dominum valdè, nec erat qui loqueretur de illa verbum malum* (5).

¿Quien no ve esto mismo en nuestro paisano venerable? Él es sin duda famoso en todas las cosas, y lo será en todos los tiempos: *in omnibus*. Lo fué en todas sus virtudes, en todos sus dónes, gracias y prerogativas, que el Señor le concedió para bien suyo y de sus próximos: lo fué tambien en su vida, en su muerte, y despues de su muerte: lo ha sido hasta aquí, lo es ahora, y lo será en adelante: mientras durare la memoria de los hombres, de cuya boca no se apartarán jamas sus alabanzas. Cumplirásé en él lo que dice el Eclesiástico, hablando del justo: que el Señor le hará heredar un nombre eterno, dándole en esta vida y en la otra como en dote y como en posesion hereditaria una fama célebre que transmitirá á su posteridad, y durará perpetuamente: *Jucunditatem et exultationem thesaurizabit super illum, et no-*

(1) *Eccles. I. II.* (2) *Alapide in supra cit. loc.* (3) *Eccli. 49. 2.*

(4) *Ibid. P. Scio hic.* (5) *Judith. 8. 8.*

minis aeterno hereditabit illum. (1) Este ha sido y será el premio de este justo por haber sido muy temeroso de Dios, por haber guardado su santa Ley, por haber puesto todo su cuidado en agradarle, honrarle y glorificarle, por haber menospreciado las vanidades del mundo, sus máximas, sus ejemplos, sus haberes, sus plácemes y sus mentidas honras, por haber buscado, en fin, y amado solamente las verdaderas riquezas, las verdaderas honras, la sólida fama y la verdadera gloria, que únicamente puede encontrarse, segun el Padre San Gregorio (2), en la práctica de la virtud y de las buenas obras.

Y ¡Ah! ¡que infelices son y que desgraciados los que la buscan en otra cosa fuera de aquí! ¡Que infelices los que pretenden adquirir fama y hacer célebre su nombre, ó como los fabricantes de la torre de Babel (3) en la construccion de magníficos y suntuosos edificios, ó como Alexandro llamado el Grande en haber hecho con sus victorias callar la tierra en su presencia (4), ó en descubrir nuevos sistemas de la naturaleza, hacer grandes escritos de ciencias profanas que poder transmitir con su nombre á la posteridad, ó en hallar curiosos pero ridículos inventos! Y ¡que infelices aun mas los que pretenden ser celebrados por sus vicios, por su irreligion y por su impiedad, como sin duda lo han pretendido y pretenden aun en el dia los Libertinos, los llamados *Filósofos* por abusion de este nombre y todos los partidarios del error! ¿Que fama puede ser la de todos estos, buscándola como la han buscado y buscan por unos medios tan impropios? ¿Ni que gloria podrán tener en la otra vida de la celebridad del nombre que en el mundo adquirieron y dexaron con sus vicios, si mientras aquí son por ellos celebrados, se están abrasando sus almas en el Infierno? ¿De que sirve á todos estos que los alaben acá sus semejantes ó imitadores de su modo de vivir y de pensar, si allá son de los demonios, de los condenados, y hasta de su propia conciencia vituperados y reprehendidos? ¿De que les sirve, en fin, á estos miserables ser acá bendecidos de los muchos sequaces que dexaron, si allá son de todas las criaturas y de su mismo Criador eternamente maldecidos? Ah! locos Impios, Libertinos y Filósofos! Dia vendrá

(1) *Eccli. 15. 6. P. Scio et Tirino hic.* (2) *Lib. 22. Moral. cap. 5. mp. Millel. verbo: Fama.* (3) *Gen. 11. 4.* (4) *1. Machab. 1. 2.*

en que la pena os hará cuerdos, y os hará conocer vuestra locura, insensatez y necedad.

¡Quanto mas sabio que estos nuestro venerable paisano Fr. Santiago! Él hizo inmortal su nombre por la práctica heroica de la verdadera virtud, y por la fuga del error y de los vicios: y de esta fama, que nunca perecerá, le resulta una buena parte de la gloria accidental que goza en el Cielo, y que agregada con las demas glorias accidentales á la gloria esencial, forma aquel todo de inmensa gloria, que como en herencia eterna debida y prometida á sus buenas obras, posee ya en la patria, para que nosotros acabemos de convencernos de lo muy importante que nos será el imitarle en servir á Dios con todo esfuerzo, y dedicarnos desde ahora á la práctica de las virtudes christianas, á lo que él mismo con los inefables bienes que por ella recibió, nos estimula: *Et ipse obtinuit hereditatem: ut viderent omnes filii Israël, quia bonum est obsequi sancto Deo.* Sí, mis amados compatriotas, nuestro venerable paisano Fr. Santiago es para todos, y lo debe ser con particularidad para nosotros por la relacion que con él tenemos, un poderoso estímulo que nos excita á emprender la carrera aunque ardua, de la virtud; así como él es un dechado de la mas alta perfeccion á la que debemos procurar aspirar en lo posible. Imitemos, pues, un exemplar de nosotros y aun de todos tan digno de imitarse, y estimúlenos á ello la inefable recompensa que recibió de Dios, proporcionada á lo relevante de sus merecimientos, y *habituus*

De lo contrario, si en lugar de corregirnos y enmendarnos, seguimos el uno con sus blasfemias y perjurios, el otro con sus maldiciones, y aquel otro con sus murmuraciones y calumnias: si aquel continúa en sus tratos deshonestos, este en sus ilícitas ganancias, y este otro en su odio inveterado y en el deseo de vengarse de su enemigo: si el litigante de mala fe no abandona el pleyto injusto con resarcimiento de los daños á la parte damnificada ocasionados: si el usurero en lugar de restituir las usuras, persiste en exígilas: si el comerciante lleva adelante las travesuras de su ingenio codicioso, ó las astucias y artificios que usa en el modo de comprar y de vender para sacar una ganancia exórbitante: si el dado al vino no dexa sus borracheras, el luxurioso consigo mismo, ó con

otros, sus torpezas, y la muger vana sus modas, ó provocativas, ó excesivamente costosas: si en lugar de atender cada uno á guardar con exáctitud la Ley santa del Señor y las obligaciones de su estado, empleo, dignidad, ó ministerio en que está constituido, se halla resuelto á quebrantar aquella y faltar á estas como hasta aquí: en una palabra, si en lugar de imitar á nuestro venerable difunto llevamos hasta la muerte nuestra vida depravada y corrompida, y en vez de disminuirlos, aumentamos nuestros vicios, estemos seguros tambien que en lugar de hacernos el Señor participantes de la herencia de tan inmensos bienes con que aquel fué de Dios por su grande y héroyca virtud remunerado, nos hará participantes del cáliz de su justo furor é indignacion, haciendo que recaiga sobre nosotros todo el cúmulo de males con que en esta vida y en la otra son castigados los pecadores, los impíos, los malos, y en fin todos los obradores de la iniquidad. Ah! y ¡quien de nosotros podrá soportar el peso inmenso de tantos infinitos males! Ellos son males con que Dios llena de acíbar las mayores delicias del pecador miéntras vive, y son males con que son severísimamente castigados sus delitos despues de muerto, males que durarán eternamente, porque el pecado que se castiga es eterno, aunque el deleyte y placer con que se cometi6, fué transitorio.

Me parece, amantísimos compatriotas, que os tengo propuesto quanto podiais desear para satisfacer á vuestra devota curiosidad, y quanto debia yo manifestaros para desempeñar mi asunto y cumplir con mi ministerio. No me persuado pueda faltarnos más, sino el que, para que quanto os he dicho os quede más profundamente impreso en la memoria, lo pongamos todo baxo de un mismo punto de vista, reduciendo á muy corta extension un campo tan extenso y dilatado.

Yo os he propuesto en primer lugar á nuestro venerable paisano Fr. Santiago Fernandez y Melgar de la Purificacion, como un *Dechado de la mas alta perfeccion en virtudes christianas y religiosas*: porque aprovechándose de la fortaleza de la divina gracia que el Señor le dió, y conservó hasta en su vejez, llegó efectivamente á su elevada eminencia, *peleando* con el mayor valor, y *venciendo* héroycamente á sus enemigos, en especial á los tres principales, el *Mundo*, la *Carne* y el *Demonio*: no dexándose seducir de los halagos y atractivos

del primero, como ni tampoco abandonando por sus *terrores* ó *amenazas* sus santas empresas: domando al segundo con el mas rígido castigo de todos los *sentidos de su cuerpo* y con la mas severa mortificacion de sus *potencias interiores*, ya *materiales*, quales lo son el *apetito sensitivo* y la *fantasia* ó imaginativa, ya *espirituales*, que lo son la *memoria*, el *entendimiento* y la *voluntad*: y triunfando del tercero, tanto en sus *ocultas astucias*, como en sus *violencias manifestadas*: *caminando* al propio tiempo sin detenerse hasta llegar á la cumbre de la perfeccion por las sendas de aquellas virtudes que nos rectifican y perfeccionan *en orden á nosotros mismos*, quales son la *Prudencia*, con sus actos *consejo*, *juicio* y *aplicacion de los medios*, la *Fortaleza* con sus dos partes, *Paciencia* y *Perseverancia*, y la *Templanza* con las suyas mas principales, que son *Castidad*, *Humildad*, *Mansedumbre*, y *Pobreza evangélica*: por las que nos rectifican y perfeccionan *en orden á nuestros próximos*, quales son la *Justicia* con sus *partes esenciales* y *subjetivas*, ó sea la *Justicia legal*, que por otro nombre se llama *universal*, y la *particular* que se divide en *conmutativa* y *distributiva*, y quales lo son tambien las *especies ménos propias* de la *Justicia*, es á saber, la *Liberalidad*, la *Obediencia*, la *Piedad* y la *Religion*: y por las que finalmente nos rectifican y perfeccionan *en orden á Dios* la *Fe*, la *Esperanza*, y la *Caridad* con sus respectivos actos y modos que hay de exercitarlas con heroycidad y santamente.

En segundo lugar os le he manifestado como un *Estímulo el mas poderoso para excitarnos á la práctica de la virtud*: porque forzosamente habia de serlo quien por haberla practicado con la perfeccion que habeis oido, consiguió del Señor y poseyó como en herencia un complejo de bienes tan inmensos y tan capaces por su multitud y grandeza de causar una santa envidia ó emulacion, que los que llegasen á comprenderlos no pudiesen ménos de conocer por experiencias palpables lo bueno que es al hombre servir á Dios: pues *en esta vida*, ademas de los temporales necesarios, poseyó en un grado muy relevante los sobrenaturales que se ordenan á la propia espiritual utilidad, ya *directamente*, como lo son los siete *Dones del Espíritu Santo* en una muy eminente plenitud, y la *gracia de la Contemplacion infusa*, no solo en sus

grados mas baxos, sino en los mas relevantes de la divina afectiva union, ya *indirectamente*, como so.1 entre otras el *dón de profecía*, el *de discrecion de espiritus* y el *de hacer milagros*: gozando últimamente en la *otra* los que como á morador de la bienaventurada patria le corresponden, y que consisten en la *gloria esencial* de ver y gozar de Dios para siempre proporcionada á sus merecimientos, de que no dudamos, atendidas las *santas disposiciones remotas y próximas* con que se preparó para su dichosa muerte, y los *prodigios que á ella sucedieron*, y en una *grande gloria accidental* que le resulta de los *honores* que el Señor ha hecho se le tributen acá en la tierra, y de la *fama póstuma* de su rara virtud, que ha producido y conserva en la memoria de los hombres.

Esto ha sido, Illmo. Señor, el venerable diocesano de V. S. I., cuya memoria se digna honrar con su presencia. Esto ha sido, respetable Clerecía, el sugeto á quien has erigido ese magnífico enlutado monumento. Esto ha sido, sabias y religiosas Comunidades, el que con su prodigiosa y santa vida hizo siempre, y continúa haciendo el mas alto honor á nuestro estado. Esto ha sido, noble Ayuntamiento, el Héroe á quien has venido á rendir tus homenajes. Esto ha sido, Pueblo de Sotillo, el hijo que has logrado la honra de producir y de criar en tu dichoso seno. Y esto ha sido finalmente, pueblos de Sanabria, vuestro paisano Fr. Santiago Fernandez y Melgar, á quien habeis venido á obsequiar en este dia, formando el numeroso concurso que está á mi vista, y que por la devocion, atencion, silencio, gravedad y compostura con que habeis oido la relacion de su vida y de sus virtudes, es para mí un espectáculo tan tierno, que casi están para saltarme á los ojos lágrimas de gozo, y me hace esperar en muchos el lógro del santo fin á que este Sermon fúnebre se dirige, que es á la enmienda de nuestras costumbres y á la imitacion de las virtudes y vida de este siervo de Dios, exemplar de perfeccion, que por la qualidad de ser paisanos suyos debe ser para nosotros el mas recomendable. Sí lo es, no lo dudeis, y á él debemos procurar con mayor razon que otros conformar nuestra vida, arreglándola por la suya, en quanto sea compatible con la condicion de nuestro respectivo estado.

Ah! permitidme el que os exhorte á ello con aquellas palabras que habló Dios á Moyses, quando despues de haberle mostrado en el monte un diseño del Tabernáculo que queria le fabricase, le dixo: *Inspice, et fac secundum exemplar quod tibi in monte monstratum est* (1). Mirad continuamente para este dechado de virtud, y obrad conforme á este raro exemplar que se os acaba de mostrar colocado en el monte de la mas elevada perfeccion. Esta es vuestra principal, y si se puede decir, vuestra única obligacion, la que desempeñada por vosotros con la exâctitud posible, os haréis acreedores á la proteccion de vuestro paisano venerable, que no cesará de rogar por vosotros, alcanzándoos de aquel buen Dios que tanto amó en esta vida, y de quien fué tan amado, las gracias necesarias y eficaces para guardar los divinos Mandamientos hasta la muerte, con lo qual infaliblemente conseguiréis los inefables premios de la Gloria.

No dudamos que nuestro venerable paisano los tiene con sus heroicas virtudes merecidos: nos persuadimos con muy graves fundamentos á que ya los goza; pero no siéndonos esto infalible, porque son inescrutables los juicios del Altísimo, debemos implorar con humildad su divina clemencia, y rogar que si tal vez por alguna imperfeccion ó culpa ligera está aun detenida su bendita alma en el Purgatorio, salga quanto ántes de aquellas penas, y vuele al eterno descanso. Así lo deseamos todos, Dios de misericordia: y á este fin uniendo nuestras oraciones con las de vuestra querida Esposa la santa Iglesia, os pedimos que *Anima ejus, et omnium fidelium defunctorum per misericordiam Dei requiescant in pace. Amen.*

(1) (*Exod. 25. 40.*

O. S. C. S. R. E. M. N.

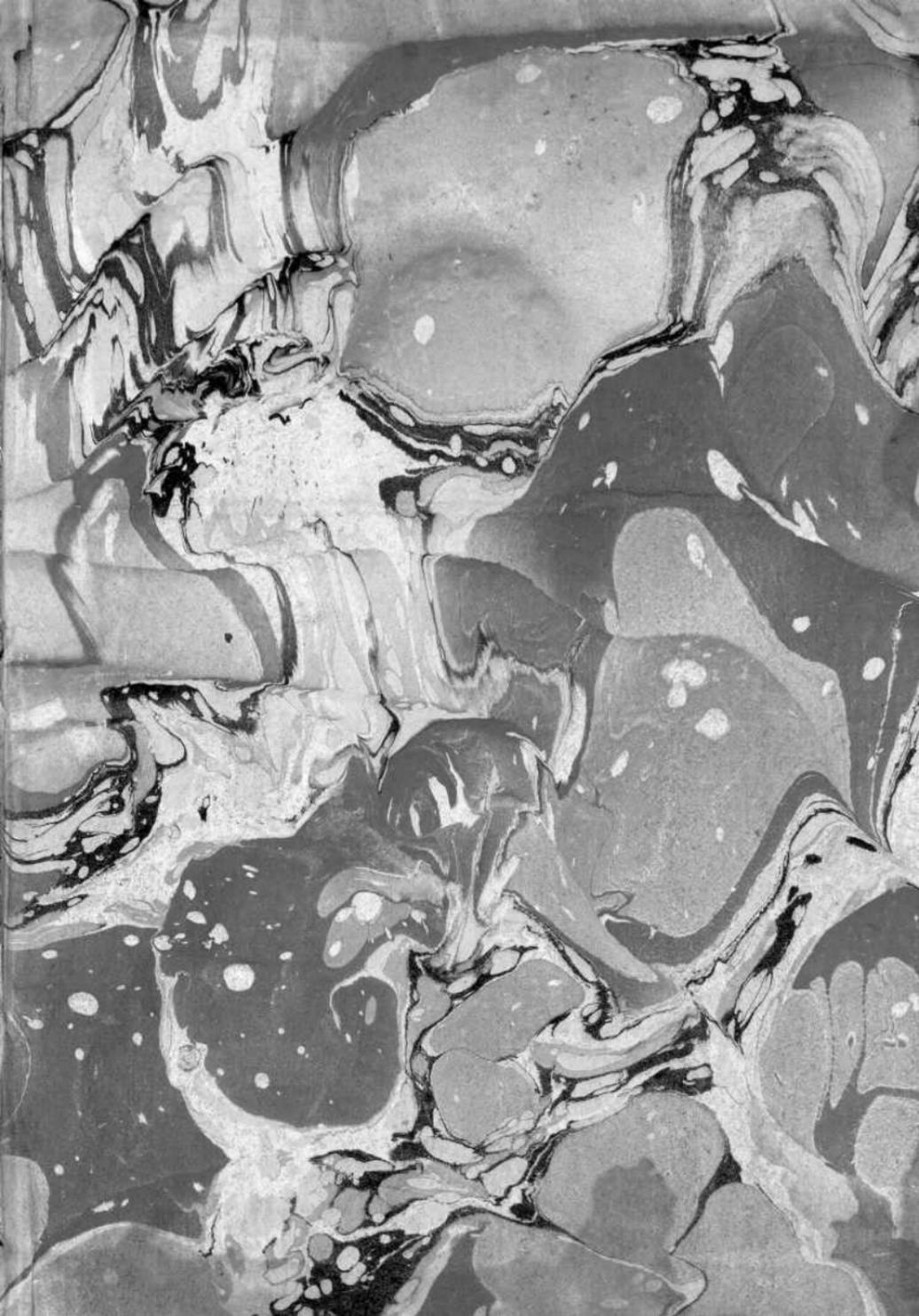
GLORIA PATRI, ET FILIO, ET SPIRITUI SANCTO.

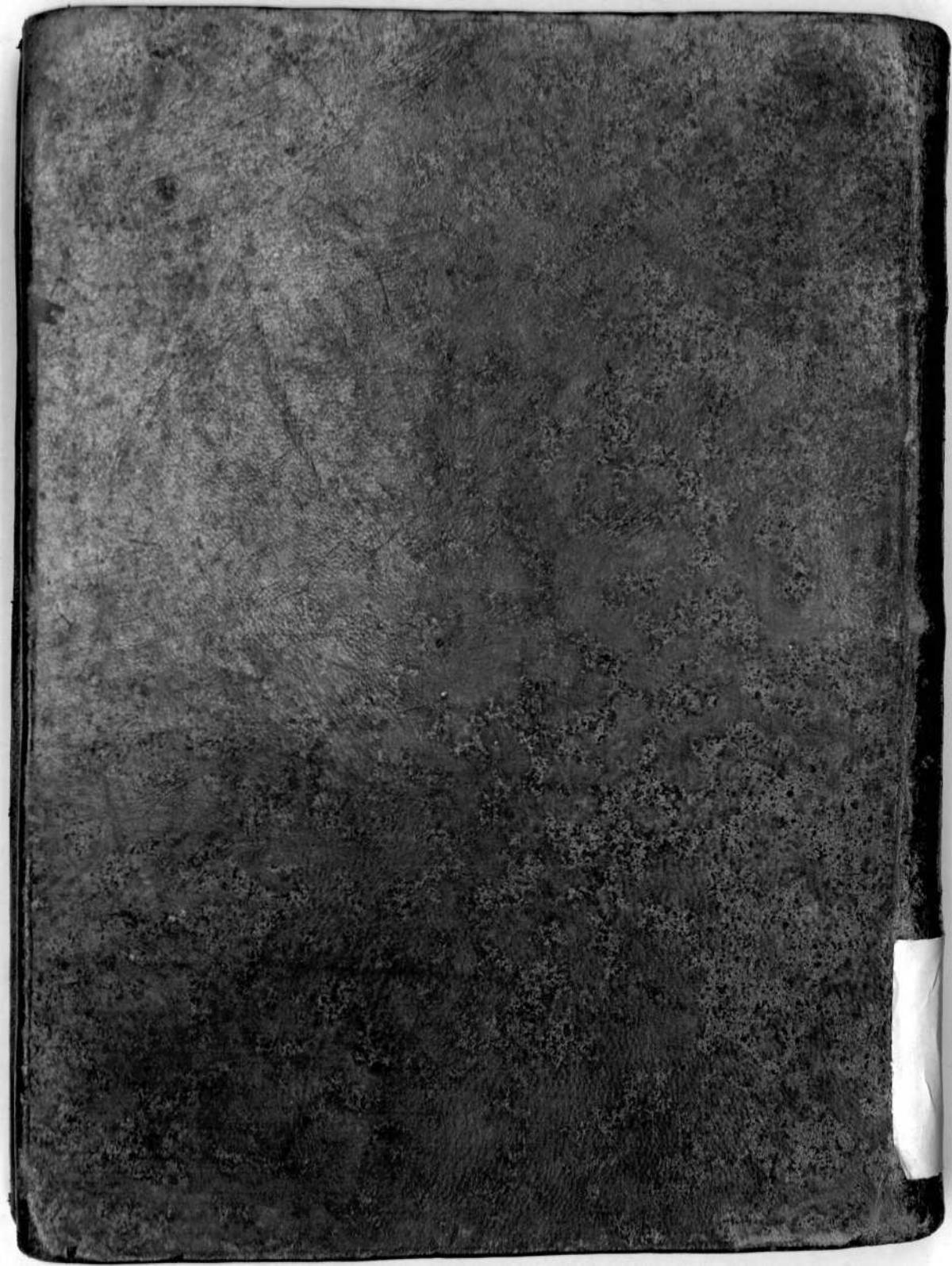
misericordiam Dei respiciant in pace. Amen.
 nos que anima tua, et carnis fidelium dilectionem per mi-
 cordiam de vestra pietate respiciat la santa Iglesia, os pedi-
 Dios de misericordia: y a este fin uniendo nuestras oraci-
 onellas por ti, y vuela al cielo desearse. Asi lo deseamos todos,
 tenida su bendita alma en el Purgatorio, salga durante antes de
 que si tal vez por alguna imperfeccion o culpa ligera esta aun de-
 pemos implorar con humildad su divina clemencia, y rogar
 infalible, porque son inescrutables los juicios del Altisimo, de-
 ves fundamentos a que ya los gozas; pero no olvidemos esta
 sus heroicas virtudes merecidos: nos persuadimos con tanta gra-
 No dudamos que nuestro venerable paisano los tiene con
 glorias de la Gloria.

la muerte, con lo qual infaliblemente conseguis los infalibles
 cesarias y eficaces para guardar los divinos Mandamientos hasta
 amo en esta vida, y de quien fué tan amada, las gracias ne-
 gan por vosotros, alcanzándoos de aquel buen Dios que tanto
 feccion de nuestro paisano venerable, que no cesará de ro-
 sarios con la exactitud posible, os haréis acreedores a la pro-
 ducto, vuestra única obligacion, la que desempeñada por vo-
 elevada perfeccion. Esta es vuestra principal, y si se puede
 que se os acata de mostrar colocado en el monte de la mas
 bechados de virtud, y obedid conforme a este raro exemplar
 bina vobis monitum est (1) Misericordia convenientemente para esta
 fabricas que dixit: Iuxta, et facit misericordiam exemplar quod is-
 mostrado en el monte santísimo del Tabernaculo que queda lo
 libras que hablo Dios a Moyses, quando después de haberle
 mi.









III
NYRAS
DE V
SANTIA

G 29113